



CS

Disciplinas sin fronteras

Homenaje a Ana María Lorandi

Roxana Boixadós y Cora Bunster (editoras)

Autores: Carlos E. Zanolli, Ana María Lorandi, Ana María Presta, Verónica Isabel Williams, María de Hoyos, Roxana Boixadós, Lorena B. Rodríguez, Camila Cerra, Cora Bunster, Pablo Ortemberg, Alejandra Ramos, Carlos Chiappe.



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

Disciplinas sin fronteras
Homenaje a Ana María Lorandi

Disciplinas sin fronteras

Homenaje a Ana María Lorandi

Roxana Boixadós y Cora Bunster (editoras)



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decana Graciela Morgade	Secretaría de Investigación Cecilia Pérez de Micou	Consejo Editor Virginia Manzano Flora Hilert
Vicedecano Américo Cristófolo	Secretario de Posgrado Alberto Damiani	Marcelo Topuzian María Marta García Negroni
Secretario General Jorge Gugliotta	Subsecretaria de Bibliotecas María Rosa Mostaccio	Fernando Rodríguez Gustavo Daujotas
Secretaría Académica Sofía Thisted	Subsecretario de Transferencia y Desarrollo Alejandro Valitutti	Hernán Inverso Raúl Illescas Matías Verdecchia
Secretaría de Hacienda y Administración Marcela Lamelza	Subsecretaria de Relaciones Institucionales e Internacionales Silvana Campanini	Jimena Pautasso Grisel Azcuy Silvia Gattafoni
Secretaría de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil Ivanna Petz	Subsecretario de Publicaciones Matias Cordo	Rosa Gómez Rosa Graciela Palmas Sergio Castelo Ayelén Suárez Directora de imprenta Rosa Gómez

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Colección Saberes

Coordinación editorial: Martín Gómez

Maquetación: Graciela Palmas

ISBN 978-987-4019-37-0

© Facultad de Filosofía y Letras (UBA) 2016

Subsecretaría de Publicaciones

Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Tel.: 4432-0606 int. 167 - info.publicaciones@filo.uba.ar

www.filo.uba.ar

Disciplinas sin fronteras : homenajes a Ana María Lorandi / Ana María Lorandi ...
[et al.] ; editado por Roxana Edith Boixadós ; Cora Bunster. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires, 2016.
240 p. ; 20 x 14 cm. - (Saberes)

ISBN 978-987-4019-37-0

1. Antropología. 2. Etnografía. I. Lorandi, Ana María II. Boixadós, Roxana Edith, ed.
III. Bunster, Cora, ed.
CDD 305.8

Fecha de catalogación: 16/11/16

Índice

Prólogo	9
<i>Roxana Boixadós y Cora Bunster</i>	
Introducción	15
<i>Carlos E. Zanolli</i>	
Reflexiones acerca de una experiencia vital	21
<i>Ana María Lorandi</i>	
25 años de la Sección Ethnohistoria	
Ana María Lorandi, MR	31
<i>Ana María Presta</i>	
Trascendiendo materialidades. Aproximaciones interdisciplinarias y estrategias de investigación del pasado prehispánico en el noroeste argentino	49
<i>Verónica Isabel Williams y María de Hoyos</i>	

Los contornos del antiguo Tucumán
Fronteras, rebeliones y mestizaje a la luz de la obra
de Ana María Lorandi 97
Roxana Boixadós, Lorena B. Rodríguez y Camila Cerra

Cambio histórico y entramados de poder en los siglos XVIII y XIX
Reflexiones sobre la obra de Ana María Lorandi 147
Cora Bunster y Pablo Ortemberg

Itinerarios académicos de Ana María Lorandi 183
Carlos E. Zanolli, Alejandra Ramos y Carlos Chiappe

Anexo

Producción científica y formación de recursos humanos
de Ana María Lorandi 217

Selección de fotografías 233

Los autores 241

Prólogo

La doctora Ana María Lorandi cumple 80 años y sus discípulos, colegas y compañeros de trabajo, entre quienes nos incluimos, elegimos celebrarlo publicando este libro como homenaje a su larga trayectoria académica e institucional. El haber compartido y participado de esta experiencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde se desempeñó como Jefa de la Sección Etnohistoria del Instituto de Ciencias Antropológicas (ICA) y como Profesora Titular de la materia Sistemas Socioculturales de América II del Departamento de Ciencias Antropológicas, durante los últimos 30 años aproximadamente, nos motiva a llevar adelante este proyecto colectivo tan especial como emotivo. Estos ámbitos fueron espacios de investigación, docencia, intercambio de ideas y formación de recursos humanos, todos creados y liderados por Ana María, y donde muchos de sus discípulos se formaron bajo su orientación. Hoy, desde una mirada retrospectiva, tomamos conciencia del carácter excepcional de las oportunidades de aprendizaje compartidas y esto nos impulsa a dar continuidad a una

labor a la que Ana María dedicó esfuerzos y desvelos, así como entusiasmo y alegría.

Quizás no esté de más recordar que Ana María Lorandi nació en 1936 en Cañada de Gómez, Santa Fe, localidad de provincia que creció con la extensión de la red ferroviaria —de hecho su padre trabajó en el ferrocarril mientras su madre fue maestra de escuela—. En esos tiempos muchos jóvenes ya avizoraban en la universidad oportunidades de formación superior y Ana María no fue una excepción; se graduó como Licenciada en Historia en la Universidad Nacional del Litoral (1960) y en los últimos años de su carrera comenzó sus investigaciones en arqueología bajo la dirección de Alberto Rex González. En parte debido a sus propias inquietudes, en parte por la coyuntura de formación en la que se encontraba —pues integraba un equipo que sería pionero en las investigaciones arqueológicas del Noroeste Argentino (NOA)— sus indagaciones sobre el arte rupestre se encaminaron a la elaboración de su tesis doctoral, que defendió en 1967 en la misma universidad. Ese doctorado alcanzado en su juventud —cuando era usual que fuera el corolario de una larga carrera académica— sería a futuro, y como Ana María lo ha reconocido en diversas ocasiones, una especie de pasaporte que le permitió transitar senderos de trabajo y de vida, alterados por los golpes militares acaecidos en Argentina. El doctorado también favoreció su ingreso a la carrera del Investigador Científico en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), institución en la que alcanzó la categoría de Investigador Superior, y promovió su temprana integración en medios académicos extranjeros.

Mientras tanto, en las décadas de 1970 y 1980 las ciencias sociales y las humanidades experimentaban una etapa de desarrollo y consolidación en distintas especialidades, particularmente en América Latina. En ese marco la

arqueología, la historia y la antropología convergieron en un campo de trabajo interdisciplinario nuevo: la etnohistoria andina, que pronto devino en un escenario de proyección académica internacional. Allí Ana María Lorandi aportó su sólida experiencia en arqueología del NOA, sobre todo en relación con la expansión incaica en la región, al tiempo que reorientaba sus investigaciones hacia la etnohistoria bajo el estímulo académico e intelectual de John Murra y Nathan Wachtel, dos de sus grandes amigos. Por aquel entonces consolidaba igualmente su formación en Francia participando en el programa posdoctoral de la École des Hautes Etudes en Sciences Sociales y también en la Sorbona.

De regreso en nuestro país, Ana María Lorandi desarrolló una intensa carrera de docencia e investigación primero en la Universidad Nacional de La Plata, luego en la Universidad de Buenos Aires, específicamente en la Facultad de Filosofía y Letras asumiendo el cargo de Directora del ICA en 1984. Su vinculación con la etnohistoria andina la llevó a crear la Sección Etnohistoria dentro de ese Instituto, espacio que se convirtió en usina de proyectos colectivos de investigación que recibieron aportes y subsidios de SECyT - UBACyT, CONICET, Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, Fundación Antorchas, Fondo Nacional de las Artes, entre otros organismos. La proyección de sus investigaciones personales y su protagonismo en el medio académico internacional se advierten en la excelente recepción que tuvo la organización del *I Congreso Internacional de Etnohistoria* realizado en Buenos Aires en 1989 y presidido por ella, y porque esta reunión de estudiosos que mantiene hermanadas a diferentes comunidades académicas de América Latina mantiene su vigencia hasta la actualidad.

La vasta producción académica de Ana María Lorandi comprende más de cien artículos publicados en revistas con

referato y capítulos de libros —nacionales y extranjeros— y numerosas participaciones en congresos y jornadas y en medios de divulgación —editorial y audiovisual—. Ahora, si su obra personal es importante no lo es menos su “obra” institucional como, por ejemplo, la creación de la biblioteca especializada de la Sección Ethnohistoria que hoy reúne más de 1500 volúmenes, 1300 ejemplares de revistas y cientos de fotocopias de documentos históricos de archivos provinciales de Argentina y de ciudades del exterior como Madrid, Sevilla, Sucre, Santiago de Chile y Lima. Los libros y materiales de este pequeño pero rico acervo fueron reunidos gracias a los esfuerzos de Ana María, como directora de subsidios, y de quienes participaron de estos proyectos. Además, bajo su dirección se formaron varias generaciones de becarios, tesistas e investigadores que ocupan hoy puestos de trabajo en distintas universidades del interior y del exterior; ellas y ellos son los que asumen tareas de investigación, docencia y formación siguiendo los pasos de una suerte de “escuela” sin normas pero con prácticas bien aceitadas tales como: compromiso de trabajo, honestidad intelectual, compañerismo y reciprocidad, valores que continuamos compartiendo.

Cuando el año pasado comenzamos a pensar cómo organizar este homenaje a la doctora Ana María Lorandi, la propuesta de trabajar sobre su obra fue la más convocante. Según las experiencias de trabajo de cada uno de los investigadores que participan en este libro homenaje se decidió tomar de la producción de Ana María los aportes más significativos sobre diferentes problemáticas y realizar una relectura crítica para discutir y analizar sus ideas y proyecciones en el largo plazo. Nos reunimos en grupos que trabajaron de manera autónoma, redactando y elaborando los diferentes capítulos donde se reflexionó sobre sus contribuciones; en este proceso cada grupo redescubrió cómo

las ideas de Ana María fueron pioneras, desafiantes e iluminadoras en muchos temas, y cómo contribuyeron a abrir nuevas perspectivas de trabajo, planteando siempre innovadores interrogantes.

Esta publicación es entonces un homenaje a Ana María Lorandi, a su obra académica y profesional; y es también un agradecimiento de *todos* hacia quien supo crear un espacio de trabajo y formación pleno de entusiasmo, donde muchos continúan desarrollando sus tareas. Originalmente pensamos en una autoría colectiva para este libro pero por razones operativas dos de nosotras asumimos el rol de editoras. Desde aquí queremos agradecer a todos los que colaboraron con este proyecto y en especial a la Dra. Ana María Presta por permitirnos publicar su conferencia pronunciada en 2010 con motivo de la celebración del 25° aniversario de la Sección Etnohistoria. También va nuestro agradecimiento a la Dra. María de Hoyos por proponer el título, *Disciplinas sin fronteras*, ya que retrata a la perfección tanto el carácter de las prácticas de investigación que llevó adelante Ana María como su propio espíritu, inquieto, curioso y abocado a la construcción de conocimiento y a su difusión, haciendo caso omiso de esquemas que lo pudieran encasillar.

Finalmente, los subsidios FONCyT- PICT (2012-2015, iniciado en 2014) *De la crisis del orden colonial a la construcción del orden republicano (Perú, Bolivia y Argentina). Sociedad, cultura e instituciones*, y SECyT-UBACyT (2014-2017) *Cambio y continuidad en la sociedad indígena e hispano criolla*, radicados en la Sección Etnohistoria del ICA, han aportado los fondos para esta publicación.

Buenos Aires, 7 de marzo de 2016.
Roxana Boixadós y Cora Bunster

Introducción

Carlos E. Zanolli

Para comprender el presente debemos tener un cabal conocimiento del pasado y, aunque esto parezca una verdad de Perogrullo, no siempre se tiene conciencia de esa situación. Es la propia y vertiginosa contemporaneidad la que nos hace ver ciertas cosas del presente como dadas y perdemos de vista, en muchos casos, la larga elaboración que las mismas tuvieron. Me viene esta reflexión a la cabeza cuando pienso en Ana María Lorandi. Hoy parece fácil para propios y extraños hablar del Tucumán colonial, de su geografía, de su “marginalidad”, de sus fronteras con el Tawantinsuyu, de sus grupos étnicos, de sus relaciones sociales, pero ¿qué conocimiento se tenía de esos temas antes de que Ana los comenzara a trabajar lenta y pacientemente? Invito al lector a repasar la respuesta mientras lee esta introducción, es solo un ejercicio de memoria.

Pero aún hay más si pensamos en la Sección Etnohistoria, considerando apenas sus primeros quince años, desde su creación en 1984 hasta finales de la década de 1990. Para esa fecha ya se habían obtenido múltiples subsidios para investigación, lo que contribuyó a un aumento en la

cantidad de becarios y tesistas, e indirectamente a la ampliación de los marcos geográficos y temporales de trabajo. Además, la Sección ya había organizado el I Congreso Internacional de Etnohistoria, encuentro convertido en tradición entre los investigadores relacionados con la temática. Y en 1991 salía publicado el primer número de *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria*, revista especializada de la Sección. Entre aquellos años noventa y hoy no hay mucho que agregar, la Sección continúa creciendo de manera sostenida.

Así como sucedió con el conocimiento generado sobre el Tucumán colonial, lo ocurrido en la Sección no fue por azar. Detrás de cada acto, de cada subsidio, de cada tesista o becario había una acción planificada o intuita con cirujana precisión. Una acción que todos sabíamos que casi de manera “natural” iba a dar sus frutos, y que efectivamente los daba. En definitiva, claramente hay un antes y un después de Ana María Lorandi en la actividad académica e institucional argentina relacionada con la antropología y la etnohistoria, y es en homenaje a esa trayectoria que presentamos este libro. Aquí nos proponemos mostrar lo que se podría definir como una forma holística de hacer investigación, y decimos holística porque el trabajo académico de Ana María Lorandi fue algo mucho más profundo que leer bibliografía y escribir textos académicos. Ella supo comprender el surgimiento de nuevos campos de estudio, combinar los aportes de diferentes disciplinas y percibir sus cambios teóricos. Todo ello lo supo aplicar a un espacio relativamente virgen como el Tucumán colonial, espacio que prácticamente construyó a la vez que lo puso en la agenda internacional. La producción de Lorandi no surge sólo de esa combinación de factores; la misma, en gran medida, fue enriquecida por el trabajo del equipo de investigación que ella formó. Consolidar un equipo a la manera que ella lo

hizo no es –ni fue– tarea sencilla; realizarlo implicó armar y afianzar un espacio institucional, obtener subsidios, crear temas de investigación y, de alguna manera, cerrar el círculo transmitiendo esa “forma de investigar”. Esto, que puede parecer sencillo, no se podría haber hecho sin una alta dosis de generosidad.

Este volumen homenaje a Ana María está compuesto, además del Prólogo realizado por las editoras, y esta Introducción, por seis trabajos. En primer lugar, un texto que preparó la misma Ana María –sin saber que se incluiría en su propio homenaje–, titulado “Reflexiones acerca de una experiencia vital”, donde repasa su trayectoria como alumna, académica y formadora de recursos humanos. En segundo lugar, la conferencia de Ana María Presta, “25 años de la Sección Etnohistoria: Ana María Lorandi, MR”, presentada en la apertura de las Jornadas académicas conmemorativas del veinticinco aniversario de la Sección Etnohistoria, realizadas en la Facultad de Filosofía y Letras en 2010. Allí Presta expone con gran precisión, detalle –y cierto humor– el surgimiento de la Sección enmarcado en el momento político que vivía el país y, por supuesto, en la propia trayectoria de Lorandi.

Los tres trabajos que siguen consideran los estudios realizados por Ana María en tres momentos específicos de su trayectoria: el primero realizado por Verónica Williams y María de Hoyos se titula “Trascendiendo materialidades. Aproximaciones interdisciplinarias y estrategias de investigación del pasado prehispánico en el Noroeste Argentino”, y analiza la producción de Ana María como arqueóloga. El siguiente se refiere al aporte medular realizado por Ana María con relación al Tucumán Colonial como problema de investigación. El mismo estuvo a cargo de Roxana Boixadós, Lorena Rodríguez y Camila Cerra y se titula “Los contornos del antiguo Tucumán. Fronteras, rebeliones y mestizaje

a la luz de la obra de Ana María Lorandi”. Finalmente Cora Bunster y Pablo Ortemberg en su trabajo “Cambio histórico y entramados de poder en los siglos XVIII y XIX: Reflexiones sobre la obra de Ana María Lorandi” abordan los trabajos más recientes que Ana María viene desarrollando. En los tres casos, además de los aportes realizados por Lorandi, se analizan sus influencias y también su proyección en los estudios actuales. Los mencionados trabajos están cruzados por un cuarto: “Itinerarios académicos de Ana María Lorandi”, realizado por Carlos E. Zanolli, Alejandra Ramos y Carlos Chiappe, donde se analiza el devenir académico de Lorandi desde los comienzos de su carrera de grado hasta la actualidad, centrándose en los enfoques teóricos y metodológicos que la autora desplegó a lo largo de todos esos años.

Se advierte que sólo una pequeña parte de los integrantes de la Sección somos los autores de los trabajos de este libro; esto es así simplemente por una cuestión operativa pues era imposible que todos participaran en su elaboración. No obstante, y más allá de los nombres, está claro que en la publicación están representados todos y cada uno de los integrantes que han pasado o que actualmente trabajan en la Sección. Hoy el equipo está integrado por trece investigadores (Mercedes Avellaneda, Roxana Boixadós, Cora Bunster, María de Hoyos, Ingrid De Jong, Luciano Literas, Carina Lucaioli, Lidia Nacuzzi, Pablo Ortemberg, Lorena Rodríguez, Pablo Sendón, Julio C. Spota, Carlos Zanolli), veintitrés becarios-tesistas (Milena Acosta, María Ayelén Arcos, Lorena Barbuto, Camila Cerra, Carlos Chiappe, Guido Cordero, María Montserrat Costa, Julia Costilla, Luciana Dentati, Laura Enrique, Dolores Estruch, Sergio Latini, María Laura Martinelli, Cecilia Martínez, ángeles Molina Pico, Marcelo Musante, María Victoria Pierini, Alejandra Ramos, María Josefina Scala, María Victoria

Staricco, Ana Laura Steiman, Luisina Tourres, Sabrina Vollweiler) y cuatro miembros del personal administrativo (Juan Marcelo Acorinti, Guido Cassano, Myriam Monteros y Daniela Pérez).

Por último, en ocasión del IX Congreso Internacional de Etnohistoria realizado en Arica, Chile, en 2014, momento en que la Sección cumplía treinta años de vida, Ana María presentaba con orgullo frente a una nutrida concurrencia internacional a sus “nietos y nietas”, la tercera generación en la formación de recursos humanos. Algunos ya son doctores o investigadores con buena experiencia académica, han incorporado a la Sección nuevos temas y nuevos desafíos metodológicos pero, por sobre todas las cosas, han aprendido algo que nos ha enseñado Ana María y que caracteriza a nuestro lugar de trabajo hasta el día de hoy: *una forma de investigar*.

Reflexiones acerca de una experiencia vital

Ana María Lorandi

La investigación atrapa la docencia, seduce, y ambas, en íntima asociación, constituyen la fuente que alimenta a la juventud. Cuando uno ingresa a la universidad con frecuencia tiene una vaga idea de lo ofrecido por la carrera elegida. Se sueña con aquella materia o disciplina que a uno le interesa especialmente y que permitirá desarrollar una carrera profesional. Lo que uno no sabe generalmente, o pocas veces sueña, es que será atrapado por el ansia de investigar. En mi caso, durante el segundo año de estudios universitarios, cuando cursé Prehistoria Americana y Antropología Cultural, materias que se dictaban como parte del profesorado de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras –en ese entonces de la Universidad del Litoral¹– yo me sentí atrapado por la investigación.

La Arqueología y la Antropología abrieron un mundo hasta ese momento desconocido para mí: había “otros” mundos. Durante mi escolaridad secundaria, en una ciudad

¹ La Facultad de Filosofía y Letras se inauguró en 1948 y mi ingreso al Profesorado de Historia fue en 1952.

mediana de provincia, ningún profesor había develado esos “otros mundos”. Pero algunos profesores de quinto año advirtieron mi curiosidad por profundizar en el conocimiento de, al menos, “este” mundo y me aconsejaron dedicarme con intensidad a algún ejercicio profesional. Lo que no imaginé en ese momento fue que mi curiosidad despertaría con la Arqueología. Una vez finalizados los exámenes de las materias del segundo año universitario, varias alumnas nos acercamos al profesor de Prehistoria Americana, Don Antonio Serrano, y le dijimos que queríamos colaborar en el Instituto de Antropología, de muy reciente creación, e iniciarnos en la investigación. Nadie tenía una idea clara de lo que pretendíamos y como éramos mujeres el profesor Serrano nos sugirió que podríamos investigar sobre tejidos prehispánicos. Tejer es tarea de mujeres...y nos ofreció alguna bibliografía.

Al poco tiempo asumió la dirección del Instituto el profesor de Antropología Cultural, Doctor Alberto Rex González, arqueólogo con una maestría en la Universidad de Columbia, Nueva York. Comenzamos a trabajar en el Instituto fichando los pocos libros que hasta el momento se habían incorporado y ejercitándonos en elaborar estados de la cuestión sobre algunos temas que se fueron proponiendo. En ese momento yo soñaba con recorrer el mundo con un casco de explorador, *breeches* y botas. No vale la pena relatar cómo se fue desarrollando ese entrenamiento, las campañas arqueológicas que hicimos en esos años, ni los artículos que comencé a escribir. Lo cierto es que la capacidad y el carisma de González atrajeron a muchos alumnos a los que invitó a participar en esas campañas y así fue formando a los primeros discípulos, algunos de los cuales continuamos trabajando en la disciplina por años.

En esta ocasión deseo resaltar un tema sustantivo: aprendimos a investigar trabajando en equipo y debo agradecer

a Rex González no sólo por sus enseñanzas de arqueología sino, sobre todo, por la importancia de aprender a compartir colectivamente la experiencia de investigación. Investigar en equipo no significa necesariamente que se escribirán trabajos colectivos; significa que se intercambian experiencias entre alumnos y se comparten las indicaciones del profesor para todo el grupo o para cada uno de ellos en particular. Lo que se comparte es la forma de resolver interrogantes, afianzar o modificar el método elegido o la ruta seleccionada en busca de la o las interpretaciones. Trabajar en equipo significa también compartir bibliografía o ayudarse mutuamente a buscarla.

Existen otras condiciones que me parecen indispensables en la relación estudiante-profesor: crear confianza en un intercambio sincero, sin retacear información; aceptar las sugerencias que el estudiante pueda hacer para mejorar la obtención de resultados, estimulando su creatividad de modo que pueda desarrollar su progresiva autonomía, y finalmente que el estudiante comprenda adecuadamente la consistencia del aprendizaje recibido. Cuando un estudiante se aproxima a un profesor o a un equipo no conoce de antemano su afinidad con una determinada temática ni su habilidad o predisposición para seguirla. Un profesor debe contemplar la situación del estudiante, quien está en plena búsqueda de su futuro pero también debe estar preparado para una posible desertión. Un profesor tiene que compartir con sus estudiantes o colaboradores tanto sus dudas como sus certezas acerca de las bases teóricas que sustentan el curso de una investigación. Un profesor, para convertirse en maestro, debe corregir a un estudiante, pero no puede demorar una y otra vez la investigación con el pretexto de obtener un resultado perfecto o más amplio del que se discutió inicialmente. En otras palabras, el profesor debe evaluar

correctamente las posibilidades y los límites tanto del estudiante como de los condicionantes que rodean determinada investigación.

En este terreno, no se deben confundir las expectativas personales con la potencialidad de determinado tema, fuentes o procedimientos ni forzar la búsqueda de resultados imponderables. La relación entre la evidencia y la interpretación debe ser conservada sobre una base de rigurosidad tanto científica como ética; nunca se debe estimular a un estudiante a falsear una interpretación o a distorsionarla para responder a expectativas ajenas o, en algunos casos, desmesuradas. También se deben evaluar los condicionantes medioambientales que rodean una investigación tales como los recursos financieros, la situación personal de los estudiantes, así como las opciones ofrecidas por las instituciones patrocinantes.

Cuando me solicitaron escribir sobre mi experiencia en la formación de discípulos tuve que desempolvar mi memoria y retrotraerme a los inicios de mi carrera profesional. No obstante, debo confesar que he reflexionado con frecuencia sobre el desenvolvimiento de mi trayectoria, no sólo sobre los cambios de énfasis en las temáticas abordadas sino también sobre las formas de ejercer docencia más allá del aula. Estas reflexiones me condujeron a la certeza de que no inventé nada nuevo simplemente puse en práctica aquello que percibí en mi condición de aprendiz pero cambiando el rol: de estudiante a profesor. Quise hacer lo mismo que mi maestro me enseñó. Claro que llevado a la práctica efectiva, lo propuesto en la teoría del deber ser que me construí subjetivamente fue una ardua tarea, con obstáculos inesperados o bruscos cambios de rumbo. De todas maneras, el balance es positivo y si no me recuerdan por mis investigaciones al menos, estoy segura, me recordarán por mis discípulos.

Como muchos saben me gradué en Historia pero a partir del tercer año de mi carrera me inicié en la investigación arqueológica. Gané un concurso como docente auxiliar y participé de la organización del primer Instituto de Antropología de Rosario. En 1964 ingresé a la Carrera de investigador del CONICET y luego de la renuncia colectiva de docentes en algunas universidades nacionales, a causa de los sucesos de la “noche de los bastones largos”, me trasladé a Buenos Aires para incorporarme como investigadora al Museo de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de La Plata. Tiempo después me designaron adjunta, promovida luego como Profesora Asociada de Arqueología Americana, docencia que ejercí hasta finales de 1983. En 1984 me incorporé a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde en la actualidad, ya jubilada, me designaron como Profesora Consulta.

Durante el transcurso de los últimos años en el Museo de La Plata y los primeros años de mi último destino pasé algunos períodos en Francia y me interesé por los estudios andinos, particularmente en la Etnohistoria Andina. De modo tal que pude capitalizar mis conocimientos de arqueología andina y poco a poco me fui interesando en la etnohistoria del Noroeste argentino. Previamente había comenzado a formar un pequeño equipo de investigadores arqueólogos del Museo de La Plata. La transición entre la experiencia arqueológica-antropológica y una escasa formación en historia –y por cierto bastante olvidada– me permitió construir un puente para emprender una tarea interdisciplinaria. Estas fueron las condiciones por las cuales las autoridades de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires me designaron en una cátedra de la carrera de Antropología y en la dirección del Instituto de Ciencias Antropológicas.

En 1984 encontré en el Instituto cinco investigadores arqueólogos –el resto había formado un instituto del CONICET– y un pequeño grupo dedicado a temas de folklore y lingüística indígena. Era necesario reflotar, o diría reiniciar, los estudios de Antropología Social sobre nuevas bases teóricas y metodológicas. En 1985 organicé el Instituto en cinco secciones: Arqueología, Antropología Social, Antropología Biológica, Folklore y Etnohistoria, a fin de promover la investigación y la formación de equipos por afinidad de disciplinas. Designé al frente de cada sección a aquellos investigadores que podían acreditar más experiencia para orientar a los aspirantes a integrarse a los grupos con la mayor solvencia posible.

Como dije anteriormente, a raíz de mi experiencia en Francia en l'École des Hautes Études en Sciences Sociales donde me vinculé con el grupo de Nathan Wachtel y donde dicté cursos de arqueología americana, decidí iniciar investigaciones etnohistóricas en el Noroeste argentino. Para esta tarea conté con la colaboración en la cátedra y en el Instituto de las dos primeras discípulas en formación que se habían acercado en los años previos a mis nuevas competencias institucionales. Ellas eran Mercedes del Río y Ana María Presta. Los temas que abordamos por aquel entonces en la cátedra fueron una novedad en la carrera de Antropología de la UBA. Básicamente tratamos la sociedad indígena –al principio sólo prehispánica– de Mesoamérica y los Andes y al poco tiempo nos “llovieron” interesados en investigación dentro de esa propuesta metodológica. Y nosotras, al mismo tiempo que aprendíamos a interpretar las fuentes, nos atrevimos a transmitir esa experiencia incipiente.

Cuando lo pienso retrospectivamente no puedo creer que hayamos tenido semejante audacia. Presta era graduada en Historia, del Río en Antropología. Yo venía trabajando durante más de veinte años en una arqueología que viraba

hacia estudios propios de las ciencias duras –uno de los motivos que me apartaron de esta disciplina– y mis colaboradoras tenían muy escasa experiencia en investigación. Dicen que la necesidad tiene cara de hereje y no sé si por deseo de superación o por ignorancia nos atrevimos a diseñar proyectos y a incorporar estudiantes al primer equipo de investigación. Ese equipo contaba con becarios provenientes del CONICET y se desarrolló bajo un nuevo sistema de becas creado por la UBA. En esos primeros años dirigí a tres incipientes etnohistoriadoras –Ana María Presta, Mercedes del Río y Cora Bunster ², a una arqueóloga proveniente de la Universidad de La Plata –Verónica Williams– y a cuatro becarios alumnos de la UBA –Roxana Boixadós, Ana Schaposchnik, Juan Pablo Ferreiro y Rodolfo Cruz–. Todos ellos son, en la actualidad, investigadores y profesionales avezados y a su vez formadores de discípulos.

Poco a poco se fueron incorporando nuevos integrantes, algunos provenientes de otras universidades interesados en los nuevos enfoques sobre la etnohistoria andina. En ese momento las novedades que estaba impulsando John Murra en los estudios andinos, y que nosotros empezamos a difundir con gran énfasis, fueron un faro que guió la ruta de tanta gente joven. La tarea docente y de investigación continúa sin pausa hasta el presente. El interés por recuperar la historia de la sociedad indígena se amplió a equipos de investigación que se especializaron en las sociedades de Pampa-Patagonia y el Chaco, encabezados por Lidia Nacuzzi; posteriormente se sumaron grupos de trabajo centrados en el Litoral y el Paraguay.

En efecto, en este punto cabe una pregunta: ¿podría yo dirigir investigaciones sobre poblaciones con tantas historias y patrones culturales diferentes?, mi audacia ¿bordeaba

2 Bunster provenía de la Universidad de Tucumán y se aproximó al grupo en esos primeros años.

los límites de la ética profesional? Aunque mi objetivo fuera impulsar los estudios sobre la sociedad indígena, ¿hasta dónde era profesionalmente lícito dirigir investigaciones tan diferentes? La explicación posible consistía en que utilizaríamos el mismo enfoque metodológico, si bien la interpretación de las fuentes debía ser conducida en relación con los contextos particulares. Por un lado, a poco de avanzar en la etnohistoria del NOA nos dimos cuenta de la dificultad de aplicar a esta zona las mismas variables de análisis empleadas en los Andes Centrales, que constituían la base teórica y metodológica de la cual partíamos y sobre la que debíamos realizar sucesivas adaptaciones. En cada caso y en cada región las fuentes documentales, aunque producto del avance de la colonización, nos enfrentaban a desafíos distintos más allá de ciertas premisas comunes.

Los estudios sobre Pampa-Patagonia se iniciaron bajo el impulso de Lidia Nacuzzi, quien contaba con experiencia previa en investigación arqueológica; con ella discutimos largamente sobre cómo abordar el desafío que nos presentaba el nuevo tipo de fuentes y las particularidades de las relaciones entre los nativos y los colonizadores. Esas discusiones me permitieron ampliar las reflexiones acerca de la metodología de la investigación etnohistórica, repensar las investigaciones sobre el NOA y aprender a evaluar la caracterización de los diferentes tipos de sociedades. Lidia fue formando sus propios discípulos, incluso para otras regiones como las llanuras chaqueñas y del Litoral. En el caso del Paraguay la experiencia adquirida previamente me incitó a aceptar la propuesta de dirección de la tesis de licenciatura de Mercedes Avellaneda, quien se había incorporado a nuestro equipo docente y ya tenía conocimiento sobre algunas de las fuentes que se proponía utilizar.

La trayectoria anteriormente expuesta en forma muy sucinta permite diseñar el panorama de la génesis de los

estudios etnohistóricos impulsados desde la Universidad de Buenos Aires. Falta, no obstante, presentar algunas claves para dar cuenta del éxito de nuestro equipo y su reproducción hasta la actualidad. En primer lugar, establecer una estrecha relación entre el aprendizaje en el aula y las propuestas de investigación. Además de la cátedra de base, dictamos seminarios temáticos de grado y posgrado y, con el tiempo, formamos un grupo que comenzó a desempeñarse en el Seminario de Metodología donde se admiten estudiantes de Antropología, Arqueología e Historia.³ Todas estas actividades docentes fueron el semillero donde cosechamos a nuevos investigadores. La discusión personalizada sobre los temas seleccionados permite avanzar en la formación de nuevos investigadores de una manera más fluida.

Otra clave es trabajar en equipo, en temas afines y con presencia física en los espacios disponibles de cada sección del Instituto. De esa manera profesores y alumnos en algunos casos pueden realizar publicaciones conjuntas. Esta convivencia en un mismo ámbito de trabajo permite una mejor evaluación de la predisposición de cada aspirante, ayudarlo a elegir la temática, adaptarse a la metodología histórica y guiarlo en el proceso de interpretación cruzando evidencias. La selección temática también está vinculada con los recursos financieros e institucionales disponibles y, entre otros aspectos, ayuda a evaluar la potencialidad de las fuentes en los archivos a los que se puede acceder. Estas precauciones son válidas para cualquier disciplina y es necesario que los directores sepan sopesar la incidencia de cada uno de ellos en el resultado de una investigación.

Finalmente es necesario orientar a los estudiantes en los vericuetos de la política académica: las becas, los subsidios,

3 Seminario Anual de Investigación en Antropología Histórica, Orientación Sociocultural y Arqueología, Departamento de Ciencias Antropológicas.

las revistas científicas, los congresos, los criterios de evaluación en curso en las instituciones nacionales o internacionales. Nunca se debe olvidar la responsabilidad que asume el profesor o director de una beca o de una tesis pues está interviniendo en la vida y el futuro del investigador en formación que ha llamado a su puerta. Para ser maestro hay que acompañar al discípulo a lo largo de varios tramos de su ruta y prestar la atención que merece como investigador y sobre todo como persona.

En suma, a través de esta trayectoria he logrado orientar a numerosos investigadores y docentes. Muchos de ellos actualmente replican esta experiencia y forman, o han formado, equipos en donde se destacan como investigadores del CONICET o como docentes en varias universidades del país y del exterior. Ha sido una labor intensa, vital y enriquecedora para mí y para quienes me han acompañado.

25 años de la Sección Etnohistoria. Ana María Lorandi, MR

Ana María Presta

Inicialmente, permítaseme dejar para el final de esta disertación la explicación de un título digno de la bibliografía de Waldemar Espinoza Soriano.¹

Quando Ana María Lorandi primero y Lidia Nacuzzi, poco después, me invitaron a participar de esta celebración ofreciendo una conferencia, les pregunté sobre qué tema, qué problema y, más aún, como organizadoras e integrantes históricas de la Sección, qué aporte esperaban de quien fue parte de la Sección y, además, continúa haciendo etnohistoria aunque en otro Instituto de esta Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Ambas coincidieron en regalarme total libertad para disertar, aunque Ana María deslizó que preparara algo más íntimo, personal, relativo al nacimiento de la Sección, lo que conozco bien porque fui parte de ese proceso espléndido, único y enriquecedor, que me hizo acreedora a la MR.

1 Esta disertación fue presentada en el marco de la inauguración de las Jornadas 25 años de la Sección Etnohistoria, realizadas en Buenos Aires, del 24 al 26 de noviembre de 2010. Agradecemos a Ana María Presta la cesión del texto original para ser incluido en esta obra.

Contar los inicios de la Sección me pareció un tema no menor, aunque demasiado acotado a los afectos, que de modo alguno soslayaré, porque son parte de este grato recuerdo. Mi intención es presentar el nacimiento de la Sección de Etnohistoria asociado al momento político que vivíamos pero, sobre todo, describiendo la trayectoria de su directora y su producción académica hasta que partí a los Estados Unidos a realizar mi doctorado en 1990; todo ello, lo humano y lo personal, vinculado al desarrollo de la disciplina.

Conocí a Ana María Lorandi cuando promediaba la dictadura. De forma casual me encontré con Enrique Tandeter en una calle de Buenos Aires, recién llegado de Francia. Había sido mi profesor en 1974 y es quien despertó en mí el interés por las sociedades andinas y el período colonial temprano. En 1982 yo trabajaba como secretaria ejecutiva, no tenía vínculo académico alguno luego de que la Facultad prescindiera de mis jóvenes servicios en 1977 y me inhibiera de ingresar, incluso, a la Biblioteca del Museo Etnográfico por carecer del carnet del ilustre Colegio de Graduados, salvaguarda de la complicidad ideológica que la dictadura había consagrado en las aulas. Enrique me preguntó qué hacía, qué leía. Lo poco que sobre los Andes podía encontrar en las librerías o lo que me hago traer, le contesté. Luego de comentarle algunas ideas, me mencionó elogiosamente a Ana María Lorandi, a quien había conocido en París y sobre quien dijo trabajaba aislada, en un cuartito del Museo de la Universidad de La Plata. Me dio su teléfono, insistiendo en que entablara contacto con ella para comenzar a trabajar en los Andes y a los pocos días la llamé. Ana María se mostró muy abierta y gentil. Me invitó a su casa; charlamos de su presente y del mío. Me sorprendió su decisión de romper con la arqueología para dedicarse a una disciplina en la que estaba haciendo sus primeras incursiones.

Pocos años antes, había sacudido y profundizado la matriz de la periodización andina y la propuesta que Max Uhle legara a los arqueólogos para acceder a la comprensión de los apogeos de los estados e imperios y sus retracciones y declives. Utilizaba para ello variables ambientales e institucionales, patrones de asentamiento, sistemas de control de recursos y las relaciones sociales fundadas en los sistemas horizontales y longitudinales, todo lo cual era tributario de un profundo conocimiento de los clásicos y de su formación arqueológica, tras lo cual se revelaba la influencia de los trabajos renovadores de Augusto Cardich, Pierre Duviols y John Murra. Con su trayectoria de arqueóloga pero con la inquietud de abrazar la interpretación social de períodos y horizontes, quizás sin saber muy bien qué tema la desvelaría de allí en más, Lorandi pasó temporadas en París donde se vinculó con Nathan Wachtel en su seminario de l'École y donde conoció a colegas que se ocupaban de los Andes y los estudios del contacto, la temática del momento académico de la década de 1970.

En 1978, aquel trabajo de 1977 titulado “Arqueología y etnohistoria: hacia una visión totalizadora del mundo andino” se publicó revisado como “Les horizons andines: critique d'un modele” en la revista *Annales* dedicados al paisaje, el impacto del Tawantinsuyu en determinadas regiones y las transformaciones de ciertos grupos étnicos. Ese volumen de *Annales* reunía investigaciones que, con el correr del tiempo, se convertirían en lectura ineludible para los estudiosos de los Andes (Lorandi, 1978). Fue allí que Wachtel presentaba el dilema de los urus, R. Tom Zuidema abordaba el grupo dinástico inca y su concepción de la historia, John Murra explicaba la expansión incaica, las guerras de conquista y las rebeliones internas, Thérèse Bouysson-Cassagne revelaba el espacio simbólico del sur andino basándose en la crónica de Luis Capoche, Tristan Platt exhibía su simetría

en espejo, Thierry Saignes advertía sobre la filiación y la residencia en Larecaja, Olivia Harris debatía la organización simbólica de los *laymis* en el norte de Potosí, Frank Salomon adicionaba modelos al develar el propio para los Andes ecuatorianos, y Ana María, sin que la lista de autores terminara con ella, presentaba su nueva interpretación de los horizontes. El impacto de la publicación, una compilación de lujo más que un número de revista, se tradujo al inglés como *Anthropological History of Andean Politics* bajo el cuidado de John Murra, Nathan Wachtel y Jacques Revel en 1986 y allí “*les horizons...*” fueron “*Horizons in Andean Archaeology*”. Sin duda, la movilidad de los pueblos andinos, la búsqueda de recursos complementarios y el patrón de asentamiento hicieron que Lorandi pusiera el eje en los *mitmakquna*, migrantes interecológicos étnicos o estatales que, revelados por los trabajos de Murra y Wachtel, la hicieron pensar, inicialmente desde la arqueología, en los mosaicos, relictos y diferencias que observaba en el Noroeste argentino (NOA), su nicho de trabajo.

La influencia de los planteos multidisciplinarios de Murra, Wachtel y Duviols hicieron mella en el versátil pensamiento de Lorandi y completaron su giro definitivo hacia los estudios etnohistóricos, los que abrazó en la búsqueda de respuestas tras el amparo de la interdisciplinariedad, y que la alejaban de la entonces inflexibilidad modélica de la arqueología que, a esa altura, representaba un freno a sus inquietudes interpretativas.

Fue en medio de ese cambio cualitativo académico, que también anudaba decisiones personales, afectivas y de vida, que la biblioteca de Lorandi se convirtió en mi alimento permanente. En los encuentros quincenales que manteníamos en su casa de la calle Entre Ríos, donde algunas veces nos acompañaba su bella y talentosa hija Valentina –que por entonces era una gacela que tocaba el piano– ella disfrutaba

de mis progresos mientras yo escuchaba sus ideas. Como alguna vez dijera Mercedes del Río, Ana María tenía –y tiene– una notable audacia intelectual y una intuición poco común para detectar temas, problemas y alcanzar resultados. En el lenguaje cotidiano diríamos que es alguien que se juega por lo que piensa y, sobre todo, por su gente, por aquellos que demuestran vocación, compromiso y, sobre todo, honestidad intelectual.

Fue entonces, luego de un año largo de conocernos intelectualmente que directamente me mandó al Archivo, a los Padrones de Tarija, en concreto y a buscar mitimaes. Juro que ni siquiera pude esbozar una respuesta frente a la contundencia de su consejo, que tomé como una orden, y hacia allá fui.

La política colonizadora de los últimos incas y su experiencia de trabajo en el NOA ubicaron a Lorandi en el Tucumán del contacto y en sus vínculos con zonas vecinas, de allí su sugerencia y la intuición de una continuidad etnocultural que entonces no conocía fronteras. Ella había determinado asentarse en el Tucumán, donde plantó desde entonces sus investigaciones y desde la década de 1980 se constituyó en estudiosa, prolífica pensadora y, poco más tarde, en referente. Rescató, releyó y reinterpretó crónicas, informes, relatos, documentación administrativa editada, cancioneros y fuentes de archivos provinciales; y teniendo como soporte los más de veinte años de experiencia de campo en la región se dedicó a develar las sociedades indígenas en situación de dominación inca y contacto colonial.

Un par de categorías y problemas redondeaban la temática eminentemente inclusiva e incaica con que Lorandi observaba al Tucumán prehispánico, sobre el que buscaba fundamentar la presencia cuzqueña. La disposición eco-simbólica del espacio surandino, organizado y equilibrado en torno al eje acuático conformado por el río Azángaro,

el Lago Titicaca y el río Desaguadero, se habían plasmado en la división aymara *urco* y *uma*, como replicación de las del centro, *hanan* y *hurin*, que ordenaban la cosmovisión incaica. Amplificando y extendiendo el esquema de Bouysse-Cassagne, Lorandi pensó al Tucumán como parte del Umasuyu, dando a conocer en 1980 un artículo que tomaba distancia del *rexgonzalismo* y las “provincias incas del antiguo Tucumán” para poner el eje en lo local y lo regional dentro de la especificidad del NOA y su integración en el Tawantinsuyu (Lorandi, 1980). Mis elusivos chichas tarijeños no podían dar cuenta de tal especulación y menos aún de la incorporación al Cuzco, porque los padrones que guarda el Archivo General de la Nación (AGN) son demasiado tardíos –como que los más completos datan de 1683–. No obstante ello, un conjunto de topónimos y nombres étnicos me llevaban a un pasado más remoto e inaccesible desde Buenos Aires.

Mercedes del Río, quien tiempo antes que yo había comenzado a trabajar con Ana María Lorandi, leía otros padrones en virtud de ciertas pistas que John H. Rowe había deslizado en su clásico “Inca Culture at the Time of the Spanish Conquest” publicado en el *Handbook* en 1946. Por entonces ordenaba y sistematizaba las poblaciones de los valles mesotérmicos de los corregimientos coloniales de Tomina y Yamparaez, hoy Departamento de Chuquisaca, en el Estado Plurinacional de Bolivia. Nos dividimos el trabajo y comenzamos a pensar juntas la manera de armar un rompecabezas étnico. La densidad ocupacional, la favorable comparativa de los *suyos* y *urcos* que Huayna Capac había organizado para la chacra de Colchacollo en los valles maiceros de Cochabamba parecía un patrón que se había reiterado en los ayllus de mitimaes del pueblo de Tarabuco donde, al igual que en los restantes asentamientos y reducciones coloniales, observábamos migrantes incaicos del

Chinchaisuyu, Collasuyu y Cuntisuyu conviviendo con los originarios yampara y los supuestos salvajes moyos-moyos del Antisuyu.

Mientras la prudencia de dos jóvenes investigadoras daba largas a la producción de un artículo que provocaba en la Directora una inquietud amenazante, ella presentaba tres nuevas investigaciones. Los mitayos y *mitmaqkunas* por un lado, los migrantes asociados con la complementariedad ecológica y su funcionalidad étnica y estatal situados en los valles orientales jujeños vistos tras un juicio entre encomenderos, y la especialización laboral de los olleros en diversos centros manufactureros del Tucumán. Todo ello acercaba a Lorandi a un tema que aún le merece consideración y del cual conversamos a menudo: la peculiar segmentación de las unidades políticas del NOA, su menor complejidad en relación a los colectivos de los Andes Centrales y Nor-Meridionales, la infrecuencia de liderazgos fuertes y la ausencia de líderes de consistencia regional y de larga duración, todo lo cual no resulta, precisamente, en la automática marginalidad de la región o en su injustificada minoridad demográfica sino en un espacio culturalmente diferenciado. Entre otras variantes, el Tucumán se presenta habitado por indígenas con otros imperativos reproductivos que resuelven más allá de la complementariedad ecológica. Quizás estos grupos estuvieron gobernados por líderes más estacionales que por linajes de larga data y utilizaban los calendarios agrícolas y productivos para poblarse en lugares específicos y avanzar o retroceder frente a los conquistadores, las catástrofes climáticas o la guerra, según advierte Laura Quiroga. Pero entonces, en la década de 1980, nuestras preguntas estaban más atadas a los modelos centrales y la novel experiencia disciplinar no nos permitía observar las diferencias que quedaban opacadas por el respeto a los patrones verificados en el centro político del viejo imperio.

Igualmente, tanto la existencia de los mitayos y *mitmaqkuna* en los centros tucumanos, como el pleito de Juan Ochoa de Zárate por los ocloya y los olleros del inca eran un formidable avance sobre lo conocido hasta entonces (Lorandi, 1983, 1984a, 1984b).

En medio de las sugerencias que nos provocaba Alberto Salas y su descripción étnica de la Quebrada de Humahuaca, que revisábamos junto a los últimos textos de Pedro Krapovickas, buscando la aplicación material del modelo de Murra con respecto a los vestigios de la expansión del Tawantinsuyu en el NOA, se despedía la dictadura. Después de siete largos años de lucha, confinamientos y miedos, volvíamos a votar. El gobierno del Dr. Alfonsín acababa de asumir y abrigábamos grandes expectativas de estabilidad política, respeto a las libertades individuales y mejora económica. En la academia lo que ocurrió fue un *pachakuti*. Se operó un cambio notable que a menos del año de la inauguración derivó en la apertura de los claustros y la revitalización de los sistemas de investigación.

Una tarde Ana María me llamó a la oficina. Le habían ofrecido la Dirección del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras sito en la calle 25 de Mayo. Me invitaba a acompañarla en una tarea que por teléfono era difícil de comprender. También lo era desde el lugar y el tiempo en que nos tocaba trabajar en la reconstrucción de un espacio yermo en el que Lorandi se jugaba a instalar una disciplina sin prensa, sin tradición ni visible interés entre los antropólogos, campo que además carecía de historia en una Facultad que, encima, para ella era ajena. Sin embargo, su personalidad abierta, su compromiso de diálogo y su propuesta de anudar lazos entre los antropólogos –los arqueólogos y “los sociales” como se dividían entonces– fue otro más de sus éxitos, que vivía con transparente alegría.

Una mañana, en la que pedí horas en mi trabajo, Ana María, Mercedes y yo llegamos a la sede de la Facultad de Filosofía y Letras en la calle 25 de mayo para ingresar a un sitio desangelado, austero, limpio; un claustro, a fin de cuentas, en el que yacían muebles de cedro oscurecidos, escritorios macizos, un armario con cortinas marrones, un sillón, un par de sillas viejas, la cabeza de un *iroqués* y ningún libro. Ana María se sentó tras un escritorio en una oficina que por mucho tiempo sería su despacho. Empezó a hablar, a pensar en voz alta mientras recibía a algunos miembros del Instituto, al personal de apoyo de CONICET que había permanecido tras el desbande de los académicos, mientras nosotras pasábamos al cuartito contiguo, donde el sol del otoño se filtraba por la ventana. Allí tampoco había más que dos escritorios, estantes bajos y las sillas que nos iban a acompañar a lo largo de casi una década.

Con una capacidad asombrosa de trabajo y con ideas organizativas que más allá de su proyecto constituían desafíos a resolver sobre la marcha, el Instituto se empezó a poblar. Había un conjunto de jóvenes e inolvidables compañeros, los arqueólogos, entre los cuales tengo entrañables amigos, y con quienes compartíamos un gran salón frente al despacho de la Directora. Annette Aguerre habitaba un corredor luminoso aunque oscurecido por la superpoblación de cajas-depósito de viejas campañas. La acompañaban Isabel González, Cecilia Pérez, María Oneto, Hugo Yacobaccio, Carlos Aschero, entre otros colegas, con quienes aprendí nuevos lenguajes y metodologías. Martha Blache estaba al frente de la sección Folklore y la secundaba Ana María Dupey. A menudo pasaban por el Instituto Leonor Acuña y Carlos Gradín, luego se incorporaron Norma Ratto y Lidia García al colectivo arqueológico y otros profesionales que hoy están en el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL) o en Saavedra 15.

La “banda” se hizo multidisciplinar y esa característica abonaba de sentido la creación de Lorandi, aunque siempre que podía resaltaba que ya no haría arqueología. Mi afecto cotidiano se depositó en Sarita, Sara Sosa Miatello, con quien tenía larguísimas charlas y cuya trayectoria me daba material para armar el rompecabezas de la institución y su historia. Alicia Álvarez estuvo con nosotros poco tiempo pero siempre nos regalaba su franca sonrisa y su disposición a ayudar con la tarea administrativa. Tiempo más tarde adquirimos a un caballero maravilloso, compañero fiel y consejero tierno, insustituible en su tarea de apagar incendios, el señor Emilio Dalví, y ganamos a una joven administrativa, Carmencita. Pero sigamos con los inicios. Todo comenzó con pasión y buenas intenciones, de dinero ni la sombra, de personal no académico el deseo. Los comienzos fueron de una creatividad asombrosa, de proyección intensa y, reitero, de presupuesto cero.

En ese 1984 sumamos el desafío de la docencia. Lorandi asumió la vieja Etnografía Argentina y Americana II y, nuevamente, la acompañamos del Río y yo. Discutimos y plasmamos un novedoso programa anual que daba cuenta del contacto hispano-indígena en Mesoamérica y los Andes. Vivíamos leyendo y desparramando inquietudes en Marcelo T. de Alvear, donde todo era pequeño y nos desbordaba. Como yo continuaba trabajando en la empresa privada, dictaba los prácticos nocturnos. Allí fui docente de varios doctores y doctoras que hoy están aquí, saludando este aniversario. Los estudiantes se acercaban buscando trabajar con nosotras. De pronto el salón compartido con los arqueólogos se vio superpoblado y “los chicos” empezaban a demandar bibliografía, formación y apoyo académico. Roxana Boixadós, Rodolfo Cruz, Juan Pablo Ferreiro y Ana Schaposchnik fueron los primeros jóvenes valientes que integraron el equipo de la Sección Ethnohistoria. Cora Bunster

se había acercado en 1985. Rodolfo y Cora eran los tucumanos reales y tangibles del equipo, *mitimaes* de Amaicha y del jardín de la república radicados en González Catán y Barrio Norte, respectivamente. Cora también acarrearba inquietudes de investigación temprano-coloniales en su *llaqta* y más tarde se incorporó a la cátedra. Luego llegaron Cynthia Pizarro y Carlos Zanolli. Con algunos de estos jóvenes integrantes las discusiones teóricas eran tan feroces como enriquecedoras y rara vez se saldaban. Lo real era que todos estábamos comprometidos con la tarea y la Directora siempre iba por más. Como que tomaba en sus manos, por ejemplo, la dirección de *Runa*, la revista del Instituto, que había sufrido los altibajos de edición propios de la inestabilidad y la desidia política del pasado reciente.

Casi paralelamente se operaba la reorganización del CONICET y nuestra jefa tuvo allí un rol central como integrante de la Comisión del área entre 1984 y 1988. Ni los *senior* ni los *junior* de la Sección sabíamos muy bien de qué se trataba el Consejo, ya que durante los *años de plomo* su función se había limitado en todos los niveles. La democratización de la institución nos permitió acceder a Mercedes y a mí, aunque pasadas de edad, a nuestras primeras becas para retomar, definitivamente, la carrera académica. Para mi presentación a la Beca de Iniciación recibí otra sugerencia fundamental que es mi MR y resume mi carrera. Ana María me aconsejó viajar a Bolivia: “plantáte en el sur andino y hacé tu nido ahí”, palabras más, palabras menos, fue el mensaje indiscutible.

Viajamos con Mercedes y penetramos en un mundo pleno de sorpresas. En el invierno de 1985 llegamos a Sucre, ciudad muy provinciana entonces, donde ambas parecíamos extraterrestres. Todos y todas nos miraban. Al principio no entendíamos por qué. La formalidad femenina chuquisaqueña y la tradicionalidad de los comportamientos no

cuajaban con dos jóvenes que, a más de andar solas contradiciendo el mandato andino del emparejamiento femenino-masculino, hablaban raro, llevaban jeans apretados, botas tejanas y tapados de piel. Mercedes tenía uno de leopardo y yo otro de largos pelos de cabra. Pero la verdadera sorpresa, más allá de la ajenidad y la alteridad de la que éramos objeto, la deparó el Archivo Nacional y su director, Gunnar Mendoza, consejero inigualable, sabio docente y entrañable amigo, quien siempre tendrá un lugar en mi corazón. De Sucre nos fuimos en tren a Potosí y luego yo viajé a Tarija. Completamos un recorrido magnífico, volvimos llenas de documentos y proyectos, de propuestas y contactos, ya que en Archivo de Sucre confluían los mejores etnohistoriadores del momento, quienes pronto se convirtieron en colegas y referentes cercanos. Yo, además, retorné con un diario de viaje en el que había escrito, noche tras noche, las experiencias bolivianas cotidianas. Muchas tardes de mate en el Instituto se acompañaban con la lectura de esas anécdotas, las que Juan Pablo Ferreiro no olvida y con cuyo recuerdo me sorprende, a pesar de los años transcurridos.

Mientras Lorandi se abocaba a institucionalizar la Sección y legitimar el Instituto con proyectos de investigación y la formación de investigadores, tarea en la que descolló por su compromiso y enorme generosidad, su producción no cejaba. En 1987, junto a Marta Ottonello publicó *10.000 Años de Historia Argentina. Introducción a la Arqueología y Etnología*. El manual, editado por EUDEBA y que sólo podían haber escrito dos arqueólogas con experiencia de historiadoras, fue un éxito y renovó la consulta de las sociedades amerindias desde el poblamiento a la complejidad sociocultural. Paralelamente, Lorandi empapelaba la academia con su visión del Noroeste y sus habitantes. Los ejes frontera, marginalidad, baja densidad demográfica, identidad, cacicazgos débiles, mitmaqkuna, verticalidad ecológica y conflicto

diseñaban, por ejemplo, el derrotero diaguita y su inserción en el Tawantinsuyu (Lorandi, 1988a).

El invierno de 1987 nos enfrentó como grupo, por primera vez, a una Conferencia Internacional de la especialidad. En Santiago de Chile había un Encuentro de Etnohistoriadores. No disponíamos de dinero y viajamos en ómnibus desde Buenos Aires a la capital de Chile. Nos recibió *Santiago ensangrentada*, en uno de los tantos días de lucha popular frente a una dictadura que parecía no tener fin. El grupo de etnohistoriadores chilenos se portó de maravillas con nosotras; los colegas quedaron sorprendidos por el avance de las tres etnohistoriadoras argentinas y sus originales aportes sobre Tucumán y Charcas, que más tarde publicaron. Para Lorandi, la presentación en el encuentro de Santiago fue el comienzo de un tema, tal vez su más saliente amor académico, que la llevaría más tarde a la escritura de su libro sobre Bohorquez, en tanto presentó una síntesis de la resistencia y las rebeliones en los valles Calchaquies (Lorandi, 1988b).

Entre 1985 y 1989 comenzamos a recibir financiación. Primero del CONICET y luego estrenamos un UBACyT que sellaba institucionalmente el desarrollo del equipo. Los jóvenes accedían a becas estudiantiles, las senior continuábamos las investigaciones y viajábamos a Bolivia para completar el aparato heurístico que crecía en envergadura y nos llevaba a plantear problemas diferentes de los que se plasmaban para el Tucumán, tierra a la que las “bolivianas” llamábamos “devaluada” en comparación con nuestras áreas de estudio. La abultada masa documental con que contábamos para los Andes nor-meridionales hacía la diferencia y, por entonces, cuando los más jóvenes iban a producir sus primeros trabajos comenzamos a rescatar documentos en Sucre que hacían a la etnohistoria de los indios del Tucumán y sus primeras encomiendas.

A mediados de 1988, dos trabajos marcaron definitivamente la producción del equipo sobre el Tucumán. En la *Revista Andina*, Lorandi publicó su clásico estudio sobre el servicio personal como agente de la desestructuración de las sociedades indígenas, estableciendo una continuidad tributaria materializada en la obtención de la renta trabajo. Como forma tradicional andina de tributar, en los espacios centrales se había limitado en la década de 1550 para reaparecer en la mita que la Audiencia de Charcas regulara para Porco en 1565, o en escasas excepciones previas a la monetización de 1575. Modelo aún vigente y no revisado, el servicio personal es una de las Marcas Registradas que las siglas de esta conferencia anuncian junto a las iniciales de Ana María Lorandi. Casi al mismo tiempo, Lorandi y Roxana Boixadós plasmaron otra de las plus marcas cuando publicaron su “Etnohistoria de los valles Calchaquíes” que consagraría a la joven y prometedora Roxana como *yanantín* de su Pivanti, otorgando a las autoras un incontestable señorío en la región (Lorandi, 1988c; Lorandi y Boixadós, 1987-1988). Poco después llegó el artículo que Lorandi escribió con Cora Bunster sobre las categorías de análisis utilizadas por los españoles para describir el Tucumán colonial, herramienta metodológica de obligada consulta para los estudiosos del área (Lorandi y Bunster, 1987-1988).

El equipo de trabajo se consolidaba y se volvía ambicioso. Una tarde cualquiera dije en voz alta y sin mayores precisiones que debíamos hacer un Congreso. Las *tres mosqueteras* nos miramos, tomamos lápiz y papel y empezamos a escribir nombres, temas, simposios y comentaristas. El I Congreso Internacional de Etnohistoria se ponía en marcha, sin *email* ni fax, mediante cartas enviadas desde el Correo Argentino y respondidas de igual modo, por correo internacional ordinario. Era la forma de institucionalizar

las relaciones internacionales que habíamos labrado, plas-mándolas en un evento académico que iba a iniciar una se-cuencia de encuentros bianuales que persiste hasta la fecha. La convocatoria fue mayúscula pero las confirmaciones y presencias excedieron todas las expectativas. Todos los au-tores de la bibliografía nacional e internacional se dieron cita en la nueva sede de Puán 480 que estrenamos en julio de 1989.

La sede era un orgullo, olía a nuevo, a confort, pintura y desinfectante. El Decano Norberto Rodríguez Bustamante estaba exultante. Había leído muchas de las ponencias e intentó una síntesis antes de la realización del mismo evento, en su largo discurso de apertura. La Presidenta y las dos Secretarías quedaron desbordadas por los ponentes y un público que llenaba los salones y participaba ac-tivamente de los debates. En cuanto a calidad académica y originalidad expositiva, el I Congreso de la especialidad no tuvo parangón con las versiones que vinieron después. Disfrutamos, a pesar de la adversidad de quedarnos sin los fondos recaudados de antemano porque la hiperinflación de los últimos meses del gobierno del Dr. Alfonsín nos li-cuó los brindis y el banquete que diariamente reclamaba John Murra, seguramente acostumbrado a las invitaciones de la Pontificia Universidad Católica de Lima y a sus mozos de guantes blancos. No hubo cena de gala pero sí una inol-vidable camaradería y un conjunto de ponencias que aún hoy recuerdo por su brillantez y apertura de temas y pro-blemas. No faltaron los debates ni las confrontaciones me-todológicas. La conferencia de cierre, a cargo del maestro Murra, más allá de toda ironía imaginativa debido a su pe-culiar castellano para definir y describir el *Spondylus*, fue el broche que selló la definitiva presentación en sociedad de la Sección Etnohistoria y la valoración internacional de su equipo de trabajo.

Como heredera de la intuición de Ana María Lorandi supe que el porvenir luego de 1989 no iba a ser propicio para mi trabajo ni para el país. Al finalizar el Congreso, y casi de inmediato, comencé a buscar dónde anclar en el exterior; en concreto, un lugar donde podría realizar mi doctorado y convertirme en estudiante rentada a tiempo completo. Mi partida hacia los Estados Unidos coincidió con la renovación del equipo, la integración de Lidia Nacuzzi, la adaptación a la nueva sede de Puán y el desarrollo de nuevos temas. Mientras yo he persistido en la Etnohistoria y la Historia Colonial temprana junto a mi equipo del PROHAL, los caminos de Lorandi y gran parte de sus discípulos abarcan versátilmente otros siglos y problemas bajo el amparo de la Antropología Histórica.

Pero si hay una continuidad en el trabajo de la directora de la Sección es la formación de investigadores, tarea con la que me identifico y en la que Lorandi descolló por su generosidad, docencia y entrega. Si algo caracteriza a Ana María para bien del principiante es convencerlo de que es el mejor, ofreciéndole una seguridad a prueba de misiles y un sostén inigualable frente al encomio o la adversidad. Como una verdadera tutora y maestra, Ana María siempre te hace sentir superlativa, creándote la confianza para que te tragues el mundo, avances, definas y te lances, como ella, todos y cada uno de los días, a la honesta conquista de los objetivos. Por esa persistencia, por esa tenacidad, hoy celebramos estos 25 años, los de Ana María Lorandi al frente de la Sección Etnohistoria, su Marca Registrada. He aquí el título de mi presentación. Muchas gracias.

Bibliografía

- Lorandi, A. M. (1978). "Les horizons andines: critique d'un modele". *Annales: Economie, Societé, Civilization* 33 (5-6): 921-926. (Número especial dirigido por J. Revel, J. Murra y N. Wachtel).
- ____ (1980). "La frontera oriental del Tawantinsuyu: el Umasuyu y el Tucumán". *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 14 (1): 147-165.
- ____ (1983). "Mitayos y mitmakuna en el Tawantinsuyu Meridional". *Histórica* 2 (1): 3-50.
- ____ (1984a). "Pleito de Juan Ochoa de Zárate por la posesión de los indios Ocloyas. ¿Un caso de verticalidad étnica o un relicto de archipiélago estatal?". *Runa* 14: 123-142.
- ____ (1984b). "Soñocamayoc, los olleros del Inka en los centros manufactureros del Tucumán". *Revista del Museo de La Plata* 8 (62): 303-327.
- ____ (1988a). "Los diaguitas y el Tawantinsuyu. Una hipótesis de conflicto". *Actas del 45 Congreso Internacional de Americanistas*, Bogotá 1985. *British Archaeological Research: 235-259*. (Reeditado en 1988. En Dillehay T. D. y P J. Netherly (comps.); *Las Fronteras del Estado Inca.*: 198-216. Quito, ABYA-YALA).
- ____ (1988b). "La resistencia a la conquista y las rebeliones draguito-calchaquí en los siglos XVI y XVII". *Cuadernos de Historia* 8: 99-122.
- ____ (1988c). "El servicio personal como agente de desestructuración en el Tucumán colonial". *Revista Andina* 6 (1): 135-173;
- Lorandi, A. M. y Boixadós, R. (1987-88). "Etnohistoria de los valles Calchaquíes en los siglos XVI y XVII". *Runa* 17-18: 227-424.
- Lorandi, A. M. y Bunster, C. (1987-1988). "Reflexiones sobre las categorías semánticas en las fuentes del Tucumán colonial". *Runa* 17-18: 221-262.

Trascendiendo materialidades: aproximaciones interdisciplinarias y estrategias de investigación del pasado prehispánico en el noroeste argentino

Verónica Isabel Williams y María de Hoyos

La arqueología fue la disciplina que eligió inicialmente Ana María Lorandi para comenzar su carrera docente y científica. En primer lugar desde Rosario, donde adquirió su formación y, posteriormente, desde la Universidad de La Plata donde se orientó a investigar las etapas precolombinas del Noroeste argentino (NOA). Sus intereses fueron variados y, en todos los casos, muy tempranamente procuró buscar apoyo en otras ciencias –sociales y naturales– para el estudio de las sociedades del pasado.

En este trabajo nos vamos a referir a tres aspectos en los que Lorandi centró sus investigaciones delineando agendas que se continúan discutiendo hasta la actualidad. Uno de estos aspectos se refiere al Tawantinsuyu, más específicamente a la dominación estatal en la región: la relación del imperio con las poblaciones nativas, los motivos de su expansión, las fronteras, la funcionalidad de los sitios, su presencia en los valles y los vínculos con las comunidades ubicadas en las llanuras fueron algunas de las cuestiones que concitaron su interés

El otro tema de investigación, que en este caso culminó con su tesis de doctorado, fue el arte rupestre –especialmente de la región valliserrana central del Noroeste. Su objetivo fue aislar distintos estilos, ubicarlos contextualmente y establecer “hasta donde sea posible” su cronología (Lorandi, 1966: 16). Obtuvo como resultado una de las primeras secuencias generales a través del empleo de un conjunto novedoso de técnicas cuantitativas y cualitativas.

El tercer aspecto está relacionado con la arqueología de Santiago del Estero, donde sus investigaciones iniciaron una nueva etapa en el desarrollo de la disciplina a nivel regional en el marco de la Nueva Arqueología.

En todos los casos, para comprender el aporte realizado por Lorandi en la visibilidad y la discusión de estos temas, es necesario contextualizar en qué circunstancias se fueron gestando, qué teorías y metodologías se empleaban en aquel entonces y cuáles fueron las propuestas interdisciplinarias de Lorandi para trascender las materialidades.

El Tawantinsuyu y su dominio del Noa

Desde finales de la década de 1960 llegaron al país los primeros ecos de la obra de la John Víctor Murra sobre la antropología y la arqueología andinas pero, como atestiguan Lorandi y Nacuzzi “debido a las alternativas políticas de la Argentina –que afectaron a la investigación científica en todos sus planos– su influencia no pudo ser canalizada hasta la década de 1980” (Lorandi y Nacuzzi, 2007: 287). En la producción científica de Murra temas como la tenencia de la tierra, las formas de intercambio y las relaciones entre los grupos étnicos y el estado fueron pioneros y orientadores

para la arqueología andina (Murra, 1984; Ramos, 2011). Su concepción, acentuando la originalidad del imperio Inca, “fuertemente centralizado pero operando en base a una maximización de los modelos políticos, económicos y sociales ya desarrollados por milenios en el mundo andino” (Murra, 1978: 131), fue inspiradora para la propuesta teórico-metodológica implementada por Lorandi en la arqueología argentina (Lorandi, 2006: 206).

En la década de 1980, la arqueología procesual fue tomada en Argentina como una alternativa a los marcos histórico-culturales vigentes hasta los años 70, convirtiéndose Lewis Binford en el investigador más influyente en el país en los últimos 40 años. Su obra *Archaeology as Anthropology* (1962) tuvo una amplia recepción en las universidades nacionales, especialmente en Buenos Aires, con menor repercusión en La Plata donde se desarrollaban mayoritariamente los estudios de sociedades denominadas agroalfareras. Esto llevó a los investigadores a continuar profesando paradigmas histórico-culturales o el evolucionismo cultural hasta la llegada de la obra de Murra, o un poco más tarde con los enfoques posprocesuales –como el de Ian Hodder, posición humanista que criticaba a Binford (Politis y Curtoni, 2011).

En forma paralela, el desarrollo del Proyecto “Huánuco Pampa” en la Sierra Central peruana dirigido por Murra se convirtió en un referente para la arqueología andina por la proyección teórico-metodológica que integraba la Etnohistoria y la Arqueología andinas. Este proyecto fue el puntapié inicial de una nueva forma de entender el estado inca en regiones alejadas del Cusco. La información publicada sobre los diferentes sectores excavados del sitio, la descripción de la cerámica, de la arquitectura, del almacenamiento, de las relaciones entre las poblaciones locales y el estado, sumado a la información

procedente de los documentos históricos, reflejaban las ideas cobertoras de Murra y sus propios intereses (Morris y Thompson, 1985).

Justamente en la década de 1980 se dio una situación coyuntural marcada por la pluralidad de investigaciones y el inicio de propuestas multidisciplinarias o interdisciplinarias, algunas de ellas surgidas tras la expansión regional de la denominada, hasta entonces, Etnohistoria y los debates respecto a cómo definir ese campo.¹ Por ende, en la década de 1990 el conocimiento sobre la expansión del estado inca hacia los Andes del Sur descansaba mayoritariamente sobre modelos emanados de la Etnohistoria, lo que no significaba realmente una falta de interés arqueológico por conocer y explicar el funcionamiento de este imperio (Malpass, 1993; D'Altroy, 2003; Malpass y Alconini, 2010) sino que el peso de la tradición de las crónicas y las influyentes propuestas de estudiosos como Murra (1978, 1989), Rostworowski (1988), Rowe (1944, 1982) y Zuidema (1964, 1990) entre otros, marcaron una senda en la manera de construir la historia andina basada en documentos escritos, quedando como desafío implícito y explícito su verificación y complementación arqueológica. El énfasis de estos análisis radicaba en el funcionamiento de las estructuras políticas, económicas e ideológicas estatales a nivel de las elites dirigentes, relegando a un segundo plano otros segmentos de estas sociedades o los procesos sociales ocurridos en comunidades locales alejadas de los centros políticos principales.

1 Lorandi y Nacuzzi (2007: 283) expresan: "No renegamos del rótulo Etnohistoria, siempre la hemos defendido como una metodología, un enfoque, un abordaje o una táctica de investigación en el sentido de Murra. Pero a la vez, parece más claro definir nuestro campo como Antropología Histórica en la medida en que -con fuentes históricas- además nos ocupamos del pasado de grupos étnicos, los cuales en muchos casos ya no existen o han sufrido un intenso proceso de mestizaje y reconfiguración étnica o etnogénesis".

En los últimos años se ha insistido en la necesidad de desarrollar nuevas orientaciones y marcos teóricos alternativos derivados del análisis crítico de datos arqueológicos, cuyos resultados muestran un panorama más dinámico y heterogéneo de los modos de interacción del estado con los territorios anexados.² Esto ha provocado una explosión de estudios arqueológicos con énfasis en distintos aspectos del aparato del estado destinados a establecer los procesos de surgimiento, expansión y dominio de los territorios del Tawantinsuyu, como así también a observar procesos de resistencia o aceptación por parte de las sociedades locales, los efectos en sus dinámicas históricas, tanto como en las propias políticas del estado.

Un ejemplo de la aplicación del modelo de imperios para el cual el Tawantinsuyu era una organización de tipo imperial que distinguía una economía doméstica y una economía política, fue el proyecto del valle del Mantaro en la Sierra Central peruana (D'Altroy y Hastorf, 2001: 6). Este proyecto contemplaba especialmente tres variables: las actividades de subsistencia tanto del personal estatal como de las poblaciones dominadas, la producción y el consumo de bienes para intercambio y para la elite y la organización de los asentamientos (Earle y D'Altroy, 1982; D'Altroy *et al.*, 1985; D'Altroy, 1992). A partir de 1992 este modelo fue replicado por algunos de los integrantes del grupo original en el sector norte del valle Calchaquí, en el NOA, a través

2 De los modelos analíticos sobre imperios como centro-periferia; capitalista-tributario, metrocéntrico-pericéntrico-sistémico; hegemónico-territorial, el más usado en los Andes en las décadas de 1980 y 1990 ha sido el hegemónico-territorial, argumentándose que el sistema de administración inca pudo desarrollarse a través de una serie de estrategias potenciales para consolidar su control sobre los grupos sometidos. El ocaso del evolucionismo cultural dio lugar a una notable diversidad de enfoques como el materialismo procesual, la ecología evolutiva, el marxismo, la teoría de la práctica, la teoría del sistema mundial y los modelos de elites intermedias y agencia, entre otros (Nielsen, 2007: 9).

del “Proyecto Arqueológico Calchaquí” en el que Lorandi participó con sus contribuciones etnohistóricas (D’Altroy *et al.*, 2000; DeMarrais, 2001).

Estas investigaciones fueron demostrando que, contrariamente a lo que afirmaban los primeros estudios sobre el imperio y la propia propaganda inca (Garcilaso de la Vega, [1609] 1960), el estado no reorganizó radicalmente las sociedades andinas conquistadas. Los incas manipularon selectivamente aquellos aspectos de las culturas indígenas que impactaban directamente sobre las finanzas estatales, el control y la seguridad. Las variables políticas incluyeron: la reorientación de las economías locales y su inclusión dentro de la economía política imperial, la disminución de los lazos económicos y políticos regionales horizontales y extraregionales en favor de lazos verticales estado-sociedades locales, el debilitamiento de las bases del poder político independiente y la incanización del sistema simbólico.

En este sentido, el creciente interés de los arqueólogos en los últimos veinte años por la identificación funcional de los sitios que el Tawantinsuyu implantó a lo largo de todo su territorio es notable. Ya en la década de 1980, Lorandi transmitía sus preocupaciones sobre la investigación del estado inca en el NOA vinculadas con la naturaleza de la dominación, las causas de la expansión y las identidades de los colectivos étnicos que realizaban prestaciones en los sitios estatales.³ Señalaba que las investigaciones de este tipo debían ocuparse de dos aspectos íntimamente asociados: 1) la finalidad/es a las que fueron destinados los asentamientos y 2) qué naciones o grupos aborígenes fueron movilizados para prestar

3 Su interés por el estado inca se desarrolló a continuación de sus aportes a la arqueología de Santiago del Estero por más de diez años.

servicios en ellos y a qué sistema o sistemas de prestaciones tributarias fueron sometidos (Lorandi, 1983: 3).

Actualmente existe cierto consenso entre los investigadores, especialmente en aquellos que trabajan en áreas alejadas de grandes centros estatales o íconos andinos como el Cusco o el Lago Titicaca, en torno a la idea de que el imperio inca generó múltiples estrategias a fin de integrar o adecuarse a la realidad socio-política de las áreas dominadas, en algunos casos muy evidentes y en otros muy sutiles (Nielsen y Walker, 1999; Ratto *et al.*, 2002; Acuto, 2007; Nielsen, 2007; Williams, 2010; de Hoyos, 2011; Williams y Castellanos, 2011; Orgaz y Ratto, 2013).

Por otro lado, se han planteado diferentes hipótesis acerca de las razones que el imperio habría tenido para anexar el NOA; a saber: la necesidad de ampliar territorios como parte de un mecanismo de herencia partida, la explotación minera aprovechando la tradición metalúrgica local (A. R. González, 1980 y 1982; Raffino, 1981; Angiorama, 2004) y la producción agrícola y de artesanías (A. R. González, 1980; Raffino *et al.*, 1983; Olivera, 1991; L. González, 2002). Pero podemos considerar otra alternativa y es que la dominación también se basó en el interés por obtener más mano de obra, pilar sobre el que descansó el estado y, además, en la constante necesidad de ampliar sus fronteras. No obstante, en muchos casos, esta política parece no haber tenido el éxito esperado porque los incas no lograron que las poblaciones del valle Calchaquí y Santa María cumplieran totalmente con las prestaciones o que lo hicieran sólo parcial o temporalmente (Williams y Lorandi, 1986; Lorandi, 1991).

Arqueología inca en el Noroeste argentino

Lorandi (1991: 213) afirma que, desde una perspectiva etnohistórica, el NOA debe ser comprendido como una unidad compleja íntimamente ligada al mundo Andino Centro-Meridional, dado que constituyó parte de la unidad política-económica y étnica del Qollasuyu que habría sido anexada por Topa Inca –según sostienen autores como Betanzos, Cieza de León y Sarmiento de Gamboa (Rowe, 1945: 271). A su vez, el Qollasuyu conformaba un amplio espacio de gran interés estratégico para el Cusco, motivo por el cual ingresó al imperio bajo especiales condiciones de control geopolítico. El estado inca construyó una compleja red de caminos que ligaba a los centros administrativos, en su mayoría fueron habitados por poblaciones multiétnicas, y produjo una intensa alteración demográfica por la eliminación de población, sea por muerte o traslado, y su reemplazo por *mitmakquna* o colonos.

El caso específico del NOA presenta una gran diversidad ambiental ya que conforma un variado mosaico donde alternan espacios elevados con áreas bajas y ambientes húmedos con semiáridos (Lorandi y de Hoyos, 1995); aquí se fueron jalonando numerosos establecimientos incaicos, algunos centros administrativos y otros de menor envergadura, fundamentalmente a lo largo de valles y quebradas. Una de las características más relevantes de la ocupación es que los incas construyeron importantes asentamientos, tanto en lugares donde había población local como en zonas vacías, lo que subraya la propensión a confeccionar su gobierno en relación a las situaciones locales en el contexto de un diseño a gran escala. De lo anterior, resulta que esta ocupación habría sido selectivamente intensiva y que ocurrió en bolsones o islas con

zonas productivas y estratégicamente ubicadas (Williams y D'Altroy, 1998: 175; Tarragó, 2000).

En una escala de análisis local uno de los trabajos pioneros en la arqueología inca corresponde al sitio de Potrero Chaquiago, situado en las estribaciones de las Sierras Subandinas en la provincia de Catamarca,⁴ cuyas investigaciones fueron iniciadas por Ana María Lorandi y María Elena Gonaldi a fines de la década del 1970 y comienzos de los 80, continuadas posteriormente por Williams. El objetivo era entender la funcionalidad del sitio en relación a otros del área así como las actividades desarrolladas en el mismo y la caracterización –especialmente el origen– de las poblaciones que servían allí, partiendo de la idea de la presencia de *mitmakquna* de la frontera oriental al interior de la actual provincia de Catamarca. Se utilizó una metodología que incluía excavaciones areales (Figura 1) y el análisis de la cerámica aplicando técnicas de las ciencias físico-químicas. En este sentido los análisis composicionales y petrográficos desarrollados por Beatriz Cremonte, así como estilísticos y morfológicos fueron líneas de investigación relevantes y pioneras (Williams y Lorandi, 1986; Cremonte, 1991; Lorandi, 1992; Williams, 1996). La información obtenida a partir de la documentación histórica y arqueológica disponible le permitió a Lorandi plantear la existencia de centros manufactureros donde se fabricaban piezas de estilo cuzqueño y aquellas que formaban parte del patrimonio de los posibles *mitmakquna* (Lorandi, 1984).

4 En el año 1956, el Doctor Alberto Rex González había recorrido el sitio y reconocido la plataforma artificial o *ushnu* ubicado en el centro de la "plaza" pero no mencionó la existencia de otras construcciones (A. R. González, 1982: 333).



Ana María Lorandi excavando en uno de los recintos del sitio Potrero Chaquiago, en Andalgalá, Catamarca, circa 1987-1988.

A nivel regional las nuevas investigaciones en los valles meridionales de Jujuy, en las quebradas altas del valle Calchaquí medio y en el valle de Amblayo (Salta), en Fiambalá y en el valle del Cajón (Catamarca) muestran una ocupación inca con características particulares, que permiten generar hipótesis acerca de la importancia que pudieron revestir estos valles y quebradas para la obtención de recursos como granos, metales, lana, materias primas así como de las Yungas y de Puna, en relación con el sostenimiento de la política económica estatal (Williams y Cremonte, 1994; Ratto *et al.*, 2002; Williams, 2002-2005; Cremonte *et al.*, 2003; Garay de Fumagalli, 2003; de Hoyos, 2004, 2005; Williams *et al.*, 2005; Williams, 2010).

No menos importante fue el interés de Lorandi sobre la definición de frontera del estado inca y la presencia de colonos o *mitmaqkuna* en la misma frontera así como al interior del NOA. Este tema fue discutido intensamente en

un simposio en el marco del XLV Congreso Internacional de Americanistas realizado en Bogotá en 1985 en el cual Lorandi presentó su hipótesis y casos de estudio sobre el límite oriental del Tawantinsuyu (Lorandi, 1988). En este escenario, la frontera aparecía definida por la distancia entre la región estudiada y el centro nuclear del estado inca, es decir, por la relativa marginalidad geográfica. Tradicionalmente la idea de lo *marginal* o periférico se desprendía de los modelos neo evolucionistas de imperios basados en el supuesto que, en el marco de la logística de la conquista al estado le habría interesado exclusivamente los ambientes de tierras altas donde las quebradas troncales jugaron un papel fundamental.

Por su parte, Lorandi estableció los límites a la provincia inca del Tucumán prehispánico y la frontera oriental del Tawantinsuyu que presentaban características culturales mixtas, entre andinas y chaqueñas (Lorandi, 1988). El Tucumán prehispánico se extendía sobre una porción de la actual provincia homónima, el oriente de Catamarca que posiblemente incluía el campo del Pucará, el valle de Catamarca y las sierras del Alto-Guayamba-Ancasti y Guasayán, tomando también el occidente de Santiago del Estero (Lorandi, 1991: 226). La estabilidad de la frontera oriental dependía, según Lorandi, de los acuerdos que entablara el estado con las poblaciones culturalmente intermedias, porque éstas eran las más hábiles para manejar tanto los códigos de las sociedades de tierras bajas como de los valles intermontanos. En muchos casos se pudo comprobar la presencia de estas sociedades en los valles donde, a cambio de nuevas tierras, los incas les habrían encargado la vigilancia de las poblaciones sometidas. Lorandi postuló la hipótesis de que indígenas de la provincia de Tucumán habrían sido trasladados para controlar a los diaguitas de los valles del oeste y reemplazar la mano de obra que

aparentemente estos retaceaban. La arqueología permitió verificar la presencia de *mitmaqkuna* provenientes del este en un sinnúmero de asentos estatales que cumplirían esa doble función: militar y productiva.

La peculiar distribución de cerámica originaria de la frontera oriental, hallada en los sitios inca del interior valliserrano protegidos por guarniciones, permitió elaborar la siguiente hipótesis: “El sector central de la región valliserrana fue controlado gracias al aporte defensivo y productivo de los aborígenes que habitaban la sierra tucumana y las sierras de Santiago y su piedemonte” (Lorandi, 1983: 8). Pero esta frontera no se circunscribía al sector de Sierras Subandinas y Pampeanas orientales sino que se extendía por los valles templados y cálidos de la quebrada de Humahuaca, Salta, Tucumán y Santiago del Estero (Lorandi, 1983: 9).

Los avances a una escala más amplia de la que pregona-ba Lorandi dan cuenta de la importancia de estas áreas en la expansión y consolidación del estado. Oliveto y Ventura (2009), integrando perspectivas históricas y arqueológicas, han analizado las dinámicas poblaciones de los valles orientales de Salta y Tarija. Éstos habrían sido habitados por diversas poblaciones relocalizadas provenientes de lejanos lugares y de ambientes variados conformando un espacio multiétnico. De esta manera, el estado aseguraba sus intereses, por un lado, el control y defensa de la frontera ante los avances de los pueblos chiriguano y chaqueño y, por otro, garantizar el acceso a cultivos como el maíz y a recursos propios de los bosques y selvas (Oliveto y Ventura, 2009: 149). Los valles citados constituyeron, entonces, una frontera de guerra caracterizada por la movilidad, la dispersión y la multiétnicidad, elementos que encuentran su explicación en la política incaica de control fronterizo. A partir del establecimiento de enclaves estatales se modificó la situación

poblacional previa, forzando la convivencia de grupos diversos tales como juríes, tomatas, apatamas, carangas, chichas, ingas orejones, churumatas, moyos-moyos, ossas, papayas, chuis y ocloyas en estos espacios reestructurados.

Para el caso de Jujuy, la investigación sobre asentamientos estatales y de épocas inmediatamente anteriores permitió ir integrando estas áreas a los sistemas de la política económica estatal a nivel micro y microregional (Cremonte y Garay de Fumagalli, 1997, 1998; Garay de Fumagalli y Cremonte, 1997). Estudios previos habían demostrado que, para la porción sur de la quebrada de Humahuaca el Pukara de Volcán –el asentamiento de mayores dimensiones– comenzó su configuración a partir del siglo XIII de la era, convirtiéndose en un poblado con más de 600 recintos, plaza, montículo ceremonial y cementerio segregado en el momento inca. Fueron evidentes las remodelaciones y ampliaciones realizadas por el Tawantinsuyu para ejercer el control de este sector de la quebrada. Sin embargo, las dataciones radiocarbónicas muestran que, a partir de la primera mitad del siglo XV, comienza un proceso de *colonización* desde centros poblacionales quebradeños como el Pukara de Volcán hacia las Yungas.

Este proceso se plasmaría en un conjunto de sitios de diferente funcionalidad y características como API de Tiraxi o el puesto fronterizo de El Cucho de Ocloyas sobre uno de los corredores laterales entre la quebrada de Humahuaca y la llanura chaqueña a 20 km de las yungas de Tiraxi (Cremonte *et al.*, 2003, 2005). Sobre el eje de la quebrada de Humahuaca y muy cercano al Pukara de Volcán la ocupación Humahuaca-Inca en esquina de Huajra refleja también las articulaciones, tanto con el piso de las Yungas como con las tierras altas occidentales, configurándose un paisaje simbólico reflejado en una dinámica poblacional diversa y en el despliegue de elementos

incas que permiten asignarle una jerarquía particular (Cremonte *et al.*, 2008).

Una situación muy distinta se plantea para el piso del Bosque Montano Inferior en contacto con las Yungas donde el paisaje culturizado fue un producto inca. Allí se instaló Agua Hedionda (1200 msnm), un sitio incaico puro de características únicas en la provincia de Jujuy vinculado a otras instalaciones *satélites*. Paradójicamente, el despliegue arquitectónico de Agua Hedionda y su rol emblemático como evidencia del control imperial no concuerdan con los escasos registros de su cultura material mueble. Esta escasez podría explicarse por un lapso de ocupación muy breve y tardío –como parecen indicar los pocos fechados cronométricos obtenidos– y que, sin embargo, muestra contextos diferentes a los hallados en la Quebrada de Humahuaca e instalaciones de su borde sudoriental –Cuencas de los ríos Tiraxi-Tesorero–; sugiriendo nexos más estrechos con las tierras altas y con el valle de Lerma y la probable instalación de *mitmaquna* (Cremonte y Garay de Fumagalli, 1995; Cremonte y Gheggi, 2012; Peralta y Cremonte, 2013).

Estos asentamientos, que habrían cumplido funciones diferentes, reflejarían las características que tuvo la estructuración de la *frontera oriental* o más bien la *franja o espacio fronterizo* en este sector del Qollasuyu; es decir, en los valles sudorientales de la Quebrada de Humahuaca –donde se emplazó al Cucho de Ocloyas– y en los valles templados meridionales donde se construyó Agua Hedionda. Estos dos sitios parecen reflejar dos paisajes fronterizos diferentes pero sincrónicos, resultado de dos estrategias estatales connotadas según las características de la dinámica poblacional preinca y de sus diferencias en términos de la explotación de determinados recursos e interacción con otras regiones y/o centros políticos (Cremonte y Garay de Fumagalli, 1995).

Por último, los avances sobre el tema de las relaciones del estado con las poblaciones dominadas y la evaluación de la participación de estas últimas en el sistema de prestaciones rotativas impuestas desde el Cusco han sido importantes a partir de estudios interdisciplinarios, que permiten entender los cambios o las continuidades durante el período inca integrando el panorama de las sociedades preexistentes.

Lorandi pregonaba que solo cuando la arqueología de las sociedades complejas nos provea de mayores evidencias sobre la diversidad cultural preinca, estaremos en condiciones de formular mejores hipótesis sobre la complejidad étnica y la amplitud de las unidades políticas de esta región en los tiempos preincaicos (Lorandi, 1991: 217). En sus investigaciones procuró identificar la presencia y las funciones laborales de *mitmaqkuna* instalados en los centros administrativos estatales con funciones primordialmente productivas (Wachtel, 1982; del Río y Presta, 1984), a cambio de ciertos privilegios como, por ejemplo, el acceso a nuevas tierras, ya que los *mitmaqkuna* en el siglo XVII continuaban disfrutando de estos derechos y, al mismo tiempo, muchos de ellos estaban obligados a prestaciones militares en la defensa de la frontera de los chiriguano.

La conjunción entre etnohistoria y arqueología colaboró para poner de manifiesto que las alteraciones al mapa étnico del NOA, como en casi todo el imperio, fueron profundas y con efectos posteriores muy significativos (Lorandi y Boixadós, 1987-1988; Lorandi, 1991, 1993). En diversas publicaciones, Lorandi sostiene la existencia de *mitmaqkuna* de origen altiplánico, de la frontera tucumano-santiagueña y del norte de La Rioja en asentamientos estatales del NOA. Aunque la información documental es escasa, la presencia de estos colonos puede corroborarse a través de la arqueología: la alfarería de estilos chicha o Yavi registradas en sitios inca del valle Calchaquí y aun más al sur, en

Potrero-Chaquiago, revelan que junto a los *mitmaqkuna* de Canas y Canchis debieron encontrarse otros originarios de las áreas meridionales del actual altiplano de Bolivia. En varios centros estatales se han recuperado vasijas de estilo inca Pacajes de origen circumlacustre, incluido el territorio Colla (Cremonte, 1991; Lorandi, 1991). La existencia de varios pueblos en los valles Calchaquíes que reciben el nombre de Tucumangasta o el predominio de alfarería inca (Lorandi, 1991: 227) similar a una de las dos grandes tradiciones estilísticas de Santiago del Estero desde el 1000 d.C., aportaron datos para plantear su hipótesis. Para esta investigadora, uno de los dos grupos de Santiago del Estero se habría expandido hacia el piedemonte serrano (Lorandi, 1980). Los estudios de la alfarería de Potrero Chaquiago demuestran el uso de arcillas locales y, al mismo tiempo, la persistencia de tradiciones manufactureras y estilísticas de cada uno de los grupos de colonos presentes (Lorandi, 1988; Cremonte, 1994). La propuesta de Lorandi sobre la existencia de *mitmaqkuna* sigue vigente en las discusiones y análisis actuales de la arqueología y la etnohistoria⁵ (Williams y Lorandi, 1986; Williams, 1991; D'Altroy *et al.*, 1994; Williams y Cremonte, 1994; Giudicelli, 2007; Páez y Giovannetti, 2008; Farberman y Taboada, 2012; Taboada, 2011).

El largo camino del arte hacia la ciencia

La valorización de las manifestaciones rupestres precolumbinas fue variando a lo largo del tiempo y esta *valorización* o *desvalorización* produjo, en los investigadores y en las

5 Para una discusión en torno a la definición étnica y geográfica de frontera ver Giudicelli (2007), Lorandi y Boixadós (2009) y Quintián (2008).

instituciones, un interés desigual por ocuparse de su estudio. Los trabajos referidos a esta temática siguieron a veces caminos independientes del resto de las investigaciones arqueológicas porque, de acuerdo con las tendencias dominantes de cada época y según el abordaje de los diferentes autores, el arte fue interpretado como escritura ideográfica, como pasatiempo, signos convencionales –de fácil interpretación o, por el contrario, imposibles de comprender– o simplemente como una producción estética. De igual manera, el concepto de *arte* fue cambiando así como las explicaciones acerca del sentido y función de las representaciones. También existieron disensos sobre quiénes fueron los realizadores o autores de las manifestaciones rupestres, la posible antigüedad y la sincronía o diacronía entre los distintos diseños (de Hoyos, 2013).

En el largo camino que siguieron las aproximaciones al arte rupestre hasta su consideración científica, Ana María Lorandi fue uno de los motores del cambio. Su libro *El arte rupestre del Noroeste argentino* (1966), producto de su tesis de doctorado, constituyó un aporte novedoso, principalmente por la metodología empleada, demostrando que el estudio de las pinturas y grabados precolombinos podía ser abordado científicamente. La contribución de Lorandi puede ser apreciada más claramente si se conocen las orientaciones teóricas y metodológicas que caracterizaron las investigaciones antes y después de la aparición de su trabajo. Para esto fue necesario ordenar y clasificar la información surgida de las publicaciones vinculadas con esos estudios en el Noroeste, lo que permitió definir cuatro grandes momentos o puntos de inflexión en la historia de la construcción del conocimiento del arte rupestre. Aunque cada uno de ellos no es homogéneo, encierra similitudes sustanciales en la manera de denominar al objeto de estudio, la finalidad de las investigaciones, la relación con los otros vestigios

arqueológicos, el papel asignado al arte y en los fundamentos de las interpretaciones (de Hoyos, 2013).

Los puntos de inflexión –que marcan el fin de un momento y el comienzo de otro– están necesariamente subsumidos a los contextos sociopolíticos, económicos e ideológicos. La conexión entre los procesos políticos y los desarrollos antropológicos en Argentina, como sostiene Herrán (1990), es muy alta y únicamente registrando esa relación cobran sentido los resultados obtenidos, el énfasis en la selección temática y las orientaciones y adscripciones teóricas de los autores (A. R. González, 1985; Madrazo, 1985; Tarragó, 2003). Por lo general, los golpes militares producidos en el siglo XX (1930, 1955, 1966 y 1976) tuvieron como consecuencia inmediata la intervención de las universidades, la expulsión de docentes e investigadores, el cierre de carreras, la eliminación de la financiación a la investigación, el desmantelamiento institucional y la disolución de los equipos de trabajo (A. R. González, 1985; Madrazo, 1985; Garbulsky, 1991-1992; Tarragó, 2003). Por estas razones, el final de cada momento es, en general, abrupto y fácil de determinar. En cambio, definir los comienzos requirió elegir un hecho singular como alguna publicación que influyera decididamente en el rumbo de la arqueología del Noroeste y que repercutiera específicamente en la concepción del arte rupestre. Sin embargo, el año de la publicación seleccionada sólo constituirá el comienzo simbólico de un lento camino cuyos resultados más significativos se apreciarán más de diez años después (de Hoyos, 2013).

Entonces, teniendo en cuenta que no se trata de períodos cerrados, dado que junto a las novedades hay herencias que se retoman y que en cada etapa pueden coexistir posiciones o perspectivas contrapuestas, los cuatro grandes momentos en la historia del estudio del arte rupestre –denominados

de acuerdo con la designación que los protagonistas de cada etapa empleaban para referirse a este tipo de manifestaciones- son los siguientes:

Inscripciones antecolombianas: comienza con el viaje de Liberani y Hernández ([1877] 1950) y finaliza con el golpe militar de 1930. La última publicación pertenece a Rodolfo Schreiter (1928) del Instituto de Etnología de Tucumán.

El arte de los pueblos primitivos: situado entre 1930 y 1948 cuando la actividad se concentró casi íntegramente en textos históricos.

Arte rupestre precolombino: la publicación de Bennett y colaboradores (1948) señala el prolegómeno de la etapa que Fernández (1979-1980) denominó como “arqueología científica o profesional” y que se va a desarrollar a partir de 1955 y hasta 1976 con la irrupción de la última dictadura del siglo XX.

Arte rupestre en arqueología: el trabajo de Carlos Aschero (1979) sobre Inca Cueva, en la provincia de Jujuy marcará el rumbo de los estudios, aunque recién a fines de siglo se reanudaron de manera significativa las publicaciones sobre el tema.

Inscripciones antecolombianas

Las primeras noticias sobre la existencia de arte rupestre surgen en la etapa histórica de la constitución del estado nación (Fernández, 1979-1980). El país se disponía a delimitar

sus fronteras incorporando definitivamente los territorios indígenas de Patagonia (1881) y del Chaco (1883). En ese contexto, el estado impulsó la recuperación de todo tipo de vestigio del mundo natural y cultural precolombino para crear los grandes museos nacionales y así “rescatar” algunas tradiciones indígenas e hispanas que formarían parte del colectivo de identificación (Politis, 1992; Tarragó, 2003; Ramundo, 2008; Podgorny, 2009). Estas actividades comenzaron como investigaciones unipersonales con capitales privados y el impulso individual de Francisco Moreno y Florentino Ameghino pero, a comienzos del siglo XX, las exploraciones arqueológicas fueron promovidas tanto por el Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires como por el Museo de La Plata (Podgorny, 1999; Tarragó, 2003).

La primera mención acerca de estas manifestaciones pertenece a Inocencio Liberani, profesor de historia natural, quien luego de una excursión organizada desde Tucumán al valle de Santa María, provincia de Catamarca, publicó un álbum con ilustraciones de los grabados descubiertos en ese valle, realizadas por el profesor Rafael Hernández (Liberani y Hernández, [1877] 1950). Este profesor señalaría la idea que regiría el primer momento y que consistía en asimilar cualquier diseño abstracto con inscripciones egipcias, hebreas o fenicias. Liberani pensaba que “no entraremos a discutir sobre el valor de estas inscripciones, pues nos es desconocida *la llave* para descifrar los jeroglíficos de que se componen; pero opinamos que no sería imposible que estos formasen la lengua escrita de los primeros indígenas” (Liberani y Hernández, [1877] 1950: 116; la cursiva es nuestra).

La generación “erudita y polifacética” (Madrado, 1985) que dedicó un considerable esfuerzo a realizar expediciones y le otorgó a las “inscripciones” un lugar destacado en la búsqueda del conocimiento, estuvo integrada principalmente por

Juan B. Ambrosetti (1895, 1897, 1903), Julián Toscano (1898, 1912), Eric Boman (1908) y Adán Quiroga (1931).

Los aspectos teórico-metodológicos más significativos de este momento consisten en que no aparece intencionalmente la designación de arte, pues se denomina “inscripciones” a las manifestaciones rupestres y artistas a sus ejecutores. Estas inscripciones se dividen en figurativas y abstractas, dándoles mayor trascendencia a estas últimas que tendrían una función religiosa y habrían sido realizadas en lugares votivos donde se rogaba por el agua, la fertilidad de los animales y de los seres humanos. Los diseños figurativos con predominio de antropomorfos relatarían acontecimientos históricos o míticos y la presencia de zoomorfos serían representaciones simbólicas cuyos significados varían según los autores. Así Toscano piensa que el suri o ñandú es un emblema de la justicia –como entre los egipcios– mientras que para Quiroga es una nube que lleva en su seno la lluvia y Ambrosetti le otorga un carácter funerario dado que aparece en las urnas. De la misma manera sucede con el resto de la fauna: ofidios, camélidos, felinos, saurios y ciertas aves.

Estos autores, además, sugieren que existe una continuidad cultural y geográfica entre las provincias de Jujuy y La Rioja y asumen que los calchaquies o diaguitas fueron los autores de todas las inscripciones. Si bien Quiroga (1931) observa diferencias estilísticas, les adjudica razones –que hoy designaríamos– étnicas o espaciales. Unos pocos investigadores, como Moreno (1890-1891) y Ameghino, observan profundidad temporal y piensan que el Noroeste no estuvo habitado “por una sino varias civilizaciones” (Ameghino, 1879: 731). Esta observación va a ser rechazada durante los siguientes 70 años.

Finalmente, esta etapa no solo se caracteriza por las pormenorizadas descripciones sino por la intención de encontrar explicaciones a las manifestaciones rupestres. Todos

los investigadores utilizan las mismas fuentes: crónicas, informes y cartas de la época de la conquista, textos de exploradores del área andina, los trabajos de Lafone Quevedo, estudios etnográficos referidos a los indígenas del sudoeste de Estados Unidos y la obra de Garrick Mallery *Picture-Writing of Americans Indians* publicada en 1888-1889; sin embargo, llegaban a distintas conclusiones.

El arte de los pueblos primitivos

En 1930 ocurrieron dos hechos significativos para el desarrollo de las ciencias antropológicas: por un lado, el primero de los golpes militares que incidieron en forma pendular en la Argentina a lo largo del siglo XX y, por el otro, la llegada de José Imbelloni, representante de la escuela histórico-cultural de Viena, quien a través de la docencia y la investigación influyó sensiblemente en los centros académicos de Buenos Aires y La Plata (Madrado, 1985; Garbulsky, 1991-1992).

La producción arqueológica de esta etapa se caracterizó por una sensible retracción de la investigación de campo. Los estudios se orientaron a la interpretación de las culturas y de los materiales arqueológicos a través del “uso y abuso” (A. R. González, 1985) de la crónica histórica; es decir, de documentos redactados por cronistas, militares y sacerdotes que participaron de la conquista española, considerando a todas a las culturas como sincrónicas y con una esencia que se mantenía desde épocas inmemoriales (A. R. González, 1985; Tarragó, 2003). De esta manera, a falta de profundidad histórica les seguía atribuyendo a los diaguitas la responsabilidad de todos los vestigios arqueológicos, incluido el arte rupestre considerado una manifestación de la magia o de la religión.

Esta “arqueología horizontal”, como la definió Fernández (1979-1980), mostraba un alejamiento de las ciencias naturales y una tendencia a formular comparaciones extra-territoriales y extracontinentales de carácter difusionista. Los principales autores de esta etapa de “exégesis bibliográfica” –como la denominó A. R. González (1985)– fueron Fernando Márquez Miranda, Francisco de Aparicio,⁶ Eduardo Casanova y Antonio Serrano. Las piezas de cerámica y metal de distintas sociedades y las fotos inéditas de arte rupestre pertenecientes a la colección Muñiz Barreto fueron utilizadas indistintamente para ilustrar sus trabajos.

Arte rupestre precolombino

La publicación *Northwest Argentine Archaeology* (1948) donde Wendell C. Bennett y sus colaboradores F. Sommer y E. Bleiler intentaron establecer una secuencia integral en el Noroeste, similar a las establecidas en Andes Centrales, marcaría el comienzo del tercer momento. Bennett ordena, clasifica y da profundidad temporal a una enorme masa de conocimientos sueltos basándose en la cerámica y otros materiales arqueológicos publicados (Bennett *et al.*, 1948). La falta de profundidad prehistórica cederá su lugar a la “arqueología vertical” (*sensu* Fernández, 1979-1980) que buscará en los siguientes años clasificar y diacronizar cerámicas, metales, patrones de asentamiento, patrones arquitectónicos, modos de producción, prácticas funerarias y, también, el arte rupestre (de Hoyos, 2013). Estas investigaciones estuvieron condicionadas por los vaivenes sociopolíticos,

6 Las pocas campañas arqueológicas destinadas a relevar sitios con arte rupestre fueron realizadas por de Aparicio (1939, 1944). Las descripciones acerca del paisaje, del soporte y de las representaciones presentes en sus obras son más precisas que las de sus antecesores (de Hoyos, 2013).

alternando etapas de apertura teórica con la censura impuesta por distintos gobiernos militares (Madrado, 1985).

En 1948, además de la mencionada publicación de Bennett, llegaron al país dos investigadores que tendrán gravitación fundamental y que representarían la polarización que dominó a la arqueología durante las siguientes décadas: Osvaldo Menghin, prehistoriador de origen austríaco que se incorporó a la Universidad de Buenos Aires, y Alberto Rex González quien regresó después de realizar un posgrado en la Universidad de Columbia (Estados Unidos).

Los partidarios de la escuela histórico-cultural, iniciada por José Imbelloni, encontraron con Menghin –según Fernández (1979-1980)– no solo nuevas fundamentaciones sino una renovación conceptual y metodológica. Esto significó la continuación de la hegemonía –teórica y política– de esta escuela en Buenos Aires, que dirigió sus intereses principalmente hacia Patagonia (Madrado, 1985). Por otro lado, la alternativa teórica neo-evolucionista se encontraba en las universidades de La Plata, Córdoba y, especialmente en Rosario donde Alberto Rex González y sus sucesores en la dirección del Instituto de Antropología –Eduardo Cigliano y Pedro Krapovickas– junto con grupos de discípulos se interesaron en el estudio del desarrollo cultural del NOA (Politis, 1992; Núñez Regueiro, 2007).

En esta región, Alberto R. González enfrentó dos grandes problemas vinculados con el arte: 1) la necesidad de perfeccionar la periodificación y subdivisión espacial propuesta por Bennett *et al.* (1948) en la búsqueda de una cronología relativa que le permitiera encarar estudios con un enfoque procesual y reconstruir una historia cultural de milenios y 2) la necesidad de revalorizar el desacreditado arte indígena e “incorporarlo al patrimonio nacional” (A. R. González, 1977). El desprestigio de las expresiones tenía como consecuencia, relata González (2000), que todo proyecto

presentado al Consejo Nacional de Investigación, Ciencia y Técnica (CONICET) fuera rechazado por no ser susceptible de investigación científica mientras que, paralelamente, el Fondo Nacional de las Artes también lo rechazaba porque no era considerado “arte”.

Para resolver el primer problema, González introduce técnicas nuevas y renovados enfoques teóricos tanto de la escuela norteamericana como del estructural-funcionalismo en sus versiones británica y norteamericana. Los modelos de J. H. Steward, R. Redfield, G. Willey, J. Rowe y C. Evans, entre otros (Garbulski 1991-1992), le sirven para implementar nuevos criterios para convertir a la arqueología en una disciplina científica, dentro de las ciencias sociales y con el aporte de las ciencias naturales. En este sentido, se emplean por primera vez los métodos de datación radiocarbónica, las fotografías aéreas y los programas de computación. Además se realizan trabajos de campo con técnicas más depuradas, comenzando por la excavación del sitio Alamito (Andalgalá, Catamarca) que se convirtió en una verdadera escuela de campo (A. R. González, 1959).

Por su parte, la conformación de contextos culturales requería superar la visión de sitio e integrarla en enfoques regionales –como el proyecto de Cigliano en el valle de Santa María desarrollado entre 1959 y 1963– y utilizar una gran variedad de indicadores que comenzaron a ser ordenados, clasificados, investigados e interpretados.

El arte no escapó a esta necesidad pero previamente debía solucionar el segundo problema; es decir, conseguir su “valorización”. A. R. González comienza proponiendo un cambio de denominación ya que la designación de arte primitivo era una consecuencia de las ideas sustentadas por el evolucionismo científico y filosófico del siglo XIX. Primitivas eran las etapas culturales más antiguas en la escala de la evolución e implicaban un concepto de

valor definido, a menudo peyorativo, sinónimo de atraso e inferioridad y cargado de sentido emocional. Entonces, González (1977) propone hablar de arte precolombino y de arte rupestre. Señala que las expresiones artísticas presentan un aspecto contemplativo y valorativo que pertenece a la esfera de lo subjetivo y lo emocional y su análisis se vincula con la estética y la filosofía del arte. El otro aspecto es el de la dimensión sociocultural e histórica que es susceptible de investigación científica y que debe formar parte imprescindible del estudio de cualquier cultura (A. R. González, 1998: 184). Sostiene que existe un vínculo indisoluble entre una manifestación artística y la sociedad que lo produce (A. R. González, 1977) y que, junto con los otros componentes simbólicos, integra un sistema inseparable y juega un rol básico no solo como elemento de comunicación y, por lo tanto, integrador, sino que interviene en el proceso evolutivo de la misma (A. R. González, 1998).

En este sentido, la publicación sobre el arte rupestre de Yavi de Pedro Krapovickas (1961) constituye un trabajo pionero. El autor analizó numerosos grabados y pinturas de ese sector de la Puna jujeña y relacionó los motivos geométricos representados con expresiones similares en las cerámicas locales recuperadas en sitios de asentamiento. De esta manera, estableció cuatro estilos en base a las superposiciones de motivos e integrando distintos indicadores.

En este momento surgen las secuencias y determinaciones estilísticas realizadas por A. R. González y A. M. Lorandi respectivamente quienes, a pesar de todos los “vacíos de información” –muchos de los cuales persisten actualmente– y empleando distintos métodos, concuerdan en que la aproximación debía hacerse necesariamente a través de la arqueología –como ciencia social– pero apoyándose en todos los avances de las ciencias naturales. De esta manera, González establece cuatro estilos para la región

valliserrana y dos para las Sierras del Alto o Ancasti y luego, basándose en comparaciones con la iconografía representada en los objetos de cerámica y metal, los relaciona con las distintas etapas de la secuencia cronológica-cultural del NOA (A. R. González, 1977: 370).

Por su parte, Ana María Lorandi (1966) comienza señalando que las dificultades para comprender el arte rupestre se deben, por un lado, a que el tema se presta a la especulación imaginativa y, por otro, que se ha tratado como una cuestión aislada, como a una entidad supra cultural sin conexión con culturas locales. Por lo tanto, consideró que era necesario enfrentar el tema con un enfoque científico que implicara una fuerte renovación metodológica y un replanteo de los conceptos teóricos que le servían de sustentación (Lorandi, 1966). Sostiene que toda expresión de arte lleva implícita una forma y una temática acorde con las ideas y sentimientos, creencias y mitos, concepciones filosóficas y estéticas del grupo o del individuo que la ejecutó y que es imposible abordar el estudio del arte rupestre si no se conoce a fondo la historia cultural de la región (1966: 16). En consecuencia, deben establecerse relaciones asociativas ya que “cuanto más intensamente se alcance ese objetivo, más sólidamente estará en condiciones de sobrepasar el límite de lo descriptivo y encaminarse hacia el nivel de ‘interpretación procesual’” (Lorandi, 1966: 16).

Su tesis de doctorado tenía como objetivo lograr el aislamiento de estilos de arte rupestre, ubicarlos contextualmente y establecer una cronología relativa (Lorandi, 1966). La secuencia se basó en un conjunto de técnicas cuantitativas y cualitativas “que se apoyan mutuamente tratando de corroborar las conclusiones que cada una brinda independientemente” (Lorandi, 1966: 17). La etapa cualitativa consistió en aislar y describir los elementos existentes en el arte rupestre en la muestra considerada para luego pasar a

la etapa cuantitativa con el uso de técnicas de análisis estadístico en relación a la cantidad de tipos presentes y de las respectivas repeticiones.





La información surgió del relevamiento directo en el campo –sitios Campana, en norte de La Rioja, y Ampajango, en Catamarca– y de calcos hechos sobre fotografías pertenecientes a la colección Muñiz Barreto depositadas en el Museo de La Plata correspondientes a varios sitios del valle de Hualfín y de Antofagasta de la Sierra (Catamarca). Los resultados fueron comparados con iconografía del arte mueble –cerámica, tabletas de rapé, metales– y con otros sitios con arte publicados tanto del Noroeste como del centro y norte de Chile. Los sucesivos estudios locales le permitieron establecer horizontes estilísticos, relaciones con las culturas regionales y cronologías relativas. De esta manera concibe cuatro horizontes-estilos que se corresponden con los siguientes momentos (Cuadro 1):

Estilo I: interpreta que corresponden al Período Temprano final y comienzos del Medio debido a sus similitudes con la iconografía de la cerámica Ciénaga II.

Estilo II: lo ubica entre el final del Período Medio y el comienzo del Tardío porque sus elementos pueden ser localizados en las decoraciones de la alfarería Santamariana tricolor, San José, Sanagasta y hasta en la Belén.

Estilo III: se caracteriza por figuras de auquénidos con distintos tratamientos formando hileras o grandes grupos. Considera que se trata de un patrón puneño que podría asociarse con todas o con ninguna de las culturas.

Estilo IV: corresponde a momentos Tardíos (pre-inca y “contemporáneo a él”) según su semejanza con las pinturas descubiertas por Ambrosetti en Carahuasi y Río Pablo y con los diseños de la cerámica del sitio de la Paya, todos en la provincia de Salta.

Estilo	Motivos	Ubicación cronológica	Imágenes
I	felinos, figuras draconiformes, huellas de felinos, pisadas y rostros humanos, figuras humanas con rostros triangulares o cuadrangulares, figuras complejas con o sin objetos y con o sin adornos en la cabeza.	Período Temprano final y comienzos del Medio	
II	geométricos (curvilíneos), cruz de contorno curvilíneo, figuras serpentiformes, huellas de ñandú, figuras humanas esquemáticas simples, a veces con objetos en la mano.	Final del Período Medio y comienzo del Tardío.	
III	auquénidos esquemáticos o de contorno delineado ubicados en hileras o en grandes grupos.	Origen puneño	
IV	figuras humanas complejas portando armas, escudos o bastones de mando, figuras humanas danzantes, figuras zoomorfas cuadrúpedas de cola enroscada y ornitomorfas, uncus y escudos aislados adornados con motivos geométricos	Tardío (preinca e inca)	

Cuadro 1. Cuadro basado en los estilos de arte rupestre definidos para la región Valliserrana por Ana María Lorandi (1966), tomado de de Hoyos (2013)

Los esquemas de A. M. Lorandi y A. R. González presentaban algunos problemas que fueron advertidos por los mismos autores, por ejemplo, no se podía hacer una división tajante entre los estilos I y II debido a que comparten motivos y que el estilo III no constituiría una real categoría dado que los auquénidos fueron ejecutados en forma diferente en cuanto a morfología, temática, tratamiento y técnica en

distintos períodos de una misma región. Estos problemas se fueron dirimiendo con investigaciones posteriores pero lo trascendente son las propuestas de distinguir estilos que luego ubicaron en sucesión temporal, creando un marco relativo desde donde comenzar a desentrañar las manifestaciones rupestres.

Arte rupestre en arqueología

En la década de 1980, con el retorno a la democracia, las ciencias sociales retomaron su lugar significativo en las universidades obteniendo financiamiento para numerosos y variados proyectos. En el Noroeste los trabajos de campo, que habían sido abandonados durante el gobierno militar (1976-1983), se fueron retomando lentamente bajo el impulso de nuevas corrientes teóricas y metodológicas generadas en Estados Unidos y Europa –especialmente en Inglaterra y España–.

De alguna manera, continuando con la perspectiva que sostenía que únicamente con una metodología científica arqueológica se podía avanzar en su estudio, Carlos Gradin (1978), María Isabel Hernández Llosas (1985) y Carlos Aschero (1988) coincidieron en que las representaciones rupestres debían ser consideradas como un vestigio arqueológico más. También desarrollaron una serie de conceptos operativos que sirven para la descripción y el análisis de los sitios con arte rupestre e implementaron criterios analíticos compatibles con los aplicados a otros vestigios, que permiten su abordaje dentro de proyectos arqueológicos generales. Especialmente, Aschero sostiene que arte rupestre en arqueología es “el nombre que lo disciplina y lo contiene” (Aschero, 1997: 18).

Los estudios de Carlos Aschero sobre el alero con pinturas de Inca Cueva, Jujuy, le permitieron elaborar una secuencia cronológica relativa –que abarca desde las sociedades cazadoras recolectoras hasta las hispano-indígenas– en base a análisis tonales y estilísticos, superposiciones y otros indicadores arqueológicos provenientes de excavaciones en aleros de la misma quebrada y en correlaciones con otros sitios de la Puna jujeña y del Norte Chico chileno (Aschero, 1979). Este trabajo fue elegido para señalar el inicio del cuarto momento ya que, como sucedió con el anterior, tuvieron que pasar muchos años para que las investigaciones volvieran a consolidarse en la región (de Hoyos, 2013). Esta etapa se caracteriza particularmente por numerosos estudios de caso, problemas de protección y puesta en valor y la coexistencia de enfoques procesuales, posprocesuales, conductivistas, evolutivos y estructuralistas.

Los resultados estilísticos y cronológicos obtenidos por A. M. Lorandi y A. R. González fueron empleados posteriormente por la mayoría de los estudiosos de arte rupestre como referencia para sus propias investigaciones, ya sea coincidiendo, disintiendo con los autores, ajustándolos a distintos procesos regionales o, incluso, integrando algunas de estas propuestas en otros marcos interpretativos.

Por otro lado, fueron surgiendo unos pocos estudios secuenciales enfocados en un área o en una micro-región donde se compatibiliza el estudio de la variación del arte rupestre –sea en el espacio o en el tiempo– con los objetivos generales de los demás vestigios arqueológicos. El trabajo de Podestá (1986-1987) en Antofagasta de la Sierra, pionero en este sentido, fue posteriormente ampliado con nuevos sitios y con datos radiocarbónicos por Aschero y sus colaboradores (1999 y 2007, entre muchos otros). En el área valliserrana, Rossana Ledesma (2009) se centra en el estudio integral de la micro-región Cafayate, en la provincia de

Salta, y Adriana Callegari hizo lo propio en Villa Castelli, provincia de La Rioja (Callegari *et al.* 2009). Por su parte, de Hoyos, retomando y reformulando las secuencias generales valliseranas, se orientó a la investigación de las transformaciones en el discurso visual y sus correlatos respecto a los cambios socio-políticos, ideológicos y/o económicos de las sucesivas sociedades que poblaron la región valliserana, a través del análisis de la variación en la forma de representación de la corporalidad (de Hoyos, 2013).

La arqueología de Santiago del Estero

Ana María Lorandi se dedicó por más de diez años a la arqueología de esta provincia, precisando sus problemática, desarrollando y aplicando un diseño de investigación riguroso acorde con las nuevas corrientes de la época (Lorandi y Carrió, 1975; Lorandi, 1978; Lorandi *et al.*, 1979). Definió las tradiciones y las fases en base a análisis estratigráficos y contextuales detallados y a los primeros fechados radiocarbónicos en el territorio (Lorandi, 1970, 1972, 1974, 1978).⁷ Con sus trabajos se adelantó sobre los avances que ya habían realizado Reichlen (1940), A. R. González (1960) y los hermanos Wagner ⁸ a través de sus propuestas de una secuencia para el territorio que planteaba tres industrias o culturas sucesivas. Lorandi (1974, 1978) estableció un nuevo marco temporal y conceptual aún vigente, aunque es necesario ahora afinarlo y abordar el estudio de la diversidad en el espacio. Según Constanza Taboada, quien ha avanzado en forma

7 Recientemente Ana María Lorandi (2015) ha publicado el libro *Tukuma-Tukuymanta. Los pueblos del Búho...* que reúne algunas de sus contribuciones inéditas sobre la arqueología de Santiago del Estero.

8 La propuesta de los hermanos Wagner (1934) era esencialmente difusionista y consideraba la existencia de una civilización chaco-santiagueña.

exponencial con la arqueología de las llanuras, quedaría pendiente el abordaje del estudio de su diversidad interior y de las vinculaciones particulares –en tiempo y espacio– con los procesos regionales. También es necesario seguir desagregando categorías y entidades como el Averías, que habría surgido alrededor del 1200 d. C. y continuado hasta el período colonial, que simplificaron esa diversidad y que camuflaron diferentes estrategias de representación y reproducción social al interior y exterior de este gran territorio (Taboada, 2011: 201).

Los vínculos entablados entre las poblaciones locales y el Tawantinsuyu, a partir de la aparición de objetos metálicos de características valliserranas tardías e incas en el Salado Medio (Angiorama y Taboada, 2008) y de producción cerámica y textil prehispánica tardía con elementos de filiación inca, (Taboada y Angiorama 2010; Taboada *et al.* 2013) retoman una de las hipótesis sostenidas por Lorandi. Los mitmakquna de la llanura produjeron en los valles el estilo cerámico Yocavil como un desarrollo con ciertas particularidades de su homólogo Averías de la llanura, cerámica que se encuentra recurrentemente en el piedemonte catamarqueño y en las Sierras de Guasayán en Santiago. En conjunto, la materialidad da cuenta de esa tan particular relación política entre las poblaciones de la llanura santiagueña y el Inca confirmando la original hipótesis de Lorandi para la frontera oriental del Tawantinsuyu.⁹

Precisamente en los recientes trabajos interdisciplinarios que desarrollan Taboada y Farberman (2014) han comenzado a visualizar las identidades étnicas poniendo en discusión tipologías coloniales y arqueológicas, y preguntándose por la organización –y posible vinculación– de los

9 Al respecto, consúltese el trabajo de Roxana Boixadós, Lorena Rodríguez y Camila Cerra en el presente libro.

asentamientos prehispánicos tardíos y de los pueblos de indios coloniales a partir de ciertas continuidades en las configuraciones políticas y los usos del espacio.

En el Salado Medio se han registrado objetos metálicos de filiación inca y de los valles interserranos, como armas, topus y lauraques (Angiorama y Taboada, 2008), piezas con patrones de estilo Yocavil desarrollado en los valles (Leiton, 2010; Taboada y Angiorama, 2010; Taboada *et al.*, 2010) y bienes extraños a la región como caracoles del océano Pacífico y cuentas de turquesa. Lo anterior le permite sostener a Taboada que en la zona se desarrolló una red de mecanismos y estrategias sociales durante el periodo inca, en la que el mantenimiento de vínculos de alianza y el manejo de aspectos simbólicos pudieron haber jugado un papel fundamental; incluso contempla la posibilidad de que poblaciones contemporáneas entre sí desarrollaran diferentes formas de mantener su estabilidad, generando situaciones arqueológicas diferenciadas como la del sector del Salado medio, que hasta el momento resulta distinta de otros contextos tardíos de la región (Taboada, 2011). Así la arqueología de Santiago del Estero o de las llanuras avanza en la distinción de situaciones sociales locales no homogeneizantes.

Consideraciones finales

En este trabajo intentamos delinear, por un lado, una serie de aportes de Lorandi a la arqueología argentina y, por el otro, reconocer que fue una de las precursoras en la convicción de que era preciso utilizar técnicas cada vez más exactas que permitieran transmitir conclusiones con mayor objetividad (Lorandi, 1966: 18). En ese sentido, se debía comenzar por la recopilación de datos en el campo y, en el caso del arte rupestre, ella renovó la forma de

registrar la información mediante el uso de fichas, adaptadas de Robert Heizer y Martín Baumhoff, que le permitieron consignar todos los datos necesarios para una descripción precisa, tanto del soporte –señalando dimensiones y orientación– como de los motivos que fueron medidos y dibujados marcando las superposiciones y diferencias de pátina. Asimismo avanzó en la aplicación de técnicas específicas para los análisis cerámicos como una forma de dilucidar sus preguntas sobre la funcionalidad de los asentamientos incas, como en la identificación de las poblaciones que servían en los asentamientos estatales. Pensaba que los estilos no debían ser creaciones del investigador y para lograr la precisión necesaria en su delimitación y su ubicación contextual era indispensable el uso de técnicas estadísticas, diseños de muestreo y cálculo de probabilidades. Estas técnicas también resultaban útiles en la clasificación de material lítico y cerámico y, en este último caso, sugería superar el estudio estilístico impulsando el análisis de procedencias a través de métodos físico-químicos. Lorandi además fue la primera en realizar una excavación areal de un sitio inca, Potrero Chaquiago; luego los estudios de las fuentes coloniales le permitieron un acercamiento teórico-metodológico al estudio del Tawantinsuyu en tiempos en que se privilegiaba el análisis de la arquitectura (Raffino, 1981).

La interdisciplinariedad es uno de los aspectos que caracterizó la producción de Lorandi mientras otro de sus aportes fue su incursión a la denominada Etnohistoria como una metodología, un enfoque, un abordaje o una táctica de investigación. Esto le permitió delimitar algunas unidades administrativas inca en el Qollasuyu y en el NOA –en particular la frontera oriental– ofreciendo una interpretación de la situación y de las estrategias usadas por las poblaciones locales sobre las que el estado avanzó e incorporó, así

como identificar una política estatal de traslado de poblaciones. Su ventaja en el conocimiento de la arqueología de Santiago del Estero indudablemente influyó en el planteo de sus hipótesis pues definió procesos y temporalidades dejando para futuras generaciones el análisis de los aspectos espaciales.

Bibliografía

- Acuto, F. (2007). "Fragmentación vs. integración comunal: repensando el Período Tardío del Noroeste Argentino". En *Estudios atacameños* 34, 71-95.
- Ambrosetti, J. (1895). "Las grutas pintadas y los petroglifos de la provincia de Salta". En *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* 16, 311-342.
- _____. (1897). "Los monumentos megalíticos del Valle de Tafi". En *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* 18.
- _____. (1903). "Cuatro pictografías de la región Calchaquí". En *Anales de la Sociedad Científica Argentina* 56, 116-126.
- Ameghino, F. (1879). "Inscripciones antecolombianas encontradas en la República Argentina". *Congreso Internacional de Americanistas* 2, 710-742. Bruselas.
- Angiorama, C. (2004). "Acerca de incas y metales en Humahuaca". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 29, 39-58.
- Angiorama, C. y Taboada, C. (2008). "Metales andinos en la llanura santiagueña (Argentina)". En *Revista Andina* 47, 117-150.
- Aschero, C. (1979). "Aportes al estudio del arte rupestre de Inca Cueva 1 (Departamento de Humahuaca, Jujuy)". *Actas de las Jornadas de Arqueología del Noroeste argentino. Antiquitas* 2, 159-183.
- _____. (1988). "Pinturas rupestres, actividades y recursos naturales. Un encuadre arqueológico". En *Arqueología Contemporánea Argentina. Actualidad y Perspectivas* pp.109-146. Buenos Aires, Búsqueda.
- _____. (1997). "De cómo interactúan emplazamientos, conjuntos y temas". En *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* XIII (1/4), 17-27.

- ____ (1999). "El arte rupestre del Desierto puneño y el Noroeste argentino". En *El arte rupestre en los Andes de Capricornio*, 97-135. Santiago de Chile, Museo Chileno de Arte Precolombino.
- ____ (2007). "Íconos, huancas y complejidad en la Puna sur argentina". En Nielsen, A.; Rivolta, C.; Seldes, V.; Vázquez, M. y Mércoli, P. (eds.) *Procesos sociales prehispánicos en el sur andino 2*, 135-165. Córdoba, Brujas.
- Bennett, W., Bleiler, E. y Sommer, F. (1948). *Northwest Argentine Archaeology*. Yale, Yale University Publications in Anthropology, 38.
- Binford, L. (1962). "Archaeology as Anthropology". En *American Antiquity* 28 (2), 217-225.
- Boman, E. (1908). *Antiquités de la Région Andine de la République Argentine et du Dessert d'Atacama*. París, Imprimerie Nationale.
- Callegari, A., Wisniewski, L., Spengler, G., Rodríguez, G. y Aumont, S. (2009). "Nuevas manifestaciones del arte rupestre del oeste riojano. Su relación con el paisaje y con otras expresiones del arte aguada". En Sepúlveda, M.; Briones, L. y Chacama, J. (eds.); *Crónicas sobre la piedra. Arte rupestre de las Américas* 381-402. Santiago de Chile.
- Cremonte, M. B. (1991). "Caracterizaciones composicionales de pastas cerámicas de los sitios Potrero-Chaquiago e Ingenio del Arenal Médanos (Catamarca)". En *Shincal* 3 (1) 33-46.
- ____ (1994). "Las pastas cerámicas de Potrero Chaquiago (Catamarca). Producción y movilidad social". En *Arqueología* 4 133-164.
- Cremonte, M. B. y Garay de Fumagalli, M. (1995). "Estado actual de las investigaciones arqueológicas en el sector meridional de la Quebrada de Humahuaca y su borde oriental". *Actas I Congreso de Investigación Social*: 379-393. Universidad Nacional de Tucumán.
- ____ (1997). "El pukará de Volcán en el sur de la quebrada de Humahuaca ¿un eje articulador de las relaciones entre las yungas y las tierras altas? (Provincia de Jujuy, Argentina)". En *Estudios Atacameños* 14 159-174.
- ____ (1998). "El enclave de Volcán en las vinculaciones transversales de la región meridional del valle de Humahuaca (NO de Argentina)". En Cárdenas Arroyo, F y Bray, T. (eds.) *Intercambio y Comercio entre Costa, Andes y Selva. Arqueología y Etnohistoria de Sudamérica* 297-319. Bogotá, Universidad de Los Andes.

- Cremonte, M. B. y Gheggi, M. S. (2012). "Espacios rituales y cultura material en un sitio arqueológico Humahuaca-Inca (Quebrada de Humahuaca, Jujuy, Argentina)". En *Revista Española de Antropología Americana* 42 (1) 9-27.
- Cremonte, M. B., Fumagalli, M. y Sica, G. (2005). "La frontera oriental al sur de la Quebrada de Humahuaca. Un espacio conectivo". *Revista Mundo de Antes* 4 51-66.
- Cremonte, M. B., Peralta, S. y Scaro, A. (2008). "Esquina de Huajra (Tum 10, Dto Tumbaya, Jujuy). Avances en el conocimiento de una instalación Humahuaca Inca y su integración en la historia prehispánica regional". *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL)* 21 27-38.
- Cremonte, M. B., Garay de Fumagalli, M., Sica, G. y Díaz, A. (2003). "Nordenskiöld y la frontera. Miradas y perspectivas 100 años después". *Pacarina* 3 101-112.
- D'Altroy, T. (1992). *Provincial power in the Inka Empire*. Washington DC, Smithsonian Institution Press.
- _____ (2003). *Los incas*. Barcelona, Ariel.
- D'Altroy, T. y Hastorf, C. (2001). *Empire and domestic economy*. Nueva York, Springer Science and Business Media.
- D'Altroy, T., Lorandi, A. y Williams, V. (1994). "Producción y uso de cerámica en la economía política inka". En Shimada, I. (ed.) *Tecnología y organización de la producción de cerámica prehispánica en los Andes* 395-441. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- D'Altroy, T., Earle, T., Browman, D., La Lone, D., Moseley, M., Murra, J. y Topic, J. (1985). "Staple Finance, Wealth Finance, and Storage in the Inka Political Economy". En *Current Anthropology* 187-206.
- D'Altroy, T., Williams, V., Lorandi, A., Earle, T., Hastorf, C., Hagstrum, M., Russell, G., Sandefur, E., Calderari, M., Danils R. y DeMarrais, L. (2000). "Inca Rule in the Northern Calchaquí Valley, Argentina". *Journal of Field Archaeology* 27 (1) 2-26.
- de Aparicio, F. (1939). "Petroglifos riojanos". En *Revista Geográfica Americana* 4/11 (67) 256-264.
- _____ (1944). "La gruta pintada de El Lajar (departamento de Guachipas, provincia de Salta)". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 4 79-83.
- de Hoyos, M. (2004). "Ocupación incaica en el valle del Cajón". En *Anales de Arqueología y Etnología* 56/8 209-254.

- ____ (2005). "El enclave incaico de Urbina, Valle de Amblayo, Salta". En *Revista Etnia* 246/7 331-335.
- ____ (2011). "Guerreros calchaquíes en tiempos del Tawantinsuyu. Entre la violencia y la diplomacia". En Rodríguez, L. (comp.) *El Calchaquí desde el período prehispánico hasta la actualidad* 63-92. Buenos Aires, Prohistoria.
- ____ (2013). *Cuerpos imaginados. Variaciones en la representación de la figura humana en el arte rupestre de la zona Valliserrana del Noroeste argentino*. Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. (Ms).
- de la Vega, Garcilaso (1960 [1609]). *Obras completas del Inca Garcilaso de la Vega*. Madrid, Atlas.
- del Río, Mercedes y Presta, Ana M. (1984). "Un estudio etnohistórico en los corregimientos de Tomina y Amparaez: casos de multiétnicidad". *Runa* 14 221-245.
- DeMarrais, E. (2001). "La arqueología del norte del Valle Calchaquí". En *Historia argentina Prehispánica* 289-346. Córdoba, Brujas.
- Earle, T. y D'Altroy, T. (1982). "Storage facilities and state finance in the upper Mantaro Valley, Peru". *Contexts for Prehistoric Exchange* 265-290. Nueva York, Academic Press.
- Farberman, J. y Taboada, C. (2012). "Las sociedades indígenas del territorio santiagueño: apuntes iniciales desde la arqueología y la historia. Período prehispánico tardío y colonial temprano". En *Runa* 33 (2) 113-132.
- Fernández, J. (1979-1980). "Historia de la Arqueología Argentina". En *Anales de Arqueología y Etnología* 24-25, 11-320.
- Garay de Fumagalli, M. (2003). "El Cucho de Ocoyos. Control e interacción en los valles orientales de Jujuy". En *Cuadernos del INAPL* 20 133-150.
- Garay de Fumagalli, M. y Cremonte, M. (1997). "Correlación cronológica del yacimiento de Volcán con sitios de los Valles Orientales (Sector Meridional-Quebrada de Humahuaca)". En *Avances en Arqueología* 3, 191-212.
- Garbulsky, E. (1991-1992). "La antropología social en Argentina". En *Runa* 20, 11-111.
- Giudicelli, C. (2007). "Encasillar la frontera. Clasificaciones coloniales y disciplinamiento del espacio en el área diaguita-calchaquí (S XVI-XVII)". En *Anuario IEHS* 22, 161-212. Tandil.

- González, A. R. (1959). "Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina obtenida por el método de radiocarbono". En *Ciencia e Investigación* 5 (6), 184-190.
- ____ (1960). "Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método de radiocarbón (IV); resumen y perspectivas". En *Revista del Instituto de Antropología* de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. (Tomo 1).
- ____ (1977). *Arte precolombino de la Argentina. Introducción a su historia cultural*. Buenos Aires, Valero.
- ____ (1980). "Patrones de asentamiento incaico en una provincia marginal del Imperio". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 14 (1), 63-82.
- ____ (1982). "Las "provincias" Inca del Antiguo Tucumán". En *Revista del Museo Nacional XLVI*, 317-380.
- ____ (1985). "Cincuenta años de arqueología del Noroeste argentino (1930-1980) apuntes de un casi testigo y algo de protagonista". En *American Antiquity* 50 (3), 505-517.
- ____ (1998). *Arte Precolombino. Cultura La Aguada. Arqueología y diseños*. Buenos Aires, Filmediciones Valero.
- ____ (2000). *Tiestos dispersos. Voluntad y azar en la vida de un arqueólogo*. Buenos Aires, Emecé.
- González, L. (2002). "Herederás el bronce: Incas y metalurgia en el sur del valle de Yocavil". En *Intersecciones en antropología* 3 54-69.
- Gradin, C. (1978). "Algunos aspectos del análisis de las manifestaciones rupestres". En *Revista del Museo Provincial* 1, 120-133. Neuquén.
- Hernández Llosas, M. (1985). "Diseño de una guía para el relevamiento y clasificación de datos de sitios arqueológicos con arte rupestre". En Aldunate del Sol, C.; Berenguer, J. y Castro, V. (eds.) *Estudios en Arte Rupestre*, 25-36.
- Herrán, C. (1990). "Antropología social en la Argentina: apuntes y perspectivas". En *Cuadernos de Antropología Social* 2, 108-115.
- Krapovickas, P. (1961). "Noticia sobre el arte rupestre de Yavi, provincia de Jujuy, República Argentina". En *Anales de Etnografía y Arqueología* 16, 135-167.

- Ledesma, R. (2009). El arte rupestre en el sur del Valle Calchaquí (Salta, Argentina). Estudio de territorialidad por medio de marcadores gráficos. Tesis doctoral. Universidad de Alcalá, Madrid. (Ms.)
- Leiton, D. (2010). Vasijas como lugares, estilos como paisajes: identidades plásticas, modos de aprovisionamiento y experiencias de consumo en la historia social de objetos de estilo Yokavil. Trabajo Final, Carrera de Arqueología. Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán. (Ms.)
- Liberani, I. y Hernández, R. (1950 [1877]). *Excursión arqueológica en los Valles de Santa María, Catamarca*. Tucumán, Instituto de Antropología Universidad Nacional de Tucumán. (Publicación 563).
- Lorandi, A. M. (1966). "El arte rupestre del Noroeste argentino (Área del norte de La Rioja y sur y centro de Catamarca)". En *Dédalo. Revista de Arte e Arqueología* II (4), 15-171.
- ____ (1970). "Los primeros fechados radiocarbónicos para la provincia de Santiago del Estero". En *Actualidad Antropológica. Suplemento de ETNIA* 7, 27-29.
- ____ (1972). "Nuevos fechados radiocarbónicos para Quimilí Paso-Santiago del Estero". En *Actualidad Antropológica Suplemento de ETNIA* 10 1-2.
- ____ (1974). "Espacio y tiempo en la prehistoria santiagueña". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 8, 199-236.
- ____ (1978). "El desarrollo cultural prehispánico en Santiago del Estero, Argentina". En *Journal de la Société des Américanistes* LXV, 61-85.
- ____ (1980). "La frontera oriental del Tawantinsuyu: el Umasuyu y el Tucumán. Una hipótesis de trabajo". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 14 (1), 147-165.
- ____ (1983). "Mitayos y mitmakuna en el Tawantinsuyu Meridional". *Histórica* 2 (1), 3-50.
- ____ (1984). "Soñocamayoc, los olleros del Inka en los centros manufactureros del Tucumán". En *Revista del Museo de La Plata* 8 (62), 303-327.
- ____ (1988). "Los diaguitas y el Tawantinsuyu. Una hipótesis de conflicto". Proceedings del 45 Congreso Internacional de Americanistas, Bogotá 1985. *British Archaeological Research (BAR)*, 235-259.

- ____ (1991). "Evidencias en torno a los mitmaquna incaicos en el NO argentino". En *Anthropologica* 9: 213-231.
- ____ (1992). "Mestizaje interétnico en el Noroeste argentino". En Tamoeda, H. y Millones, L. *500 Años de Mestizaje en los Andes. Senri Ethnological Studies* 33, 133-167. Osaka, National Museum of Ethnology.
- ____ (1993). Evidencias en torno a los mitmaquna incaicos en el Noroeste argentino. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena* 1, 245-256.
- ____ (2006). "Resumen y comentario final". En Lechman, H. (ed.) *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas: los Andes sur centrales*, 577-590. Lima, Instituto de Estudios Peruanos (IEP).
- ____ (2015). *Tukuma-Tukuymanta. Los Pueblos del Búho. Santiago del Estero antes de la Conquista*. Santiago del Estero, Subsecretaría de Cultura.
- Lorandi, A. M. y Boixadós, R. (1987-1988). "Etnohistoria de los valles Calchaquíes en los siglos XVI y XVII". En *Runa* 17, 227-424.
- ____ (2009). Sobre clasificaciones y descalificaciones: Una revisión crítica de "Etnohistoria de los valles Calchaquíes", veinte años después. *Anuario Instituto de Estudios Histórico Sociales (IHS)* 24, 15-40.
- Lorandi, A. M. y Carrió, N. (1975). Informe sobre las investigaciones arqueológicas en Santiago del Estero. *Actas y Trabajos del 1º Congreso de Arqueología Argentina*, 301-322. Rosario, Museo Histórico Provincial Julio Marc.
- Lorandi, A. M. y de Hoyos, M. (1995). "Complementariedad económica en los valles Calchaquíes y del Cajón. Siglos XV-XVII". En Escobari de Querejazu, L. (coord.) *Colonización Agrícola y Ganadera en América, siglos XVI-XVIII*, 385-414. Quito, Abya-Yala.
- Lorandi, A. M. y Nacuzzi, L. (2007). Trayectorias de la etnohistoria en la Argentina (1936-2006). En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 23 281-299.
- Lorandi, A. M., Crisci, J. Gonaldi, M. y Caramazana, S. (1979). "El cambio cultural en Santiago del Estero; un estudio de taxonomía numérica sobre morfología de bordes de alfarería ordinaria". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 13, 85-101.
- Madrazo, G. (1985). "Determinantes y orientaciones en la Antropología Argentina". En *Boletín del Instituto Interdisciplinario de Tilcara* 1, 13-56.

- Mallery, G. (2012 [1888-1889]). *Picture-Writing of Americans Indians*. Nueva York, Dover Publications Inc. (dos volúmenes).
- Malpass, M. (1993). *Provincial Inca: Archaeological and Ethnohistorical assessment of the impact of the Inca State*. Iowa, University of Iowa Press.
- Malpass, M. y Alconini, S. (eds.) (2010). *Distant provinces in the Inka Empire: Toward a deeper understanding of Inka imperialism*. Iowa, University of Iowa Press.
- Moreno, F. (1890-1891). "Exploración arqueológica de la provincia de Catamarca". En *Revista del Museo de La Plata* 1, 199-221.
- Morris, C. y Thompson, D. (1985). *Huánuco Pampa: an Inca City and its Hinterland*. Nueva York, Thames and Hudson.
- Murra, J. (1978). *La organización económica del Estado Inca*. Siglo XXI.
- ____ (1984). "Andean societies". En *Annual Review of Anthropology*, 119-141.
- ____ (1989). "Cloth and its Function in the Inka State". *Cloth and human experience*, 275-302.
- Nielsen, A. (2007). "Armas significantes: tramas culturales, guerra y cambio social en el sur andino prehispánico". En *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12 (1) 9-41.
- Nielsen, A. y Walker, W. (1999). "Conquista ritual y dominación política en el Tawantinsuyu: el caso de Los Amarillos (Jujuy, Argentina)". En Zaránkin, A y F. Acuto (eds.); *Sed Non Satiata. Teoría Social en la Arqueología Latinoamericana Contemporánea*, 153-169. Buenos Aires, Ediciones del Tridente.
- Núñez Regueiro, V. (2007). "El desarrollo de la arqueología en argentina desde la década del '70". En *Arqueología Argentina de los inicios de un nuevo siglo* 23, 117-120. Rosario.
- Olivera, D. (1991). "La ocupación inka en la Puna meridional argentina: departamento de Antofagasta de la Sierra, Catamarca". *Comechingonia. Revista de Antropología e Historia* 9 (2), 31-72.
- Oliveto, G. y Ventura, B. (2009). "Dinámicas poblacionales de los valles orientales del sur de Bolivia y norte de Argentina, siglos XV-XVII. Aportes etnohistóricos y arqueológicos". En *Población y Sociedad* 16, 119-150.

- Orgaz, M. y Ratto, N. (2013). "Fragmentos del pasado en la ocupación incaica del oeste tinogasteño". En Ratto, N. (comp.); *Delineando prácticas de la gente del pasado: los procesos socio-históricos del oeste catamarqueño*, 311-333. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- Páez, M. y Giovannetti, M. (2008). "Tipologizando Identidades: reflexiones sobre la construcción de identidades étnicas en la Arqueología del NOA". En *Avá* 13, 1-1.
- Peralta, S. y Cremonte, M. B. (2013). "Expresiones materiales de las ocupaciones incaicas y preincaicas en los valles de San Antonio (sur de Jujuy)". En Williams, V. y M. B. Cremonte, *Al Borde del Imperio. Paisajes sociales, materialidad y memoria en áreas periféricas del Noroeste Argentina*, 37-56. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- Podestá, M. (1986-1987). "Arte rupestre en asentamientos de cazadores-recolectores y agroalfareros en la Puna Sur de Argentina: Antofagasta de la Sierra, Catamarca". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 17 (1) 241-263.
- Podgorny, I. (1999). "De la antigüedad del hombre en el Plata a la distribución de las antigüedades en el mapa: los criterios de organización de las colecciones antropológicas del Museo de la Plata entre 1897 y 1930". En *História, Ciências Saúde - Manguinhos* 1, 81-101.
- _____ (2009). *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910*. Rosario, Prohistoria.
- Politis, G. (1992). *Política nacional, arqueología y universidad en Argentina* *Arqueología Latinoamericana Hoy*, 70-87. Bogotá, Biblioteca Banco Popular.
- Politis, G. y Curtoni, R. (2011). "Archaeology and politics in Argentina during the last 50 years". En Lozny, L. R. (eds.) *Comparative Archaeologies a Sociological View of the Science of the Past*, 495-525. Nueva York, Springer.
- Quintián, J. (2008). "Articulación política y etnogénesis en los Valles Calchaquíes: Los Pulares durante los siglos XVII y XVIII". En *Andes* 19, 299-325.
- Quiroga, A. (1931). *Petrografías y Pictografías de Calchaquí*. Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.
- Raffino, R. (1981). *Los Inkas del Kollasuyu*. La Plata, Ramos Americana Ed.
- Raffino, R., Alvis, R. Baldini, L. Olivera, D. y Raviña, G. (1983). "Hualfín-El Shincal-Watungasta. Tres casos de urbanización inca en el NOA". En *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 10, 425-455.

- Ramos, A. (2011). *La etnohistoria andina antes de su consolidación: Confluencias disciplinares y propuestas teórico-metodológicas*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- Ramundo, P. (2008). Estudio historiográfico de las investigaciones sobre cerámica arqueológica en el noroeste argentino. Oxford, BAR International series, Archaeopress.
- Ratto, N., Plá, R. y Orgaz, M. (2002). Producción y distribución de bienes cerámicos durante la ocupación inca entre la región puneña de Chaschuil y el valle de Abaucán (Dpto. Tinogasta, Catamarca). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 27, 271-301.
- Reichlen, H. (1940). "Recherches Archéologiques dans la Province de Santiago del Estero (Rép. Argentine)". En *Journal de la Société des Américanistes* LXV: 133-225.
- Rostworowski, M. (1988). *Historia del Tahuantinsuyo*. Lima, IEP.
- Rowe, J. (1944). "An introduction to the archaeology of Cuzco". En *Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology* 27 (2).
- ____ (1945). "Absolute chronology in the Andean area". En *American Antiquity* 10 (3), 265-284.
- ____ (1982). "Inca policies and institutions relating to the cultural unification of the empire". En Collier, G., R. Rosaldo & J. Wirth (eds.) *The Inca and Aztec States 1400-1800*, 93-118. Nueva York, Academic Press.
- Schreiter, R. (1928). "Monumentos megalíticos y pictográficos en los altivalles de la provincia de Tucumán". En *Boletín del Museo de Historia Natural* 2 (1), 1-9.
- Taboada, C. (2011). "Repensando la arqueología de Santiago del Estero". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 36, 197-219.
- ____ (2013). "En la llanura y en los valles: Relaciones entre las poblaciones de las tierras bajas santiagueñas y el Estado Inca". En *Intersecciones en Antropología* 14 (1), 137-156.
- Taboada, C. y Angiorama, C. (2010). "Metales, textilera y cerámica: tres líneas de análisis para pensar una vinculación entre los habitantes de la llanura santiagueña y el Tawantinsuyu". En *Memoria Americana* 18 (1), 11-41.
- Taboada, C. y Farberman, J. (2014). "Asentamientos prehispánicos y pueblos de indios coloniales sobre el río Salado (Santiago del Estero, Argentina): Miradas dia-

- logadas entre la arqueología y la historia". En *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* 8 (1), 7-43.
- Taboada, C. Angiorama, C. Leiton, D. y López Campeny, S. (2010). "Las poblaciones de las tierras bajas santiagueñas en tiempos del inca. Materialidades, interpe-laciones y apropiaciones". En Bárcena, J. R. y H. Chiavazza (eds.) *Arqueología Argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo III*, 1291-1296. Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, UN-Cuyo.
- Tarragó, M. (2000). "Chacras y pukara. Desarrollos sociales tardíos". En *Nueva historia argentina* 1: 257-300.
- ____ (2003). "La arqueología de los valles Calchaquíes perspectiva histórica". En *Anales* 6: 13-42. Instituto Iberoamericano, Universidad de Goteborg
- Toscano, J. (1898). *La Región Calchaquina*. Buenos Aires.
- ____ (1912). Los signos petrográficos y pictográficos de las primeras colonias del Noroeste argentino. *Congreso Internacional de Americanistas XVII*, 487-488.
- Wachtel, N. (1982). "The *mitimas* of the Cochabamba valley: the colonization policy of Huayna Capac". En Collier, G., R. Rosaldo y J. Wirth (eds.); *The Inca and Aztec States 1400-1800*, 199-235. Nueva York, Academic Press.
- Wagner, E. y Wagner, D. (1934). *La Civilización Chaco-Santiagoña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo*. Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina S.A. (Tomo I)
- Williams, V. (1991). "Control estatal incaico en el noroeste argentino. Un caso de estudio: Potrero Chaquiago (Pcia. de Catamarca)". En *Arqueología* 1, 75 103.
- ____ (1996). Arqueología inka en la región centro-oeste de Catamarca. Tesis Doctoral. Universidad Nacional de La Plata (Ms.).
- ____ (2002-2005). "Provincias y capitales. Una visita a Tolombón, Salta, Argentina". En *Xama* 15-18: 177-198.
- ____ (2010). "El uso del espacio a nivel estatal en el sur del Tawantinsuyu". En Albeck, M. E., M. C. Scattolin y M. A. Korstanje (eds.) *El Hábitat Prehispánico: arqueología de la arquitectura y de la construcción del espacio organizado*, 77-114. San Salvador de Jujuy. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy.

- Williams, V. y Castellanos, M. C. (2011). "Poblaciones prehispánicas en las cuencas de Angastaco y Molinos: historias de conflictos, resistencias y disputas". En Rodríguez, L. B. (comp.) *Resistencias, conflictos y negociaciones. El valle Calchaquí desde el periodo prehispánico hasta la actualidad*, 23-61. Rosario, Prohistoria.
- Williams, V. y Cremona, M. B. (1994). "¿Mitmaqkuna o circulación de bienes? Indicadores de la producción cerámica como identificadores étnicos. Un caso de estudio en el NOA". *Avances en Arqueología* 2, 9-27.
- Williams, V. y D'Altroy, T. (1988). "El Sur del Tawantinsuyu. Un dominio selectivamente intensivo". *Tawantinsuyu* 5, 170-178.
- Williams, V. y Lorandi, A. (1986). "Evidencias funcionales de un establecimiento incaico en el noroeste argentino". En *Comechingonia* 4, 133-148.
- Williams, V.; Villegas, M. Gheggi, M. y Chaparro, M. (2005). "Hospitalidad e intercambio en los valles mesotermiales del noroeste argentino". En *Boletín de la Pontificia Universidad Católica del Perú* 9, 335-373.
- Zuidema, R. T. (1964). *The Ceque System of Cuzco: the Social Organization of the Capital of the Inca*. Leiden, E. J. Brill.
- ____ (1990). *Inca civilization in Cuzco*. Austin, University of Texas Press.

Los contornos del antiguo Tucumán

Fronteras, rebeliones y mestizaje

a la luz de la obra de Ana María Lorandi

Roxana Boixadós, Lorena B. Rodríguez y Camila Cerra

Introducción

En el año 1985 Ana María Lorandi asumió como directora de la Sección Etnohistoria del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, y desde entonces se abocó a la formación de un campo que, a semejanza del andino, favoreciera las investigaciones interdisciplinarias en las que dialogaban la antropología, la historia y la arqueología bajo el prisma de la etnohistoria.¹ Desde entonces y hasta fines de la década de 1990 Lorandi planteó y desarrolló las principales problemáticas que serían señeras para la creación de un espacio con características autónomas pero profundamente articulado a la región surandina: el Tucumán Colonial.

Sus investigaciones iniciales estuvieron enfocadas en el análisis de distintas problemáticas relativas a las poblaciones indígenas durante la colonia temprana; temas como las

1 Una primera versión de este trabajo fue publicada en *Papeles de Trabajo* del Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín (Cfr. Rodríguez *et al.* 2015).

estructuraciones étnicas al momento del contacto hispano-indígena, el impacto de la colonización y la evangelización así como las rebeliones y resistencias interpuestas al avance español constituyeron algunos de los nudos sobre los que nuestra autora fue avanzando (Lorandi, 1997a). La incorporación de nuevos miembros al equipo de investigación que Ana María Lorandi comenzaba a formar en ese entonces, y la integración de marcos teórico-metodológicos alternativos a los tradicionales –sobre todo desde el campo de la antropología– ampliaron las coordenadas espacio-temporales y temáticas de estudio en pocos años. Sin embargo, el interés por repensar el devenir de las poblaciones indígenas, sus transformaciones y permanencias, continuó vigente así como el esfuerzo por desplegar abordajes interdisciplinarios.

En este trabajo nos proponemos analizar, en primer lugar, la producción de Lorandi en torno al Tucumán Colonial cuyos planteos mapearon los principales problemas de investigación y resultaron centrales en la formación del campo. Abordaremos en particular cuatro de sus trabajos pioneros que comprenden los siguientes ejes temáticos y problemáticos: a) la relación del estado inca con los pueblos indígenas del actual Noroeste argentino (NOA) y la configuración del Tucumán como un espacio de doble frontera de guerra, b) la conquista española y la desestructuración de las sociedades nativas bajo el régimen de servicio personal, c) las resistencias y rebeliones contra el avance y el dominio español y, d) los procesos de mestizaje.

En segundo lugar, examinaremos el desarrollo de otras investigaciones que pusieron a prueba sus originales y novedosas hipótesis, avanzaron en la búsqueda de límites y discutieron sus ideas seminales. Se trata de un amplio –aunque no completo– abanico bibliográfico producido

desde la década de 1980 hasta el presente que incluye tanto los resultados de investigaciones llevadas adelante en el marco del equipo de la Sección Etnohistoria como la producción surgida en otros centros académicos, muchas de las cuales se construyeron en diálogo.² Al considerar esta importante masa crítica de aportes vislumbramos la enorme proyección de la obra de Ana María Lorandi en el tiempo y la riqueza, diversidad y avance de la producción posterior.

La elección de este marco programático sigue una lógica que permite, además, recuperar aportes, avances y proyecciones acerca de cómo se fue configurando la cuestión indígena en el pasado colonial de nuestra región y comprender desde allí cómo este pasado se proyecta sobre los siglos republicanos llegando hasta nuestros días. En contextos actuales de procesos de revitalizaciones étnicas y comunitarias diversas estas matrices coloniales están siendo interpeladas como parte de saberes que demandan ser reconocidos en toda su complejidad. Como veremos, los trabajos de Ana María Lorandi y la producción académica contemporánea y posterior advierten sobre los desafíos que entraña la evocación de esos pasados.

2 En Salta y en Córdoba, por ejemplo, la producción de autores como Madrazo y Assadourian impulsaron varias líneas de trabajo sobre el pasado colonial favoreciendo el crecimiento de una masa crítica de investigaciones interdisciplinarias conectadas con una floreciente producción andina. Un reciente trabajo de Isabel Castro Olañeta (2013a) señala acertadamente esta conjunción y el carácter señero de las obras de Ana María Lorandi, Gastón Doucet y Silvia Palomeque en la formación de este campo académico y de los equipos de investigación. A ellos se sumaron las contribuciones de Josefina Piana, Ana Inés Punta, Sara Mata de López, Daniel Santamaría, Beatriz Bixio y Eduardo Berberían, entre otros.

El antiguo Tucumán: una relectura de los aportes de Ana María Lorandi

Dos de los trabajos iniciales de Lorandi contienen una clara orientación de sus intereses de investigación hacia la etnohistoria del antiguo Tucumán. Por un lado, el publicado en colaboración con Marta Ottonello que aborda el estado de conocimiento sobre las poblaciones nativas del país del período prehispánico y colonial temprano cruzando información arqueológica y etnohistórica, y en el que la región del Noroeste tiene un desarrollo particular (Ottonello y Lorandi, 1987). Por el otro, una investigación de largo aliento titulada *Los trabajos y las rebeliones* (Lorandi, 1986 ca.), que permanece inédita y en la que la autora realizó un balance bibliográfico exhaustivo sobre el antiguo Tucumán Colonial, a partir de los aportes historiográficos clásicos (Levillier, Torre Revello, Jaimes Freyre, Lizondo Borda, entre otros), compulsándolos con un gran número de fuentes editas e inéditas, en particular de la Colección Gaspar García Viñas conservada en la Biblioteca Nacional. En esta obra ya aparecen dos de los grandes temas sobre los que profundizaría en breve: el servicio personal y los procesos de resistencia y rebeliones en el valle Calchaquí.

Pero el primer artículo que impacta por el modelo de articulación que propone entre las poblaciones prehispánicas del NOA y el estado inca es *Los diaguitas y el Tawantinsuyu. Una hipótesis de conflicto* (Lorandi, 1988a); allí recupera su experiencia arqueológica en Santiago del Estero y recurre a las pocas crónicas coloniales tempranas y otras fuentes disponibles para plantear que en tiempos del Inca el área conocida como “diaguita” y el Tucumán prehispánico –que luego conformarán la Gobernación de Tucumán– habían constituido una verdadera región de

frontera³. Esta condición fronteriza y de marginalidad derivaba de dos situaciones: por un lado, de las características políticas y socio-económicas de las poblaciones locales que iban desde pequeños señoríos ubicados en las zonas más fértiles –quebrada, puna y valles– hasta sociedades muy segmentarias, asentadas hacia el oriente y con poca capacidad excedentaria y, por otro, del conflicto que se presentaba al interior mismo de ese espacio –definiendo así una suerte de “doble frontera”–, en donde especialmente las poblaciones del valle Calchaquí resistían integrarse al dominio incaico. Sobre el modo en que este espacio fue incorporado al Imperio, Lorandi propondrá una hipótesis: los incas habrían trasladado mitimaes –es decir, colonos– desde la llanura santiagueña hacia el valle para que cumplieran con fines económicos –producción de alfarería– así como con fines de control –prestaciones militares y defensivas. Esta hipótesis, que será retomada por otros investigadores no solo permitió reconocer las particularidades de nuestra región para el período incaico sino que también aportó herramientas de análisis para repensar el modo de relacionamiento de los indígenas en el período posterior.

El segundo de los trabajos a destacar es *El servicio personal como agente de desestructuración en el Tucumán colonial* (Lorandi, 1988b) cuyo foco está puesto en las poblaciones indígenas que tempranamente los españoles lograron someter y se basa en la utilización de fuentes –en su mayoría éditas– tales como probanzas de méritos, informes de gobernadores, legislaciones y cartas anuas. En este artículo retoma ideas previas tales como que el espacio “tucumano” continuaba siendo para la Corona española –como lo había

3 Trabajos previos de la autora lo prefiguran (Lorandi, 1980, 1983 y 1984); en ellos se reconoce el proceso de construcción de esta conceptualización discutiendo diferentes variables y autores de referencia.

sido para los Incas— una zona de frontera y que, sumado a las características de las poblaciones locales, habían condicionado el modo en que la explotación colonial se llevaría a cabo. Así, una vez repartidos los indígenas mayormente en encomiendas privadas, y a pesar de las prohibiciones formales que se dictaron en 1612 con las Ordenanzas de Francisco de Alfaro, la extracción de excedentes se organizó y mantuvo por mucho tiempo de un modo particular: a través del servicio personal. Esto implicaba que los indígenas no estaban tasados y no pagaban un tributo fijo sino que cumplían con sus encomenderos a partir de una superposición de obligaciones que éstos ordenaban discrecionalmente. Según Lorandi, este era el primer eslabón en el proceso de “desestructuración” social como consecuencia del cual pronto se produciría la “deculturación” y la “individuación”, profundizadas también por un fuerte “mestizaje”, que llevarían definitivamente a que “En el Tucumán del siglo XVIII el indio [fuera] una realidad evanescente” (Lorandi, 1988b: 165).

El tercer trabajo es *La resistencia a la conquista y las rebeliones diaguito-calchaquí en los siglos XVI y XVII* (Lorandi, 1988c), allí la autora vuelve su mirada sobre las poblaciones asentadas al interior de aquella frontera interna delineada en tiempos del Inca y que, en el contexto colonial, adquirirá renovada significación por constituir un problema para el avance del dominio hispano sobre dicho espacio. Destacamos dos aspectos de este artículo: por un lado, la reconstrucción de las distintas etapas de la resistencia indígena valliserrana dentro del período de aproximadamente 130 años que se conoce como las “guerras calchaquíes” y que tuvo tres momentos de extrema virulencia. El primero (1534-1565) se desarrolló en el sector central del valle y fue liderado por el cacique de Tolombón, Juan Calchaquí. El segundo (1630-1643), denominado “gran alzamiento”

comenzó en el corazón del valle pero se desplazó rápidamente hacia las jurisdicciones de La Rioja y Londres, donde el cacique Chalemín fue su principal referente. El tercero (1656-1665) se inició con la llegada al Tucumán del andaluz Pedro Bohórquez quien, autoproclamado como el último descendiente de los incas, lideró el levantamiento general. Por otro lado, la caracterización del complejo proceso de desnaturalizaciones masivas –esto es, la política de traslado compulsivo de los indígenas a diversos lugares y en distintas condiciones al finalizar las guerras– y las consecuencias que esto supuso para los grupos desmembrados y “extrañados”. Al respecto, en línea con el marco de la desestructuración, Lorandi afirmará que:

la ruptura de la comunidad y de las formas culturales asociadas es total. Sólo les queda el destino individual, disponiendo de códigos adaptativos muy restringidos, tan sólo útiles para refugiarse bajo el paraguas protector de un patronazgo que los empleará como mano de obra gratuita (Lorandi, 1988c: 9).

En cuarto lugar retomamos el artículo *Mestizaje interétnico en el Noroeste argentino* (Lorandi, 1992). En este trabajo, a la luz de un amplio abanico de fuentes –visitas, padrones, cartas e informes oficiales, pleitos–, busca reflexionar sobre el mestizaje interétnico en contextos forzados que emergen de los estados dominantes –incaico y español. La idea de “mosaico multiétnico”, ya presente para Lorandi en épocas prehispanicas y reforzada por la intervención del Inca, se complejizará aún más con el fin de las guerras calchaquíes, las desnaturalizaciones y la captura de piezas en la frontera chaqueña. Además, al extenderse hasta fines del siglo XVIII incorpora un elemento más al análisis: la llegada de migrantes altoperuanos y de población esclava africana.

Lorandi realiza aquí –como en muchos de sus trabajos de esta etapa– una evaluación de conjunto, aunque también percibe diferencias dentro del espacio tucumano. Su hipótesis es que en aquellos lugares en donde se produjo un proceso más profundo de desestructuración hubo mayor necesidad por parte de los indígenas de entablar matrimonios interétnicos e interraciales resultando en un mayor grado de mestizaje y de dinamismo en su etnogénesis –entendida ésta como parte del proceso de transformación que finalmente daría origen al criollo o peón rural. Así, el mestizaje y su par necesaria, la etnogénesis, constituyen para Lorandi una respuesta inevitable en contextos de dominio –y particularmente en el Tucumán Colonial–, procesos que poco a poco resultarían en el desdibujamiento de los perfiles étnicos tradicionales.

En definitiva estos trabajos dejaron planteados, y le dieron relevancia a, diversos problemas relativos a las poblaciones indígenas del actual NOA que fueron retomados luego por varios investigadores. En los apartados siguientes, en vinculación más o menos directa con estos aportes, sintetizaremos los avances que se han producido hasta el momento desde diferentes contextos académicos.

Temas, problemáticas y proyecciones en torno al espacio tucumano

El Inca, la frontera y los mitimaes revisitados

El artículo de Lorandi (1988a) ya reseñado y las interpretaciones allí vertidas se desarrollaron en, al menos, tres líneas de trabajo en el marco de sendas investigaciones arqueológicas de las que solo mencionaremos las que

registran continuidad hasta la actualidad.⁴ Por un lado, las que continuaron repensando los vínculos establecidos por el Tawantinsuyu con las poblaciones del actual NOA siguiendo al interior del espacio vallista a esos mitimaaes de la llanura santiagueña (Williams, 1991; D'Altroy *et al.*, 1994; Williams y Cremonte, 1994) o bien reevaluando –a la luz de nuevos datos arqueológicos e históricos– las dinámicas diferenciadas de relación entre las poblaciones “diaguitas” y el Inca al interior del espacio Calchaquí (de Hoyos, 2011). Por otro lado, las investigaciones presididas por Constanza Taboada y equipo que en Santiago del Estero han avanzado sobre los vínculos entablados entre las poblaciones locales y el Tawantinsuyu a partir de la aparición de objetos metálicos de características valliserranas tardías e incaicas en el Salado Medio (Angiorama y Taboada, 2008) y de producción cerámica y textil prehispánica tardía con elementos de filiación incaica (Taboada y Angiorama, 2010; Taboada *et al.*, 2013). En conjunto, la materialidad da cuenta de esa tan particular relación política entre las poblaciones de la llanura santiagueña y el Inca confirmando la original hipótesis de Lorandi para esta frontera del Imperio.

Una tercera línea de estudios que podría desprenderse del trabajo de Lorandi sobre la frontera del Tawantinsuyu es la que ha comenzado a revisar aquel espacio para la colonia temprana, repensándolo en el marco de dinámicas de cambios y de continuidades respecto del período prehispánico. Como señala Taboada: “algo particular está sucediendo en este sector. Una situación diferenciada que luego parece además haber sido detectada por los españoles durante la Colonia” (2011: 205). No en vano, según Palomeque (2000), la invasión hispana a la región comenzó a concretarse con

4 Para un completo desarrollo de este tópico cfr. el artículo de Verónica Williams y María de Hoyos en esta publicación.

la fundación de la ciudad de Santiago del Estero en 1553, de la mano de grupos indígenas locales que se aliaron a los españoles y que podrían haber sido los mismos que previamente habían entablado vínculos de “amistad” con el Inca.⁵ Así, las experiencias previas de estas poblaciones, tanto en términos de formas de relacionamiento como de destrezas de antigua tradición –por ejemplo, las referidas a la actividad textil remozadas durante el Incario– pudieron haber sido aprovechadas en el nuevo contexto colonial.⁶ A esta línea aportan los recientes trabajos interdisciplinarios de Farberman y Taboada (2012) y Taboada y Farberman (2014) quienes han comenzado a visualizar las identidades étnicas poniendo en discusión tipologías coloniales y arqueológicas, y preguntándose por la organización –y posible vinculación– de los asentamientos prehispánicos tardíos y de los pueblos de indios coloniales a partir de ciertas continuidades en las configuraciones políticas y los usos del espacio.

Sobre el servicio personal y la desestructuración

El trabajo pionero de Lorandi sobre las encomiendas de servicio personal (1988a), típicas de la forma en que se implantó el sistema colonial en el Tucumán, nos da pie para organizar la bibliografía que siguió en dos grandes grupos. El primero de ellos remite al análisis del modo en que se produjo el avance del estado en la región, de la mano del

-
- 5 Palomeque (2009) ha propuesto que ese prolongado rol de “indios amigos” asumido por las poblaciones de “tierras bajas” –sometidos además a abusos y malos tratos durante la temprana colonia–, habría coadyuvado al deterioro de las comunidades tanto como del medio ambiente, siendo este conjunto de recursos ecológicos y sociales el sostén de la empresa conquistadora de las “tierras altas”.
 - 6 Dos estudios puntuales dan cuenta del lugar de las actividades textiles en el marco del funcionamiento económico de las encomiendas tempranas: Quilpo en Córdoba (Doucet, 1986) y Maquijata en Santiago del Estero (Ferreiro, 1997).

dictado de legislaciones y ordenanzas y su puesta en práctica, efectiva o no (González Rodríguez, 1990). Estos trabajos se construyeron en diálogo con la producción de Gastón Doucet sobre la encomienda, su funcionamiento interno, el estudio del régimen del servicio personal y de los cuerpos normativos de Gonzalo de Abreu y de Alfaro (Doucet, 1980a, 1984, 1986, 1990). El segundo nos permite ingresar al mundo de los indígenas de encomienda, especialmente en los pueblos de indios coloniales –escenarios de profundas transformaciones socioculturales y demográficas y espacios de resignificación de las identidades nativas. Aunque como estrategia analítica los presentamos separado, ambos ítems están imbricados y en tensión en la medida en que la legislación avanzaba procurando preservar las bases productivas del régimen colonial, limitando el poder de los encomenderos y dando acceso a los nativos a la justicia (Palomeque, 2000).

Antes de avanzar sobre el primer grupo, cabe recordar que para Lorandi la situación de frontera de nuestra región, marginal y de conquista tardía, conllevó la implantación del sistema colonial con fuerte protagonismo del grupo encomendero, con una enorme brecha entre las normas y las prácticas y con la vigencia del servicio personal a lo largo del período colonial sobre las sociedades nativas escasamente excedentarias. Si bien con matices y ajustes esto ha sido corroborado por investigaciones posteriores (Quiroga, 2012) también se ha comenzado a visualizar el avance del estado colonial como un proceso gradual, atravesado por tensiones y resistencias que involucraron a los agentes de la Corona, al grupo encomendero, a la Iglesia y a las comunidades nativas demográficamente más consistentes.⁷

7 Albeck y Palomeque (2009) estudiaron la configuración de la frontera política norte de la gobernación del Tucumán a partir de la fundación de la ciudad de Jujuy, analizando las mercedes

Así, por ejemplo, los trabajos de Castro Olañeta sobre las encomiendas tempranas de la llanura santiagueña y de Córdoba muestran que las ordenanzas de Abreu (1576) fueron controladas en su aplicación por el gobernador Alonso de Ribera (1605-1611), en especial aquellas que “amparaban” a los indios (Castro Olañeta, 2006a y 2013b). Carmignani (2013) estudió en el mismo contexto la figura prácticamente desconocida de los “tenientes de naturales”, agentes destinados a regular las relaciones entre encomenderos y encomendados. En la misma línea se analizaron las gestiones de los gobernadores Francisco de Barraza y Cárdenas, Alonso de Ribera y Luis de Quiñones Osorio, como parte de un proyecto de estado que midió el pulso interno de los intereses locales preparando el terreno para la visita del oidor Alfaro, la elaboración de un nuevo conjunto de ordenanzas (1612) y las primeras etapas de su implementación (Castro Olañeta, 2010; Piana y Castro Olañeta, 2014). El análisis de Castro Olañeta (2006a) sobre el pueblo de indios de Quilino muestra la coexistencia de los dos sistemas regulatorios (Abreu y Alfaro), las persistencias y transformaciones en las prestaciones de trabajo y la organización de la producción, así como el acceso a la justicia de los nativos para defenderse de las vejaciones del mayordomo. El éxito de la comunidad puede entenderse no solo por su capacidad de acción sino en relación con esta coyuntura favorable de cambio.

En La Rioja, la implementación de las ordenanzas de Alfaro recién se hace visible después del fin de las guerras calchaquíes, cuando –una vez vencidos– los rebeldes fueron reagrupados en pueblos de indios. Fuentes de la década de 1660 muestran la conmutación del tributo tasado en

de tierras otorgadas por las autoridades coloniales a encomenderos y particulares en la llamada “raya del Tucumán”, durante un siglo. La frontera se fue delineando progresivamente a través de la apropiación de extensos territorios situados en la puna de Jujuy poblados por chichas, casabinos y ocloyas.

cinco pesos por prestaciones de trabajo, nombradas como “servicios personales”, por el hilado de las esposas de los tributarios y también la falta de remuneración de trabajos adicionales en concepto de “demasías de tasa” (Boixadós, 1997 y 2002). Situaciones similares se advierten para Catamarca décadas después, aunque el complejo panorama de esta jurisdicción a raíz de la tardía fundación de la ciudad muestra tendencias diferenciadas según las regiones (Anello, 2002; De la Orden de Peracca, 2008).

En cuanto al avance del estado colonial en relación con políticas referidas a la población indígena, otras dos coyunturas emergen como relevantes a partir de la bibliografía revisada. La primera se relaciona con la visita realizada por el oidor don Antonio Martínez Luján de Vargas a todas las encomiendas de la gobernación del Tucumán entre 1692 y 1693. Desde el pionero estudio de Doucet (1980b), y en particular desde la década de 1990, dicha visita ha servido como fuente de diversas aproximaciones que, sea a partir perspectivas globales (Farberman y Boixadós, 2006) o bien desde jurisdicciones puntuales (Farberman, 1991 y 2002a; Boixadós y Zanolli, 2003; Bixio, 2013), han avanzado en describir la situación de los indígenas en aquella coyuntura. En líneas generales, estos estudios muestran que prácticas ilegales como el servicio personal, la “saca de indios” (González Rodríguez, 1982) y la presencia de “pobleros” o mayordomos en los pueblos de indios continuaban vigentes a pesar de los intentos oficiales de regular las condiciones socio-laborales de las poblaciones indígenas (González Navarro, 2012). Justamente la visita tenía como propósito el “desagravio de los naturales” –es decir que el visitador los sabía perjudicados sobre la base de diversos informes– y si bien en todas las jurisdicciones el juez visitador debió “recordarles” a los encomenderos y autoridades locales los artículos esenciales de la normativa alfariana, en Jujuy se

encontró que eran los indígenas los que reclamaban el derecho a pagar el tributo en moneda, tal como en éstas se estipulaba. Tal excepción se explica por la participación de caciques y comunidades en circuitos mercantiles y mineros (Sica y Sánchez, 1992; Lorandi y Zanolli, 1995; Sánchez, 1996; Becerra y Estruch, 2011), prácticas aceitadas y con fuerte continuidad entre pueblos más vinculados a la región charqueña. Para Sica (2010), este recurso contribuyó a frenar el rápido proceso de desestructuración de las comunidades indígenas de la región, aunque el servicio personal no estuvo ausente.

La segunda coyuntura se sitúa en la segunda mitad del siglo XVIII, con la puesta en práctica en el ámbito local de las Reformas Borbónicas. La Real Ordenanza de Intendentes del Río de la Plata (1782) redefinió las unidades políticas y administrativas imponiendo nuevas lógicas de relaciones en el antiguo espacio de la gobernación del Tucumán, mientras la Nueva Instrucción de Intendentes (1784) extendió la categoría tributaria a todos los habitantes de los pueblos de indios –incluyendo mestizos y castas– con el fin de aumentar la recaudación fiscal (Punta, 1994 y 2009; De la Orden de Peracca, 2005). Pero más allá de estas medidas, muy estudiadas en cuanto al impacto producido en diferentes jurisdicciones, es significativa la proliferación de fuentes que dan cuenta del interés del estado por clasificar y cuantificar a la población sujeta a las cargas fiscales. Padrones, visitas y revisitas e informes administrativos y de gobierno dan cuenta de una injerencia cada vez mayor del estado colonial a través del accionar de nuevos funcionarios (Punta, 2004; Dainotto, 2012).

El segundo grupo de trabajos se vincula con la idea de Lorandi sobre la desestructuración y recorta como unidad de análisis el “pueblo de indios” colonial. Sin negar el impacto de dicho proceso –en particular, en las jurisdicciones

de colonización más antigua– las investigaciones recientes han encontrado matices y distintos ritmos de cambio a la luz de nuevos marcos teóricos y fuentes. Por ejemplo, desde principios de la década de 1990 Farberman focalizó la atención sobre los pueblos de indios de Santiago del Estero tempranamente encomendados y demostró la pervivencia de varios de ellos –en transformación– desde el siglo XVII hasta principios de la república. Las prácticas matrimoniales estructuradas, la reconfiguración del sistema de autoridades étnicas y las migraciones estacionales alimentaron la capacidad de un grupo de pueblos de indios para implementar estrategias adaptativas y creativas que hicieron posible esta perduración (Farberman, 1992, 2002a y b, 2004 y 2008).

En Jujuy, mientras varios grupos sufrieron fragmentaciones y traslados, otros asumieron el formato de “reducción colonial” conjugando intereses de encomenderos y nativos, lo que les permitió conservar tierras comunales y autoridades étnicas. La existencia del cabildo indígena y de caciques gobernadores para unidades mayores –Tilcara, Humahuaca, Casabindo y Cochinoca– da cuenta de entidades de amplia base demográfica y bien organizadas que fueron menos afectadas por la desestructuración (Sánchez, 1996; Sica, 2002 y 2009; Alfaro *et al.*, 2005; Zanolli, 2005; Palomeque, 2006). Entre tanto, los pueblos de la jurisdicción de Salta enfrentaron un doble reto: por un lado, la conflictividad del sector valliserrano que justificó la “saca de indios”, los traslados a la ciudad y las relocalizaciones en reducciones donde se les asignaron tierras; por otro, el avance del dominio español sobre tierras del valle de Lerma que coexistía con poblados multiétnicos –de donde tomaban la fuerza de trabajo– expuestos a las dinámicas relaciones fronterizas con la región chaqueña (González Rodríguez, 1982; Mata de López, 2000).

Por su parte en las jurisdicciones de La Rioja y Catamarca las rebeliones nativas pusieron a prueba la continuidad de varios grupos, reunidos posteriormente en pueblos de reducción que fueron escenario de una lenta y difícil recuperación en la segunda mitad del siglo XVIII (De la Orden de Peracca, 2006; Boixadós, 2007-2008). A lo largo de este siglo, algunos pueblos de indios mostraron su versatilidad defendiendo sus tierras comunales y ampliando su base demográfica con la incorporación de migrantes o forasteros, soldados y mestizos. Recientes investigaciones sobre los pueblos de indios en Jujuy, Santiago, La Rioja, Córdoba, Catamarca y Tucumán dan cuenta de universos que importaban complejas relaciones sociales en su interior, donde la multietnicidad, la presencia de soldados, castas y mestizos, la agregaduría y el arriendo de tierras para pagar los tributos habían desdibujado los típicos contornos de las corporaciones nativas de antaño, dando incluso espacio para la formación de nuevos pueblos (Punta, 1994; De la Orden de Peracca, 2008; Farberman, 2009; Boixadós, 2012; Rodríguez, 2012; Tell, 2012; Sica, 2014).

Un balance general de las investigaciones sobre este tema permite advertir que mientras algunos pueblos de indios perdieron su condición de tales, pasando las tierras rápidamente a manos de los colonizadores, otros hicieron de su preservación el factor principal de cohesión interna que les permitió traspasar los umbrales del período colonial hacia el independiente. Para Tucumán López (2006a) da cuenta de las estrategias que implementaron los pueblos de indios para defenderse de los embates liberales, destacándose el caso de Colalao y Tolombón abordado desde la colonia temprana hasta principios del siglo XIX (López de Albornoz y Bascary, 1998). Recientes investigaciones han retomado el caso para enfocarse en el análisis de las estrategias colectivas que favorecieron la resignificación de estos pueblos

en “comunidades” ya entrado el siglo XIX (Rodríguez, 2011) y permitieron que el proceso de fraccionamiento de las tierras colectivas se demorara hasta fines de ese siglo (Fandos, 2007). En este escenario de transformaciones y pervivencias se destaca igualmente el más conocido caso de Amaicha, colectivo cuya continuidad puede rastrearse incluso hasta el día de hoy (Isla, 2002; Rodríguez, 2009 y 2010; Sosa y Lenton, 2009; Steiman, 2013). Asimismo puede resaltarse el caso de antiguos indígenas encomendados de las tierras altas jujeñas –Casabindo y Cochinocha– que, si bien atravesaron procesos de desestructuración según el ya clásico estudio de Madrazo (1982), también en el siglo XIX protagonizaron enfrentamientos armados (Paz, 1991) o disputas judiciales (Díaz Rementería, 1988) en torno a la defensa de territorios considerados como propios; aspectos indicativos de la pervivencia o rearticulación en términos colectivos.

En Córdoba, las investigaciones de Tell avanzaron sobre la reformulación estratégica de los pueblos de indios como espacios socialmente construidos por un colectivo cuya identidad se definía en términos de derechos de acceso a la tierra –“comuneros”–, un sujeto difícil de calibrar para el estado provincial empeñado en imponer la propiedad privada hacia 1880 (Tell, 2010, 2011, 2012 y 2014). En Catamarca, investigaciones colectivas advierten sobre repartos de tierras realizados por las autoridades coloniales a comienzos del siglo XIX en los pueblos de indios del oeste catamarqueño, reconociendo la existencia de nuevos vecinos más allá de su condición étnica y/o tributaria.⁸ Estas transformaciones respaldaron la continuidad en el tiempo de pueblos como Tinogasta –o Collagasta en el valle– si bien la mayoría de los antiguos pueblos de indios de

8 Como la compilación publicada en 2012 por Gabriela De la Orden de Peracca y Alicia Moreno.

esta zona llegaron empobrecidos a los umbrales del período republicano (De la Orden de Peracca, 2008). Estas tendencias se presentan igualmente en La Rioja donde apenas seis pueblos de indios conservaban derechos a las tierras comunales a fines de la colonia, habiéndose implementado políticas de traslado de población y sistemáticos avances sobre la propiedad colectiva antes del advenimiento de la república (Boixadós, 2012).

No cabe duda de que el tema de los pueblos de indios se ha instalado en nuestro medio a través de una prolífica producción que sorprende por la variedad de matices, tanto en las transformaciones como en las continuidades. Muestras de ello son, además, la publicación de un libro específico sobre la temática (Farberman y Gil Montero, 2002) y los dossiers compilados por Paz (2008) y recientemente por Fandos y Teruel (2014). En líneas generales, todo lo descripto hasta aquí nos permite afirmar, aún dentro del marco de la desestructuración, que la población indígena y, en particular, aquellos indios de pueblo –o muchos de ellos– lograron reproducirse a pesar del sistema de explotación colonial. Las investigaciones fueron mostrando una importante diversidad de respuestas colectivas frente a la dominación y lograron matizar el panorama inicial de una desestructuración general y profunda, aspectos que fueron reconocidos y aceptados públicamente por Ana María Lorandi en varias oportunidades (Lorandi, 2002). Con todo, resta mucho por conocer al respecto y aunque se han realizado estudios más globales que miraron a los pueblos de indios desde una perspectiva temporal y espacial amplia (Castro Olañeta, 2006b, Farberman y Boixadós, 2009-2010) se necesitan todavía mayores análisis que puedan salir del caso particular, o incluso de la jurisdicción específica, para insertar esas problemáticas en dinámicas regionales o surandinas.

Sobre rebeliones y resistencias

Con respecto a las rebeliones y las resistencias en el NOA, el trabajo pionero de Lorandi (1988b) dio impulso al desarrollo de investigaciones dentro del equipo que pronto dialogaron con producción surgida en otros ámbitos; en conjunto se trata de aportes que problematizaron las categorías semánticas registradas en las fuentes coloniales, siguiendo procedimientos metodológicos de la etnohistoria andina (Lorandi y Bunster, 1987-1988), y la historicidad de los llamados “indios autónomos”, “indios alzados” o “de guerra”.

En primer lugar, se destacan trabajos que abordaron centralmente el problema del avance de los españoles sobre la territorialidad indígena en la región valliserrana, las guerras y la progresiva implantación del tributo y la producción agraria (Rubio Durán, 1997a), así como la tecnología, las tácticas y las estrategias militares desplegadas tanto por españoles como por indígenas (Rubio Durán, 1997b). Quiroga (2010) ha retomado el uso del espacio por parte de los indígenas en el contexto del llamado “gran alzamiento” (1630-1643), cuando las quebradas de altura –áreas de subsistencia en tiempos prehispánicos– se convirtieron en lugares de refugio y resistencia al dominio español, desde donde mantuvieron el control sobre su reproducción autónoma por largo tiempo. Boixadós (2011a), analizando etnográficamente una entrada española al valle en el mismo contexto, reconstruyó detalles específicos sobre la organización de la jornada revelando aspectos poco conocidos de las tácticas y estrategias de guerra utilizados por españoles y nativos en la construcción de complejas y fluctuantes tramas de relaciones inter e intra-étnicas que sostuvieron la red de resistencia indígena.

En segundo lugar, el tema de las alianzas o conflictos inter e intra-étnicos en el marco de los años de guerra ha

sido abordado por varios autores y se conecta, a su vez, con otras cuestiones como las “estructuraciones étnicas” al interior del espacio rebelde. Lorandi y Boixadós (1987-1988), utilizaron los partes de guerra de las campañas punitivas de 1659 al valle Calchaquí para problematizar las relaciones entre unidades étnicas y territorios, al tiempo que avanzaron en el análisis de las alianzas y antagonismos internos que estructuraban el espacio político durante el conflicto, conformado por unidades autónomas bajo fuertes liderazgos étnicos con capacidad confederativa (Lorandi *et al.*, 1997; Lorandi y Boixadós, 2009). Otras fuentes producidas durante el “gran alzamiento” –cartas e informes de guerra– condujeron a Schaposchnik (1994 y 1996) a relacionar las dinámicas de alianza política con los vínculos de parentesco en el devenir de las acciones rebeldes, y a concluir que las jefaturas regionales tenían escaso nivel de integración y eran muy dinámicas e inestables.

Fuentes ajenas a las rebeliones permitieron acceder al problema de la estructuraciones étnicas desde otro ángulo, como es el caso de los omaguacas analizado por Zanolli (2005) a partir de la reconstrucción de las relaciones de este grupo con la etnia chicha, el estado inca y posteriormente con la familia de encomenderos que intervino en el destino colonial de este pueblo. También los pleitos entre encomenderos y encomendados llevaron a R. Cruz (1990-1992) a problematizar la construcción de las identidades de los amaichas y tafies a través de rótulos “fabricados” por los españoles en contextos litigiosos con el fin de legitimar procedimientos condenados por la legislación. Más recientemente Giudicelli (2007) propuso releer las segmentaciones étnicas valliserranas de los documentos y develar las lógicas de clasificación seguidas por los hispano-criollos como herramientas discursivas de incorporación de los indígenas al dominio colonial.

En tercer lugar, se ha producido un sustantivo avance en el conocimiento tanto del proceso de “desnaturalización” como de la situación de las poblaciones que, asentadas originalmente en el valle Calchaquí, fueron trasladadas a diversos lugares y bajo diferentes condiciones.⁹ La desnaturalización como política sistemática fue empleada en el contexto del gran alzamiento diaguita cuando se ordenaron traslados al interior de una misma jurisdicción –por ejemplo en Salta y La Rioja (Lorandi y Boixadós, 1987-1988; Boixadós, 2002; Quintián 2008)– y entre jurisdicciones, como los que forzaron a grupos del oeste catamarqueño a instalarse en La Rioja y Córdoba (Lorandi y Sosa Miatello 1991; Boixadós 1997; Tell 2010).

Sin embargo, las desnaturalizaciones masivas del valle Calchaquí caracterizaron el último de los períodos bélicos, el liderado por el “falso inca” Bohórquez (Lorandi, 1997b) y fueron parte de una política diseñada por el entonces gobernador, Alonso de Mercado y Villacorta, quien mediante pactos previos buscaba compensar con encomiendas de indios “u otra forma de servicio” a quienes hubieran contribuido en las campañas de conquista con dinero o medios (Boixadós, 2011b). También se diferenciaron de las anteriores por el alto nivel de fragmentación que supusieron para los indígenas vencidos, expresados en el sistema de composición de piezas así como en las distancias enormes que los separaban de los sitios a los que fueron destinados; el caso más emblemático es el de los quilmes y acalíes trasladados a Buenos Aires. Tal como recuerda Giudicelli (2011),

9 Cabe diferenciar estos procesos de aquellos traslados –también compulsivos o parcialmente negociados– que desde los primeros tiempos de la conquista llevaron adelante los encomenderos para favorecer sus intereses, a pesar de las ordenanzas en contrario. Las investigaciones de Piana (1992) sobre Córdoba y posteriormente las de González Navarro (2005), así como las de Sica (2002) para Jujuy y las de Palomeque (2009) para Santiago ilustran cabalmente el accionar privado que se replicó en casi todas las jurisdicciones.

el término “desnaturalización” parece haber caracterizado una amplia gama de situaciones que dependieron de las coyunturas específicas y del modo en que se concretaron las “deportaciones”: algunas fueron totalmente compulsivas y otras, en cierto modo, negociadas. Tal fue el caso de los tolombones y colalaos, trasladados al valle de Choromoros (Tucumán) después de haber pactado colaborar en las últimas campañas de pacificación a cambio de recibir tierras y mantener las condiciones de vida comunitaria, como ya el trabajo de Lorandi y Boixadós (1987-1988) documentara oportunamente. Por su parte González Navarro ha precisado que desnaturalizar implicaba “no solo sacarlos de su asiento original sino quitarles su naturaleza indómita y rebelde, y propender a que vivieran en ‘buena pulicia’ y bajo el dominio español” (2009: 240). En efecto, la política de desnaturalizaciones apuntaba a la conversión de los indios autónomos y resistentes al avance español en “indios coloniales”, mano de obra a disposición de vecinos, encomenderos y ciudades.

Respecto de los contextos de instalación o reduccionamiento de los desnaturalizados también contamos con una importante masa de estudios; por ejemplo los trabajos de López de Albornoz (1990), Lorandi y Sosa Miatello (1991), Palermo y Boixadós (1991) nos permitieron conocer cómo reconstruyeron sus comunidades algunos desnaturalizados en sus lugares de destino, la evolución demográfica, el conflicto por las tierras en tensión con la encomienda o el modo en que resignificaron antiguas formas de estructuración política. En años recientes, el estudio de la visita de Luján de Vargas incentivó la investigación sobre la situación de las familias desnaturalizadas, en su mayoría sujetas a condiciones de reproducción social semejantes a los antiguos yanaconas, por estar exceptuados de tributos por diez años y situados en las propiedades urbanas o rurales de

sus encomenderos. Estas condiciones pronto fueron compartidas por los nuevos desnaturalizados provenientes de las campañas al Chaco: “piezas” de filiación toba y mocoví (Boixadós, 2003; De la Orden de Peracca, 2008; González Navarro, 2009).

Por otra parte, estudios más globales han mostrado el impacto demográfico que, luego de las desnaturalizaciones, supuso la incorporación de fuerza de trabajo valliserana en las distintas jurisdicciones (Lorandi y Ferreiro, 1991; R. Cruz, 1997) insuflando nuevas energías al generalizado descenso poblacional que se advertía en diversas zonas. Asimismo, algunos autores han vuelto su mirada sobre el valle Calchaquí para observar cómo el espacio fue lentamente incorporado al dominio colonial luego de finalizar las guerras, sus tierras apropiadas por los españoles y reorganizadas socio-económicamente en el marco de las distintas dinámicas productivas (Mata de López, 2000; Rodríguez, 2008). Algunos estudios también han dado cuenta de cómo muchos de los antiguos habitantes de Calchaquí respondiendo a distintas modalidades –retornos individuales o colectivos, espontáneos o planificados, voluntarios o compulsivos, esporádicos o sostenidos en un largo plazo– habrían regresado a sus antiguos asientos y, en algunos casos, establecido una suerte “doble residencia” (López de Albornoz y Bascary, 1998; Noli, 2003; Rodríguez, 2008).

Finalmente, los estudios sobre ese corredor rebelde y de “frontera interna” dentro de la órbita colonial nos llevan a mirar lo que sucedía en la extensa “frontera externa” del Tucumán, activada por las incursiones de pueblos chaqueños a partir de la década de 1670. Aunque excede los límites de este trabajo vale mencionar un conjunto de estudios que han analizado, especialmente para el siglo XVIII, distintas temáticas –la guerra, la instalación y funcionamiento de

misiones religiosas, las relaciones interétnicas, el comercio, el avance de las estancias y haciendas, el robo de ganado— advirtiendo que la frontera era más flexible y permeable de lo que se había supuesto (Garavaglia, 1984; Gullón Abao, 1993; Santamaría y Peire, 1993; Teruel, 1994; Sánchez y Sica, 1997; Vitar, 1997; E. Cruz, 2001). Destacan, a los fines de este artículo, aquellos trabajos que repiense las dinámicas de esa frontera oriental y de guerra desde las distintas jurisdicciones que formaban parte de la órbita colonial, comprendiendo ese extenso espacio como un ámbito de reforzamiento de identidades étnicas y de adaptación en la que los nativos fueron incorporando prácticas negociadoras de la sociedad invasora (Mata de López, 2005; Farberman, 2011).

Otro conjunto variado de investigaciones ha mostrado que los procesos de resistencia se desplegaron entre las sociedades indígenas bajo diferentes acciones colectivas. Cabe recordar las organizaciones coordinadas por varios grupos para frenar la instalación de los españoles en sus territorios, como la que lideró el cacique Viltipoco (1593) impidiendo dos fundaciones de la ciudad de San Salvador de Jujuy (Zanolli, 2005; Sica, 2008; Sica y Zanolli, 2010), o aquellas que obligaron a abandonar las primeras “ciudades” fundadas en el valle Calchaquí. Como sabemos, estas resistencias colectivas y coordinadas a mediana y gran escala pusieron en jaque, además, a varias instalaciones españolas en la actual provincia de Catamarca —hasta la fundación de la ciudad en el valle homónimo en 1683. Pero ya asentado el dominio colonial, los procesos de resistencia desafiaron y condicionaron el nuevo orden desde sus intersticios, como lo muestra el acceso de los nativos a la justicia, ámbito alternativo para reclamar los derechos que les asistían por su condición de vasallos. Las ricas fuentes cordobesas han permitido reconstruir complejas tramas de litigios en los que indios tributarios y caciques denunciaban abusos,

malos tratos e incumplimiento de deberes de los encomenderos y las autoridades coloniales y donde los protectores de naturales jugaban un rol central en el armado de su defensa (Bixio, 2003; Bixio y González Navarro, 2003; Castro Olañeta, 2006a). Si estos litigios desvendían los subterfugios de normativas superpuestas y a veces contradictorias del derecho indiano, también descubren las estrategias jurídicas y la capacidad de los indígenas de movilizar apoyos y redes de influencia para defender sus reclamos. Como en otras partes del mundo colonial, aquí también los caciques aprendieron a lidiar con la maquinaria de los estrados procurando reunir informes y pruebas para fortalecer sus argumentaciones (Vázquez, 2011; González Navarro, 2012). Las causas de mayor complejidad solían llegar a los estrados de las reales audiencias de Charcas o Buenos Aires, donde fiscales y jueces lejanos dictaminaban sobre conflictos por tierras o por derechos de sucesión a cacicazgos (Boixadós, 2008).

Sobre mestizajes

Mientras en la tradición de estudios demográficos el mestizaje constituyó un tema relevante, debemos esperar la década de 1980 para que se propusieran nuevos enfoques. Boccara (2012) ha señalado que la Etnohistoria –en su vocación interdisciplinaria y *avant la lettre*– contribuyó de manera significativa a la restitución de la “agentividad” de los grupos subalternos, prestándole atención a la emergencia de nuevos grupos e identidades a través de distintos y complejos procesos de mestizaje y etnogénesis. No cabe duda de que la proximidad del V Centenario del “descubrimiento” colaboró en el redimensionamiento –y crítica– del mestizaje como una categoría analítica que permite observar la articulación entre culturas en contextos coloniales y situar

en ellas las cambiantes experiencias de vida de personas, sus redes y circuitos relacionales.

El artículo de Lorandi (1992) sobre el mestizaje y otros más recientes han abordado esta problemática para el NOA, en algunos casos observándola al interior de los pueblos de indios del siglo XVIII –época en la que fuentes más numerosas y diversas hacen visible la convivencia de originarios con una creciente descendencia amestizada que portaba muchas veces apellidos españoles. Algunas visitas permiten distinguir las actividades que marcaban la condición de ciertos mestizos: soldados viviendo en los contornos del pueblo o propietarios de ganado que aprovechaban los recursos comunales, mostrando la fuerte atracción de las tierras protegidas y la importancia de la comunidad para personas cuya condición era liminar (Farberman, 2009). El fenómeno se repite en todas las jurisdicciones con diferentes matices y en relación con dinámicas locales pero, por lo general, se advierte que el proceso de “integración” diferencial de mestizos a los pueblos de indios favorecía la recuperación de las corporaciones nativas.

Más allá del marco de los pueblos de indios y a partir de una amplia investigación empírica, Noli (2012) ha caracterizado a la sociedad colonial de San Miguel de Tucumán como un mundo que no estaba marcadamente escindido – hispanocriollos e indios– sino que, por el contrario, era profundamente ladino y mestizo. En las dinámicas de relaciones interétnicas, algunos indios se españolizaron vistiendo ropas europeas –tal como se advierte en los testamentos de indígenas de elite transcritos por Gentile 2008– o se tornaron ladinos al calor de los oficios impuestos por el ritmo de la economía colonial, tal el caso de los indios carpinteros de Marapa (Noli, 2001). El trabajo será así uno de los vehículos privilegiados del mestizaje como lo muestran los “indios vaqueros” dedicados a la actividad ganadera o las “chinas”,

mujeres indias abocadas al servicio doméstico en casas urbanas o estancias (Noli, 2009).

Un aspecto menos estudiado del fenómeno del mestizaje es el de las recíprocas influencias entre indígenas e hispano-criollos. Para el Curato de Chiquiligasta, por ejemplo, Noli (2005) describe cómo los indígenas indianizaron la sociedad criolla como parte de un proceso de transferencias culturales más amplio que no tenía una única dirección. La indianización será entonces la dinámica complementaria de la hispanización y ambas parte del mestizaje que entramaba la construcción de la sociedad colonial y se registraba en todos los sectores sociales (Boixadós, 2005; Noli, 2010).

Los aportes de una publicación colectiva reciente que continúa investigaciones anteriores sobre el mestizaje en la jurisdicción de Córdoba (Bixio y González Navarro 2013) se orientan al análisis de las variadas experiencias de vida de actores sociales que, más allá de la hibridez de su condición, operaban como mediadores culturales caracterizados por “una destacable adaptabilidad, un nutrido capital experiencial, la búsqueda de ascenso o mejora social, la carencia de prosapia o linaje de sangre” (2013: 10). La atención se centra así en reconstruir derroteros personales, sus prácticas y oficios, su activa participación entre “dos mundos” como “agentes de aculturación y dominación colonial”, como en recuperar los desplazamientos por el “entre medio” socio-cultural de una sociedad que –durante el primer siglo posterior a la conquista– se descubre permeable y más abierta a integrar la diversidad. Estas condiciones –y la resignificación de los parámetros de valores y jerarquías entonces vigentes– irán variando durante el siglo XVIII para dar lugar a mecanismos de discriminación socio-étnica más explícitos. Activados en coyunturas precisas estos mecanismos podían estigmatizar grupos o sectores sociales y frenar la movilidad y el ascenso; tal como le ocurrió a un soldado

riojano avecindado en Los Llanos, quien reconociéndose como “español” fue considerado –y tratado– por las autoridades locales como “indio natural” por su apariencia, su pobreza, y su conocida “calidad” mestiza (Farberman y Boixadós, 2011).

Por su parte, los procesos criminales llevados a cabo contra hechiceras en Santiago del Estero tardocolonial permitieron a Farberman (2005) analizar las “salamancas”, interpretándolas como las herederas mestizas de las antiguas “juntas y borracheras” de indios en clave de circulaciones de ida y vuelta. En las salamancas participaban indígenas que despleaban motivos demonistas –introducidos a través de la prédica eclesiástica– y también lo hacían distintos sectores socio-étnicos, dando cuenta así de una dirección de “abajo hacia arriba” de las dinámicas de mestizaje; de hecho, tanto los jueces que trataron las denuncias como la gente común –víctimas o testigos– compartían la creencia en los poderes de los objetos mágicos y en su capacidad de dañar. En definitiva, las salamancas parecen haber sido un exponente más de la “cultura híbrida” que fue configurándose durante la colonia pues, como explica Farberman, el territorio de la magia y de la religión resultan ámbitos privilegiados para la hibridación y el mestizaje.

Otro claro ejemplo de un producto mestizo es el de las cofradías, una institución colonial de carácter religioso que fue resignificada por los indígenas. Los estudios sobre este tema, especialmente para la jurisdicción de Jujuy, han conocido un importante desarrollo en los últimos años (E. Cruz, 1997 y 2007; Zanolli y Alonso, 2004; Caretta y Zacca, 2011) y –entre otras cosas– permiten afirmar que aunque fue una institución implementada por la Corona como medio de control social de los indígenas, pudo haber constituido un elemento fundamental en la reelaboración de las identidades colectivas. Tal es el caso de la Cofradía de San Antonio

de Humahuaca –estudiada por Zanolli (2008) y Caretta y Zacca (2011)– que material y espiritualmente funcionó como un mecanismo de cohesión del grupo. Asimismo, como advierte E. Cruz (2013), las denominadas cofradías de “carácter abierto” se conformaron como un espacio multiétnico en el que se desplegaron distintas dinámicas de relaciones interétnicas –y de poder– y de mestizaje.

Finalmente, en relación con estas temáticas existe toda una línea de trabajo focalizada en las clasificaciones socio-étnicas, analizando fuentes que retratan los cambiantes contornos de la etnicidad en contextos de dominación colonial (Bixio, 2005). Gracias al imperativo borbónico de registrar y ordenar a la población de sus colonias disponemos de fuentes periódicas generales para la segunda mitad del siglo XVIII –padrones de pueblos de indios, visitas y revisitas– en las que el proceso de mestizaje socio-demográfico y cultural se expresa a través de una terminología variada, de significados a veces opacos. Los mismos jueces visitadores y funcionarios emplearon categorías como “agregados”, “criados”, “forasteros”, “indios libres”, “esclavos”, intersectadas por términos que aluden al origen y/o la procedencia étnica, que muchas veces connotan grados de combinaciones calculables en función de la apariencia y la condición, como “mestizo”, “natural”, “mulato”, “pardo”, “zambo”. Desde la década de 1990 Guzmán (1993, 1995) ha contribuido a comprender este proceso analizando la población esclava en la conformación de la sociedad tardocolonial riojana y la incidencia de las prácticas matrimoniales en la consolidación de un amplio sector afro-mestizo.¹⁰ Sus estudios sobre la jurisdicción de Catamarca comprenden la problemática

10 Los estudios de Guzmán (1993, 1995) comprenden la región llanista y la ciudad de La Rioja; para esta jurisdicción un trabajo más amplio es el de Robledo (2010) y para Catamarca el reciente estudio de Moreno (2014) avanza sobre el siglo XIX.

del mestizaje desde la óptica de la familia y la producción, a lo largo de todo el período colonial, y llaman la atención acerca de que “el mestizaje no significa necesariamente relaciones armoniosas ni tampoco borra la jerarquía y los prejuicios sociales que tienen lugar en una sociedad y en momento dado” (Guzmán, 2010: 192). Sus análisis dejan entrever complejos procesos divergentes, significativos a fines de la colonia –“mulatización” y “blanqueamiento”– que afectaron a los sectores sociales bajo relaciones de dependencia con los hispano-criollos.

En esta línea, estudios recientes han advertido que las categorías de censos y visitas procuraron ordenar contextos sociales de enorme complejidad. Sin embargo, el profundo proceso de cambio registra múltiples formas de expresión en otras fuentes –pleitos, informes, registros notariales, testamentos, sucesiones, etc.– incluyendo además autoadscripciones. En este sentido, el tema requiere de una metodología cuidada que incluya un análisis del contexto de producción y de los actores sociales que están en juego en el momento del registro de las clasificaciones, además de los referentes a imaginarios colectivos y representaciones socio-culturales de largo aliento. Como mostraron Boixadós y Farberman (2009), las categorías se construyen de acuerdo con varios criterios –relacional, apariencia, condición social, bienes, etc.– y a menudo son discutidas o contestadas, definidas o recreadas en las coyunturas que en las que se ponen en juego. Las tensiones, ambigüedades y disputas en torno a los contenidos de significación de estas categorías proceden igualmente del criterio personal del clasificador, ya que sabemos bien que su posición social, sus valores y prejuicios también intervienen en la elaboración de estas categorías. Al tratarse entonces de categorías contextuales sus significados van variando de la mano de dinámicas socio-históricas particulares. Así, por ejemplo, en Catamarca

de fines del siglo XVIII se reutiliza el término “yanacona” cuando la institución estaba extinguida hacía mucho tiempo, sugiriendo que las condiciones que permitían evocarlo seguían vigentes (De la Orden de Peracca, 2008).

Por otro lado, el aumento demográfico tardocolonial estudiado para el NOA así como la llegada de migrantes alto-peruanos (Gentile, 1986; Mata de López, 2000; Gil Montero, 2005; López, 2006b), reconfiguraron no sólo las relaciones inter e intraétnicas y las dinámicas de mestizaje sino también los modos de categorizar localmente a la población. Un ejemplo complejo es el de los “forasteros” de la jurisdicción de Jujuy a fines de la colonia. Si por un lado la categoría remite a la llegada de migrantes instalados en las haciendas y en los pueblos de indios bajo la figura de “asistentes”, peones o arrenderos (Sica 2014); por el otro, Gil Montero (2008) señala que en Jujuy una parte de los forasteros no estarían asociados a la condición de migrantes sino que serían indígenas no reducidos a los que nunca se les habían asignado tierras de comunidad, y que recién en el contexto borbónico serán visualizados para la fiscalización.

Las advertencias metodológicas hasta aquí reseñadas valen también para trabajar con datos provenientes de archivos parroquiales. En los últimos años, actas de bautismos, defunciones o matrimoniales han sido releídas bajo nuevos marcos teóricos y en vinculación con otras fuentes cuantitativas y cualitativas para dar cuenta, especialmente en relación al período tardocolonial, de que las tajantes categorizaciones allí presentes constituyeron un verdadero esfuerzo por establecer un ordenamiento claro y jerárquico de la sociedad en el marco de largos y profundos procesos de mestizaje (Zacca, 1997; Caretta y Zacca, 2007; Rodríguez, 2008; E. Cruz, 2013-2014).

En definitiva, lo avanzado hasta aquí nos ha mostrado al mestizaje en sus variadas y complejas dimensiones, como

parte de dinámicas biológicas y culturales, individuales o colectivas, de ascenso social o limitativo del mismo, como mecanismo de rearticulaciones colectivas o de desestructuración, llegando hasta procesos de individuación absoluta. También ha sido el catalizador de fructíferas reflexiones que, sin duda, nos han llevado a registrar y problematizar variadas formas en las que se expresa la “cuestión indígena”.

Palabras finales

Desde los estudios pioneros de Ana María Lorandi y tomando en cuenta la producción reseñada hasta el presente podemos reconocer la existencia de un campo de conocimientos consolidado, con líneas de trabajo en avance y aspectos que aún requieren atención. Por ejemplo, echamos en falta nuevas y actualizadas visiones de conjunto que integren comparaciones en diferentes escalas de análisis –sobre casos o jurisdicciones– que habiliten una problematización más profunda sobre aspectos del mestizaje, los derroteros contrastantes o diferenciados de los pueblos de indios, en especial los pocos pero muy significativos casos de excepcional pervivencia hasta avanzado el siglo XIX o incluso, transformaciones mediante, hasta la actualidad. El gran impulso concedido a las investigaciones de carácter local o a lo sumo regional ha diluido los contornos del antiguo Tucumán delineados por Lorandi y es posible vislumbrar desde un escenario más nutrido su resignificación.

Durante estos años, además, la agencia indígena quedó claramente reconocida y connotada como los trabajos analizados muestran, respondiendo al desafío que las contribuciones de Lorandi tempranamente señalaron. Sin embargo, cabe notar que no todos ellos conjugan el análisis de los

procesos de “adaptación en resistencia” con la pertenencia de un colectivo marcado –muchas veces más desde el contexto que internamente– por una determinada etnicidad; en cambio, la producción más reciente ha colaborado en delinear los perfiles de una sociedad colonial híbrida y compleja, articulada sobre diferentes estructuras de poder que se fueron entretejiendo en base a relaciones de dominación.

Sin duda, la dispar conservación de la documentación en los archivos provinciales explica en buena medida el desarrollo desigual de ciertos temas y las lagunas en otros, condicionando tanto los enfoques comparativos como el acceso a fuentes que –como en el caso de las sociedades andinas– conserven más información acerca de las modalidades de agencia nativa, de su cosmovisión y formas de “ser” indígena en el mundo colonial. En este marco, las reconstrucciones del pasado focalizadas en la base indígena de la sociedad colonial han desvendado diversas modalidades de rotulación del “otro como indio”, con las múltiples mediaciones que los registros suponen según los contextos, mostrando las limitaciones de los estereotipos y de los modelos simplificadores de la indianidad. Sobre todo, se ha avanzado en diferenciar las identificaciones –etiquetas y otras categorías insertas en contextos discursivos– de los procesos dinámicos de construcciones de identidades de referencia indígena en los que intervienen distintas perspectivas nativas –y no nativas–, históricamente situadas. Tal diferencia no es menor en la medida en que supone no confundir identificaciones con identidades ni asumir éstas bajo términos homogéneos; por el contrario, desafía a comprenderlas dentro de procesos dialécticos en los que la discursividad está anclada a las condiciones materiales de producción de la alteridad indígena y no solo asociada a los modelos retóricos, performáticos y nominativos vigentes en la época.

Con importantes proyecciones sobre los procesos que la historia y la antropología actual abordan para los siglos posteriores a la colonia el enfoque tantas veces aludido –y sostenido desde las primeras contribuciones generales de Ana María Lorandi– que articulaba el cambio con la continuidad en el largo plazo ha demostrado que a partir de las fuertes desestructuraciones iniciales post-conquista las “poblaciones indígenas” se reconfiguraron de manera permanente. Como hemos señalado, el impulso de las revitalizaciones étnicas en el NOA adquiere sentido, complejidad y profundidad histórica en la medida en que los grupos hoy buscan reconocimiento y la actualización de derechos largamente denegados.

Hace ya tiempo que Briones (2005) señaló la importancia de rastrear las matrices coloniales que configuraron a las poblaciones indígenas desmarcadas o subsumidas hasta el presente, así como las respuestas y acciones que interpusieron en la larga duración. Sin embargo una lectura atenta de la producción etnohistórica, y en particular de la obra de Ana María Lorandi en relación con el Tucumán colonial, deja entrever que la llamada “matriz colonial” no puede reducirse a un modelo esquemático de estructuras dominantes; al contrario, sus investigaciones y las de otros especialistas aquí reseñados están mostrando algunos lineamientos generales en los procesos de cambio pero igualmente una variada diversidad de contextos locales y regionales. Desde este escenario, complejo y cada vez mejor conocido en pequeña escala, podemos considerar el conjunto de resignificaciones producidas en esa “matriz” a lo largo del siglo XIX y XX, tiempos en los que la “colonialidad” adquirió otros matices e implicaciones, distanciándola del antiguo ordenamiento colonial. Esta sociedad, a la que Ana María Lorandi consagró varias décadas de estudio, aparece con

frecuencia sobre-simplificada a instancias de responder las interpelaciones del presente.

Relevantes por sí mismas, las aportaciones de nuestra autora y de quienes han contribuido y contribuyen al crecimiento de este campo –que como ya advertimos constituyen solo una muestra de una impresionante producción– permiten renovar el diálogo entre pasado y presente, reconocer mediaciones, transformaciones y resignificaciones. Es nuestra expectativa que esta reseña de conjunto, inspirada por los estimulantes y significativos trabajos de Ana María Lorandi, favorezca una comprensión más profunda del pasado colonial y de la diversidad de microhistorias producidas y recorridas por los llamados “pueblos indígenas”.

Bibliografía

- Albeck, M. E. y Palomeque, S. (2009). “Ocupación española de las tierras indígenas de la puna y “raya del Tucumán” durante el temprano período colonial”. En *Memoria Americana* 17 (2), 173-212.
- Alfaro, E.; Albeck, M. E. y Dipierri, J. (2005). “Apellidos en casabindo entre los siglos XVII y XX: Continuidades y cambio”. En *Andes* 16, 147-165.
- Anello, A. (2002). “Familia indígena y sociedad en el Curato de Londres”. En Farberman, J. y Gil Montero, R. (comps.) *Los pueblos de indios del Tucumán colonia*, 101-138. Buenos Aires, UNQ/Ediunju.
- Angiorama, C. y Taboada, C. (2008). “Metales andinos en llanura santiagueña (Argentina)”. En *Revista Andina* 47: 117-150.
- Becerra, F. y Estruch, D. (2011). “Alcaldes de minas, capitulares, cateadores y mineros: Una reflexión sobre las administración de la justicia en las causas mineras de la puna de Jujuy (siglo XVII)”. En *Revista de Historia del Derecho* 42, 1-21.
- Bixio, B. (2003). “Políticas de la justicia criminal interétnica en Córdoba del Tucumán (siglos XVI y XVII)”. En *Anuario de Estudios Americanos* 60 (2), 441-462.
- _____. (2005). “Figuras étnicas coloniales (Córdoba del Tucumán, siglos XVI y XVII)”. En *Indiana* 22, pp.19-44.

- ____ (dir.) (2013). *Visita a las encomiendas de indios de Córdoba, 1692-1693*. Córdoba, Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti".
- Bixio, B. y González Navarro, C. (2003). "Práctica de la justicia y resistencia indígena: Córdoba de Tucumán, siglos XVI y XVII". En *Colonial Latin American Historical Review* 12 (1), 1-24.
- ____ (dirs.) (2013). *Mestizajes y configuración social. Córdoba (siglos XVI y XVII)*. Córdoba, Brujas.
- Boccaro, G. (2012). "¿Qué es lo "etno" en etnohistoria? La vocación crítica de los estudios etnohistóricos y los nuevos objetivos de lucha". *Memoria Americana* 20 (1), 37-52.
- Boixadós, R. (1997). "Indios rebeldes - indios leales. El pueblo de Famatina en la sociedad colonial. La Rioja, siglo XVII". En Lorandi, A. M. (comp.) *El Tucumán Colonial y Charcas I*, 341-367. Buenos Aires, FFyL-UBA.
- ____ (2002). "Los pueblos de indios de La Rioja colonial. Tierra, trabajo y tributo a fines del siglo XVII". En Farberman, J. y Gil Montero, R. (comps.) *Pervivencia y desestructuración de los pueblos de indios del Tucumán colonial*, 15-57. Buenos Aires, UNJu/UNQ.
- ____ (2003). "La visita de Luján de Vargas a las encomiendas riojanas (1693): comentarios, notas y lecturas posibles". En Boixadós, R. y Zanolli, C. *La visita de Luján de Vargas a las encomiendas de La Rioja y Jujuy (1693-1694)*. *Estudios preliminares y fuentes*, 21-40. Buenos Aires, UNQ.
- ____ (2005). "No ha tenido hijo que más se le parezca así en la cara como en su buen proceder": una aproximación al problema del mestizaje y la bastardía en La Rioja colonial". En *Memoria Americana* 13, 83-115.
- ____ (2007-2008). "Recreando un mundo perdido. Los pueblos de indios del valle de Famatina en la visita de 1667 (La Rioja, gobernación de Tucumán)". En *Población y Sociedad* 14/15, 3-31.
- ____ (2008). "Caciques y mandones de Malligasta: Autoridad y memoria en un pueblo de indios de la Rioja colonial". En *Andes* 19, 251-278.
- ____ (2011a). "Rebeldes, soldados y cautivos. Etnografía de un episodio en la frontera de guerra del Valle Calchaquí". En Rodríguez, L. (comp.) *Resistencias, conflictos y negociaciones. El valle Calchaquí desde el período prehispánico hasta la actualidad*, 92-121. Rosario, Prohistoria.

- ____ (2011b). "El fin de las guerras calchaquíes. La desnaturalización de la nación yocavil a La Rioja (1667)". En *Corpus* 1 (1). Disponible en Internet: <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/corpus/issue/view/30/showToc>. Consultado el 28 de julio de 2011.
- ____ (2012). Dilemas y discursos sobre la continuidad de los pueblos de indios de la jurisdicción de La Rioja bajo las reformas borbónicas. En *Mundo Agrario* 13 (25). Disponible en Internet: <http://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/article/view/MAv13n25a07>. Consultado el 30 de diciembre de 2012.
- Boixadós, R. y Farberman, J. (2009). "Clasificaciones mestizas. Una aproximación a la diversidad étnica y social en Los Llanos riojanos. Siglo XVIII". En Farberman, J. y Ratto, S. (comps.) *Historias Mestizas en el Tucumán colonial y en las Pampas 79-114*. Buenos Aires, Biblos.
- Boixadós, R. y Zanolli, C. (2003). *La visita de Luján de Vargas a las encomiendas de La Rioja y Jujuy (1693-1694). Estudios preliminares y fuentes*. Buenos Aires, UNQ.
- Briones, C. (2005). "Formaciones de alteridad: contextos globales, procesos nacionales y provinciales". En *Cartografías argentinas. Políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad*, 11-44. Buenos Aires, Antropofagia.
- Caretta, Gabriela y Zacca, G. (2007). "Lugares para la muerte en el espacio meridional andino, Salta en el siglo XVIII". En *Memoria Americana* 15, 135-154.
- ____ (2011). "Benditos ancestros": comunidad, poder y cofradía en Humahuaca en el siglo XVIII. En *Boletín americanista* 62, 51-72.
- Carmignani, L. (2013). "Las visitas de los tenientes de naturales a los partidos de pueblos de indios de la gobernación del Tucumán (1606-1607)". *Corpus* 3 (2). Disponible en Internet: <http://corpusarchivos.revues.org/548>. Consultado el: 5 de mayo de 2015.
- Castro Olañeta, I. (2006a). *Transformaciones y continuidades de sociedades indígenas en el sistema colonial. El pueblo e indios de Quilino a principios del siglo XVII*. Córdoba, Alción Editora.
- ____ (2006b). "Pueblos de indios en el espacio del Tucumán colonial". En Mata de López, S. y Areces, N. (comps.) *Historia Regional. Estudios de casos y reflexiones teóricas*, 37-49. Salta, CEPIHA-EDUNSa.
- ____ (2010). "Servicio personal, tributo y conciertos en Córdoba a principios del siglo XVII. La visita del gobernador Luis de Quiñones Osorio y la aplicación de las Ordenanzas de Francisco de Alfaro". *Memoria Americana* 18 (2), 101-127.

- ____ (2013a). "El desarrollo de la etnohistoria en la Argentina: debates y diálogos sobre la etnohistoria de la región del Tucumán". En *Primer Congreso Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades*. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.
- ____ (2013b). "'Donde estan situados los mas yndios de la jurisdiccion desta ciudad': un acercamiento etnohistórico a las encomiendas y pueblos de indios del río Salado. Santiago del Estero entre fines del siglo XVI y principios del siglo XVII". En *Surandina Monográfica* 3 (2). Disponible en Internet: <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/prohals/issue/current/showToc>. Consultado el 9 de abril de 2015.
- Cruz, E. (1997). "De igualdades y desigualdades: cofradías en el Jujuy colonial". *Anuario del Instituto de Estudios Histórico Sociales* 12, 293-305.
- ____ (2001). "La nueva sociedad de frontera. Los grupos sociales en la frontera de San Ignacio de Ledesma, Chaco occidental, finales del siglo XVIII". *Anuario de Estudios Americanos* 58 (1), 135-160.
- ____ (2007). "Una cofradía urbana de indios a fines de la colonia: San Pedro de Naturales (Jujuy - Río de la Plata)". En *Revista Andina* 44, 227-248.
- ____ (2013). "'Esclavos españoles, indios y negros': notas para el estudio de las relaciones interétnicas en las cofradías religiosas del norte del Virreinato del Río de la Plata". En *Boletim do Museu Paraense Emílio Goeldi. Ciências Humanas* 8 (2), 449-458.
- ____ (2013-2014). "Etnoclasificadorias en el período colonial. Una aproximación a la diversidad étnica de Jujuy (siglos XVII-XVIII)". *Telar* 11 (12), 238-256.
- Cruz, R. (1990-1992). "La "construcción" de identidades étnicas en el Tucumán Colonial: Los Amaichas y los Tafíes en el debate sobre su "verdadera" estructuración étnica". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XVIII, 65-92.
- ____ (1997). "El fin de la ociosa libertad. Calchaquíes desnaturalizados a la jurisdicción de San Miguel de Tucumán en la segunda mitad del siglo XVII". En Lorandi, A. M. (comp.) *El Tucumán Colonial y Charcas II*, 215- 264. Buenos Aires, FFyL-UBA.
- Dainotto, E. (2012). *Política y poder en Córdoba borbónica. Instituciones, espacios y prácticas (1783-1797)*. Córdoba, Ferreyra Ed.
- D'Altroy, T.; Lorandi, A. M. y Williams, V. (1994). "Producción y uso de cerámica en la economía política inca". En *Arqueología. Revista de la Sección de Prehistoria* 4, 73-130.

- de Hoyos, M. (2011). "Guerreros calchaquíes en tiempos del Tawantinsuyu. Entre la violencia y la diplomacia". En Rodríguez, L. (comp.) *Resistencias, conflictos y negociaciones. El valle Calchaquí desde el período prehispánico hasta la actualidad*, 63-92. Rosario, Prohistoria.
- De la Orden de Peracca, G. (2005). "Cambios en la tributación indígena en Catamarca 1765-1804". En *XVIII Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina*. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia.
- ____ (2006). *Pueblos de indios de Pomán. Catamarca (siglos XVII al XIX)*. Buenos Aires, Dunken.
- ____ (coord.) (2008). *Los pueblos de indios en Catamarca Colonial*. Catamarca, UNCa.
- De la Orden de Peracca, G. y Moreno, A. (comps.) (2012). *Pueblos de indios, tierra y familia. Catamarca, (siglos XVII-XIX)*. Buenos Aires, Dunken.
- Díaz Rementería, C. (1988). "Comunidades y tierras comunes en las provincias argentinas de Tucumán y Jujuy". En *Actas del Congreso Internacional de Historia de América I*, 429-442. Córdoba, Asociación Española de Americanistas.
- Doucet, G. (1980a). "Notas sobre el yanaconazgo en el Tucumán". *Anuario de Historia Jurídica Ecuatoriano* 6, 459-494.
- ____ (1980b). "Introducción al estudio de la visita del oidor don Antonio Martínez Luján de Vargas a las encomiendas de indios del Tucumán". En *Boletín del Ravignani* XVI (26), 205-246.
- ____ (1984). "Un feudo salteño: La encomienda de Pulares y Tonocotes de los Diez Gómez e Isasmendi". En *Publicaciones del Instituto de Estudios Iberoamericanos* III/IV, 183-220.
- ____ (1986). "Los réditos de Quilpo: funcionamiento de una encomienda cordobesa a fines del siglo XVI". En *Jahrbuch für Geschichte von Staat Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas* 23, 63-119.
- ____ (1990). "La encomienda de servicio personal en el Tucumán, bajo régimen legal: comentarios a las Ordenanzas de Gonzalo de Abreu". En Levaggi, A. (coord.) *El aborigen y el derecho en el pasado y el presente*, 141-244. Buenos Aires, Universidad del Museo Social Argentino.
- Fandos, C. (2007). "Estructura y transferencia de la propiedad comunal de Colalao y Tolombón (provincia de Tucumán) en la segunda mitad del siglo XIX". En *Mundo agrario* 7 (14). Disponible en Internet: <http://www.scielo.org.ar/scielo>.

php?script=sci_arttext&pid=S1515-59942007000100012&lng=es&nrm=iso.
Consultado el 1 de abril de 2009.

Fandos, C. y Teruel, A. (2014). "Enfoques regionales y dinámicas históricas de sociedades agrarias con "pueblos de indios": actores y relaciones de propiedad (siglos XVIII y XIX)". Dossier en *Estudios Sociales del NOA* 14, 9-14.

Farberman, J. (1991). "Indígenas, encomenderos y mercaderes: los pueblos de indios santiagueños durante la Visita de Luján de Vargas (1693)". En *Anuario del IEHS* VI, 43-57.

____ (1992). "Migrantes y soldados: los pueblos de indios de Santiago del Estero en 1786 y 1813". En *Cuaderno del Instituto Emilio Ravignani* 4, 65-78.

____ (2002a). "Feudatarios y tributarios a fines del siglo XVII: Tierra, tributo y servicio personal en la visita de Luján de Vargas a Santiago del Estero (1693)". En Farberman, J. y Gil Montero, R. (comps.) *Los pueblos de indios del Tucumán colonial: pervivencia y desestructuración*, 59-90. Buenos Aires, UNQ y EdiUNJu.

____ (2002b). "Los matrimonios de Soconcho. Endogamia, tierra y comunidad en tres pueblos de indios de Santiago del Estero. 1750-1809". *Memoria Americana* 10, 43-65.

____ (2004). "Curacas, mandones alcaldes y curas: legitimidad, autoridad y coerción en los pueblos de indios de Santiago del Estero, siglos XVII y XVIII". En *CLAH* 13 (4), 367-398.

____ (2005). *Las salamanacas de Lorenza. Magia, hechicería y curanderismo en el Tucumán colonial*. Buenos Aires, Siglo XXI.

____ (2008). "Santiago del Estero y sus pueblos de indios. De las ordenanzas de Alfaro (1612) a las guerras de independencia". *Andes* 19, 225 - 250.

____ (2009). "Las márgenes de los pueblos de indios. Agregados, arrendatarios y soldados en el Tucumán colonial. Siglos XVIII y XIX". En *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*. Disponible en Internet: <http://nuevomundo.revues.org/57474>; DOI: 10.4000/nuevomundo.57474. Consultado el 6 de marzo de 2010.

____ (2011). "Entre intermediarios fronterizos y guardianes del Chaco: la larga historia de los mataraes santiagueños (siglos XVI a XIX)". En *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*. Disponible en Internet: <http://nuevomundo.revues.org/61448>; DOI: 10.4000/nuevomundo.61448. Consultado el 16 de abril de 2015.

- Farberman, J. y Boixadós, R. (2006). "Sociedades indígenas y encomienda en el Tucumán colonial. Un análisis comparado de la Visita de Luján de Vargas". *Revista de Indias* LXVI (238), 601-628.
- ____ (2009-2010). "Una cartografía del cambio en los pueblos de indios coloniales del Tucumán. Autoridades étnicas, territorialidad y agregaduría en los siglos XVII al XIX". En *Revista Histórica* XLIV, 113-146.
- ____ (2011). "Propietarios, agregados y "Pobres de Jesucristo": Tierra y sociedad en Los Llanos riojanos en el siglo XVIII". En *Historia agraria: Revista de agricultura e historia rural* 54, 41-70.
- Farberman, J. y Gil Montero, R. (comps.) (2002). *Los pueblos de indios del Tucumán colonial: pervivencia y desestructuración*. Buenos Aires, UNQ/EDIUNJu.
- Farberman, J. y Taboada, C. (2012). "Las sociedades indígenas del territorio santiagueño: apuntes iniciales desde la arqueología y la historia. Período prehispánico tardío y colonial temprano". En *Runa* 33 (2), 113-132.
- Ferreiro, J. (1997). "Maquijata. Encomienda, tributos y sociedad en el Tucumán colonial temprano". En Lorandi, A. M. (comp.) *El Tucumán colonial y Charcas* 2, 73-128. Buenos Aires, FFyL-UBA.
- Garavaglia, J. (1984). "La guerra en el Tucumán: sociedad y economía en un área de frontera (1660-1760)". En *HISLA* 4, 21-34.
- Gentile, M. (1986). *El "control vertical" en el Noroeste argentino. Notas sobre los atacamas en el Valle Calchaquí*. Buenos Aires, Casimiro Quirós Ed.
- ____ (2008). *Testamentos de indios de la gobernación de Tucumán (1579-1704)*. Buenos Aires, Cátedra Instituciones del Período Colonial e Independiente, Instituto Universitario Nacional del Arte, Área Transdepartamental del Folklore.
- Gil Montero, R. (2005). "La población colonial del Tucumán". En *Cuadernos de Historia de la Población* 3-4, 65-122.
- ____ (2008). *La construcción de Argentina y Bolivia en los Andes Meridionales. Población, tierras y ambiente en el siglo XIX*. Buenos Aires, Prometeo.
- Giudicelli, C. (2007). "Encasillar la frontera. Clasificaciones coloniales y disciplinamiento del espacio en el área diaguito calchaquí (S. XVI-XVII)". En *Anuario IEHS* 22, 61-201.

- ____ (2011). "De la déportation à l'invisibilisation : la «énaturalisation» des Indiens Calchaquis (Nord-ouest Argentin), XVIIe-XXIe siècle". En *Recherches amérindiennes au Québec* XLI (2-3), 61-82.
- González Navarro, M. (2005). *Construcción social del espacio en las sierras y planicies cordobesas. 1573-1673*. Tesis doctoral, Inédita, UNC.
- ____ (2009). "La incorporación de los indios desnaturalizados del valle Calchaquí y de la región del Chaco a la jurisdicción de Córdoba del Tucumán. Una mirada desde la visita del oidor Antonio Martines Luxan de Vargas, 1692-1693". En *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas* 46, 231-259.
- ____ (2012). "Pobleros, mayordomos y administradores en el mundo rural cordobés (1580-1650)". En *Surandino Monográfico* I (2). Disponible en Internet: <http://www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/ravignani/prohal/mono.html>. Consultado el: 17 de octubre de 2013.
- González Rodríguez, A. (1982). "Notas sobre el traslado de los indígenas en la jurisdicción de Salta". En *Americanistas* 1, 49-62.
- ____ (1990). "La legislación india y su aplicación práctica. El caso de las encomiendas en la gobernación del Tucumán". En *Americanistas* 7, 18-23.
- Gullón Abao, A. (1993). *La frontera del Chaco en la Gobernación del Tucumán, 1750-1810*. Cádiz, Universidad de Cádiz.
- Guzmán, F. (1993). "Los mulatos-mestizos en la jurisdicción riojana a fines del siglo XVIII: el caso de Los Llanos". En *Temas de Asia y África* 1, 71-107.
- ____ (1995). "Una aproximación al matrimonio: El caso de la ciudad de La Rioja (1760-1810)". En *Cuadernos de Historia Regional*: 17, 87-112.
- ____ (2010). *Los claroscuros del mestizaje. Negros, indios y castas en la Catamarca colonial*. Córdoba, Encuentro Grupo Editor.
- Isla, A. (2002). *Los usos políticos de la identidad. Indigenismo y Estado*. Buenos Aires, Editorial de las Ciencias.
- López, C. (2006a). "Tierras comunales, tierras fiscales: el tránsito del orden colonial a la revolución". En *Revista Andina* 43, 215-238.
- ____ (2006b). "El espacio y la gente: la dinámica sociodemográfica de la población del Tucumán tardío y poscolonial". En *Andes* 17, 239-264.

- López de Albornoz, C. (1990). "Las desnaturalizaciones calchaquíes y sus efectos en las poblaciones trasladadas al valle de Choromoros". *Anuario de Estudios Americanos* XLVII, 199-237.
- López de Albornoz, C. y Bascary, A. M. (1998). "Pueblos indios de Colalao y Tolombón: identidad colectiva y articulación étnica y social (siglos XVII-XIX)". En *Humanitas* 27, 71-112.
- Lorandi, A. (1980). "La frontera oriental del Tawantinsuyu: el Umasuyu y el Tucumán. Una hipótesis de trabajo". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 14 (1), 147-165.
- ____ (1983). "Mitayos y mitmaquna en el Tawantinsuyu Meridional". *Histórica* 2 (1), 3-50.
- ____ (1984). "Soñocamayoc, los olleros del Inka en los centros manufactureros del Tucumán". En *Revista del Museo de La Plata* 8 (62), 303-327.
- ____ (1986) (ca.). *Los trabajos y las rebeliones*. (Ms.)
- ____ (1988a). "Los diaguitas y el Tawantinsuyu. Una hipótesis de conflicto". En Dillehay, T. D. y Netherly, P. (comps.) *Las Fronteras del Estado Inca*, 198-216. Quito, Fundación A. Von Humboldt y Abya-Yala.
- ____ (1988b). "El servicio personal como agente de desestructuración en el Tucumán colonial". En *Revista Andina* 6 (1), 135-173.
- ____ (1988c). "La resistencia a la conquista y las rebeliones diaguito-calchaquí en los siglos XVI y XVII". En *Revista de Antropología* 6, 3-17.
- ____ (1992). "Mestizaje interétnico en el Noroeste argentino". En *Senri Ethnological Studies* 33, 133-167.
- ____ (comp.) (1997a). *El Tucumán Colonial y Charcas*. Buenos Aires, FFyL-UBA.
- ____ (1997b). *De Quimeras, Utopías y Rebeliones. La gesta del Inca Pedro Bohorques*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- ____ (2002). "Introducción". En Farberman, J. y Gil Montero, R. (comps.); *Los pueblos de indios del Tucumán colonial: pervivencia y desestructuración*, 9-14. Buenos Aires, EdiUnju y UNQ.
- Lorandi, A. y Boixadós, R. (1987-1988). "Etnohistoria de los valles Calchaquíes en los siglos XVI y XVII". En *Runa* 17-18, 227-424.

- ____ (2009). "Sobre clasificaciones y descalificaciones. Una revisión crítica de "Etnohistoria de los valles Calchaquíes", veinte años después". En *Anuario del IEHS* 24, 15-38.
- Lorandi, A. y Bunster, C. (1987-1988). "Reflexiones sobre las categorías semánticas en las fuentes del Tucumán colonial". En *Runa* 17-18, 221-262.
- Lorandi, A. y Ferreiro, J. P. (1991). "De la crisis a la estabilidad. La sociedad nativa de Tucumán a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII". En *Memoria Americana* 1, 57-101.
- Lorandi, A. y Sosa Miatello, S. (1991). "El precio de la libertad. Desnaturalización y traslados de indios rebeldes en el siglo XVII". En *Memoria Americana* 1, 7-28.
- Lorandi, A. y Zanolli, C. (1995). "Tributo y servicio personal en el Tucumán Colonial". En *Memoria Americana* 4, 91-104.
- Lorandi, A., Boixadós, R., Bunster, C. y Palermo, M. (1997). "Los valles Calchaquíes". En Lorandi, A. M. (comp.) *Tucumán Colonial y Charcas I*, 205-252. Buenos Aires, FFyL-UBA.
- Madrazo, G. (1982). *Hacienda y encomienda en los Andes. La puna argentina bajo el marquesado de Tojo. Siglos XVII a XIX*. Buenos Aires, Fondo Editorial.
- Mata de López, S. (2000). *Tierra y poder en Salta. El Noroeste Argentino en vísperas de la independencia*. Sevilla, Excma. Diputación de Sevilla.
- ____ (2005). "Las fronteras coloniales como espacios de interacción social. Salta del Tucumán (Argentina) entre la colonia y la independencia". En *Dimensión Antropológica* 33, 69-90.
- Moreno, A. (2014). *Afromestizos en Catamarca: Familias y matrimonios en la primera mitad del siglo XIX*. Buenos Aires, Dunken.
- Noli, E. (2001). "Indios ladinos del Tucumán colonial: los carpinteros de Marapa". En *Andes* 12, 139-172.
- ____ (2003). "Pueblos de indios, indios sin pueblos: los calchaquíes en la Visita de Antonio Martínez Luján de Vargas". En *Anales, Nueva Época* 6, 329-363.
- ____ (2005). "¿Fronteras Culturales? Pueblos de indios y estancias en el curato de Chiquiligasta (mediados del siglo XVII y comienzos del XVIII)". En *Revista Andina* 40, 209-238.

- ____ (2009). "Mestizaje, identidad y oficio: San Miguel de Tucumán, siglo XVII". En Farberman, J. y Ratto, S. (comps.); *Historias mestizas del Tucumán Colonial y las pampas (siglos XVII -XIX)*, 49-78. Buenos Aires, Biblos.
- ____ (2010). "Social y culturalmente ambiguos: criollos-mestizos de Tucumán, siglo XVII". En *Memoria Americana* 18 (2), 239-266.
- ____ (2012). *Indios ladinos, criollos aindiados. Procesos de mestizaje y memoria étnica en Tucumán (siglo XVII)*. Rosario, Prohistoria.
- Otonello, M. y Lorandi, A. M. (1987). *Introducción a la arqueología y etnología: diez mil años de Historia Argentina*. Buenos Aires, Eudeba.
- Palermo, M. y Boixadós, R. (1991). "Transformaciones en una comunidad desnaturalizada: los Quilmes, del Valle Calchaquí a Buenos Aires". En *Anuario del IEHS* 6, 13-42.
- Palomeque, S. (2000). "El Mundo indígena (siglos XVI-XVII)". En Tandeter, E. (dir.); *Nueva Historia Argentina. La sociedad Colonial 2*: 87-145. Buenos Aires, Sudamericana.
- ____ (2006). "La "historia" de los señores étnicos de Casabindo y Cochino (1540-1662)". En *Andes* 17, 139-194.
- ____ (2009). "El Tucumán durante los siglos XVI y XVII. La destrucción de las "tierras bajas" en aras de la conquista de las "tierras altas"". En Martini, Y., G. Pérez Zavala e Y. Aguilar (comps.) *Las sociedades de los paisajes semiáridos y áridos del centro-este argentino*, 173-206. Río Cuarto, UNRC.
- Paz, G. (1991). "Resistencia y rebelión campesina en la puna de Jujuy, 1850-1875". En *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani* III (4), 43-68.
- ____ (2008). "Los pueblos de indios del Tucumán colonial revisitados. De la desestructuración a la identidad". En *Andes* 19, 213-224.
- Piana, J. (1992). "De encomiendas y mercedes de tierras: afinidades y precedencias en la jurisdicción de Córdoba (1573-1610)". En *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* 5, 7-24.
- Piana, J. y Castro Olañeta, I. (eds.) (2014). *Visita y padrón de los indios de la jurisdicción de Córdoba. 1616-1617*. Córdoba, Ed. Universidad Católica de Córdoba.

Punta, A. (1994). "Los intercambios comerciales de Córdoba con el puerto de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XVIII. El sector de los comerciantes". En *Anuario del IEHS* 9, 35-60.

____ (2004). "Anibal Arcondo (1934-2003): Una guía para su lectura". En *Revista Estudios* 15, 239-248.

____ (2009). *Córdoba Borbónica. Persistencias coloniales en tiempos de reformas*. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

Quintian, J. (2008). "Articulación política y etnogénesis en los valles Calchaquíes. Los pulares durante los siglos XVII y XVIII". En *Andes* 19, 299-325.

Quiroga, L. (2010). "En sus huaycos y quebradas: formas materiales de la resistencia en las tierras de Malfin". En *Memoria Americana* 18 (2), 185-209.

____ (2012). "Las granjerías de la tierra: actores y escenarios del conflicto colonial en el valle de Londres (gobernación del Tucumán, 1607-1611)". En *Surandino Monográfico* II (2). Disponible en Internet: <http://www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/ravignani/prohal/mono.html>. Consultado el: 30 de marzo de 2015.

Robledo, V. (2010). *La Rioja negra. Tercera Raíz*. La Rioja, Nexo Grupo Editor.

Rodríguez, L. (2008). *Después de las desnaturalizaciones. Transformaciones socio-económicas y étnicas al sur del valle Calchaquí. Santa María, fines siglo XVII - fines del XVIII*. Buenos Aires, Antropofagia.

____ (2009). "Los usos del sistema judicial, la retórica y la violencia en torno a un reclamo sobre tierras comunales. Amaicha del Valle, siglo XIX". En *Runa* 30 (2), 135-150.

____ (2010). ""Informar si el padrón que rige se conocen dos pueblos de Amaicha": Reestructuraciones socio-étnicas y disputas por tierras entre la colonia y la república". En *Memoria americana* 18 (2), 267-292.

____ (2011). La "comunidad" de Colalao y Tolombón hacia mediados del siglo XIX. Características de una institución en redefinición. *Bulletin de l'IFEA* 40 (3), 533-559.

____ (2012). "Un pueblo de indios a fines de la colonia. Transcripción, análisis y reflexiones metodológicas a partir de un expediente criminal inédito". En *Corpus* 2 (1). Disponible en Internet: <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/corpus/article/view/634/1429>. Consultado el: 1 de agosto de 2012.

- Rodríguez, L., Boixadós, R. y Cerra, C. (2015). "La etnohistoria y la cuestión indígena en el Noroeste argentino: aportes y proyecciones para un campo en construcción". En *Papeles de Trabajo*. (En prensa).
- Rubio Durán, F. (1997a). *Tierra y ocupación en el área surandina. Las zonas de altura del Tucumán colonial siglo XVII*. Sevilla, Aconcagua Libros.
- ____ (1997b). "Adaptación de la Artillería al medio americano: las guerras calchaquíes en el siglo XVII". En *Militaria* 10, 17-31.
- Sánchez, S. (1996). *Fragmentos de un tiempo largo. Tilcara entre fines del siglo XVI y principios del XIX*. Tesis Lic. Historia, FFyCS, UNJu. (Ms.)
- Sánchez, S. y Sica, G. (1997). ""Por ser gente de otra ley". Tobas, mocovies y ojotaeas reducidos en el valle de Jujuy. Prácticas y discursos (siglos XVII y XVIII)". En *Journal de la Société des Americanistes* 83 (1), 59-80.
- Santamaría, D. y Peire, J. (1993). "¿Guerra o comercio pacífico?: la problemática interétnica del Chaco centro-occidental en el siglo XVIII". En *Anuario de Estudios Americanos* 50, 93-127.
- Schaposchnik, A. (1994). "Aliados y parientes. Los diaguitas rebeldes de Catamarca durante el gran alzamiento". En *Histórica* XVIII (2), 383-416.
- ____ (1996). "Las jefaturas del Noroeste Argentino (Siglos XVI-XVII)". En Albó, X. y otros (comps.); *La integración surandina cinco siglos después. Estudios y Debates Regionales Andinos*, 189-204. Cusco, Centro Bartolomé de las Casas.
- Sica, G. (2002). ""Vivir en una chacra de españoles": Encomienda, tierra y tributo en el Pueblo de San Francisco de Paipaya, Jujuy, siglo XVII". En Farberman J. y Gil Montero, R. (comp.) *Pervivencia y Desestructuración de los pueblos de indios del Tucumán colonial. Siglos XVII y XVIII*, 203-226. Buenos Aires, UNQ- UNJu.
- ____ (2008). "El papel y la memoria. Medios de construcción de los procesos de identificación local en los pueblos de indios de Jujuy. Siglo XVII". En *Andes* 19, 327- 344.
- ____ (2009). "Transformaciones y formas de legitimación en la autoridad de los caciques coloniales. Jujuy. Siglo XVII". En *Memoria Americana* 17 (1), 33-59.
- ____ (2010). "Del tráfico caravanero a la arriería colonial indígena en Jujuy, Siglo XVII". En *Transporte y Territorio* 3, 23-39.
- ____ (2014). "Forasteros, originarios y propietarios en la Quebrada de Humahuaca. Siglo XVII y XVIII". En *Estudios Sociales del NOA* 14, 15-39.

- Sica, G. y Sánchez, S. (1992). Testimonio de una sociedad en transición: el testamento de un curaca de Humahuaca. *Revista Cuadernos* 3: 53-62.
- Sica, G. y Zanolli, C. (2010). "“Para mí la historia es algo muy serio”. Historia y memoria social en Purmamarca (provincia de Jujuy)". En *Estudios Atacameños* 39, 71-84.
- Sosa, J. y Lenton, D. (2009). "Oralidad, territorialidad y etnogénesis de un pueblo originario: la Cédula Real de Amaycha". En Manasse, B. y Arenas, P. (comps.) *Arqueología, tierras y territorios: conflictos e intereses*, 53-74. Tucumán, Editorial Lucrecia.
- Steiman, A. (2013). "Estado y comunidad: Disputas y articulaciones en el espacio local a partir de la fundación de la Villa de Amaicha del Valle, Tucumán. Fines del siglo XIX a mediados del XX". En *Memoria Americana* 21 (2): 139-164.
- Taboada, C. (2011). "Repensando la arqueología de Santiago del Estero. Construcción y análisis de una problemática". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXXVI*, 197-219.
- Taboada, C. y Angiorama, C. (2010). "Metales, textilera y cerámica: tres líneas de análisis para pensar una vinculación entre los habitantes de la llanura santiagueña y el Tawantinsuyu". En *Memoria Americana* 18 (1), 11-41.
- Taboada, C. y Farberman, J. (2014). "Asentamientos prehispánicos y pueblos de indios coloniales sobre el río Salado (Santiago del estero, Argentina). Miradas dialogadas entre la arqueología y la historia". En *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* 8 (1), 7-44.
- Taboada, C., Angiorama, C., Leiton, D. y López Campeny, S. (2013). "En la llanura y en los valles. Relaciones entre las poblaciones de las tierras bajas santiagueñas y el Estado Inca". En *Intersecciones en Antropología* 14 (1), 137-156.
- Tell, S. (2010). "Expansión urbana sobre tierras indígenas. El pueblo de La Toma en la Real Audiencia de Buenos Aires". En *Mundo Agrario* 10 (20). Disponible en Internet: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1515-59942010000100009&lng=es&nrm=iso. Consultado el: 6 de enero de 2011.
- ____ (2011). "Tierras y agua en disputa. Diferenciación de derechos y mediación de conflictos en los pueblos de indios de Córdoba. Río de la Plata (primera mitad del siglo XIX)". En *Fronteras de la Historia* 16 (2), 416-442.
- ____ (2012). "Conflictos por tierras en los "pueblos de indios" de Córdoba. El pueblo de San Marcos entre fines del siglo XVII y principios del XIX". En *Andes* 23 (1), 71-103.

- ____ (2014). "¿Quiénes son los comuneros? Formación de padrones y división de tierras de las 'comunidades indígenas' de Córdoba, Argentina (1880-1900)". En *Estudios Sociales del NOA* 14, 87-108.
- Teruel, A. (1994). "Zenta y San Ignacio de los Tobas. El trabajo en dos misiones del Chaco occidental a fines de la colonia". En *Anuario del IEHS* 9, 227-252.
- Vázquez, F. (2011). "Territorialidad y reproducción social. Los Tinogastas en Belén, Catamarca durante el siglo XVIII". En *Memoria Americana* 19 (1), 65-88.
- Vitar, B. (1997). *Guerra y misiones en la frontera chaqueña del Tucumán*. Madrid, CSIC.
- Williams, V. (1991). "Control estatal incaico en el noroeste de Argentina. Un caso de estudio: Potrero-Chaquiago". En *Arqueología* 1, 75-103.
- Williams, V. y Cremona, M. B. (1994). "¿Mitmaquna o circulación de bienes? Indicadores de la producción cerámica como identificadores étnicos. Un caso de estudio en el NOA". En *Avances en Arqueología* 2, 9-27.
- Zacca, I. (1997). "Matrimonio y mestizaje entre los indios, negros, mestizos y afro-mestizos en la ciudad de Salta (1766-1800)". En *Andes* 8, 243-268.
- Zanolli, C. (2005). *Tierra, encomienda e identidad: Omaguaca (1540-1638)*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.
- ____ (2008). "Entre la coerción, la oportunidad y la salvación: Las cofradías de indios de San Antonio de Humahuaca. Siglos XVII y XVIII". En *Andes* 19: 345-369.
- Zanolli, C. y Alonso, C. (2004). "Santa Bárbara, una cofradía de indios en San Antonio de Humahuaca (1713-1785)". En *Anuario. Historia regional de las Fronteras* 9, 87-109.

Cambio histórico y entramados de poder en los siglos XVIII y XIX

Reflexiones sobre la obra de Ana María Lorandi

Cora Bunster y Pablo Ortemberg

Introducción

El propósito de este trabajo es dar cuenta de la producción historiográfica de la Dra. Ana María Lorandi referida a la problemática del siglo borbónico y al momento de crisis de la monarquía en la zona andina meridional y el noroeste argentino (NOA). La mencionada producción está compuesta por artículos publicados en revistas científicas, capítulos que forman parte de compilaciones, libros de autor y algunos trabajos en coautoría –tanto artículos como un libro.¹ Este período de transición entre dos organizaciones políticas, la Colonia y la República, que arranca con las reformas borbónicas y llega hasta la formación de estados independientes de España, precursores de los actuales países de América Latina como Perú, Bolivia y Argentina, le sirve de escenario a Ana M. Lorandi para realizar pormenorizados análisis sobre la cultura política y las dinámicas institucionales; en otras palabras, sobre las prácticas y las

¹ Las obras a las que aludimos son: Lorandi 2000a, 2000b, 2005, 2008, 2009, 2012b, 2013, 2014 y 2015, Lorandi y Smietniansky 2004; Bunster y Lorandi 2006; Lorandi y Bunster 2013.

representaciones del poder observadas a través de diferentes actores sociales que despliegan estrategias individuales o colectivas mediante las cuales logran resistir, adaptarse o negociar para proteger o ampliar sus intereses en el cambiante mundo americano.

La ocasión que nos reúne en este volumen, la de conmemorar la vasta y variada producción de esta académica pionera en los estudios etnohistóricos en Argentina, no puede ser más favorable para intentar un ejercicio reflexivo sobre la línea de investigación en la que decide embarcarse a partir de 2000 aproximadamente; como si el cambio de milenio la hubiera invitado a tomar nuevos rumbos en torno a nudos problemáticos referidos a un marco temporal que también hemos abordado como investigadores.²

La presente compilación puede considerarse entonces como una *retrospectiva crítica* de la obra de esta prolífica investigadora; ahora bien al observar detenidamente los títulos de los trabajos en el presente libro, todos dedicados a reflexionar sobre la producción bibliográfica de Ana M. Lorandi, salta a la vista que la constante preocupación de esta estudiosa por plantear nuevos problemas de investigación la condujeron, una y otra vez, a sumergirse en distintos contextos temporales. Comenzó como arqueóloga interesándose en los mundos precolombinos, continuó como etnohistoriadora dedicándose a la etapa de la conquista y formación de la sociedad colonial y actualmente se aboca a estudios de antropología histórica sobre los procesos de transición hacia la independencia. En otras palabras, su

2 Pablo Ortemberg ha estudiado el tema de los rituales del poder real y las fiestas cívicas republicanas en Perú y América Latina, publicando numerosos artículos en revistas nacionales e internacionales y también algunos libros (Ortemberg 2004, 2006, 2009, 2011/12, 2012, 2013, 2015, entre otros). Cora Bunster ha abordado el siglo XVIII tardío, especialmente en Cuzco, publicando trabajos en coautoría con Ana M. Lorandi y un artículo en una revista internacional (Bunster 2010, Bunster y Lorandi 2006; Lorandi y Bunster 2013).

interés por la diacronía la llevó a *viajar* por todo el período colonial planteando preguntas relacionadas con los nudos problemáticos que atraviesan tanto los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX temprano –aparte de la etapa precolombina. En consecuencia, este volumen refleja esa *longue durée*, coherente con su extendida trayectoria como investigadora y su abultada producción.

Su obra en el nuevo milenio: nudos temáticos, clima historiográfico y aspectos metodológicos

Con respecto a su obra es interesante destacar que sus intereses relacionados con los derroteros de las comunidades indígenas durante el período colonial, abordados por la investigadora desde una etnohistoria clásica ³ –que ella misma se esforzó en consolidar en Argentina ⁴–, fueron dejando lugar a la problemática del poder entre las elites de la sociedades hispano–criollas en los siglos XVIII y principios del XIX. Esto sucedía al tiempo que se instalaba un debate académico sobre los alcances disciplinares de la etnohistoria y la antropología histórica, quizá más abarcativa.⁵

Encontramos que el denominador común en los trabajos de Ana M. Lorandi sobre este período es la transición

3 Entendida como disciplina que pondera la agencia e historicidad de los pueblos indígenas en las dinámicas colonial, imperial y republicana.

4 Para el tema del desarrollo de los estudios etnohistóricos en Argentina consúltese Ana M. Lorandi y Lidia R. Nacuzzi (2007).

5 Remitimos al debate publicado en *Memoria Americana* 20 (1), en torno al ensayo de Ana M. Lorandi (2012a) titulado, “¿Etnohistoria, Antropología Histórica o simplemente Historia?” del que participaron prestigiosos investigadores como Guillaume Boccara, Cristóbal Aljovín de Losada, Marco Curátola Petrocchi, Raúl O. Fradkin, Sergio Serulnikov, María Regina Celestino de Almeida, Eduardo José Míguez, Thomas Abercrombie, Walter Delrío y Pablo Wright. El tema de los alcances de la disciplina fue abordado anteriormente por Ana M. Lorandi y Mercedes del Río (1992) y luego por Ana M. Lorandi y Guillermo Wilde (2000).

política observada en tres momentos. El primero da cuenta de algunos síntomas de la colisión entre dos concepciones del ejercicio del poder; por un lado, el intento de la Corona de recuperar el control de sus colonias americanas mediante una nueva concepción de la autoridad encarnada en el perfil de un funcionario ilustrado; por el otro, el intento de las elites locales de preservar la autonomía relativa que conllevaba el pacto negociado con el soberano (Lorandi, 2008: 212). El segundo se refiere a la incertidumbre y reacomodamiento que sobreviene en el entramado de poder luego de los motines y las rebeliones que convulsionaron el sur andino, en los que participaron indígenas, criollos, mestizos y españoles (Bunster y Lorandi, 2006; Lorandi y Bunster, 2013). El tercero y último es testigo de la crisis de la monarquía española y de los procesos independentistas en el área estudiada (Lorandi, 2014, 2015).

Pues bien, dado que en los tres momentos su interés reside en analizar la relación entre normas y prácticas, discursos y comportamientos en ocasiones la autora decide, como estrategia metodológica, seguir la trayectoria de un personaje clave para los contextos transicionales, el caso más paradigmático del primer momento es el de Juan Manuel Fernández Campero, funcionario borbónico de origen peninsular y actor central, como veremos más adelante, en varios de sus trabajos y subtexto de muchos otros. En el segundo momento el foco está puesto en los hermanos Antonio, Gabriel y Gaspar Ugarte, miembros de una familia de la elite criolla cuzqueña con activa vida pública en el cabildo local y cuñados de Campero. Mientras que para el tercer momento de transición, todavía abierto en su agenda de investigación, nos atrevemos a decir que la figura elegida es José Antonio Álvarez de Arenales, peninsular que adhirió a la causa de la independencia.

En definitiva, la antropología histórica le permitió asumir con maestría la singularidad de un *otro* histórico y explorar los problemas del ejercicio del poder en su complejidad institucional, simbólica y sociocultural. Desde este marco pudo introducirse creativamente en viejos debates en torno a temas como el criollismo, el alcance de las reformas borbónicas, el concepto de Estado, el funcionamiento de las instituciones y el ejercicio de la justicia. La complejidad de los problemas analizados la condujeron a trabajar con un voluminoso y heterogéneo *corpus* documental proveniente de archivos provinciales y nacionales –de Argentina, Bolivia, Chile y Perú, incluyendo los de España. En la selección se destacan los procesos judiciales, memoriales, actas de cabildo y cartas, entre otros; además de numerosas fuentes éditas.

Desde el punto de vista historiográfico, en la década de 1980 predominaban todavía en nuestro ámbito los enfoques de la historia social y económica, mientras en la década siguiente se advierte más claramente un giro hacia la llamada *nueva historia política*.⁶ En esta tendencia es central el concepto de cultura política, planteado con renovado ímpetu por François Furet en 1978 y Lynn Hunt en 1984 y potenciado desde la década de 1990 hasta la actualidad. En la obra compilada por el historiador peruano Cristóbal Aljovín de Losada junto a Nils Jacobsen (2007), ellos nos recuerdan que esta noción alude a un conjunto de símbolos, valores y normas cuyo significado une a las personas que los comparten en comunidades sociales, étnicas, religiosas, políticas y regionales. Esta perspectiva de la cultura política, cualitativa e historizante, ha sido adoptada tanto por historiadores como por antropólogos interpretativos con resultados muy

6 Entre las obras más emblemáticas podemos mencionar las de Guerra, 1992 y Annino *et al.*, 1994 –compilación que reúne trabajos de Annick Lempérière, Danielle Demélas, José Carlos Chiaramonte y Noemí Goldman, por nombrar solo algunos.

fructíferos, porque se trata de una línea de investigación *integradora* –en el sentido de que no está enfrentada con la economía política ni con el análisis institucional, enfoques estos que también buscan comprender cabalmente las formaciones políticas pero desde otros ángulos (Jacobsen y Aljovín de Losada, 2007: 13-14 y 40).⁷ Por su parte, el anclaje en esta categoría de análisis abrió las puertas a numerosos estudios sobre ciudadanía, elecciones, opinión pública, sociabilidad, lenguajes y rituales políticos en el período colonial tardío y, especialmente, durante los procesos independentistas y de conformación de las nuevas repúblicas.

También a partir de la década de 1990 se produce una renovación en los estudios de historia del derecho, disciplina que adopta principios de la antropología política y simbólica y permite tanto el análisis institucional como la observación de la manipulación de la jurisprudencia que realizan los actores para solucionar sus problemas políticos, sociales y económicos. En tal sentido, el acento está puesto en el carácter flexible y en el alto grado de aleatoriedad que presentaba la legislación del Antiguo Régimen (Lorandi, 2008: 12).⁸

Todos los antecedentes mencionados influyeron en el cambio de rumbo en la agenda de investigación de Ana M. Lorandi desde 2000. Además, en la primera década del nuevo milenio comienza una suerte de *boom historiográfico* sobre el siglo XVIII tardío y aparecen obras que denotan un genuino y renovado interés de los investigadores en la problemática que se refiere al agotamiento del sistema colonial, la cual es abordada con propuestas novedosas en cuanto a las perspectivas de análisis. En general, los trabajos se

7 El concepto no está exento de prevenciones, Elías Palti (2009: 83-97) ha señalado el peligro de concebirlo como algo cerrado y homogéneo. En tal sentido correría el riesgo de recibir las mismas objeciones que la antropología ha venido formulando al concepto de cultura desde hace décadas.

8 En esta línea se ubican los trabajos de Tau Anzoátegui ([1986] 2000); Hespanha (1989, 1993); Clavero (1991), y más recientemente los de Agüero (2007, 2008) y Barrera (2013), entre otros.

enfocan en los discursos y las prácticas de los agentes sociales junto con los actores institucionales, y tratan de desentrañar la cultura política en sus múltiples temas y proyecciones.⁹ En síntesis, la producción bibliográfica de Ana M. Lorandi a partir del nuevo milenio puede inscribirse en esta nueva línea de investigación.

En cuanto a los recursos metodológicos, observamos que Ana M. Lorandi ha privilegiado el enfoque microhistórico para dar cuenta de los cambios y continuidades de la cultura política de la sociedad tardo-colonial en el Tucumán colonial y los Andes meridionales, pues le permite abordar momentos peculiares del pasado poniendo el foco en la vida y las acciones de personas, o grupos de personas, en su cotidianidad para observar cómo afloran las dudas, tensiones y contradicciones a partir de las cuales intenta vislumbrar la amplitud y los límites de la agencia humana. Por su parte, la reducción de escala permite profundizar en el conocimiento ya que ciertos detalles de la trama no se visualizarían de otro modo; finalmente al carecer de un cuerpo de teoría, la microhistoria ofrece mayor libertad a la hora de analizar las fuentes (Levi, 1993; Revel, 1995). Recordemos que justamente la microhistoria desafía aquellos abordajes de investigación sobre los procesos históricos preocupados por cuantificar, generalizar o naturalizar, la experiencia humana y por imponer leyes abstractas sobre los cambios ocurridos en el pasado.¹⁰ Al respecto, el historiador José Emilio Burucúa en su prólogo al libro de Ana M. Lorandi sobre la vida de Pedro Bohorques, el “falso inca”, señalaba que este carismático aventurero de la primera mitad del siglo XVII se nos ofrecía como un precioso Menocchio, con

9 Entre los autores dedicados al siglo XVIII tardío que exploran perspectivas novedosas destacamos, entre otros, las compilaciones de O' Phelan (1999, 2001); y los trabajos de Walker (1999); Fisher (2000); Peralta Ruiz (2002); Elliott (2006); Serulnikov (2006, 2010).

10 El tema de la microhistoria y sus alcances ha sido abordado también por Ortemberg (1996).

singulares ambiciones políticas además de sugerentes interpretaciones del mundo (Lorandi, 1997: 13).¹¹

Como ejemplos de análisis microhistóricos podemos mencionar las investigaciones sobre funcionarios borbónicos de raigambre peninsular –sobre los que volveremos más adelante– que actuaron en el Tucumán colonial y los Andes meridionales como Juan Manuel Fernández Campero –gobernador del Tucumán; Francisco de Bucarelli y Ursúa –gobernador de Buenos Aires a cargo de la expulsión de los jesuitas–; el juez Domingo de Irazusta y Orozco –enviado para realizar los juicios de residencia en Salta–; Francisco de Paula Sanz –gobernador intendente de Potosí– y Benito Mata Linares –oidor en varias audiencias virreinales–, por mencionar solo algunos. En otras ocasiones, los protagonistas son actores locales, tal es el caso de los hermanos Ugarte, pertenecientes a la elite cuzqueña, el obispo Juan Manuel Moscoso y Peralta, todos de origen criollo. Los personajes nombrados, a diferencia de Bohorques y Menocchio, no son actores marginales sino que integran las elites locales, muchos de ellos incluso son altos funcionarios de la monarquía; no obstante, sus acciones son reveladoras de las dinámicas entre lo local y lo global, a la vez que expresan la tensión entre el rol activo de los sujetos y el condicionamiento normativo. En este sentido, el interés de esta académica también giró en torno a las luchas de poder al interior de instituciones locales, como los cabildos de las siete ciudades del Tucumán colonial¹² y las audiencias de Charcas y Lima principalmente.

11 Carlo Ginzburg (1991) ha reconstruido magistralmente la trayectoria de vida de Doménico Scandella, más conocido como Menocchio, en el siglo XVI. Este molinero del Friuli, Italia, fue acusado de herejía por el tribunal de la Inquisición porque realizaba singulares interpretaciones de lecturas bíblicas.

12 Las actuales ciudades de Córdoba –su cabecera– Catamarca, La Rioja, San Miguel de Tucumán, Santiago del Estero, Jujuy y Salta.

Un viaje a través de las publicaciones

El primer trabajo de Ana M. Lorandi sobre el período es una caracterización de la sociedad colonial tucumana del siglo XVIII que se enfoca en su complejidad estructural debida a factores como la multiethnicidad, la multiculturalidad y la existencia de niveles sociales diferenciados pero que deben entenderse al interior del proceso de emergencia de nuevos patrones económicos, sociales y culturales (Lorandi, 2000a).

El artículo puede inscribirse dentro del paradigma teórico-metodológico de la etnohistoria o antropología histórica, punto de encuentro interdisciplinario dedicado al estudio del *otro social* y de los procesos de cambio y continuidad en el tiempo a partir de papeles de archivo que son interrogados con herramientas provenientes de la teoría antropológica. Se ocupa de la etnicidad pero también de las identidades de grupo y de la experiencia social colectiva. Aborda el proceso de construcción de las múltiples identidades regionales emergentes en el Tucumán colonial a partir de los diferentes grupos que formaban la sociedad colonial tucumana –españoles, criollos, mestizos, africanos– y explica que el proceso de adaptación al paisaje físico y cultural implicó también la interacción con las sociedades indígenas.

La estrategia narrativa utilizada no es lineal sino que gira en torno a cuatro momentos especialmente sensibles que tuvieron incidencia en el moldeado del perfil social que intenta reconstruir, ellos son: 1) la disolución de las comunidades indígenas –proceso que comienza en el siglo XVII; 2) los primeros intentos de los borbones dirigidos a controlar las instituciones ultramarinas; 3) la heterogeneidad de la migración española y 4) el aumento del mestizaje. El primero obligó a reformular las relaciones de producción pues la encomienda perdió valor económico y simbólico; el

segundo fue un intento de desarticular los grupos de poder locales pero agudizó las contradicciones y los conflictos; el tercero produjo un gran dinamismo social aumentando la necesidad de la elite de diferenciarse –apelando a costumbres y/o símbolos–; y el cuarto implicó la aparición de nuevos agentes pero generó escasa legislación.

Con este primer trabajo Ana M. Lorandi se introduce en la problemática del siglo XVIII en el Tucumán colonial, área geográfica donde trabajara profusamente en períodos previos.

En otro trabajo publicado también en 2000 analiza un conflicto que dura diez años, suscitado entre una institución local, el Cabildo de Salta, y un funcionario enviado por la Corona, el juez Domingo de Irazusta y Orozco –quien debía realizar los juicios de residencia al gobernador saliente y a sus sucesores (Lorandi, 2000b). La trama de este conflicto le sirve a Ana M. Lorandi de hilo conductor para develar el problema subyacente: los grupos que dominan el cabildo de Salta sienten rechazo por la política borbónica, tendiente a recuperar el control de las instituciones coloniales, la cual está corporizada en el funcionario enviado. Además el contexto regional, la amenaza de las tribus chaqueñas que asolaban las fronteras, le brinda una herramienta adicional para echar luz sobre las estrategias de los actores y la lógica tras la toma de decisión en momentos de crisis.

La propia autora declara que es un trabajo de antropología histórica, pues se enfoca en las prácticas significativas de una sociedad y las observa a través del cabildo, institución colonial que es presentada en toda su complejidad: a) como centro de poder local y, a la vez, campo de lucha donde la elite aparece dividida en facciones que disputan y negocian; b) como única institución donde se representaba anualmente el “drama del ejercicio del poder”, ya que permitía la elección de algunos de sus miembros con voto cantado;

c) como caja de resonancia de los problemas que afectaban a la ciudad diariamente; y d) como lugar para visualizar las redes determinadas por nacimiento o por alianza (Lorandi, 2000b: 51).

La reducción de la escala temporal, que apenas excede una década, le permite mayor grado de detalle y el ejercicio microhistórico la traslada constantemente del texto – el pleito incoado por el Cabildo de Salta para impedir los juicios de residencia– al contexto –el hostigamiento de las tribus chaqueñas contra la ciudad y las acciones para contenerlas– con el objetivo de determinar el despliegue de la agencia humana y tratar, de ese modo, de acercarse más a esa realidad pasada y evanescente.¹³

La cuestión más conflictiva es que la Cédula del juez Domingo de Irazusta y Orozco no mencionaba la fecha en que debían cesar sus funciones y el Cabildo de Salta lo interpreta como una intromisión, poniéndole trabas. Irazusta y Orozco reclama ante la Audiencia de Charcas para que confirme su legitimidad pero esta institución asume una posición ambigua y dilatoria; el Cabildo también realiza presentaciones ante la Audiencia y el Virrey. En síntesis, los alegatos van y vienen y se da una guerra legal hasta que la Audiencia eleva todo lo actuado al Consejo de Indias y pide a Irazusta que suspenda las residencias y regrese a Buenos Aires hasta la resolución final del tema.

Para Ana M. Lorandi el conflicto refleja las complejas relaciones Estado-sociedad y da cuenta de las estrategias de un grupo local para mantenerse dentro del estado sin cumplir con las regulaciones ni, en los hechos, con sus autoridades, a modo de conjetura sugiere que estas estrategias podrían interpretarse como formas de rebelión encubiertas. Opina que se trata de los primeros esfuerzos de la

13 La documentación contenida en los Autos va de 1723 a 1734.

monarquía borbónica por desarticular enclaves de poder local pero, al mismo tiempo, observa que la falta de tacto político de Irazusta y Orozco fomentó el abroquelamiento de las facciones locales.

Los juicios de residencia, por la vasta y compleja información que contienen, representan una fuente de interés primordial para elucidar los cambios y continuidades en los entramados de poder locales y la relación que mantienen con la igualmente variable política de la Corona. Así en 2004 Ana M. Lorandi y Silvina Smietniansky publican un artículo en coautoría nuevamente centrado en una residencia de más de 3000 folios, efectuada entre 1775 y 1776, destinada a juzgar el gobierno de Don Juan Manuel Fernández Campero,¹⁴ la cual incluye además a todos los funcionarios de los cabildos que actuaron durante su mandato. Entre tres postulantes se elige como juez a Andrés Codecido, abogado radicado en Buenos Aires, quien debía dirigir el procedimiento desde Córdoba y nombrar delegados para la selección y el levantamiento de testimonios entre los vecinos residentes en La Rioja, Catamarca, Santiago del Estero, San Miguel de Tucumán, Salta y Jujuy. En esta ocasión, la organización del juicio por ciudades inspira la estructura del texto cuyo objetivo consiste en realizar, a partir de ese documento, una “etnografía histórica” de los cabildos del Tucumán colonial.¹⁵ Las autoras son conscientes de la hermenéutica del juicio según la cual la puesta en escena del protocolo dice más de la sociedad interrogada que de la realidad del período juzgado; de ahí el sugestivo título del artículo: “la conspiración del silencio”. Así, mientras en algunas ciudades los silencios de los testimonios son reveladores de

14 La gestión de Juan Manuel Fernández Campero como gobernador cubrió el período que va de 1764-1769 y su apoderado en el juicio de residencia fue Don Gregorio Arrascaeta.

15 Sobre los juicios de residencia como fuente para una etnografía histórica ver Alfredo Jiménez Núñez (1997) y Silvina Smietniansky (2013), entre otros.

rencillas intraelites, en otras emergen algunas voces que lo hacen explícito.

El trabajo contribuye a la reflexión sobre importantes problemas antropológicos e historiográficos, como la relación entre normas y comportamientos, o la pertinencia historiográfica del término “corrupción” situado en ese contexto histórico de antiguo régimen colonial. Las autoras prefieren, entonces, apelar al concepto *foucaultiano* de “ilegalismo de derechos”, según el cual un sistema legal siempre presentaría un margen donde los actores pueden ejercer, en términos de Tau Anzoátegui (2000: 22), una ilegalidad tolerada. También aparece la cuestión de la escasa individuación y la presencia de actores políticos tradicionales colectivos, según el clásico planteo de Françoise-Xavier Guerra (1989) los testigos idóneos debían ser individuos sin vínculos familiares o de amistad con los funcionarios residenciados; pero en aquellas sociedades demográficamente pequeñas y de elites tentaculares resultaba imposible cumplir con el requisito. Asimismo, la propia justicia –cuando lo hacía– no solo condenaba al funcionario acusado sino que también inhibía a sus parientes, lo que demuestra la ausencia de fronteras nítidas entre lo público y lo privado y la prevalencia de un sentido de ética colectiva. Una de las mayores preocupaciones del juicio era averiguar y condenar la formación de parcialidades o facciones pero, tal como sostienen las autoras, posiblemente la reprensión no recayera tanto en esta realidad corporativa sino simplemente en la utilización de cargos públicos para obtener beneficios personales en contra del bien común (Lorandi y Smietniansky, 2004: 89). Sin embargo, como por definición una parcialidad o facción procura beneficios corporativos, Lorandi y Smietniansky concluyen que la contradicción entre reglas y prácticas tiene carácter estructural y cimienta un tipo de sociedad que encuentra su “equilibrio” en la inestabilidad

constante, tema que Ana M. Lorandi ampliará en ulteriores trabajos.

En efecto, al año siguiente, publica el artículo titulado “La Guerra de las palabras...”, donde nos ofrece un pormenorizado estudio de los conflictos locales suscitados básicamente entre Campero y una facción del cabildo de la ciudad de Córdoba, encabezada por el alférez real don Juan Antonio de la Bárcena, influyente vecino que se enemista con la nueva autoridad desde el momento en que no es nombrado Teniente de Gobernador. Ana M Lorandi pone en evidencia la “guerra permanente” entre personajes, bandos y autoridades cuyas competencias institucionales y conflictos de superposición de jurisdicciones era constante. Prefiere hablar de una auténtica “cultura del conflicto” que podría extenderse al conjunto de sociedades del Nuevo Mundo –sin descuidar los tintes propios de cada lugar (Lorandi, 2005: 120). En tal sentido, los conflictos entre los miembros del cabildo de Córdoba precedieron al período de gobierno de Campero –De la Bárcena, por caso, ya aparece con causas judiciales por la elección de alcaldes y se enemista con varios vecinos por el derecho de venta de ganado a Buenos Aires–, del mismo modo que lo sobrevivieron muchos años después de su partida. No obstante, su hipótesis fuerte propone que las tensiones, resistencias y adaptaciones de la sociedad local ante las reformas borbónicas y el nuevo tipo de funcionario moderno se observan con plenitud desde mediados del siglo, mucho antes de las conocidas Grandes Reformas (Lorandi, 2005: 101, 125). Si en una colaboración al libro en homenaje a Franklin Pease, la autora había avanzado en una caracterización del perfil del funcionario borbónico moderno (Lorandi, 2002), en esta ocasión reconstruye los entramados de poder en constante tensión –situados en este espacio periférico con respecto a las cortes virreinales– a partir de conflictos cotidianos y

aparentemente menores. Así, indaga sobre la participación y financiamiento de las incursiones a la frontera del Chaco con el impuesto de la sisa, la política fiscal con respecto a la Compañía de Jesús, la venta de cargos y su injerencia en la justicia local, por mencionar algunos. En esta oportunidad deja de lado el más resonante percance de Campero vinculado a las acusaciones y la revuelta armada de los vecinos de Jujuy y Salta contra su persona a causa de su administración de las Temporalidades de los jesuitas expulsados, acusaciones por las que pasó varios meses preso en Charcas antes de ser indultado y repuesto en su cargo por el virrey Amat. Pero la reducción de escala de observación y la lupa puesta en los conflictos menores en Córdoba tiene sentido historiográfico –según la aludida apuesta microhistórica– en el diálogo con los procesos mayores con el fin de complejizarlos o hasta cuestionarlos. En este sentido, es desde esa *aldea* de numerosas y constantes disputas que a Ana M. Lorandi le interesa examinar un problema mucho mayor, como es la colisión de dos culturas políticas: el pactismo del Antiguo Régimen en el que corporaciones integradas por criollos y peninsulares arraigados en América negociaban su amplia autonomía con la autoridad real y la cultura política de los borbones cuyas pretensiones absolutistas eran vehiculizadas por los funcionarios de corte ilustrado. A partir de este choque observa códigos de acusaciones compartidos en sus formas de argumentar y descalificar al otro, en cartas e informes que van y vienen, donde las palabras tienen prioridad antes que las pruebas pero también detecta nuevos sentidos que subyacen en el regalismo extremo de Campero cuando expresa sus ideas sobre moral pública y privada, el ejercicio de la justicia y la lealtad a la autoridad.

Las investigaciones precedentes le sirvieron de pilar a Ana M. Lorandi para el lanzamiento de su libro *Poder central, poder local...* en 2008. En efecto, esta obra abarca el

mismo arco temporal que va de 1764 a 1770 y se compone de una introducción y siete capítulos; el primero retoma las discusiones del momento sobre los conceptos de “corrupción”, “Estado”, “Iluminismo”, “pluralismo jurídico”, entre otros, mientras el segundo se corresponde con su artículo de 2000a sobre el paisaje social del Tucumán, de igual modo que el tercero reproduce “La guerra de las palabras...”. En el prefacio la autora ubica la génesis de este libro –y, podemos afirmar, de los artículos precedentes– una década atrás, cuando en el Archivo General de Indias buscaba documentación sobre la provincia del Tucumán en el siglo XVIII y el azar la condujo al juicio de residencia del gobernador Campero. No obstante, señala que pudo concretar la obra gracias a la motivación surgida a raíz de sus lecturas sobre la nueva historia del derecho y su entrecruzamiento con la teología moral, especialmente las indagaciones sobre el filojansenismo que gravitaba en el perfil ideológico de muchos de los nuevos funcionarios de cuño borbónico, tanto laicos como religiosos –como por ejemplo los obispos Manuel Abad Illana del Tucumán, amigo de Campero, y Manuel de la Torre, de Buenos Aires. Otro disparador de esta exploración fue la fascinante imbricación que halló en las cartas del gobernador Campero entre los valores de ética cristiana y los de responsabilidad moral y social. En este mismo libro Ana M. Lorandi amplía el conjunto de protagonistas de los dramas políticos analizados pues además de los dos obispos mencionados, Campero y su tenaz rival De la Bárcena, también aparecen como ejes de conflictos el teniente de gobernador de Jujuy, Juan Antonio de Zamalloa –quien se opone a la leva ordenada por Campero para combatir el avance portugués– y el aliado de este último, Francisco de Bucareli y Ursúa, gobernador de Buenos Aires –conocido por ser el responsable de la expulsión de los jesuitas en estas regiones.

Así el libro, además de retomar las desavenencias de Campero con la elite cordobesa (capítulo 3), aborda los conflictos suscitados entre los partidarios del Gobernador y los miembros más conspicuos de los cabildos de las ciudades del Tucumán por el tema de la financiación y métodos de la guerra de frontera contra los indios del Chaco y los portugueses. Dichos conflictos dan origen a una áspera trama en la que intervienen la Audiencia de Charcas, el teniente gobernador Zamalloa, los miembros de la Compañía de Jesús y hasta el mismo virrey Amat (capítulo 4). En ese escenario, las acusaciones cruzadas, los procesamientos, los rumores y las apelaciones en diferentes instancias jurisdiccionales se agitan como nunca antes cuando Campero se ve obligado a ordenar y organizar la expulsión de la Compañía de la provincia del Tucumán poco tiempo después (capítulo 5). La intención que orienta a estos tres capítulos, vale la pena insistir, es demostrar cómo las elites locales se adaptan, negocian y resisten las reformas borbónicas (Lorandi, 2008: 21).

En definitiva, con este libro la autora reafirma su planteo formulado ya en artículos anteriores: el choque de culturas políticas se visualiza desde mediados del siglo XVIII. En sus propios términos expresa: “no puede atribuirse al azar que dos obispos y dos gobernadores fuertemente regalistas en lo político y filojansenistas en lo eclesial, coincidiesen en el mismo tiempo y espacio” (Lorandi, 2008: 195; 212). Es decir, los discursos locales que calificaban a estos personajes de “soberbios” o “autoritarios”, entre otros epítetos, en realidad son indicios de un cambio significativo en la política de la monarquía con respecto al perfil de funcionarios que enviaba al Nuevo Mundo con instrucciones de ejercer una mayor intervención en las instituciones locales. Sin embargo, al carecer de una modificación previa del aparato legal en el que pudieran ampararse, sus disposiciones fueron muchas veces resistidas a causa de la manipulación de la

legislación existente realizada por parte de los grupos afectados (Lorandi, 2008: 12 y 18). Hacia el final del libro Ana M. Lorandi ensaya agudas definiciones en torno al perfil del funcionario ilustrado mediante el análisis de las estrategias discursivas y las tensiones institucionales producidas entre cabildos, audiencias, tribunales eclesiásticos, gobernadores e instancias metropolitanas (capítulos 6 y 7). Por momentos, Campero parecería ser portador de una ética cristiana que responsabiliza a la conciencia individual en procura de la solidaridad social y el bien común; en consonancia con lo que la autora denomina un nuevo humanismo de la modernidad.

En otro *paper* publicado por Ana M. Lorandi en 2009 el foco está puesto en el corpus legal citado en un Memorial destinado al rey, escrito en Madrid por Campero, personaje a quien esta investigadora ha dedicado cuantiosas páginas, como venimos observando. En esta ocasión el funcionario presenta un reclamo por la persecución que padecen algunos criollos –concretamente sus cuñados Antonio, Gabriel y Gaspar Ugarte– sospechosos de haber colaborado con la rebelión de Túpac Amaru, tema desarrollado en profundidad en otros trabajos que comentaremos ulteriormente. Con este análisis logra poner al descubierto las múltiples líneas de conflicto que atravesaban a la sociedad peruana después de las grandes rebeliones indígenas y advierte sobre el clima de incertidumbre que reinaba en todo el Virreinato, y especialmente en el área cuzqueña.

En general, el abordaje se apoya en la nueva historia del derecho, para analizar las leyes citadas en el Memorial se vale de la interpretación anfibológica de las leyes, principio que habilita varias interpretaciones. Retoma el concepto de “ilegalidad tolerada”, y categorías de análisis –como ritual y poder, preeminencia y poder– provenientes de la teoría antropológica. El primero da cuenta de la flexibilidad y la

ambigüedad en el uso de la legislación durante el Antiguo Régimen; las segundas son útiles dado que las solicitudes al rey para que revisara sus decisiones adoptaban el carácter de un ritual de acatamiento legítimamente formalizado, que consistía en apelar a las normas vigentes como a referencias bíblicas.

Ana M. Lorandi muestra la presión ejercida por el contexto –local e internacional– sobre las estrategias de los actores. El proceso judicial contra los Ugarte, su traslado a la Audiencia de Lima, tribunal que los absuelve, y su posterior exilio en la Península son ejemplos de lo anterior y *leitmotiv* de Campero, quien también es apartado del Virreinato y remitido a España, aunque con una excusa.¹⁶ El planteo de la autora es que la “mala fama” de los Ugarte terminó afectando la reputación de Campero quien, pese a su condición de peninsular y regalista dogmático, nunca obtuvo permiso para regresar a Perú a ocupar el cargo de gobernador de Chucuito obtenido en 1780. El Memorial entonces es un alegato en defensa de su honor personal junto con el de su esposa y sus cuñados.

También realiza una crítica interna de esta fuente y pone en duda la autoría de Campero; opina que la profusión de citas legales podría indicar la pluma de un abogado aunque el estilo discursivo, su tono dramático y la alusión a referencias bíblicas, es el mismo usado en otros documentos suyos.¹⁷ Para zanjar el asunto opta por una solución intermedia y sintetizadora: Campero era un hombre versado en leyes pero además pudo haber recurrido al asesoramiento de un letrado.

16 Dado que Campero había participado en la represión de la Gran Rebelión fue comisionado para que presentara ante el Consejo de Indias la documentación relativa al proceso judicial contra Túpac Amaru.

17 Las citas legales que aparecen en el Memorial provienen de las Partidas de Alfonso X y de las leyes de Castilla.

Otro recurso metodológico consiste en observar los puntos de fricción o convergencia entre las normas y las prácticas, problema nodal que recorre varios trabajos previos de Ana M Lorandi. Al respecto, el Memorial da cuenta de estas fricciones entre distintos estamentos e instituciones, destacando la competencia entre el poder civil y el eclesiástico, entre Lima y Cuzco, entre criollos y peninsulares, entre autoridades locales y virreinales, así como entre civiles y militares. Por último, una vez más las relaciones de parentesco y la estructura de autoridad dentro de la familia, otra de las grandes preocupaciones de la antropología, atraviesan todo el análisis.

La siguiente propuesta de Ana M. Lorandi (2012b) es revisar ciertos conceptos, como absolutismo monárquico e iluminismo hispánico a partir de las prácticas de determinados actores involucrados en un conflicto suscitado por la “mita nueva”, en Charcas entre 1776 y 1800. En esta coyuntura el Estado –funcionarios y audiencia–, los empresarios mineros y la Iglesia se disputan el control de la energía de los indígenas, lo cual desata una sorda lucha por los espacios de poder que da lugar a tomas de posición y a definiciones conceptuales por parte de los protagonistas que permite, a su vez, determinar el grado de articulación entre legislación y práctica. Este complejo panorama es analizado a través de los discursos de ciertos agentes como Francisco de Paula Sanz, intendente de Potosí, y Vicente Cañete, su asesor; Victorián de Villava, fiscal y protector de naturales de la audiencia de Charcas, y San Alberto, arzobispo de La Plata.

Al enfocar esta problemática a partir de un caso de estudio la investigadora logra un acercamiento a la lógica subyacente de los actores participantes y además brinda algunos matices sobre las concepciones ideológicas mencionadas anteriormente, como las variantes “conservadora

y liberal del absolutismo ilustrado” (Lorandi, 2012b: 78); la primera defiende a ultranza el rol de España “*como nación dominante*” y la segunda propugna un mayor control criollo sobre las instituciones y, paralelamente, un especial impulso a la ciencia, la educación y el comercio. Además, apela a la metáfora de la partida de ajedrez, por la dificultad de movimiento que conlleva cada pieza, para explicar que habrá que sortear innumerables dificultades si se pretende visualizar los múltiples intereses que participan en ese tablero y dar cuenta de este contexto polifónico.

En síntesis, la autora nos muestra cómo para solucionar un problema netamente seglar se apela a un sistema de autoridades, que incluye la Biblia, la patrística, los tratadistas laicos y religiosos y la normativa jurídica, y cuya consecuencia inmediata es producir variadas interpretaciones que revelan la densa trama conceptual, ideológica y jurídica subyacente en las respuestas de los actores. La discusión en torno a la “mita nueva” le permite a Ana M. Lorandi trascender el estereotipo y descubrir algunos interesantes matices en torno al iluminismo y los iluministas, a partir de las contradicciones y las ambigüedades de los agentes sociales en sus prácticas políticas. A modo de ejemplo, entre sus actores encontramos: un defensor del vicariato regio que alienta el desarrollo de la ciencia y crítica a la iglesia americana (Mata Linares); un defensor de la monarquía pero liberal desde el punto de vista económico y cultural (Villava); un respetuoso de los méritos de la sociedad indígena que rechaza cualquier forma de gobierno republicano (Villava); un monárquico absolutista que limita los fueros de la Iglesia, denigra a la sociedad indígena y promueve códigos para actividades productivas (Paula Sanz y Cañete); y un acérrimo defensor del vicariato regio y del absolutismo monárquico que fomenta la ciencia y la educación pero desdeña a la sociedad indígena y rechaza

la injerencia del poder seglar en asuntos eclesiásticos (San Alberto) (Lorandi, 2013: 68). Es justamente esta variada gama de matices lo que enriquece al presente análisis.

Otro tema tratado en varias publicaciones es la persecución a los criollos a raíz del clima de incertidumbre sobre su fidelidad para con el soberano español, producida por la crisis que sobreviene luego de las rebeliones indígenas y las reformas fiscales y políticas de fines de siglo XVIII. El mismo fue abordado por Cora Bunster y Ana M. Lorandi (2006) en un artículo que puede considerarse como antecedente de la investigación posterior, realizada con mayor profundidad en base a un nuevo relevamiento documental, cuyo resultado fue la publicación del libro *La Pedagogía del Miedo...* (Lorandi y Bunster, 2013). En esta obra nuevamente el eje del relato lo constituye la persecución que sufren los hermanos Antonio, Gabriel y Gaspar Ugarte, criollos residentes en el Cuzco. El análisis gira en torno al juicio iniciado contra ellos en 1783, acusados del delito de infidelidad a la Corona por mantener vínculos con el cacique José Gabriel Condorcanqui. La elección de un contexto de crisis resulta una decisión metodológica clave de las autoras pues les permite acceder a las voces del debate público, acerca del espacio de poder que debía concederse a los residentes americanos, cuando está en su punto culminante y suscita intensas negociaciones sobre las representaciones identitarias de cada uno de los sectores sociales involucrados. El libro logra transmitir el clima de temor reinante en las últimas décadas del siglo XVIII, cuando las autoridades trataron de evitar nuevas rebeliones indígenas y motines de criollos y mestizos con duras medidas represivas y que una alianza entre criollos, mestizos e indígenas terminara con el poderío español. En ese marco se toman medidas destinadas a apartar, primero del Cuzco y luego del todo el Virreinato, a aquellos

elementos sospechados de escasa fidelidad a la corona de España –como los hermanos Ugarte. En pocas palabras, la investigación apunta a un asunto enmarcado en la conducta de agentes e instituciones que afectó, en particular, a los criollos americanos –grupo no indígena de la sociedad tardo-colonial.

La investigación se enmarca en la dinámica de las relaciones de poder, siempre basada en dimensiones culturales subjetivas de intereses e instituciones que, en definitiva, sostienen todo el proceso político. Desde el punto de vista metodológico la obra apela a diferentes escalas de análisis; en el nivel macro se analiza tanto la estructura social general como los acontecimientos de la época y se identifican las diferentes estrategias desplegadas por cada grupo para afrontar dos cuestiones clave: las reformas políticas y fiscales y las consecuencias de la Gran Rebelión; mientras que a nivel micro el foco está puesto en ciertos sucesos públicos que conmovieron a la ciudad del Cuzco y en el grado de participación que tuvieron los hermanos Ugarte en ellos;¹⁸ también en las relaciones de alianza/enemistad que mantenían estos hermanos con personajes contemporáneos relevantes –como el obispo del Cuzco, Juan Manuel Moscoso y Peralta, y algunos funcionarios borbónicos como el visitador José Antonio de Areche, el corregidor del Cuzco Matías Baulén y el comandante Gabriel de Avilés.

Con documentación relevada en varios repositorios las autoras logran reconstruir una etnografía histórica de los diferentes escenarios donde se desarrolla este drama. A través de las distintas instancias procesuales de la causa, la

18 Como las disputas por preeminencia ceremonial entre Gaspar Ugarte y Gabriel de Avilés, comandante de las fuerzas enviadas desde Lima y los escándalos públicos generados en las congregaciones religiosas de Santo Domingo y Santa Catalina cuyos protagonistas principales son Antonio Ugarte y también el obispo Moscoso.

indagatoria, las acusaciones levantadas contra los Ugarte, los procedimientos de la defensa, los fallos del fiscal de Lima y el azaroso destino de los acusados,¹⁹ nos develan el funcionamiento de la justicia y, en especial, la manipulación ejercida por la Corona desde un marco de *supuesta legalidad*.

En cuanto al tratamiento de las fuentes se observa un esfuerzo por dar cuenta de las múltiples voces, o de sus silencios, con el objetivo de echar luz sobre el denso entramado de intereses en disputa en el campo político.

En 2013 la inagotable energía de Ana M. Lorandi la conduce, esta vez, a compilar un libro titulado *El Ocaso del Imperio*, obra que reúne variados artículos, algunos propios y otros pertenecientes a miembros del *Equipo de Etnohistoria* –creado por ella. Haciendo honor al título, y a fin de darles mayor difusión, decide incluir tres trabajos de su autoría que aluden al último período de dominación colonial y analizan los efectos del absolutismo borbónico, publicados anteriormente (Lorandi, 2008; 2009 y 2012b). Pese al título, la compilación en cuestión no se limita al período tardocolonial sino que da cuenta de épocas previas y posteriores, siempre poniendo el foco en los problemas de índole social y cultural que afectan a la zona andina y a sus pobladores. Aunque la variedad de temas-problemas tratados en este amplio marco espacio-temporal es notoria, también es cierto que los trabajos comparten consideraciones –o supuestos de análisis– como: a) que el proceso de construcción

19 El Epílogo se focaliza en las estrategias de reposicionamiento desplegadas por cada uno de los hermanos Ugarte durante la estancia en Lima y luego en el puerto del Callao –como pedir ayuda económica para viajar, reclamar por las irregularidades del proceso legal y recusar a los asesores del Virrey. Mientras una vez llegados a la Península optan por peticiones de máxima –como cargos en la administración peninsular, títulos nobiliarios e importantes sumas de dinero– como reivindicación de su honor mancillado, lo que devela su inquebrantable voluntad de recuperar y/o aumentar los privilegios perdidos.

de la cultura es producto de la acción social de múltiples agentes y b) que el acontecimiento político-cultural solo se entiende si se lo vincula con la estructura de la sociedad (Lorandi, 2013: 8).

En los últimos dos años, Ana M. Lorandi vuelve a introducirse en nuevos contextos historiográficos interesándose en otro momento de transición de la historia tardo-colonial surandina: el referido a los procesos de emancipación. Para su primera publicación sobre la crisis inédita de la monarquía española en América y la configuración de las nuevas repúblicas (Lorandi, 2014) adopta la misma estrategia que asumiera en su primer trabajo sobre el siglo XVIII referido al paisaje social del Tucumán (Lorandi, 2000a); es decir, presenta el escenario del drama político y esboza una definición general de los problemas que, según las posibilidades que le brinde la documentación, podrá avanzar luego en algunos casos y en ciertas coyunturas de significación densa más específicamente y de acuerdo con la reducción de escala microhistórica. Así, “Guerra y ciudadanía...” constituye un ensayo predominantemente bibliográfico en el que narra los acontecimientos revolucionarios y contrarrevolucionarios desde la *vacatio regis* de 1808 hasta la última campaña del Ejército del Norte en 1816 en las provincias del Tucumán y el Alto y Bajo Perú (Lorandi, 2014). No obstante, la narración se organiza en torno a la reflexión de cómo los ritmos y la experiencia de la guerra, en cada momento y lugar, influyeron en los modos de concebir y ejercer la “ciudadanía”, desde la formación de juntas en 1809 hasta las elecciones de representantes para diferentes instancias gubernativas, tanto en las áreas fidelistas de cuño gaditano como en los territorios dominados por los revolucionarios, primero autonomistas y posteriormente independentistas.

Aunque se trate de un artículo prospectivo apoyado en bibliografía secundaria posee la originalidad de abordar la relación entre guerra y ciudadanía en un área geográfica, en ocasiones, desconectada en otro tipo de análisis debido a la inercia de historiografías nacionales o la abundancia de monografías locales. De esta manera, Ana M. Lorandi estudia dicho problema en los actuales territorios de Bolivia, Perú y el NOA entendidos, según sus propios términos, como “unidad de análisis tanto por sus estrechos y antiguos lazos económicos y socioculturales como por haber sido escenario de quince años de enfrentamientos bélicos” (Lorandi, 2014: 1). Esta articulación geográfica de un mismo aunque heterogéneo proceso se complementa con la articulación de perspectivas temáticas e historiográficas que se vienen consolidando desde hace varios lustros, algunas ya mencionadas por nosotros en la introducción del presente ensayo. En esto radica entonces la segunda virtud de este artículo, es una suerte de estado de la cuestión donde conecta los nuevos trabajos de historia cultural, social y política de la guerra;²⁰ los estudios de la política de los sectores populares;²¹ las investigaciones sobre historia de las elecciones y la opinión pública;²² la línea de historia de los conceptos políticos²³ y, por último, también incorpora autores señeros inscriptos en algunas de estas perspectivas que se han focalizado en zonas específicas.²⁴

20 Desde los autores clásicos, como Tulio Halperín Donghi ([1972] 1994) hasta otros más actuales como Alejandro Rabinovich (2013), entre otros.

21 Como los variados trabajos comprendidos en el libro compilado por Raúl Fradkin y Gabriel Di Meglio (2013).

22 Los autores a los que alude son Antonio Annino (1995), François-Xavier Guerra (1999), Víctor Peralta Ruiz (2010), por mencionar solo algunos.

23 Refiriéndose a autores como José Carlos Chiaramonte (1999), Noemí Goldman (2008), Javier Fernández Sebastián (2009), Fabio Wasserman (2011), entre otros.

24 Como José Luis Roca (2007) dedicado a Charcas, Sara Mata (2008) quien trabaja el caso de Salta y María Luisa Soux (2010) también especializada en Alto Perú.

En uno de sus últimos trabajos –aún en prensa– Ana M. Lorandi apela al género biográfico pues a partir de la trayectoria de vida de un peninsular –Juan Antonio Álvarez de Arenales– que participa en la lucha por la Independencia del lado criollo, explora, como en el trabajo precedente, la transición entre los períodos colonial y republicano en una región cuyo territorio pertenece a los actuales países de Perú, Bolivia y Argentina y donde transcurre parte de la vida de este insigne personaje. Además nos brinda una interesante reflexión acerca de la conflictiva relación entre los principios doctrinarios de los ilustrados borbónicos y los intereses de aquellos que participaron en la construcción de las nuevas repúblicas

Esta biografía de Arenales resalta las contradicciones internas del protagonista, sus dudas y ambigüedades en determinadas situaciones como su capacidad para evaluar y adaptarse a una coyuntura cambiante, características ambas que permiten comprender sus respuestas. El análisis trasciende el acontecimiento y enfatiza la capacidad de Arenales para evaluar el significado de la coyuntura, dado que participa en momentos históricos sin precedentes y en base a su actuación como militar y funcionario establece una relación entre la acción y las representaciones que fue construyendo de y hacia la sociedad en la que interviene.²⁵

Uno de los objetivos del trabajo es destacar el rol activo de este personaje, que de vasallo del Rey de España decidió

25 En 1784 como militar español radicado en Buenos Aires participó en los combates en la Banda Oriental contra las pretensiones portuguesas sobre el Río de la Plata; en 1794 fue promovido y transferido al actual territorio de Bolivia ocupando cargos en el distrito de Arque en Cochabamba, en el partido de Cinti en Pilaya y Paspaya y finalmente en Yamparáez en la Intendencia de Charcas. En mayo de 1809, cuando se produce la sublevación de La Plata (Charcas) en respuesta a la invasión napoleónica en España, Arenales acude en apoyo de los criollos poniéndose al servicio de su patria de adopción desde ese momento.

convertirse en ciudadano de una República en formación, su habilidad para tomar decisiones y llevar adelante acciones significativas. Por ello, su apuesta centrada en Arenales se encuentra en sintonía con una serie de biografías recientes que pretenden dar cuenta de esa *transición mental* del fidelismo a la sed irrenunciable de independencia en connotados personajes del actual panteón patriótico. Estos trabajos pretenden recuperar tanto el protagonismo del actor como los condicionamientos impuestos por la época. En otras palabras, comparten el supuesto de que su accionar responde a la coyuntura al tiempo que contribuye a producirla.²⁶

En este sentido, Ana M. Lorandi realiza una *revisita* de los acontecimientos desde la perspectiva del actor, esto le permite evaluar hasta qué punto influyeron en su pensamiento y manera de actuar y hasta dónde él fue capaz de modificar, mediante decisiones estratégicas, esa realidad. La mencionada *revisita* también la habilita para reflexionar sobre las contradicciones del militar; planteando una suerte de tensión interna entre su sensibilidad e intuición para comprender la complejidad social americana y su fuerte apego a la concepción ilustrada eurocéntrica. Sabemos que las posibilidades del *prisma-Arenales* siguen abiertas en la actual agenda de investigación de Ana M. Lorandi y conociendo su prolífico recorrido hasta la fecha no es difícil augurar inminentes publicaciones de gran relevancia.

26 Aludimos especialmente al José de San Martín de Beatriz Bragoni (2010) y al Juan José Castelli de Fabio Wasserman (2011).

Consideraciones finales

Hace un año aproximadamente, cuando nos embarcamos junto a nuestros colegas en este *proyecto-homenaje*, los autores del presente ensayo ya conocíamos los trabajos de Ana M. Lorandi que hemos comentado aquí. Sin embargo, debemos confesar que no poseíamos una lectura integral ni tan estrechamente articulada como la que nos impuso este ejercicio reflexivo, el que nos permitió una *gimnasia* muy enriquecedora a partir de la cual logramos detectar una lógica subyacente en su estrategia de investigación que le da sentido a la serie de publicaciones sobre la época estudiada. Así pudimos observar cómo cada vez que Ana M. Lorandi abordaba un eje temático nuevo, siempre dentro del período, el primer trabajo consistía en una contextualización problematizada o un estado de la cuestión crítico e integrador, luego se enfocaba en distintos estudios de caso en torno a conflictos donde intervenían actores individuales y colectivos –instituciones civiles y/o religiosas– y paralelamente seleccionaba un personaje paradigmático que ya había aparecido con voz propia como “actor de reparto” en trabajos anteriores, con quien probablemente sentía cierta empatía, y lo convertía en protagonista principal, restituyendo su acción en todas sus facetas según las posibilidades de la documentación.

Esta lógica, relacionada con su apuesta metodológica y la especial relevancia otorgada a los documentos para construir conocimiento, la llevó a evitar cualquier definición unívoca y desconectada de la experiencia colectiva, propia de la vieja historia de las ideas. Además sus idas y vueltas constantes del texto al contexto, según la alternancia de escala que caracteriza a la microhistoria, la habilitaron a pensar los dramas locales en relación a procesos globales al tiempo que lograba complejizar el viejo debate sobre los

alcances de las reformas borbónicas en el Nuevo Mundo. En síntesis, su apasionamiento con los personajes y su riguroso apego a las posibilidades que le ofrecen las fuentes, más su infatigable capacidad de trabajo dieron como resultado una producción con proyección internacional por su gran valor académico e indiscutible peso científico.

Al considerar el conjunto de trabajos que venimos comentando podría advertirse en la autora una preocupación constante que aparece como motor de fondo –a veces bien explícito– en cada uno de los textos: la aplicación dificultosa, o por lo menos ambigua, de los discursos y programas ilustrados en la administración americana. Y esto aplica no solo a los funcionarios metropolitanos que arriban al Nuevo Mundo y se confrontan con una compleja realidad, como los gobernadores Campero y Bucareli y Ursúa, el oidor Mata Linares y tantos otros, sino también a los miembros de la dirigencia criolla o “acriollada” –por ejemplo, Arenales– que conducen los procesos autonomistas en la coyuntura abierta desde 1808 hasta la segunda década del siglo XIX, una vez instalado el republicanismo rioplatense. En el *corpus* comentado, la *autoridad ilustrada* aparece entonces como un tema central en los tres momentos de transición desatados en torno a 1750, 1780 y 1808 en un agitado territorio distante de los centros de poder virreinal y republicano en formación. A propósito, John Fisher nos recuerda que el Perú borbónico comienza alrededor de 1750 y acaba formalmente en 1824 pero que muchas de sus características perdurarán hasta 1850 (Fisher, 2000: 232).

En consecuencia, las reflexiones de Ana M. Lorandi sobre la modernidad y la ilustración en los siglos XVIII y XIX surgen de la observación atenta de un problema caro a la antropología: la tensión entre normas y prácticas. Dicho de otro modo, el análisis de la *praxis política* de actores concretos en todas sus aristas le provee a la investigadora la

materia prima para elaborar argumentos sólidos que desarrolla meticulosamente con el objetivo de comprender, en definitiva, esos esquivos segmentos del pasado y responder a preguntas siempre vigentes como qué es gobernar y qué es ser gobernado.

Bibliografía

Agüero, A. (2007). "Las categorías básicas de la cultura jurisdiccional". En Lorente Sariñena, M. (coord.) *De justicia de jueces a la justicia de leyes*, 20-58. Madrid, Consejo General del Poder Judicial.

_____. (2008). *Castigar y perdonar cuando conviene a la república: la justicia penal de Córdoba del Tucumán siglos XVIII y XIX*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

Aljovín de Losada y Jacobsen, N. (eds.) (2007). *Cultura política en los Andes (1750-1950)*, 13-40. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos/ Cooperación Regional Francesa para los Países Andinos/ Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA).

Annino, A. (1995). *Historia de las elecciones en Iberoamérica, siglo XIX. De la formación del espacio nacional*. Buenos Aires, Fondo de cultura Económica (FCE).

Annino, A., Castro Leiva, L. y Guerra, F. (dirs.) (1994). *De los Imperios a las Naciones: Iberoamérica*. Zaragoza, Ibercaja.

Barriera, D. (2013). *Abrir puertas a la tierra. Microanálisis de la construcción de un espacio político. Santa Fe 1573-1640*. Rosario, Museo Histórico Provincial de Santa Fe.

Bragoni, B. (2010). *San Martín. De soldado del Rey a héroe de la nación*. Buenos Aires, Sudamericana.

Bunster, C. (2010). "Comunidades religiosas del Cuzco: escándalos públicos y sospechas de conspiración criolla a fines del siglo XVIII". En *Revista Andina* 50 (1), 115-139.

Bunster, C. y Lorandi, A. M. (2006). "El fantasma del criollismo después de la rebelión de Túpac Amaru". En *Histórica* XXX (1), 99-136. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP).

- Clavero, B. (1991). *Razón de estado, razón de individuo, razón de historia*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales
- Chiaromonte, J. C. (1999). *Ciudadanía, soberanía y representación en la génesis del estado argentino: 1810-1852*. México DF, FCE.
- Elliott, J. (2006). *Imperios del Mundo Atlántico. España y Gran Bretaña en América 1492-1830*. Madrid, Taurus.
- Fernández Sebastián, J. (dir.) (2009). *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. (Vol. I).
- Fisher, J. (2000). *El Perú borbónico 1750-1824*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos (IEP).
- Fradkin, R. y Di Meglio, G. (comps.) (2013). *Hacer política. La participación popular en el siglo XIX rioplatense*. Buenos Aires, Prometeo Libros.
- Furet, F. (1978). *Penser la Révolution française*. París, Gallimard.
- Ginzburg, C. (1991). *El queso y los gusanos*. Barcelona, Muchnik.
- Goldman, N. (ed.) (2008). *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*. Buenos Aires, Prometeo Libros.
- Guerra, F. (1989). "Hacia una nueva historia política: actores sociales y actores políticos". En *Anuario de Instituto de Estudios Histórico-Sociales (IEHS)*, 243-264.
- _____ (1992). *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid, Encuentro.
- _____ (1999). "El soberano y su reino. Reflexiones sobre la génesis del ciudadano en América Latina". En Sábato H. (coord.) *Ciudadanía política y formación de la Nación. Perspectivas históricas de América Latina*, 33-61. México DF, FCE.
- Halperín Donghi, T. (1994 [1972]). *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Hespanha, A. (1989). *Vísperas del Leviatán. Instituciones y Poder Político (Portugal, Siglo XVII)*. Madrid, Taurus Humanidades.
- _____ (1993). *La gracia del derecho. Economía de la cultura en la Edad Moderna*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.

- Hunt, L. (1984). *Politics, Culture and Class in the French Revolution*. Berkeley/ Los Angeles/ Londres, University of California Press.
- Jacobsen, N. y Aljovín de Losada, C. (2007). "En pocas y en muchas palabras: Una perspectiva pragmática de las culturas políticas, en especial para la historia". En Aljovín de Losada, C. y Jacobsen, N. (eds.) *Cultura política en los Andes (1750-1950)*, 13-40. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos/ Cooperación Regional Francesa para los Países Andinos/ IFEA.
- Jiménez Núñez, A. (1997). "El juicio de residencia como fuente etnográfica: Francisco Briceño, gobernador de Guatemala (1565-1569)". En *Revista Complutense de Historia de América* 23, 11-21.
- Levi, G. (1993). "Sobre microhistoria". En Burke, P. *Formas de hacer la historia*, 119-143. Madrid, Alianza Universidad.
- Lorandi, A. M. (1997). *De quimeras, rebeliones y utopías. La gesta del inca Pedro Bohorques*. Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. (2005. Traducido al inglés en Pittsburg, University of Pittsburgh Press).
- _____. (2000a). "Constitución de un nuevo perfil social del Tucumán en el siglo XVIII". En *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* 21 (1), 99-115.
- _____. (2000b). "Las residencias frustradas. El juez Domingo de Irazusta contra el Cabildo de Salta". En *Andes* 11, 51-80.
- _____. (2002). "Poder y ética pública. El siglo XVIII en el Tucumán Colonial". En Flores-Espinosa, J. y Verón Gavia, R. (coords.) *El hombre en los Andes. Homenaje a Franklin Pease II*, 987-1000. Lima, PUCP.
- _____. (2005). "La Guerra de las palabras. Córdoba contra el gobernador Fernández Campero". En *Cuadernos de Historia. Serie Economía y Sociedad* 7, 97-128.
- _____. (2008). *Poder Central, poder local. Funcionarios borbónicos en el Tucumán colonial. Un estudio de antropología política*. Buenos Aires, Prometeo Libros.
- _____. (2009). "Sospechas de sospechas de sospechas: Memorial de un militar ilustrado a finales del siglo XVIII". En *Fronteras de la Historia* 14 (1), 128-148.
- _____. (2012a). "¿Etnohistoria, Antropología Histórica o simplemente Historia?". En *Memoria Americana*. 20 (1), 17-34.

- ____ (2012b). "Heterogeneidad de los discursos ilustrados: Funcionarios reales y eclesiásticos en el ocaso de imperio". En *Estudios Bolivianos* 17, 75-105.
- ____ (comp.) (2013). *El Ocaso del Imperio. Sociedad y cultura en el centro-sur andino*, 9-24. Buenos Aires, Editorial Antropofagia.
- ____ (2014). "Guerra y ciudadanía: la transición entre el orden colonial y el orden republicano en Perú, Bolivia y las provincias del NOA de Argentina". En *Nuevo Mundo Mundos Nuevos [on-line]*. Disponible en Internet: <http://nuevomundo.revues.org/67388>; DOI: 10.400/nuevomundo.67388. Consultado el: 20 de julio de 2015.
- ____ (2015). "Soberanías en pugna. Trayectoria andina del General Álvarez de Arenales". (Enviado para su publicación a *Historia y Cultura*).
- Lorandi, A. M. y Bunster, C. (2013). *La pedagogía del miedo. Los Borbones y el criollismo en Cuzco 1780-1790*. Cuzco. IFEA/ Centro de Estudios regionales Andinos Bartolomé de Las Casas.
- Lorandi, A. M. y del Río, M. (1992). *La etnohistoria. Etnogénesis y transformaciones sociales andinas*. Buenos Aires, Centro editor de América Latina.
- Lorandi, A. M. y Nacuzzi, L. (2007). "Trayectorias de la etnohistoria en Argentina (1936-2006)". En *Relaciones* XXXII, 281-297. (Número especial 70 años).
- Lorandi, A. M. y Smietniansky, S. (2004). "La conspiración del silencio. Etnografía histórica de los cabildos del Tucumán". En *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas* 41, 65-90.
- Lorandi, A. M. y Wilde, G. (2000). "Desafío a la isocronía del péndulo. Acerca de la teoría y la práctica de la antropología histórica". En *Memoria Americana* 9, 37-78.
- Mata, S. (2008). *Los gauchos de Güemes. Guerras de Independencia y conflicto social*. Buenos Aires, Sudamericana.
- O'Phelan Godoy, S. (comp.) (1999). *El Perú en el siglo XVIII. La Era Borbónica*. Lima, Instituto Riva-Agüero/ PUCP.
- ____ (2001). *La independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar*. Lima, Instituto Riva Agüero/ Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Ortemberg, P. (1996). "Reflexiones a propósito del libro de A. P. Cook y N. D. Cook. Un caso de bigamia transatlántica". En *Memoria Americana* 5, 129-143.

- ____ (2004). "Algunas reflexiones sobre el derrotero social de la simbología republicana en tres casos latinoamericanos. La construcción de las nuevas identidades políticas en el siglo XIX y la lucha por la legitimidad". En *Revista de Indias*. LXIV (232), 697-720.
- ____ (2006). "Las primeras fiestas cívicas en el Perú independiente: emblemática y ceremonial bajo el Protectorado". En *Revista Andina* 43 (2), 239-268.
- ____ (2009). La entrada de José de San Martín en Lima y la proclamación del 28 de julio: la negociación simbólica de la transición. *Histórica* XXXIII (2), 65-108.
- ____ (2011/12). "Las Vírgenes Generales: acción guerrera y práctica religiosa en las campañas del Alto Perú y el Río de la Plata (1810-1818)". En *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* 35/ 36, 11-41.
- ____ (2012). *Rituels du pouvoir à Lima*. París, éditions de l'école des hautes études en sciences sociales (EHESS). (2014. Traducido al español en Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú).
- ____ (dir.) (2013). *El origen de las fiestas patrias. Hispanoamérica en la era de las independencias*. Rosario, Prohistoria.
- ____ (2015). "Geopolítica de los monumentos: los próceres en los centenarios de Argentina, Chile y Perú (1910-1924)". En *Anuario de Estudios Americanos* 72 (1), 321-350.
- Palti, E. (2009). "Tipos ideales y sustratos culturales en la historia político-intelectual latinoamericana". En Palti, E. J. (org.) *Mito y realidad de la cultura política latinoamericana. Debates en Iberoldeas, 83-97*. Buenos Aires, Prometeo libros.
- Peralta Ruiz, V. (2002). *En defensa de la autoridad. Política y cultura bajo el gobierno del virrey Abascal, Perú 1806-1816*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).
- ____ (2010). *La Independencia y la Cultura Política Peruana (1808-1821)*. Lima, IEP.
- Rabinovich, A. (2013). *La Société Guerrière. Pratiques, discours et valeurs dans le Rio de la Plata*. Rennes, Press Universitaire de Rennes.
- Revel, J. (1995). "Micro-análisis y construcción de lo social". En *Anuario del IEHS* 10, 125-143.
- Roca, J. (2007). *Ni con Lima ni con Buenos Aires. La formación de un Estado nacional en Charcas*. La Paz, IFEA/ Plural.

- Serulnikov, S. (2006). *Conflictos sociales e insurrección en el mundo colonial andino. El norte de Potosí en el siglo XVIII*. Buenos Aires, FCE.
- _____ (2010). *Revolución en los Andes. La era de Túpac Amaru*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Smietniansky, S. (2013). *Ritual, tiempo y poder. Una aproximación antropológica a las instituciones del gobierno colonial (Gobernación del Tucumán, siglos XVII y XVIII)*. Rosario, Prohistoria.
- Soux, M. (2010). *El Complejo proceso hacia la independencia de Charcas (1808-1826). Guerra, ciudadanía conflictos locales y participación indígena en Oruro*, La Paz, Asdi/ IFEA/ Plural/ IEB.
- Tau Anzoátegui, V. (2000 [1986]). "El poder de la costumbre. Estudios sobre el Derecho Consuetudinario en América hispana hasta la Emancipación". Disponible en Internet: http://www.larramendi.es/i18n/catalogo_imagenes/grupo.cmd?path=1000174. Consultado el: 12 de noviembre de 2015
- Walker, C. (1999). *De Túpac Amaru a Gamarra. Cuzco y la formación del Perú republicano 1780-1840*. Cuzco, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas
- Wasserman, F. (2011). *Juan José Castelli. De súbdito de la corona a líder revolucionario*. Buenos Aires, Edhasa.

Itinerarios académicos de Ana María Lorandi

Carlos E. Zanolli, Alejandra Ramos y Carlos M. Chiappe

Una disciplina no se puede desarrollar con el esfuerzo individual o de unos pocos 'elegidos', formando una capilla cerrada. Rápidamente comprendimos que la táctica consistía en ampliar todo lo posible el número de participantes en esta aventura y nos lanzamos a enseñar lo poco que sabíamos y a incitar a los estudiantes a que buscaran por sus propios medios lo que no sabíamos. Creo que lo mejor que aprendieron fue a hacerse buenas preguntas, lo demás se fue solucionando sobre la marcha (Lorandi, 2005c: 249).

En su dilatada trayectoria profesional, Ana María Lorandi se destacó en diversos aspectos. En lo estrictamente académico no solo escribió una importantísima cantidad de trabajos, sino que buena parte de ellos fueron señeros para investigaciones posteriores. Esa cualidad debe combinarse además con su actuación en puestos de gestión institucional y académica. No obstante, quienes la conocen saben que su trayectoria no ha sido lineal sino compleja. En ella se imbrican conocimientos, teorías y metodologías, los que por su aguda intuición muchas veces fueron retomados en el momento justo y en el lugar adecuado. Se hace extremadamente difícil tener una comprensión holística de la obra de Lorandi si lo anterior no es cabalmente comprendido. En tal sentido el presente

trabajo realiza un recorrido sobre la trayectoria teórico-metodológica de Lorandi, aspecto tan rico como el de sus principales tópicos de investigación.

Para ello analizamos el devenir académico de Lorandi desde los comienzos de su carrera de grado hasta la actualidad. A fin de centrarnos en los enfoques teóricos metodológicos que desplegó a lo largo de todos esos años optamos por trabajar con bibliografía de la autora que no es usual en la reconstrucción de trayectorias personales. Los trabajos seleccionados consisten mayoritariamente en ponencias o artículos expuestos en espacios colectivos y de intercambio. Elegimos utilizarlos por una doble condición que los aúna: por un lado, contienen una reflexión sobre su propia manera de investigar –y en algunos casos también de la de su equipo– y, por el otro, buscan difundir aquellas investigaciones ante un público especializado, procurando instalar a estos trabajos como referentes de indagaciones futuras.

A los efectos de realizar una exposición ordenada, hemos dividido los cambios teórico-metodológicos de la producción de Ana Lorandi en cuatro períodos, cubriendo un lapso que abarca desde el momento en que *la Lorandi arqueóloga* comenzó a sentirse interpelada por los trabajos etnohistóricos hasta sus últimos escritos sobre la transición de la colonia a la República.

Repensar el itinerario teórico-metodológico de Ana María Lorandi es hacer lo propio con el de varias generaciones de investigadores que se formaron a su amparo y, por eso mismo, es también hablar de un presente y de la construcción de un futuro que la incluye.

“Era el momento en que comenzaba la arqueología más científica”¹

Lorandi inició sus estudios de grado en la década de 1950 en la carrera de Historia de la Universidad del Litoral, la cual contaba con orientaciones en Arqueología y Antropología.² En 1960 obtuvo el título de Profesora y siete años después, a los 31 años, el de Doctora. Su período de formación coincidió con la llegada a aquella Universidad de Alberto Rex González, figura clave en el desarrollo de la arqueología y de la antropología, que llevaba en su bagaje académico los cambios sustanciales que por aquel entonces se daban en la arqueología. En la década de 1940 había empezado a darse una renovación teórico-metodológica en la arqueología sudamericana, vinculada a las excavaciones norteamericanas en el Perú. Estos trabajos fueron divulgados a través del *Handbook of the South American Indians* editado por Julian Steward (1946), siendo particularmente importante para los países centro-sur andinos el volumen dedicado a las “civilizaciones andinas”.³ Esta renovación condujo a una reorientación en

1 Palabras utilizadas por Ana M. Lorandi en una entrevista realizada por Mercedes Hirsch, Soledad Gesteira y Soledad Torres Agüero el 08/06/2011, en el Ciclo de Encuentros “Trayectoria”, Colegio de Graduado en Antropología.

2 En la Universidad del Litoral se verifica un cambio académico desde mediados de 1955. Para esa fecha ingresaron a la universidad personalidades como Tulio Halperín Donghi, Nicolás Sánchez Albornoz, Ezequiel Gallo y David Viñas, entre otros (entrevista realizada a Ana María Lorandi por Alejandra Ramos y Carlos Chiappe, Buenos Aires 09/05/2015).

3 Steward fue también quien definió las bases de la ecología cultural, en *Theory of Culture Change: The Methodology of Multilinear Evolution* (1955) propuso una teoría del cambio cultural considerando la diversidad humana dentro de la multiplicidad de ambientes existentes. El concepto de ecología cultural remite a que el hombre, en la escena ecológica, además de relacionarse con otros organismos en virtud de sus características biológicas lo hace también a través del factor supra orgánico que es la cultura, la cual afecta y es afectada por el medio ambiente. Aunque esta mirada otorga gran importancia al entorno físico en la construcción cultural, no es determinista, ya que entre la cultura y el ambiente físico se genera una mediación que desemboca en

la arqueología andina que tuvo fuerte influencia en la formación de los noveles investigadores locales. Bajo este nuevo paradigma comenzaron también a establecerse vínculos entre los arqueólogos de los países centro-sur andinos, los cuales abordaban problemáticas comunes (Núñez, 2013).

En un trabajo pionero Bennett, Bleiler y Sommer (1948) propusieron un ordenamiento de la arqueología del Noroeste argentino basado en la división de esta región en cuatro áreas geográficas –norte, centro, sur y este– formuladas sobre la base de distribuciones de estilos cerámicos (Scattolin, 2006), concluyendo que el NOA tuvo un desarrollo cultural característico y razonablemente independiente del Perú (Serrano, 1949). Este estudio fue inspirador de muchas de las ideas de Rex González en cuanto a un enfoque en profundidad de la arqueología del NOA enfrentado a la perspectiva de la arqueología entonces dominante de corte histórico.

Célebre por introducir los modernos métodos de trabajo en el país, como la datación por radiocarbono, Rex González se vinculó entre 1949 y 1976 a tres universidades nacionales –La Plata, del Litoral y Córdoba– marcando el desarrollo de la arqueología en el país. Particularmente su paso por la Universidad del Litoral (1953-1957) es recordado por impulsar proyectos de investigación colectivos e interdisciplinarios. Lorandi, quien había orientado su formación hacia la arqueología, participó activamente de los mismos. Se considera que el grupo conformado por Rex González constituyó la base fundacional de la antropología profesional en nuestro medio (Garbulsky, 2004; Bonnín y Soprano, 2011). Es decir, la impronta de este investigador se manifiesta no sólo en relación a la arqueología, concebida desde entonces

la creación continua de particularidades culturales. Así, la ecología cultural buscaba conciliar las posiciones extremas de los enfoques deterministas ecológicos y culturalistas.

como parte constitutiva de la antropología, sino también de la antropología social (Ratier, 1998) y la antropología biológica (Carnese y Pucciarelli, 2007).

A fines de la década de 1960, ya doctorada y siendo Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET), Lorandi siguió a Rex González a la Universidad de La Plata donde obtuvo el cargo de Profesora en la materia Arqueología Americana II (Grupos Agroalfareros). En esa Universidad tomó contacto con Augusto Cardich⁴ quien desde 1961 estaba a cargo de la cátedra de Arqueología Americana I (Culturas Precerámicas). Como veremos más adelante, la influencia de Cardich fue muy importante en los trabajos de Ana María.

En sus primeras investigaciones Lorandi se interesó por el arte rupestre presentando una contribución en el *XXXVII Congreso Internacional de Americanistas* celebrado en la ciudad de Mar del Plata en 1966, presidido por Rex González. En aquel evento conoció al arqueólogo chileno Lautaro Núñez, quien años más tarde la invitaría al Primer Congreso del Hombre Andino. En 1967, continuando su interés inicial, Lorandi asistió al Congreso Internacional de Arte Rupestre realizado en Huánuco (Perú). Allí por primera vez tomó contacto con John Murra, antropólogo y referente internacional de la Etnohistoria andina. Este se encontraba realizando un importante proyecto interdisciplinario en el sitio arqueológico de Huánuco Pampa y aprovechó la ocasión del Congreso para promocionar su investigación, invitando a los asistentes –entre ellos a Lorandi– a visitar el lugar.

4 Cardich se graduó como un ingeniero agrónomo, formación que se constituyó en el puntapié inicial para el desarrollo de una brillante carrera como arqueólogo. Es internacionalmente conocido por su descubrimiento, en 1958, de los restos humanos que por entonces eran los más antiguos encontrados en el Perú, los del hombre de Lauricocha ubicados en unas cueva en Huánuco, en la Puna a más 4.000 msnm.

En 1969 Lorandi inició una serie de viajes a Francia –raíz de compromisos laborales establecidos por su marido– que se harán cada vez más extensos y en los cuales se vinculará con investigadores de la academia parisina. Las estancias se extenderán por seis u ocho meses en repetidas oportunidades en los siguientes años. En 1977 se radicará allí por tres años consecutivos. Su principal interlocutor en París fue Nathan Wachtel, historiador francés que a lo largo de su obra buscó combinar el análisis estructuralista con una perspectiva histórica, recurriendo tanto al trabajo en el terreno como al de archivo.

En 1971 Wachtel publicó un libro hoy clásico: *La vision des vaincus: les indiens du Pérou devant la conquête espagnole, 1530-1570*, obra en la que articuló la propuesta sustantivista de Murra con la del estructuralista holandés Tom Zuidema. El eje central del trabajo es el análisis de la desestructuración que atravesó a la sociedad andina tras la conquista española. Si bien en las décadas posteriores vendría una mirada crítica a esta postura y se haría hincapié en las estrategias empleadas por los grupos indígenas para contrarrestar los mecanismos coloniales, al momento de su publicación se trataba de una propuesta novedosa que muchos investigadores retomaron, y que tenía como uno de sus atractivos principales la mirada de larga duración. En 1974 Murra y Wachtel contribuyeron con sus escritos a una sección temática de la revista *Annales* titulada *Pour une histoire anthropologique: la notion de réciprocité*. Allí se reunían trabajos sobre la obra de Polanyi y el concepto de reciprocidad en África, Brasil y en los Andes. Durante su estadía en Francia, Lorandi afianzó sus lazos con Murra, participó en los cursos que ofrecían Wachtel y su equipo en el École des Hautes Études en Sciences Sociales y también dictó otros propios.

Ya familiarizada con los temas etnohistóricos, Lorandi asistió en 1973 al Primer Congreso del Hombre Andino,

realizado por la Universidad de Chile en sus sedes de Arica, Iquique y Antofagasta, participando en el Simposio 2 “Verticalidad y colonización andina pre-europea”⁵ con la ponencia “El área andina y sus vecinos” (Lorandi, 1973). En este evento, que se desarrolló poco antes del derrocamiento de Salvador Allende, “surgieron temas arqueológicos, antropológico-sociales y principalmente etnohistóricos” (Núñez, 2013: 94), además operó como un espacio de diálogo en donde confluyeron múltiples perspectivas y se dieron a conocer los diferentes avances alrededor del desarrollo de las sociedades andinas desde sus orígenes hasta ese momento. El Congreso intentó evaluar las problemáticas vigentes de las comunidades andinas como “su marginalidad, la desintegración de la matriz económica-cultural y los efectos de la modernidad y del Estado para compartir inclusivamente estrategias a través de un diálogo franco ante la diversidad del Centro Sur Andino” (Núñez, 2013: 94-95).

A pesar –y tal vez a causa– de la delicada situación política del país el evento tuvo una destacada asistencia. Participaron más de 300 investigadores y estudiantes de Perú, Bolivia, Argentina, Estados Unidos, México y Chile⁶ repartidos alrededor de ocho simposios, “cuya temática expresaba cuáles eran las cuestiones prioritarias vigentes en la década de los setenta” (Núñez, 2013: 94): caza y recolección transhumántica; verticalidad y colonización andina preeuropea; proceso de agriculturación; el rol de la sociedad andina y el tránsito hacia el socialismo; migración y cambios; folclore y artesanías; planificación y desarrollo;

5 El Simposio estuvo coordinado por Jorge Hidalgo y Virgilio Schiappacasse.

6 Entre ellos John Murra, Tom Lynch, Antonio Canedo, Zenón Guzmán, Bernardo Berdichewsky, José María Casasas, Juan van Kessel, Manuel Mamani, Oreste Plath, Gabriel Martínez, Verónica Cereceda, Leonardo Jeffs, Julio Montané, José Luis Lorenzo, Luis Guillermo Lumberas, Jorge Hidalgo, José Luis Martínez, Victoria Castro, José Berenguer, Patricio Núñez, Felipe Bate, Carlos Aldunate y Calogero Santero.

orientaciones de los estudios y enseñanza. El Congreso debió terminar dos días antes de lo estipulado al producirse el 29 de junio la sublevación militar conocida como el “tancazo”, preanuncio del golpe de Estado que ocurriría el 11 de septiembre del mismo año.

Aunque todavía en 1976 las investigaciones de Ana María Lorandi seguían ligadas al arte rupestre, tal como se puede ver en el trabajo “Propuesta de método para un análisis de la estructura del arte rupestre” presentado al XLII Congreso Internacional de Americanistas que se realizó en París, para esa época las relaciones académicas que Lorandi había establecido casi diez años antes con Murra, Cardich y Wachtel –entre otros– comenzaron a dar sus frutos. Una muestra de ello es la ponencia “Arqueología y Etnohistoria: hacia una visión totalizadora del mundo andino” presentada en el Homenaje al Centenario del Museo de La Plata de 1977. Este era el inicio de una etapa en la que se situaría “bajo la doble vertiente de la arqueología y la etnohistoria” (Lorandi, 2013: 188).

En dicha ponencia Lorandi afirmaba que el modelo de control vertical de un máximo de pisos ecológicos de Murra, además de proponer una serie de elementos que pueden encontrarse en distintos casos –ideal de autosuficiencia económica, principio de reciprocidad, discontinuidad territorial, colonias multiétnicas–, servía para pensar la conformación de los horizontes pan-andinos –fases de integración que alternaron con períodos de desarrollos locales. El modelo se complementaba con el conocimiento acerca de las oscilaciones climáticas en la región y de los sistemas hidráulicos, para lo cual la autora recurría a las investigaciones realizadas por Augusto Cardich y Pierre Duviols.

En aquel trabajo, la adscripción a una “Nueva Antropología/Arqueología” (Lorandi, 1977: 27-28) que colaborase en el futuro logro de una “visión totalizadora

del mundo andino” es consistente con el marco temporal del trabajo, momento en que cobra definitiva fuerza en la arqueología sudamericana el paradigma procesualista, corriente que estuvo influenciada por los principios centrales de la ecología cultural. Como señalamos oportunamente, Lorandi había participado de este clivaje en arqueología a partir de la experiencia transmitida por Rex González. Lo que estaba sucediendo en la arqueología de los países centro-sur andinos formaba parte de un proceso más general, de un recambio que a mediados del siglo XX se produjo entre la “vieja arqueología” que fungía como auxiliar de la historia y la llamada “nueva”, enraizada en la antropología.⁷

La influencia del procesualismo en el trabajo de 1977 – en donde la autora aborda los aportes de Murra, Cardich y Duviols– se hace notoria por la identificación en los mismos de “explicaciones generalizadoras con carácter predictivo para todo el mundo andino, dentro del más estricto criterio científico y lógico [sin circunscribir los estudios de caso] a aspectos contingentes desvinculados del proceso total” (Lorandi, 1977: 27). Desde esta mirada, la arqueología, en tanto ciencia antropológica, tenía por fin entender los procesos de cambio cultural. Para lograrlo, la planificación de

7 El recambio se cristalizó a finales de la década de 1950 en la corriente procesualista, de la cual *Method and Theory in American Archaeology* ([1958] 2000) es considerada la obra pionera. Allí, Gordon Willey y Phillip Phillips acuñaron la perdurable frase “*American Archaeology is anthropology or it is nothing*”. La mencionada corriente cobró predominancia a partir de la década de 1960 a través de los trabajos de Lewis Binford y de David Clarke y del aporte de múltiples investigadores, surgió como reacción crítica a la *Cultural History*, escuela arqueológica europea de corte historicista, señalada como carente de soporte teórico-metodológico y limitada a una labor empírica, descriptiva y taxonómica. Ante esto, la Nueva Arqueología proponía reconstruir los procesos culturales del ser humano mediante la aplicación del método científico. Partiendo de una hipótesis que debía ser validada por medio del método hipotético deductivo, el trabajo arqueológico tenía como objetivo final encontrar las leyes probabilísticas del comportamiento humano (Almudena, 1992).

las investigaciones debían partir de una hipótesis de trabajo –Lorandi expone las hipótesis que sostienen los tres autores–, implementar una metodología científica rigurosa y dar primacía a la interpretación de los datos por sobre la clasificación de los mismos. El deseo era que, desde esta “perspectiva científica renovada” en donde lo arqueológico y lo etnohistórico empezaban a complementarse, podría lograrse la pretendida “visión totalizadora” del mundo andino (Lorandi, 1977: 28).

Murra encontró este trabajo sumamente estimulante y lo difundió entre los investigadores del área. Cuando en 1978 organizó junto a Nathan Wachtel y Jaques Revel un número temático de la revista *Annales* dedicado a las sociedades andinas, Lorandi fue invitada a participar con un trabajo que aborda el tópico de los horizontes. En este sentido, la ponencia de 1977 debe ponerse en consonancia con el trabajo publicado en *Annales*, titulado “Les «horizons» andins: critique d'un modèle” (Lorandi, 1978) en donde se critican ciertos aspectos de la idea de los horizontes andinos de corte difusionista.

La categoría de “horizontes” había sido elaborada por Max Uhle a inicios del siglo XX. En ella los desarrollos locales se pensaban originados desde un área nuclear – Chavín, Wari-Tiwanacu o Cuzco, respectivamente para los horizontes Temprano, Medio y Tardío. En su artículo Lorandi no ataca tanto la idea de horizonte en sí sino una consecuencia que se había derivado de la misma: el hecho de que existiera una diferencia marcada entre cada uno de ellos. La autora propone en cambio que “la existencia y la originalidad” de los horizontes se debió a que, inicialmente, uno de varios grupos étnicos en disputa por el territorio logró imponer su hegemonía sobre otros y a que, posteriormente, este grupo instaló “a gran escala [...] un sistema de ‘archipiélagos’ en el cual el Estado se encargaba

de la redistribución” (Lorandi, 1978: 921, 922 y 925, traducción de Carlos Chiappe).

El entrecruzamiento de los datos arqueológicos y etnohistóricos bajo una nueva luz le permitían inferir que marcadamente había más continuidad que ruptura a lo largo del extenso período que abarcan los tres horizontes (+/- 3000 AP-500 AP). A partir de esta base podía pensarse “lo andino” como un conjunto de logros culturales de gran profundidad cronológica que adaptaban al hombre a este particular medio físico. Es de remarcar que la misma autora señala que “lo andino” en esta década –y todavía en la posterior– “presentaba una fuerte impronta esencialista” (Lorandi, 2013: 189) y había sido “concebido para otorgarle identidad a expresiones culturales tales como los mecanismos de obtención de recursos y la estructuración social, política y cosmogónica, rasgos con los cuales se marcaban las diferencias con el proceso mesoamericano”. (Lorandi, 2013: 189). Quedaba por probar las particularidades que tal “matriz” habría adquirido en cada región y época. En el caso de Lorandi sus pesquisas personales abrirían nuevas líneas de investigación en el Noroeste argentino en los períodos incaico, colonial y republicano.

“I embraced ethnohistory with much greater passion than archaeology”⁸

El paso de Ana María Lorandi por la Universidad de La Plata se extendió hasta 1984, año en que le ofrecieron pasar a la Universidad de Buenos Aires (UBA). Ella aceptó la propuesta sin dudarle, ya que la UBA le permitía un mayor

8 Expresión utilizada por Ana M. Lorandi (Lorandi, 2009: 74).

desarrollo profesional, aunque en ese momento no pudiese imaginar la potenciación de su carrera que este traspaso traería aparejado. El recorrido realizado por Lorandi durante la década de 1980 se caracterizó no sólo por la continuidad en sus trabajos de investigación sino también por una intensa labor institucional, fue durante esa época que se desarrolló el entramado indispensable para que la Etnohistoria se consolidase en la UBA. No obstante, el trabajo de Lorandi no se restringió únicamente al marco de la Etnohistoria, también implicó la reorganización de todo el Instituto de Ciencias Antropológicas (ICA) a cargo del cual estuvo entre 1985 y 1991 y al que le otorgó sus características modernas.

En 1983, con el restablecimiento de la democracia, se inició en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) un proceso de reestructuración de la carrera de Ciencias Antropológicas y también de sus institutos de investigación. En este contexto, Lorandi fue convocada por Carlos Herrán, Director del Departamento de Ciencias Antropológicas, para dirigir el ICA. Lorandi considera que –entre las razones que explican su acceso al cargo– cuenta el hecho de haber “venido de afuera”, pudiendo así officiar como puente entre arqueólogos y antropólogos sociales en un momento en que las luchas académicas reproducían agudamente los conflictos políticos del país.⁹

Bajo la reestructuración promovida por Lorandi, el ICA quedó compuesto por cinco secciones. A las tres ya existentes –Etnología y Folklore, Antropología Biológica y Arqueología– se sumaron dos, Antropología Social y Etnohistoria, esta última dirigida por la propia Lorandi. La separación en secciones, cada una de las cuales concentraba

9 Datos tomados de la entrevista realizada a Ana María Lorandi por Alejandra Ramos y Carlos Chiappe, Buenos Aires 09/05/2015.

diferentes proyectos de una determinada área, favoreció el proceso de descentralización de la investigación antropológica. El desarrollo e institucionalización de los estudios etnohistóricos en la UBA se vio propiciado entonces por la combinación de dos factores principales: una coyuntura política y académica beneficiosa y la propia trayectoria profesional y personal de Lorandi.

El equipo de la Sección Etnohistoria, que lentamente se iba conformando, también se interesó por la docencia de grado. Al crearse en 1984 la cátedra Sistemas Socioculturales de América II –agricultores medios y sociedades estatales– dentro de la carrera de Ciencias Antropológicas, Lorandi elaboró –junto a Mercedes del Río y Ana María Presta– un programa que incorporaba temas vinculados al mundo andino prehispánico y colonial. Esta materia venía a ocupar el lugar de la que antes estuviera en manos de Jean Vellard, concebida como una etnografía de tierras altas.

Desde su creación la Sección Etnohistoria contó con el apoyo financiero del CONICET y de la UBA, a través de la presentación de proyectos de investigación bianuales y trianuales que inicialmente se proponían evaluar la pertinencia de los estudios etnohistóricos para el área andina meridional o el Tucumán colonial –en forma similar a los que se llevaban a cabo en los Andes centrales. Generalmente estos proyectos eran co-dirigidos por Ana M. Lorandi, el historiador Enrique Tandeter y la arqueóloga Myriam Tarragó. El primer proyecto de esta nueva etapa se titulaba, “La etnohistoria, estado actual de la disciplina en relación con la situación prehispánica y colonial de los Andes Centrales, y su proyección en el estudio del antiguo Tucumán” (1985). El mismo contenía dos sub-proyectos: “Arqueología del periodo de desarrollos regionales y de la ocupación incaica en la región valliserrana central” (PID 3-913203/85) y “Estudio etnohistórico:

de comunidad indígena al campesinado en el área andino meridional” (PID 3-913201/85).¹⁰ Los objetivos generales del proyecto eran:

Determinar comparativamente las continuidades y los cambios entre las sociedades prehistóricas tardías y las modernas con el fin de postular hipótesis respecto a sus posibles causas.

Ofrecer, a partir de la arqueología, los elementos y antecedentes que permitieran fijar supervivencias en las comunidades actuales y, de este modo, contribuir a la comprensión y/o explicación de alguna de sus características.

Lograr inferencias en cuanto a la organización de las antiguas sociedades y a la función de ciertos elementos arqueológicos a través de una proyección hacia el pasado de determinadas actividades y formas de comportamiento vistas en los grupos actuales.

Un análisis somero permite ver que los proyectos comprendían dos campos de investigación principales: la etnohistoria y la arqueología, sumando representantes de tres disciplinas: la arqueología, la antropología y la historia. Así a pesar del rol protagónico de la etnohistoria para la consecución de sus fines se observa una marcada dependencia de las investigaciones arqueológicas. Finalmente, se evidencia la intención de realizar un análisis integrador de la sociedad americana a partir de las categorías de “cambio y continuidad”, que estarán presentes hasta el día de hoy en los

10 Las referencias a los proyectos de investigación fueron tomadas de Zanolli *et al.* (2010).

proyectos de la sección. De esta manera Lorandi entraba de lleno en el mundo de la etnohistoria.

En enero de 1983 se celebró en San Pedro de Atacama el Primer Simposio de Arqueología Atacameña. Lorandi presentó la ponencia “El borde oriental de la Puna de Tucumán prehispánica” en el Simposio coordinado por John Murra y el historiador chileno Jorge Hidalgo, titulado “Problemática etnohistórica de la Subárea Circumpuneña: Síntesis actualizada”. Temáticamente, la ponencia presentada tiene un artículo de 1980 que la antecede: “La frontera oriental del Tawantinsuyu; El Umasuyu y el Tucumán. Una hipótesis de trabajo” (Lorandi, 1980) y otro que la sucede: “Los diaguitas y el Tawantinsuyu. Una hipótesis de conflicto” (Lorandi, 1988). A partir de estos tres trabajos se puede verificar, en primer lugar, el paulatino acercamiento de Lorandi a la etnohistoria del Tucumán colonial y, de manera paralela, un muy lento alejamiento de la arqueología. En segundo lugar, se observa cómo Lorandi se sitúa en el Tucumán a la vez que sitúa al Tucumán en relación al Tawantinsuyu.

En estos trabajos Lorandi aborda dos temas: el del Tucumán como frontera del Tawantinsuyu y el de las fronteras al interior del propio Tucumán. Lo hace a partir de dos criterios: el de la lejanía respecto de los centros administrativos –el cual no le parece suficiente para una explicación académica– y también el de las relaciones culturales. Para el desarrollo y comprobación de las hipótesis presentadas ella recurre, cuando es necesario, a sus conocimientos de arqueóloga, demostrando además un gran manejo de las crónicas conocidas hasta ese momento, de los documentos administrativos –ya sea propios o utilizados por otros autores– las comunicaciones personales de Ana María Presta y Mercedes del Río –su equipo más cercano– y de la bibliografía general, como también de

la que ya se había generado para la zona central del Perú. Como ella dice:

Aun cuando contamos con poca información nueva respecto a la zona del Tucumán, se han realizado importantes investigaciones en el ámbito altiplánico y su borde oriental en Bolivia, las cuales podrán arrojar nueva luz sobre el tema.

Ante todo nos interesa hacer una nueva lectura de las viejas fuentes, y al mismo tiempo intentar reinterpretarlas (Lorandi, 1980: 147).

Lentamente Lorandi irá poniendo en evidencia la calidad diferencial de la documentación existente para el Perú respecto del Tucumán, a la vez que –con una inestimable intuición– se permitirá jugar y cruzar datos cuyos resultados serán sumamente valiosos para investigaciones posteriores.

Aunque los trabajos de 1980 y 1988 van en la misma línea, el primero, desde una perspectiva geográfica, ubica qué partes del Tucumán conformaron el Tawantinsuyu y cuáles no, señalando una línea de frontera que iría desde Cochabamba hasta el propio Tucumán pasando por Tarija. Desde una perspectiva netamente étnica o cultural, Lorandi intentará demostrar que las relaciones que establecía el Inca con los habitantes del otro lado de la frontera tenían grandes puntos de similitud a lo largo de aquella línea. Para ello echará mano, a la vez que desandará con gran detalle, de las antiguas categorías aymaras de *Urcusuyu* y *Umasuyu*. Una vez realizado este trabajo, en 1988 ya Lorandi señalará de manera más categórica las particularidades propias del Tucumán, tanto prehispánico como colonial. Serán esas particularidades que pacientemente ella ha ido construyendo las

que caracterizarán aquella región como caso de estudio y también harán posible compararlo con otras zonas “al margen” del imperio.

En el texto de 1988 Lorandi sitúa, en primer lugar, las diferentes regiones al interior, no ya del Tucumán colonial sino del noroeste argentino. Observa cuatro zonas bien diferenciadas: 1) Sector noroeste andino –puna de Jujuy, Salta y Catamarca–; 2) Área valliserrana central –comprende Salta, Catamarca, La Rioja y oeste del Tucumán–; 3) hacia el este la antigua provincia prehispánica del Tucumán correspondiente a la llanura tucumano santiagueña; y 4) la llanura interfluvial de Santiago del Estero. Ubicadas las mismas intenta establecer los juegos culturales entre ellas y la incidencia que los mismos habrían tenido en las políticas implementadas por el Tawantinsuyu. Desde el punto de vista metodológico lo más relevante del trabajo es para reafirmar sus resultados, la autora se permite combinar las referencias que hacen las fuentes tanto para el Tucumán prehispánico como para el colonial, observando una continuidad en cierta lógica de pensamiento entre los actores en cuestión.

Como mencionamos, buena parte de estos intereses fueron tratados en el Primer Simposio de Arqueología Atacameña. En 1984, al año siguiente de su realización, se publicó el programa y las conclusiones del encuentro en la revista *Estudios Atacameños*. Allí quedó asentado el ofrecimiento de Lorandi para “gestionar la organización de un simposio de Etnohistoria Andina en Buenos Aires para un futuro próximo” (AA.VV, 1984: 21). Estas gestiones finalmente tomarían forma en el I Congreso Internacional de Etnohistoria celebrado en Argentina en 1989. Este I Congreso, en homenaje a John Murra y a Gunnar Mendoza, contó con cinco simposios temáticos que permitieron abordar los temas considerados centrales

en los estudios andinos de entonces: Rebeliones (coordinado por Frank Salomon); Simbolismo y sincretismo religioso (coordinado por Luis Millones); Estrategias de supervivencia (coordinado por Thierry Saignes); Pasado y presente de las relaciones interétnicas en el Gran Chaco, Brasil central y Amazonia (coordinado por Alejandra Siffredi); y Sociedad indígena y relaciones fronterizas en el área meridional de Argentina y Chile, Siglos XVI-XIX (coordinado por Raúl Madrini). El Congreso contó tanto con delegaciones americanas como europeas, sumando en total –entre miembros titulares, adherentes, observadores y estudiantes– más de 500 inscripciones (González Rodríguez, 1989).

En esta época Lorandi ya se había convertido en una autoridad internacional en temas etnohistóricos. Ello se evidenció no sólo en la organización de un Congreso de gran envergadura sino también por el hecho de que se hubiese instalado al Tucumán colonial en la agenda académica internacional. Esto se hizo fundamentalmente a partir de revisar sus relaciones con el imperio incaico, mostrar sus particularidades e identificar la diversidad geográfica y cultural al interior del mismo. A comienzos de la década siguiente Lorandi comenzaría a contar con la importante producción del equipo que estaba formando, esta señalaría cada vez más nuevas particularidades al interior del espacio tucumano.

“Dimos el puntapié inicial de una visión renovada”¹¹

Comenzaba la década de 1990 y la Sección Etnohistoria era ya un espacio institucional enteramente consolidado, algo evidenciado en los proyectos implementados y en la

11 Expresión utilizada por Ana M. Lorandi (Lorandi, 1996: 420).

capacidad organizativa de eventos internacionales. En 1991 se concretó la idea de lanzar una revista en donde la práctica etnohistórica pudiese encontrar un adecuado medio de difusión. Ese año comenzó a publicarse *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria*¹², en el primer número Lorandi expresaba que la revista tenía por propósito ser memoria en un doble sentido:

Por un lado estará dedicada a rescatar la memoria de la sociedad americana, en especial [...] la de aquellos que durante siglos fueron sólo actores de “reparto” de la Historia, o sea recuperar el protagonismo de los nativos de América y acompañarlos en sus luchas y sus procesos de integración a la nueva dimensión ecuménica que se abrió con la llegada de los europeos. Nuestro objetivo es concentrar las investigaciones etnohistóricas referidas al Cono Sur de América con el fin de reformular su imagen tradicional, en lo concerniente a los procesos que dieron lugar a la construcción de las nuevas sociedades que emergieron a lo largo de los siglos (Lorandi, 1991: 5).

En ese contexto, y como consecuencia de la labor pionera de Lorandi, el modelo de la Etnohistoria nacido para el estudio de los Andes centrales fue reelaborado localmente. Esta apropiación creó un enfoque que atendió exitosamente

12 La Revista *Memoria Americana* continúa editándose, sus objetivos actuales son difundir trabajos vinculados a las sociedades indígenas en etapas previas y posteriores a la conquista; los cambios, transformaciones y continuidades en sus formas de organización social, política y económica; los procesos de conformación de las sociedades coloniales en Hispanoamérica; los conflictos, rebeliones y disputas que enfrentaron a distintos actores sociales en diferentes coyunturas políticas y económicas y las instituciones sociales, políticas, económicas y religiosas del mundo colonial y del período independiente. Su marco espacial refiere al Tucumán colonial, el Litoral, Chaco, Pampa-Patagonia, el sur andino; y el temporal abarca desde fines del siglo XV hasta el siglo XIX.

las especificidades del Noroeste argentino, sin abandonar su inserción en un contexto regional que vinculaba investigaciones etnohistóricas de distintos países. Durante la década de 1990 la Sección Etnohistoria mantuvo un constante crecimiento a través de la incorporación regular de nuevos miembros –becarios y tesistas– y del desarrollo académico de sus integrantes, consolidando y ampliando las líneas de investigación que venía implementando desde el período anterior. Aquellas investigaciones, particularizadas en distintos sectores del Tucumán contribuyeron a visibilizar los matices existentes al interior de aquel espacio.

Entre la producción de Lorandi que representa las preocupaciones teórico-metodológicas de las investigaciones realizadas en esta etapa se encuentran: “La etnohistoria en el área andina meridional. Los desafíos metodológicos” (1996), la “Introducción” a la compilación *El Tucumán Colonial y Charcas* (1997) y “El Tucumán colonial y Charcas. Nuevos aportes” (1998). El primer trabajo fue presentado en el Congreso de Investigación Social Región y Sociedad en Latinoamérica realizado en Tucumán en 1996. El segundo forma parte de dos tomos en los que reúnen las investigaciones realizadas por el equipo de la Sección Etnohistoria –aunque publicados en 1997, su preparación se inició a fines de la década anterior¹³–, finalmente el tercero fue presentado en el V Congreso Internacional de Etnohistoria que tuvo lugar en Lima, en 1998. Estos escritos destacan la formación de una nueva generación de investigadores y nos permiten observar ciertos “cambios y continuidades” en la metodología desarrollada por Ana Lorandi.

Los textos mencionados muestran el acabado conocimiento que Lorandi tenía del trabajo de su equipo, su

13 Los volúmenes contenían la producción del equipo de etnohistoria y fueron compilados por Ana M. Lorandi (1997).

posicionamiento frente al mismo y las discusiones con sus integrantes. Frente a las evidencias de nuevos matices que se manifestaban al interior del espacio tucumano, Lorandi no duda en afirmar que ella no los había percibido dada la escasez de fuentes documentales –las cuales se multiplicaron con el trabajo conjunto– y también por haber homogeneizado el espacio jujeño –parcialmente diferente del de los Valles Calchaquíes.

Tampoco pierde de vista que cada uno de esos trabajos particulares conforman un todo y que ese todo es el propio Tucumán colonial. En este sentido Lorandi no deja de reconocer que, más allá de las herramientas teórico- metodológicas utilizadas para las áreas centrales y que habían sido de gran utilidad para los estudios sobre el Tucumán, a esta altura de las investigaciones ya existían herramientas propias para el estudio de esa región. Así, avanzadas las investigaciones y a diferencia de lo que ocurría diez años atrás, Lorandi relativiza la aplicación del concepto de “control vertical” para parte o todo el Tucumán observando “otras formas de diversificación de riesgos que operaban en distintos niveles de complejidad política” (Lorandi, 1996: 420), tal vez por una menor necesidad o capacidad política de instalar colonias o de realizar intercambios a larga distancia.

A partir del trabajo conjunto con su equipo, Lorandi señala que:

podemos reconocer sin falsa modestia, que dimos el puntapié inicial de una visión renovada, debido a que en el momento que comenzamos no existían investigaciones con el mismo enfoque etnohistórico, y estas circunstancias nos obligaron a aplicar mucho más esfuerzo e imaginación (Lorandi, 1996: 420).

Para Lorandi el trabajo de su equipo se asemejaba a lo que Ginzburg (1994) llamó el “método indicial”, consistente en la búsqueda de las evidencias en los datos secundarios tanto o más que en los primarios. En esta “experiencia compartida” no todo fueron acuerdos. Tal vez la diferencia mayor radicaba en la dicotomía en boga por ese entonces entre “desestructuración” vs. “adaptación” o, en otras palabras, sobre el modo de producción impuesto en el Tucumán respecto de aquellos que prevalecían en el altiplano. Sin duda, Lorandi se sentía mucho más cómoda dentro de los parámetros estructuralistas, aquellos que habían marcado los años de su formación como etnohistoriadora, enfatizando en los efectos de la desestructuración provocada por el servicio personal, los permanentes traslados por viajes comerciales, el abuso en el trabajo femenino, etc. (Lorandi, 1996). Paralelamente, Rodolfo Cruz, sin desconocer las expresiones de Lorandi, subrayaba cómo la sociedad indígena había desempeñado estrategias o había logrado defenderse del embate colonial. A mediados de la década de 1990 los trabajos sobre las comunidades de la Puna jujeña le permitían afirmar a Lorandi que era posible “considerar las diferencias locales, producto de los procesos históricos subregionales” (Lorandi, 1996: 423). A pesar de este matiz y ya con los trabajos de su equipo bastante avanzados Lorandi sostenía: “mi opinión personal es que, en la mayor parte de la región, las transformaciones coloniales le ganaron la batalla a las fuerzas conservativas de las identidades y tradiciones prehispánicas” (Lorandi, 1996: 423). La pluralidad y particularidad de los trabajos de sus discípulos y las discusiones al interior del equipo de investigación la llevó a hablar de una “nueva etnohistoria” la cual se daba por el paso de los estudios generales a los particulares.

Si Lorandi dialogaba con su equipo también lo hacía con su “ser arqueóloga”. Así, mientras en los trabajos de la década del 1980 se apoyaba muchas veces en la arqueología para convalidar sus ideas, ahora comenzaba a ver –o a estar convencida– de que no necesariamente lo que encuentran los arqueólogos con sus datos lo van a encontrar los etnohistoriadores con los suyos. Sin desmerecer a ninguna disciplina delimita o pone en valor cada una de las metodologías de trabajo. Es en este contexto que crea la idea de definir un “punto cero” en las investigaciones etnohistóricas, punto que va a estar dado por los límites que brinden las propias fuentes documentales.

Finalizando la década de 1990, la Sección inaugurada por Lorandi no sólo había crecido en becarios, también las investigaciones se habían ampliado espacialmente. Al área Andina meridional se agregan Pampa-Patagonia y el Chaco oriental. Además, lentamente comienza a tener presencia el tema de las relaciones sociales, políticas y económicas en la sociedad colonial de Asunción del Paraguay. Pero el cambio más significativo se dio en el marco teórico-metodológico. En este sentido, ya en el resumen de un Informe preliminar de un subsidio para investigación presentado en 1999 anticipaba que:

La labor de investigación de algunos de los nuevos temas que se han iniciado con este proyecto han tenido como logro fundamental una renovación teórica y metodológica, que esperamos culmine en el año 1999 con una nueva propuesta acerca de esta línea de trabajo interdisciplinario. Esta propuesta está siendo discutida por todo el equipo en reuniones quincenales de seminario interno y esperamos publicar un número especial de la revista *Memoria Americana* para el 2000 que refleje estas

discusiones y las nuevas líneas de investigación y de reflexión teórico-metodológica.¹⁴

Aparece así por primera vez la referencia a la antropología histórica como marco teórico para la investigación, esta permitiría combinar, por una parte, el análisis de la estructura social con el de los acontecimientos y, por la otra, los enfoques en escalas micro y macro. La antropología histórica era entendida como el estudio de “las representaciones simbólicas y las prácticas significativas de vida cotidiana [...] la búsqueda del sentido que una sociedad o grupo otorga a sus acciones y representaciones” (Informe preliminar, 1999). Como influencias que han contribuido a este nuevo enfoque se menciona la microhistoria y autores como Marshall Sahlins, Jean y John Comaroff, Anthony Giddens y Pierre Bourdieu.

“Yo prefiero, en este momento, hablar más de antropología histórica”¹⁵

Con el nuevo milenio se dio una transformación en el devenir de la Sección. En el texto de Lorandi y Wilde (2000), introductorio del número 9 de *Memoria Americana*, prácticamente no aparece la palabra “Etnohistoria” y cuando lo hace es utilizada como sinónimo de “Antropología Histórica”, por la que se entiende

14 El Número 9 de *Memoria Americana* (2000) incorporaba las discusiones surgidas de un seminario interno cuyo propósito fue realizar una revisión de obras consideradas clave para la antropología y la historia, y también incluyó una discusión sobre las diversas formas de construcción del conocimiento científico.

15 Palabras utilizadas por Ana M. Lorandi en una entrevista realizada por Mercedes Hirsch, Soledad Gesteira y Soledad Torres Agüero el 08/06/2011, en el Ciclo de Encuentros “Trayectoria”, Colegio de Graduados en Antropología.

identificar actores o grupos formales e informales que interactúan en sistemas más globales, buscando modificarlos, explotarlos y aún destruirlos en provecho propio; minorías o migrantes que buscan hacerse de un lugar en el sistema en el que se insertan; elites que ensayan formas de identificación y diferenciación interpelando de diversas maneras a “los de abajo”; masas de gente “silenciosa” cuyas voces casi siempre nos llegan de forma indirecta y a veces sólo en la modalidad de reacciones violentas a las normas impuestas desde arriba (Lorandi y Wilde, 2000: 64).

Tras esta introducción se presentaban varios trabajos en los cuales los miembros de la Sección Etnohistoria reflexionaban sobre sus propias prácticas de investigación y desandaban el camino teórico-metodológico transitado en la conformación de sus temas de investigación. En aquel número de *Memoria Americana* Lorandi presentó el enfoque y los tópicos en que se encontraba trabajando bajo el título “El siglo XVIII en el Tucumán colonial. Perspectiva desde la Antropología histórica”.

Partía de la idea de que el siglo XVIII había sido analizado en mayor medida desde el momento en que se hacen visibles las grandes Reformas Borbónicas –expulsión de los jesuitas, apertura de los mercados, creación del Virreinato del Río de La Plata– y que, además, en Argentina el foco de los estudios para ese siglo estaba puesto en el Río de La Plata. Ella proponía un desplazamiento geográfico y temporal. Hacían falta más investigaciones que se ocuparan de la primera mitad del siglo y, a la vez, que se centraran en el Tucumán.

Al momento de la escritura del artículo se encontraba trabajando dos grandes temas en dicho marco temporal y espacial: a) el análisis de los cambios de la estructura social y b) las relaciones entre los cabildos, como corporaciones locales,

con el estado y las autoridades (Lorandi, 2000: 199). La incursión en el siglo XVIII puede considerarse una continuidad con respecto a los trabajos anteriores, dado que ya había trabajado durante varios años la estructura social en los siglos XVI y XVII. Lo que se presenta como más novedoso son los problemas sobre autoridad y poder en relación a los cabildos locales.

En lo que respecta al primer punto se interesa por la reciente complejización de la estructura social en el siglo XVIII y por los acontecimientos históricos que inciden en ese proceso, como la guerra en el frente chaqueño y las incipientes reformas borbónicas, para lo cual se vuelve central atender a la problemática del mestizaje. En cuanto al segundo punto, allí se aboca a analizar los juicios de residencia, documentación no analizada hasta el momento, para demostrar de qué manera los poderes locales ponían un freno a los centrales.¹⁶ Estos poderes locales estaban constituidos por una clase social de hispanos-criollos fuertemente arraigada en las instituciones locales –particularmente en los cabildos– que habían ganado fuerza gracias al contexto bélico relativamente crónico de la región.

Lorandi (2000) buscó combinar el seguimiento de grandes líneas procesuales con la identificación de núcleos temáticos problematizables, se interesó por una aproximación a una historia regional que recuperase los aportes de la microhistoria. Giddens y Sahlins se volvieron referentes a la hora de pensar cómo articular nociones de estructura, acontecimiento y agencia; y los Comaroff fueron centrales para argumentar por qué los temas vinculados al poder y los cabildos le conciernen a la antropología.

El interés por las ambigüedades que se manifiestan en el ejercicio del poder y cómo se expresan estas en los

16 El resultado fue la publicación de la obra *Poder central, poder local...* (Lorandi, 2008), fruto de la lectura del juicio de residencia realizado al gobernador Juan Manuel Fernández Campero.

documentos producidos por distintos agentes políticos la llevó a trabajar “las querellas que el gobernador de Buenos Aires, Francisco de Bucareli y Ursúa, mantuvo con las Audiencias de Charcas y Lima y con el virrey Manuel Amat, a raíz de los límites de su poder como responsable de la expulsión de los jesuitas en los territorios de las provincias de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay” (Lorandi, 2005b). Sobre estos temas versó la ponencia presentada por Lorandi en el VI Congreso Internacional de Etnohistoria; dicha ponencia recuperaba la nueva mirada que los historiadores del derecho –como Tau Anzoátegui– brindaban sobre el Estado y el poder. A través de la documentación se podían rastrear las pujas de poder entre el Rey, el Consejo de Indias, el Virrey, las Audiencias, los gobernadores y los cabildos, haciendo foco en las estrategias de los poderes locales para frenar o limitar las transformaciones impulsadas desde el absolutismo borbónico.

El VI Congreso Internacional de Etnohistoria realizado en Buenos Aires en 2005, luego de un hiato de siete años, evidenció los cambios que se operaban en Lorandi y en la Sección. El Congreso se organizó a partir de cuatro grandes Simposios coordinados por un investigador de reconocida trayectoria en la temática a nivel internacional, un investigador perteneciente a los diversos centros del país y un miembro del equipo de investigación en Etnohistoria de la UBA. Así se constituyó el Simposio I: Política, autoridad y poder, coordinado por la Dra. Scarlett O’Phelan (Pontificia Universidad Católica del Perú), la Dra. Nidia Areces (Universidad Nacional de Rosario) y la Lic. Cora Bunster (Universidad de Buenos Aires); el Simposio II: Sociedad, población y economía, coordinado por el Dr. Guillaume Boccard (EHESS/ CNRS, Francia), la Dra. Silvia Palomeque (Universidad Nacional de Córdoba/ CONICET) y la Dra. Roxana Boixadós (UBA/ Universidad Nacional

de Quilmes); el Simposio III: Tradiciones orales, narrativa y simbolismo, coordinado por la Dra. Thérèse Bouysson-Cassagne (CNRS, Francia), el Dr. Walter Delrio (UBA/ CONICET) y la Dra. Ingrid de Jong (UBA/ CONICET) y el Simposio IV: Etnicidad, identidad y memoria, coordinado por la Prof. Rossana Barragán (Universidad Mayor de San Andrés, Bolivia), la Dra. Gabriela Sica (Universidad Nacional de Jujuy) y el Dr. Carlos Zanolli (UBA).

En su discurso inaugural, Lorandi se refería a los cambios producidos en la Sección y de alguna manera, en los trabajos de sus integrantes:

Al hablar de Antropología histórica, en cambio, entendemos que ese campo se ensancha permitiendo abordar otros problemas que afectan a la sociedad, aplicando conceptos y metodologías antropológicas a sociedades, situaciones y hechos del pasado que tradicionalmente eran el campo exclusivo de los historiadores sin abandonar de ninguna manera, y esto quiero dejarlo claramente expuesto, a la sociedad indígena o al campesinado que constituyó el eje de las investigaciones originales (Lorandi, 2005c: 252).

De esta manera, el desplazamiento personal y del equipo hacia la Antropología histórica se presentaba en el circuito internacional y abría un debate que aún no se ha clausurado.

“Si se quiere, directamente volví a la historia”¹⁷

La labor investigativa de Ana María Lorandi continúa hasta el presente, de manera que nuestro recorrido

17 Expresión utilizada por Lorandi (Lorandi, 2013: 188).

tiene, necesariamente, un final abierto. En los últimos años Lorandi comienza a desandar una nueva etapa en sus indagaciones, nueva pero íntimamente ligada a su pasado. Se instala decididamente en el siglo XVIII, el siglo de las Reformas Borbónicas pero no lo hace de cualquier manera. En *Poder central, poder local* (Lorandi, 2008) se observan dos aspectos que van a acompañar sus trabajos hasta el día de hoy: en primer lugar, elige trabajar desde las trayectorias personales¹⁸ y, en segundo lugar, lo hace desde una mirada regional.

En lo que respecta al primer aspecto, en sus trabajos tanto sobre el siglo XVIII como sobre el período de transición, Lorandi elige “personajes singulares” y, al decir así, toma distancia o discute con una historiografía tradicional que se empeñó en convertir a ciertos patricios en héroes nacionales, desconociendo los méritos y las debilidades de los nuevos hombres. En este sentido, Lorandi se apoya explícitamente en las ideas de François Dosse, protagonista de la llamada Cuarta Generación de Annales y del fenómeno del desmigajamiento de la historia (Dosse, [1987] 2010). Así, ya no personajes sino personas como el gobernador del Tucumán Juan Manuel Fernández Campero o Juan Antonio Álvarez de Arenales comienzan a desandar una historia por demás versátil la cual:

presenta un tablero de diferencias que obligó a aguzar la imaginación para conciliar lo local con lo continental por un lado, y por otro las ideologías y principios sobre el orden político con una población pluriétnica y con infinitas variables tanto en estructura como en apetencias (Lorandi, 2015).

18 Su interés por los trabajos biográficos ya puede encontrarse en su libro sobre Pedro Bohóquez, *De Quimeras, Rebeliones y Utopías...* (Lorandi, 2005a).

Cada uno de estos hombres, para Lorandi, serán pequeños hacedores de una realidad en proceso de formación y permanentemente cambiante, que los atravesaba y los obligaba a tomar constantemente decisiones.

En lo que respecta al segundo aspecto, Lorandi le da a sus trabajos un matiz regional o, como ella a veces dice, “transnacional”, donde quedan involucrados los actuales territorios de Bolivia, Perú y Argentina. El hecho de tomar esta perspectiva pone en su total dimensión los derroteros de los actores quienes, física e ideológicamente, trasvasaron las fronteras nacionales en construcción.

Es necesario remarcar el amplio conocimiento de Lorandi de una bibliografía a todas luces nueva para ella pero que fue incorporando en su saber, conforme anudaba los temas a sus trabajos de la colonia más temprana. Por su parte, las posturas que van adquiriendo los protagonistas, las respuestas diferenciadas de los distintos estratos sociales –y, en muchos casos, las fracturas internas–, el análisis en detalle de la coyuntura, el juego de las acciones y las representaciones, entre otras tantas cuestiones, serían imposibles de observar y estudiar con tanto detalle sin un cabal conocimiento de las estructuras sociales y las fuerzas institucionales del pasado, los “tradicionales” temas que Lorandi ha investigado prácticamente a lo largo de toda su vida.

En un escrito reciente (Lorandi, 2013: 188) la autora propone que respecto a sus trabajos actuales se podría decir, lisa y llanamente, “volví a la historia”. A partir de la lectura propuesta aquí, creemos que el itinerario académico de Lorandi condensa múltiples enfoques que se van articulando entre sí a través del tiempo. Desde su formación inicial en historia se dedica a la arqueología en un momento en que el paradigma de esta disciplina pasaba de la historia a la antropología. Posteriormente, al tomar contacto con John Murra cuando este proponía la lectura antropológica de fuentes en

concomitancia con la contrastación arqueológica, se da el escenario para que Lorandi, impulsada por su fuerte formación humanística, incursionara en etnohistoria. La pasión con que reconoce haber abrazado esta disciplina puede ser también entendida como una vuelta –mejorada y más comprensiva, ya que incorpora la visión antropológica– a la historia. Esto queda claro si sopesamos la evolución de sus investigaciones y atendemos a la incorporación de nuevas temáticas y actores hasta llegar a la actualidad, donde aborda contextuadamente personajes de la época republicana. Las separaciones disciplinares se tornan irrelevantes si tenemos presente que se trata de una investigadora pionera de los estudios andinos, perteneciente a una generación en donde el hacer ciencia estaba profundamente marcado por la transdisciplinariedad.

Bibliografía

- AA. VV. (1984). "Simposio de Arqueología Atacameña. San Pedro, 1983". En *Estudios atacameños* 7, 11-24.
- Almudena, H. (1992). "Enfoques teóricos en arqueología". En *SPAL* 1,11-35.
- Bennett, W.; Bleiler, E. y Somer, F. (1948). *Northwest Argentine Archaeology*. Yale, Yale University Publications in Anthropology 38.
- Bonnin, M. y Soprano, G. (2011). "Antropólogos y Antropología entre las universidades nacionales de La Plata, Litoral y Córdoba. Circulación de personas, saberes y prácticas antropológicas en torno del liderazgo académico de Alberto Rex González (1949-1976)". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXXVI*, 37-59.
- Carnese, R. y Pucciarelli, H. (2007). "Investigaciones Antropobiológicas en Argentina, desde la década de 1930 hasta la actualidad". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXXII*, 243-280.
- Dosse, F. ([1987] 2010). *L'histoire en miettes*. París, La Découverte/ Poche.

- Garbulsky, E. (2004). "La Producción del Conocimiento Antropológico-Social en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral, entre 1956-1966. Vínculos y relaciones nacionales". En *Cuadernos de Antropología Social* 20, 41-60.
- González Rodríguez, A. (1989). "I Congreso Internacional de Etnohistoria". En *Historiografía y Bibliografía Americanistas*, 220-225.
- Ginzburg, C. (1994). *Mitos, Emblemas, Indicios. Morfología e Historia*. Barcelona, Gedisa.
- Lorandi, A. M. (1973). "El área andina y sus vecinos. I Congreso del Hombre Andino". En *Boletín Especial Resúmenes: s/p*. Antofagasta, Universidad de Chile.
- ____ (1977). "Arqueología y Etnohistoria: hacia una visión totalizadora del mundo andino". En *Homenaje al Centenario del Museo de La Plata* 3, 27-50. La Plata
- ____ (1978). "Les «horizons» andins: critique d'un modèle". En *Annales. Histoire, Sciences Sociales* 33 (5), 921-25.
- ____ (1980). "La frontera oriental del Tawantinsuyu: El Umasuyu y el Tucumán. Una hipótesis de trabajo". En *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología IV* (1) 147-164.
- ____ (1988). "Los diaguitas y el Tawantinsuyu. Una hipótesis de conflicto". Proceedings del 45 Congreso Internacional de Americanista, Bogotá 1985. En *British Archaeological Research*, 235-259.
- ____ (1991). "Prólogo". En *Memoria Americana* 1: 5-6.
- ____ (1996). "La etnohistoria en el área andina meridional. Los desafíos metodológicos". En *Actas del I Congreso de Investigación Social: Región y Sociedad en Latinoamérica. Su Problemática en el Noroeste Argentino*, 420-426. Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, UNT.
- ____ (comp.) (1997). *El Tucumán Colonial y Charcas*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA (2 volúmenes).
- ____ (1997). "Introducción. Etnohistoria del Área Andina Meridional". En Lorandi, A. M (comp.) *El Tucumán Colonial y Charcas*, 15-72. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- ____ (1998). "El Tucumán colonial y Charcas. Nuevos aportes". En *Actas del IV Congreso Internacional de Etnohistoria II*, 184-205. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.

- ____ (2000). "El siglo XVIII en el Tucumán Colonial. Perspectiva desde la Antropología Histórica". En *Memoria Americana* 9, 197-216.
- ____ (2005a). *De Quimeras, Rebeliones y Utopías. La gesta del Inca Pedro Bohórquez*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- ____ (2005b). "Del poder del discurso a la ambigüedad del poder". En *Actas VI Congreso Internacional de Etnohistoria*. Buenos Aires. Sección Etnohistoria, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. (CD).
- ____ (2005c). "VI Congreso Internacional de Etnohistoria. Discurso inaugural a cargo de la Dra. Ana María Lorandi". En *Memoria Americana* 13, 243-267.
- ____ (2008). *Poder central, poder local. Funcionarios borbónicos en el Tucumán colonial, un estudio de antropología política*. Buenos Aires, Prometeo Libros.
- ____ (2009). "Kicking off a new perspective in Ethnohistory". En *Andean Past* 9, 73-75.
- ____ (2013). "Aprendiendo a investigar". En Zanolli, C.; Costilla, J.; Estruch, D. y Ramos, A. (comps.) *Los estudios andinos. Práctica intelectual y estrategias de investigación*, 187-202. Rosario, Prohistoria.
- ____ (2015). "Soberanías en Pugna. Trayectoria andina del General Álvarez de Arenales". En *Historia y Cultura*. (En prensa).
- Lorandi, A. M. y Wilde, G. (2000). "Desafío a la isocronía del péndulo: Acerca de la teoría y de la práctica de la antropología histórica". En *Memoria Americana* 9, 37-78.
- Núñez, L. (2013). "Sobre los comienzos de los estudios andinos y sus avances actuales en el norte de Chile". En Zanolli, C.; Costilla, J.; Estruch, D. y Ramos, A. (comps.); *Los estudios andinos hoy. Práctica intelectual y estrategias de investigación*, 79-122. Rosario, Prohistoria.
- Scattolin, M. C.. (2006). "Categorías indígenas y designaciones arqueológicas en el Noroeste argentino prehispánico". En *Chungara* 38 (2), 185-196.
- Serrano, A. (1949). "Reviewed Work: Northwest Argentine Archeology by W. Bennett, E. Bleiler and F. Sommer". En *American Antiquity* 14 (3), 238-241.
- Ratier, H. (1998). "Alberto Rex González y la Antropología Social en la Argentina". En *Homenaje a Alberto Rex González. 50 años de aportes al desarrollo y consolidación de la antropología argentina*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Steward, J. (1972 [1955]). *Theory of Culture Change: The Methodology of Multilinear Evolution*. Champaign, Urbana-University of Illinois Press.

____ (ed.) (1946). *Handbook of the South American Indians: The Andean civilizations*. Washington DC, Smithsonian Institution. (Volume 2).

Wachtel, N. (1971). *La vision des vaincus: les indiens du Pérou devant la conquête espagnole, 1530-1570*. Paris, Gallimard.

Wiley, G. y Phillips, P. (2000 [1958]). *Method and Theory in American Archaeology*. Alabama, University of Alabama.

Zanolli, C.; Ramos, A.; Estruch, D. y Costilla, J. (2010). *Historia, representaciones y prácticas de la etnohistoria. Una aproximación antropológica a un campo de confluencia disciplinar*. Buenos Aires, Antropofagia.

Anexo

Producción científica y formación de recursos humanos de Ana María Lorandi¹

Libros de autoría única

2015. *Tukuma-Tukuymanta. Los Pueblos del Búho. Santiago del Estero antes de la Conquista*. Santiago del Estero, Subsecretaría de Cultura, Provincia de Santiago del Estero.
2013. (comp.). *El Ocaso del Imperio. Sociedad y cultura en centro-sur andino*. Buenos Aires, Antropofagia.
2008. *Poder central, poder local. Funcionarios borbónicos en el Tucumán Colonial. Un estudio de Antropología Histórica*. Buenos Aires, Prometeo Libros.
2005. *Spanish King of the Incas: The Epic Life of Pedro Bohorques*. Pittsburgh University Press. (Traducción de Ann de León. Prólogo de Peter Klarén).
2002. *Ni ley, ni rey, ni hombre virtuoso. Guerra y sociedad en el virreinato del Perú. Siglos XVI y XVII*. Barcelona, Gedisa.
1997. *De Quimeras, Rebeliones y Utopías. La gesta del Inca Pedro Bohorques*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP).
1997. (comp.) *Tucumán Colonial y Charcas*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires (UBA) (2 Volúmenes).

1 Tanto la producción científica como la formación de recursos han sido ordenadas cronológicamente.

Libros en coautoría

Lorandi, Ana María y Cora Virginia Bunster

2013. *La Pedagogía del Miedo. Los Borbones y el criollismo en el Cuzco 1780-1790*. Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA)/ Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas.

Lorandi, Ana María, Carmen Salazar-Soler y Nathan Wachtel (comps.)

2003. *Los Andes cincuenta años después. Homenaje a John Murra*. Lima, PUCP.

Lorandi, Ana María y Mercedes del Río

1992. *La Etnohistoria. Etnogénesis y Transformaciones sociales andinas*. Buenos Aires. Centro de Estudios de América Latina (CEAL).

Otras coautorías de libros

Schávelzon, Daniel y Ana María Lorandi

1992. *Excavaciones en Parque Lezama*, Buenos Aires (1988-1989). Buenos Aires, CEAL.

Ottonello, María Marta y Ana María Lorandi

1987. *10.000 Años de Historia Argentina. Introducción a la Arqueología y Etnología*. Buenos Aires, EUDEBA.

Cigliano, Eduardo Mario, Susana Bereterbide, Blanca Carnevalle, Ana María Lorandi y Myriam Tarragó

1961. *El ampajanguense*. Instituto de Antropología 5. Rosario, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional del Litoral (UNL).

Capítulos o artículos en libros y actas de congresos como única autora

2013. 'Suspensions de suspensions de suspensions'. Anticrétolisme au Pérou à la fin du XVIIIème siècle. En Poloni-Simard, J. G. Rivière, J. C. Garavaglia; *Miroir de l'anthropologie historique*. 213-230. Rennes, Presse Universitaire de Rennes.

2013. Aprendiendo a Investigar. En Zanolli, C, J. Costilla, D. Estruch y A. Ramos; *Los Estudios Andinos hoy. Práctica intelectual y estrategias de investigación*: 187-203. Rosario, Prohistoria.

2013. Hommage au “maestro” John Murra. En Murra, J.; *Formations économique et politique du monde andine*: 297-303. Paris, Éditions de l’Institut Français d’Études Andines/ Éditions de La Maison des Sciences de l’Homme. Paris (Traducción de Sophie Fisher).
2012. Los católicos ilustrados. Luces y sombras de las reformas borbónicas en Charcas, finales del siglo XVIII. En Rosas Lauro, C. (coord.); *Homenaje a Luis Millones*. Lima (en prensa).
2009. El control del estado en las fronteras del imperio. Mitimaes y alteración de las estructuras étnicas originarias. En Topic, J. (ed.); *Arqueología y Etnología Andina*: 311-339. Lima, Instituto de Estudios Peruanos (IEP)/ Institute of Andean Research.
2006. Resumen y comentario final. En Lechtman H. (ed.); *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas: los Andes sur centrales*: 577-590. Lima, IEP/ Institute of Andean Research.
2005. Del poder del discurso a la ambigüedad del poder. *Actas del VI Congreso Internacional de Etnohistoria*. Buenos Aires, Sección Etnohistoria, Facultad de Filosofía y Letras, UBA (CD).
2005. Las reformas borbónicas y la expulsión de los jesuitas en la Provincia del Tucumán. En Salles-Reese, V. (ed.); *Repensando el pasado, recuperando el futuro. Nuevos aportes interdisciplinarios para el estudio de la América colonial*: 192-211. Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
2002. Etnohistoria. En Barnadas, J. M. (ed.); *Diccionario Histórico de Bolivia I*: 822-824. Sucre, Grupo de Estudios Históricos.
2002. Visitas Coloniales. En Barnadas, J. M. (ed.); *Diccionario Histórico de Bolivia II*: 1168-1169. Sucre, Grupo de Estudios Históricos.
2002. Introducción. En Farberman, J. y R. Gil Montero (comps.); *Los pueblos de indios del Tucumán colonial: pervivencia y desestructuración*: 9-14. Bernal, Ediciones Universidad Nacional de Quilmes/ Ediciones Universidad Nacional de Jujuy.
2002. Poder y ética pública: el siglo XVIII en el Tucumán colonial. En Flores Espinosa J. y R. Varón; *El Hombre y los Andes. Homenaje a Franklin Pease G.Y. II*: 987-1000.

2000. Las rebeliones indígenas. En Tandeter, E. (coord.); *Nueva Historia Argentina II*: 285-330. Buenos Aires, Sudamericana.
2000. La utopía barroca o el espacio construido, siglos XVI y XVII. En Litvak, J. y L. Mirambell (coords.); *Arqueología, historia, antropología. In memoriam José Luis Lorenzo Bautista*: 425-450. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
2000. Sudamérica Oriental. En Pease, F. (dir.) y F. Moya Pons (co-dir.); *Historia General de América Latina II*: 213-236. *El primer contacto y la formación de las nuevas sociedades*. París, Ediciones UNESCO/ Editorial Trota.
1998. Los diaguitas y el Tawantinsuyu. Una hipótesis de conflicto. En Dillehay T. D. y P. J. Netherly; *Las Fronteras del Estado Inca*: 198-216. Quito, Fundación Alexander Von Humboldt/ ABYA-YALA (Segunda edición revisada).
1998. El Tucumán colonial y Charcas. Nuevos aportes. *Actas del IV Congreso Internacional de Etnohistoria II*: 184-205. Lima, PUCP.
1997. Introducción. En Lorandi, A. M. (comp); *Tucumán Colonial y Charcas I*: 15-74. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
1997. La utopía andina en las fronteras del imperio. En Lorandi, A. M. (comp.); *Tucumán Colonial y Charcas II*: 55-72. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
1997. El contacto hispano-indígena y sus consecuencias ambientales. En Reboratti, C. (coord.); *De Hombres y Tierras. Una historia ambiental del noroeste argentino*: 39-49. Salta, Proyecto Desarrollo Agroforestal en Comunidades Rurales del Noroeste Argentino.
1996. La etnohistoria en el área andina meridional. Los desafíos metodológicos. *Actas del 1er Congreso de Investigación Social: Región y Sociedad en Latinoamérica. Su Problemática en el Noroeste argentino*: 420-426. Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Tucumán.
1996. Comentarios sobre 4 ponencias del Simposium Les Nouveaux Mondes y sobre 5 ponencias del Simposium Études Américanistes et Anthropologie. En Gruzinski, S. y N. Wachtel; *Le Nouveau Monde. Mondes Nouveaux. L'expérience américaine*: 84-98 y 702-705. París, Éditions Recherche sur les Civilisation/ Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales.

1992. La utopía euroamericana en la frontera del Imperio En Arce, S., R. Barragán, L. Escobar y X. Medinacelli (eds.); *Etnicidad, Economía y Simbolismo en los Andes*: 15-35. La Paz, Hisbol/ IFEA/ SBH/ Asur.
1992. Mestizaje interétnico en el Noroeste argentino. En Tamoeda, H. y L. Millones; *500 Años de Mestizaje en los Andes. Senri Ethnological Studies* 33: 133-167. Osaka, Japan. National Museum of Ethnology. (Reeditado en 1992 en Lima, Perú).
1988. Los diaguitas y el Tawantinsuyu. Una hipótesis de conflicto. *Proceedings del 45 Congreso Internacional de Americanistas* (Bogotá 1985). British Archaeological Research (BAR): 235-259. Londres.
1986. Horizons in Andean Archaeology. En Murra, J., N. Wachtel & J. Revel (eds.); *Anthropology History of Andean Polities*: 35-47. Londres/ Nueva York, Cambridge University Press/ Editions de la Maison des Sciences de l'Homme.
1979. Arqueología: entre la Antropología y la Historia. Reflexiones sobre el método arqueológico. *Jornadas de Arqueología del N.O. argentino*, Universidad del Salvador, Buenos Aires, 9 al 12 de septiembre.
1979. Código de análisis de arte rupestre de Campana, La Rioja, Argentina. Aspectos metodológicos. *Actas del 42º Congreso Internacional de Americanistas* 9: 277-285. París.
1977. Arqueología y Etnohistoria: hacia una visión totalizadora del Mundo Andino. En *Obra del Centenario del Museo de La Plata II*: 27-50. La Plata.
1966. El arte rupestre del N.O. argentino. Aspectos metodológicos de su estudio. *Actas del 37º Congreso Internacional de Americanistas*: 459-462. Mar del Plata.

Capítulos o artículos en libros y actas de congresos en coautoría

- D'Altroy, Terence, Verónica Williams y Ana María Lorandi
2007. The Inkas in the Southlands. En Burger, R., C. Morris & R. Matos Mendieta; *Variability in the Expressions of Inka Power*: 85-134. Washington DC, Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

- Lorandi, Ana María y Lorena Rodríguez
2003. Yanas y mitimaes. Alteraciones incaicas en el mapa étnico andino. En Lorandi, A. M., C. Salazar-Soler y N. Wachtel (comps.); *Los Andes cincuenta años después. Homenaje a John Murra*. 129-170. Lima, PUCP.
- Lorandi, Ana María y Daniel Schávelzon
2000. Southern South America. En Al-Bakhit, M. A; L. Bazin y S. M. Cissoko; *History of Humanity. Scientific and Cultural Development IV*. 612-618. París/ Londres, UNESCO/ Routledge.
- Lorandi, Ana María, Roxana Boixadós, Cora Bunster y Miguel Ángel Palermo
1997. Los valles Calchaquíes. En Lorandi, A. M. (comp.); *Tucumán Colonial y Charcas I*: 205-252. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Sosa Miatello, Sara; Ana María Lorandi y Cora Bunster
1997. Cambios económicos y conflictos en la élite del Tucumán colonial. En Lorandi, A. M. (comp.); *Tucumán Colonial y Charcas II*: 129-154. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Lorandi, Ana María y María de Hoyos
1995. Complementariedad económica en los valles Calchaquíes y del Cajón. Siglos XVII. En Escobari de Querejazu, L. (coord.); *Colonización Agrícola y Ganadera en América, siglos XVI-XVIII*: 385-414. Quito, Abya-Yala.
- Lorandi, Ana María y Ana Schaposchnik
1994. Estructura de la sociedad indígena del noroeste argentino. *Actas del Congreso Nacional de Americanistas II*: 167-188. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Americanistas.
- D'Altroy, Terence, Ana María Lorandi y Verónica Williams
1994. Producción y uso de cerámica en la economía política inca. En Shimada, I. (ed); *Tecnología y Organización de la Producción de Cerámica Prehispánica en los Andes*: 395-442. Lima, PUCP.
- Lorandi, Ana María, Beatriz Cremonte y Verónica Williams
1991. Identificación étnica de los mitimaes instalados en el establecimiento incaico Potrero-Chaquiago. *XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena I*: 195-200. Santiago de Chile, 11 al 15 de octubre de 1988.
- Lorandi, Ana María y Nélica Carrió
1975. Informe sobre las Investigaciones arqueológicas en Santiago del Estero. *Actas del I Congreso Nacional de Arqueología 1*: 301-323. Rosario 1970.

Lorandi, Ana María, Pedro Krapovickas, Myriam Tarragó y Myriam Maini
1967. Anteproyecto de unificación de la terminología aplicada al estudio de la cerámica arqueológica. *Primera Convención Nacional de Antropología*. Instituto de Antropología, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

Carrara, María Teresa, Ana María Lorandi y Myriam Tarragó
1960. Punta de Balasto. En *Investigaciones Arqueológicas en el valle de Santa María*. Instituto de Antropología 4: 13-41. Rosario, FFL, UNL.

Lorandi, Ana María, Susana Renard y Myriam Tarragó
1960. Lampacito. En *Investigaciones Arqueológicas en el valle de Santa María*. Instituto de Antropología 4: 65-80. Rosario, FFL, UNL.

Artículos en publicaciones científicas como única autora

2015. Guerra e independencia en los países andinos, la "traumática transición". *Andes* 26 (1): s/n.

2015. Pedro Bohórquez, historia de un alucinado por el honor y el poder. *Mundos Alter. Los reinos de las Indias* [En línea].

2014. Guerra y ciudadanía: la transición entre el orden colonial y el orden republicano en Perú, Bolivia y las provincias del NOA de Argentina. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea]. Disponible en Internet: <http://nuevomundo.revues.org/67390>.

2012. Heterogeneidad de los discursos ilustrados. Funcionarios reales y eclesiásticos en el ocaso del Imperio. *Estudios Bolivianos* 17: 75-106.

2012. ¿Etnohistoria, Antropología Histórica o simplemente Historia? *Memoria Americana* 20 (1): 17-34.

2010. Los estudios andinos y la etnohistoria en la Universidad de Buenos Aires. *Chungara* 42 (1): 271-282.

2009. 'Sospechas de sospechas, de sospechas'. Memorial de un militar ilustrado a finales del siglo XVIII. *Fronteras de la Historia* 14: 128-148.

2005. La guerra de las palabras. Córdoba contra el gobernador Fernández Campero. *Cuadernos de Historia. Serie Economía y Sociedad* 7: 97-128.

2004. Lorandi, Ana María. Silencios, mentiras y... ¿verdades? en el análisis de los juicios de residencia. *Historia Indígena* 8: 27-39.
2002. Los valles calchaquíes revisitados. *Anales* 6: 52-74.
2001. Crónica de una emancipación anunciada. *Claroscuros* 1: 125-156.
2000. Identidades ambiguas. Movilidad social y conflicto en los Andes. Siglo XVII. *Anuario de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos* LVII (1): 111-135.
2000. Constitución de un Nuevo Perfil Social del Tucumán en el Siglo XVIII. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* 21 (3): 99-115.
2000. El siglo XVIII en el Tucumán Colonial. Perspectiva desde la Antropología Histórica. *Memoria Americana* 9: 197-216.
2000. Las residencias frustradas. El juez Domingo de Irazusta contra el cabildo de Salta. *Andes* 11: 51-82.
1998. Las nuevas tendencias en la etnohistoria andina durante la última década. *Historias. Homenaje a Teresa Gisbert* 2: 279-287.
1997. Por los senderos de un héroe. *Relaciones* 18 (70): 159-192.
1995. Señores del Imperio Perdido. Nobles y Curacas en el Perú Colonial. *Tawantinsuyu* 1: 86-96.
1994. Causas y consecuencias de las transformaciones sociales en el Tucumán Colonial. *Signo & Seña. Revista del Instituto de Lingüística* 3: 135-156.
1992. Ni tradición ni modernidad. El mestizaje en el Noroeste argentino. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XVIII: 93-120.
1989. Comentarios al artículo de Gary Urton 'Historia de un mito: Pacaritambo y el origen de los incas'. *Revista Andina* 7 (1): 202-204.
1988. La resistencia a la conquista y las rebeliones draguito-calchaquí en los siglos XVI y XVII. *Cuadernos de Historia* 8: 99-122.
1988. El servicio personal como agente de desestructuración en el Tucumán colonial. *Revista Andina* 6 (1): 135-173.
1984. Soñocamayoc, los olleros del Inka en los centros manufactureros del Tucumán. *Revista del Museo de La Plata* 8 (62): 303-327.

1984. Pleito de Juan Ochoa de Zárate por la posesión de los indios Ocloyas. ¿Un caso de verticalidad étnica o un relicto de archipiélago estatal? *Runa* 14: 123-142.
1983. Mitayos y mitmakuna en el Tawantinsuyu Meridional. *Histórica* 2 (1): 3-50.
1980. La frontera oriental del Tawantinsuyu: el Umasuyu y el Tucumán. Una hipótesis de trabajo. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 14 (1): 147-165. (Reeditado en 1983 en *Cuadernos del INA* 9: 77-95).
1978. Les horizons andines: critique d'un modele. *Annales: Economie, Société, Civilization* 33 (5-6): 921-926. Número especial dirigido por Revel, J., J. Murra y N. Wachtel.
1978. El desarrollo cultural prehispánico en Santiago del Estero, Argentina. *Journal Societé Americanistes* 69: 63-85.
1977. La significación de la fase Las Lomas en el desarrollo cultural de Santiago del Estero. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 11: 69-77.
1974. Espacio y tiempo en la prehistoria santiagueña. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 8: 199-236.
- 1969-1972. Respuesta a la crítica del Dr. Schobinger. *Anales de Arqueología y Etnología* 24-28: 298-305.
1970. La difusión cultural precolombina en América Nuclear. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 5: 3-21.
1969. Las culturas prehispánicas en Santiago del Estero. Breve panorama. *Etnía* 10: 18-22.
1968. Posibilidades de realizar cálculos demográficos en yacimientos arqueológicos en el valle de Santa María. *Etnía* 8: 10-15.
1968. Alfarerías excepcionales de Catamarca. *Anales de Arqueología y Etnología* 22: 35-51.
1967. Noticia sobre las excavaciones en la región de Icaño, en el río Salado, provincia de Santiago del Estero. *Actualidad Antropológica* 1: 31.
1966. El arte rupestre en el N.O. argentino. *Dédalo Revista de Arte e Arqueología* II (4): 15-171.
1965. Sobre la aplicación de métodos estadísticos al estudio del arte rupestre. *Anales de Arqueología y Etnología* 20: 7-26.

Artículos en publicaciones científicas en coautoría

Thompson, Sinclair, Ana María Presta, Ana María Lorandi y Sergio Serulnikov
2009. Debate sobre Conflictos sociales e insurrección en el mundo andino. El norte de Potosí en el siglo XVIII, de Sergio Serulnikov. Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" 31: 151-170.

Lorandi, Ana María y Roxana Boixadós
2009. Sobre clasificaciones y descalificaciones. Una revisión crítica de Etnohistoria de los Valles Calchaquíes, veinte años después. *Anuario del IEHS* 24: 15-40.

Lorandi, Ana María y Lidia Rosa Nacuzzi
2007. Trayectorias de la etnohistoria en la Argentina (1936-2006). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 23: 281-299.

Bunster, Cora V. y Ana María Lorandi
2006. El fantasma del criollismo después de la rebelión de Túpac Amaru. *Histórica* 30 (1): 99-135.

Rodríguez, Lorena y Ana María Lorandi
2005. Apropiaciones y usos del pasado. Historia y patrimonio en el valle Calchaquí. *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines* 34 (3): 431-442.

Lorandi, Ana María y Silvina Smietniansky
2004. La conspiración del silencio. Etnografía histórica de los cabildos del Tucumán colonial (1764-1769). *Jahrbuch für geschichte Lateinamerikas* 41: 65-90.

Lorandi, Ana María y Guillermo Wilde
2000. Desafiando la isocronía del péndulo. Acerca de la teoría y la práctica de la Antropología Histórica. *Memoria Americana* 9: 37-78.

D'Altroy, Terence, Ana María Lorandi, Verónica Williams
2000. Inca Rule in the Northern Calchaquí Valley, Argentina. *Journal of Field Archaeology* 27 (1): 2-26.

Lorandi, Ana María, Mercedes del Río y José Gordillo
1999. Reflexiones comparativas en la conformación de identidades en los valles de Cochabamba y Calchaquí. *Xama* (1993-1998) 6-11: 183-192.

D'Altroy, Terence, Ana María Lorandi y Verónica Williams
1998. Ceramic production and use in the Inka Political Economy. En Shimada, I. (ed.); *Andean Ceramics, Technology, Organization, and Approaches*: 283-312. MASCA

Research Paper. Philadelphia, University of Pennsylvania (Reedición de la versión castellana de 1994).

Zanolli, Carlos y Ana María Lorandi

1995. Tributo y servicio personal en el Tucumán Colonial. *Memoria Americana* 4: 91-104.

D'Altroy, Terence, Ana María Lorandi y Verónica Williams

1994. Producción y Uso de la Cerámica en la Economía Política Inca. *Arqueología* 4: 73-172.

Lorandi, Ana María y Marta Ottonello

1993. Argentina. Completando la Historia. *Ciencia e Investigación* 45 (2): 84-99.

Sosa Miatello Sara y Ana María Lorandi

1992. Tierras y elites en Catamarca, siglos XVII y XVIII. *Historia y Cultura* 20:179-194.

Lorandi, Ana María y Sara Sosa Miatello

1991. El precio de la libertad. Traslado y avatares de los malfines y andalgalá en el siglo XVII. *Memoria Americana* 1: 7-28.

Lorandi, Ana María y Juan Pablo Ferreiro

1991. De la crisis a la estabilidad. La sociedad nativa de Tucumán a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII. *Memoria Americana* 1: 57-101.

Lorandi, Ana María y Beatriz Cremonte

1991. Evidencias en torno a los mitmakuna incaicos en el Noroeste argentino. *Anthropológica* 9:213-243.

Lorandi, Ana María y Ana Schaposchnick

1990. El culto de la Virgen del Valle de Catamarca y la incorporación de los indígenas al sistema colonial. *Journal de la Société des Américanistes* 76: 177-198.

Lorandi, Ana María y Cora Bunster

1987-1988. Reflexiones sobre las categorías semánticas en las fuentes del Tucumán colonial. *Runa* 17-18: 221-262. (Reeditado con modificaciones en 1990, *Histórica* 14 (2): 281-317).

Lorandi, Ana María y Roxana Boixadós

1987-1988. Etnohistoria de los valles Calchaquíes en los siglos XVI y XVII. *Runa* 17-18: 227-424.

Williams, Verónica y Ana María Lorandi

1986. Evidencias funcionales de un establecimiento incaico en el noroeste argentino. *Comechingonia. Volumen de Homenaje al 45° Congreso Internacional de Americanistas*. Bogotá 1985. Córdoba.

Lorandi, Ana María y R. Rodríguez Molas

1984. Antropología e Historia: hacia una nueva dimensión de la ciencia. *Etnía* 32: 53-80.

Cioni, Alberto, Ana María Lorandi y E. Toni

1979. Patrón de subsistencia y adaptación ecológica en la aldea prehispánica El Veinte, Santiago del Estero. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 13: 103-116.

Lorandi, Ana María, J. Crisci, M. E. Gonaldi y S. Caramazana.

1979. El cambio cultural en Santiago del Estero; un estudio de taxonomía numérica sobre morfología de bordes de alfarería ordinaria. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 13: 85-101.

Lorandi, Ana María., R. Arias, M. E. Gonaldi, E. Mulvany y L. Nordio

1975. La fase Las Lomas de la tradición cultural chaco-santiagoueña. *Etnía* 21-24: 1-12.

Lorandi, Ana María y Delia Lovera

1972. Economía y patrón de asentamiento en Santiago del Estero. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 6: 173-191.

Dirección de tesis de doctorado

Williams, Verónica. Arqueología Inka de la región centro-oeste de Catamarca. Facultad de Ciencias Naturales, Universidad de La Plata. Presentada el 14/03/1996.

Nacuzzi, Lidia. Los tehuelches del norte de la Patagonia. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Presentada el 30/09/1996.

del Río, Mercedes. Relaciones interétnicas y control de recursos entre los Aymaras del Macizo de Charcas. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Presentada el 14/11/1996

Cremonte, María Beatriz. Investigaciones arqueológicas en la Quebrada de la Ciénaga (Dpto. Tafí, Tucumán). Facultad de Ciencias Naturales, Universidad de La Plata. Presentada el 11/04/1997.

- Murphy, Susana. El fenómeno de deportación asirio y neobabilónico en Samaria (720 AC.) y Jerusalem (586 AC.). Una perspectiva histórica comparada. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Presentada el 16/06/1999.
- López de Albornoz, Cristina. La organización del espacio rural en Tucumán (1770/1820). Universidad de Tucumán. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán. Presentada el 12/11/2002.
- Zanolli, Carlos. Procesos de transformación de identidades/identificaciones colectivas. Jujuy. Siglos XVI y XVII. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Presentada el 29/08/2003.
- Quarleri, Lía. Los jesuitas en Córdoba y La Rioja colonial. Construcción de poder y diferenciación y manifestaciones de oposición y resistencia en la interacción social. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Presentada el 05/09/2003.
- Wilde, Guillermo. Antropología histórica del liderazgo guaraní misionero. 1750/1850. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Presentada el 15/09/2003.
- Boixadós, Roxana. Parentesco e identidad en las familias de la elite riojana colonial. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Presentada el 12/12/2003.
- Semadeni, Pablo José. La transición del estado colonial al estado republicano. Cuyo, 1770-1830. Presentada el 12/06/2008.
- Avellaneda, Mercedes. Conflicto y poder: las misiones jesuíticas en las revoluciones comunerías del Paraguay. Siglos XVII y XVIII. Presentada el 10/12/2011.

Dirección de tesis de licenciatura

- Adrián, Mónica. Las doctrinas de Chayanta. Sociedad civil y clero durante la rebelión de Tomás Catari. Departamento de Ciencias Sociales, Universidad de Luján. Presentada el 30/09/1994.
- Acuto, Félix. La organización del almacenaje estatal. La ocupación inka en el sector Norte del valle Calchaquí y sus alrededores. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Presentada en 07/11/1994.
- Lamana, Gonzalo. Un proceso de construcción de identidades en el siglo XVI. Cuzco: elite nativa y elite de conquista ¿Un choque cultural? Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Presentada el 12/12/1994.

- Quarleri, Lía. Guerreros, señores y cabildantes. Conquistadores y colonizadores del Tucumán colonial 1550-1600. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Presentada el 30/05/1996.
- Avellaneda, Mercedes. Conflicto y poder entre franciscanos y jesuitas por el control de la reducción en el Paraguay colonial. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Presentada el 02/10/1996.
- Wilde, Guillermo. Los guaraníes después de la expulsión de los jesuitas. Procesos de construcción de diferencias socioculturales 1768-1810. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Presentada el 30/05/1999.
- Ortemberg, Pablo. Celebraciones del poder real en Lima: simbolismo y poder en el mundo urbano colonial. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Presentada el 30/10/1999.
- Rodríguez, Lorena. Alteraciones incaicas en el mapa étnico andino: ¿desorden controlado o caos multiétnico? El caso de los mitimae estatales en el espacio del Chinchaysuyu. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Presentada el 30/06/2000.
- Biondino, Claudio. Los discursos de Túpac Amaru II. Reflexiones teórico- metodológicas acerca de una historiografía conflictiva. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Presentada el 22/11/2002.
- Justo, Silvana. Representaciones culturales en los cuentos y leyendas populares del NOA en el siglo XX. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Presentada el 17/03/2004.
- Perusset, Macarena. Contrabando y sociedad en el Río de la Plata colonial (1580-1630). Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Presentada el 22/03/2005.
- Drigo, Ana Laura. Gonzalo Pizarro: liderazgo y legitimidad bajo su dirigencia en el Perú (1544-1548). Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Presentada el 29/06/2005.
- Cerra, Camila. Identidades en el NOA: autonomía persistente a comienzos del siglo XIX. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Presentada el 12/11/2009.
- Cassano, Guido. Guardianes de la frontera. La población negra de Carmen de Patagones durante la primera mitad del siglo XIX. Una aproximación desde la antropología histórica. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Presentada el 09/09/2013

Selección de fotografías



FOTO 1: Circa 1970.

Ana María Lorandi durante una campaña arqueológica en la camioneta del Museo.



FOTO 2: Año 1975.

Ana María Lorandi y su hija y Valentina Giecco, clasificando material arqueológico.



FOTO 3: Buenos Aires, 1987.

Ana María Lorandi y miembros de la Sección Etnohistoria del Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires en la sede ubicada en 25 de mayo 217, 4° Piso.

Agachados: Hugo Jacobaccio, Cora Bunster, Mercedes del Río y Sara Sosa Miatello; parados en primera fila: Roxana Boixadós, Verónica Williams, Ana Schaposchnik y Ana María Lorandi; parados en segunda fila: Lidia García, Emilio Dalvitt, Cecilia Rodríguez Loredo, Ana Presta y Juan Pablo Ferreiro.

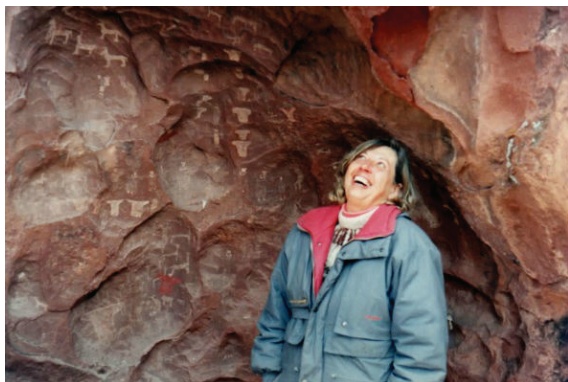


FOTO 4: Salta, circa 1990.

Ana María Lorandi visitando una pintura rupestre.



FOTO 5: Buenos Aires, 1990.

Miembros del equipo de Etnohistoria.

Abajo: Cora Bunster, Ana Schaposchnik, Carmen Romero, Lidia Nacuzzi y Sara Sosa Miatello; en el medio: Roxana Boixadós, Ana María Lorandi y Blanca Dauss; arriba: Emilio Dalvitt, Ana Presta, Norma Ratto, Rosa Scaglione, Carlos Zanolli, Axel Lazzari y Mario Cécere.



FOTO 6: Buenos Aires, agosto de 1997.

Teatro San Martín, Enrique Tandeter, Ana María Lorandi, Gastón Burucúa y Félix Luna en la presentación del libro *De quimeras, rebeliones y utopías. La gesta del Inca Pedro Bohórquez*.



FOTO 7: Lima, agosto de 1998.

Universidad Mayor de San Marcos, homenaje a John Murra.
Ana María Lorandi, John Víctor Murra y Carlos Sempat Assadourian.



FOTO 8: Buenos Aires, septiembre de 2013.

Tecnópolis, Lino Barañao, Ana María Lorandi y Roberto Salvarezza en la entrega del premio al investigador emérito otorgado por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).



FOTO 9: Buenos Aires, marzo 2014.

Ana María Lorandi y miembros del equipo de Etnohistoria actual.

Primera fila: Dolores Estruch, Ana Presta, Lidia Nacuzzi, Roxana Boixadós, Verónica Williams, Mercedes Avellaneda, Ana María Lorandi y Camila Cerra; segunda fila: Julia Costilla, Alejandra Ramos, Carlos Zanolli, Lorena Rodríguez, Ricardo Abduca y Martín Vilariño.



FOTO 10: Salta, septiembre de 2013.

Ana María Lorandi recibe el título de Doctor honoris causa otorgado por la Universidad Nacional de Salta; en la foto aparece junto a Beatriz Cremonte y Eleonora Mulvany.



FOTO 11: Arica, noviembre de 2014.

Ximena Medinacelli, Verónica Cereceda, Ana María Lorandi y Carlos Zanolli durante el IX Congreso Internacional de Ethnohistoria.



FOTO 12: Santiago del Estero, noviembre de 2015.

Presentación de Tukuma-Tukuyunta. Los Pueblos del Búho. Santiago del Estero antes de la Conquista en la VI Feria del Libro. En la foto: Ana Teresa Martínez, Constanza Taboada, Ana María Lorandí, Daniel Campi y Carlos Aschero.



FOTOS 13 y 14: Buenos Aires, 7 de marzo de 2016.

Ana María Lorandi celebra sus 80 años con familiares, amigos, colegas y discípulos.

Los autores

Roxana Boixadós

Doctora en Antropología de la Universidad de Buenos Aires y Mestre en Antropología Social de la Universidad Federal de Río de Janeiro, se desempeña como Profesora Titular Regular del Departamento de Ciencias Antropológicas (FFyL, UBA), Profesora Asociada Regular del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Quilmes e Investigadora Independiente de CONICET. Se inició en la investigación a partir de 1987 como becaria estudiante de la UBA, radicada en la sección Etnohistoria y bajo la dirección de Ana María Lorandi. Acredita más de 30 artículos en revistas especializadas, 4 libros en coautoría, 9 partes de libros y 14 publicaciones de transferencia y difusión. Se ha especializado en el estudio de la sociedad colonial del Noroeste Argentino -en particular de La Rioja-, abordando los mestizajes, las transformaciones en los pueblos de indios, la formación del campesinado rural, las familias de la elite criolla, los mayorazgos, entre otros.

Cora Bunster

Licenciada en Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán. Se integró al grupo de investigación dirigido por la Dra. Ana M. Lorandi

con sede en la Sección Etnohistoria del Instituto de Ciencias Antropológicas (ICA), Facultad de Filosofía y Letras (FFyL), Universidad de Buenos Aires (UBA). Ha investigado temas relativos al Tucumán Colonial y Andes Centrales en la época colonial temprana, más recientemente se dedica al siglo XVII tardío en Cuzco. Ha publicado libros y capítulos de libro en coautoría, también artículos como autor único en revistas científicas nacionales y extranjeras. Es docente de la FFyL, UBA en materias de la carrera de Ciencias Antropológicas y de Historia que tratan temas de Antropología Histórica, Etnohistoria e Historia Colonial. También ha dedicado tiempo a la tarea editorial, actualmente es Directora de la revista *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria* publicada por la Sección Etnohistoria del ICA, FFyL, UBA.

Camila Cerra

Licenciada en Ciencia Antropológicas, orientación sociocultural de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL), Universidad de Buenos Aires (UBA). Fue becaria de CONICET entre 2010 y 2015, realizó la Especialización y Diplomatura en Gestión Cultural en el IDAES, Universidad Nacional de San Martín. Actualmente completa su doctorado en la FFyL, UBA, con el tema "Territorialidades en disputa: trayectorias históricas y representaciones sobre el territorio en la comunidad diaguita-calchaquí "El Divisadero" desde la actualidad hasta el siglo XIX", bajo la dirección de Ana María Lorandi y la codirección de Lorena B. Rodríguez. Integrante de proyectos UBACYT y PIP. Su área de investigación es la Antropología Histórica del Valle Calchaquí. Ha participado en diversas reuniones científicas a nivel nacional e internacional, y ha publicado varios artículos en revistas científicas y también capítulos de libro.

Carlos M. Chiappe

Muséologo (ENaM-CNMLLH) con investigaciones orientadas a problemáticas de patrimonialización y trabajo docente en FADU-Universidad de Buenos Aires (1996-2005). Licenciado en Ciencias Antropológicas egresado de la FFyL, UBA con investigaciones vinculadas a la relación entre Ciencias Sociales y políticas estatales. Actualmente es becario doctoral de la mencionada casa de estudios con el tema

“La etnohistoria andina chilena en contexto. Antecedentes, surgimiento y desarrollo de un campo de investigación transdisciplinar. Integra la cátedra Metodología y Técnicas de la Investigación de Campo de la carrera de Ciencias Antropológicas de la FFyL, UBA y participa en proyectos UBACyT y CONICET desde 2002. Autor del libro *Los estudios andinos, entre la reforma y la revolución. Chile, 1960-1973* y de otros artículos en revistas.

María de Hoyos

Doctora de la Universidad de Buenos Aires (UBA) en Arqueología. Investigadora de la Sección Etnohistoria del Instituto de Ciencias Antropológicas (ICA) y docente de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Autora de *Las Piedras Escritas de San Antonio del Cajón, Catamarca* y de los libros de la Colección *Gente Americana* de la Editorial A-Z. Coautora con Laura Migale de *Almas Milagrosas, Santos Populares y otras Devociones* y coordinadora de *Etnohistoria* producido por NAYA. Editora con Mercedes Podestá de *Arte en las Rocas* de la Sociedad Argentina de Antropología. Ganadora de becas del Fondo Nacional de las Artes en las categorías Expresiones Folklóricas y Artes Plásticas. Integró diferentes proyectos financiados por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y por la Universidad de Buenos Aires. Ha participado en diversas reuniones científicas nacionales e internacionales y ha publicado más de cien artículos en revistas académicas y de difusión.

Ana María Lorandi

Profesora de Historia (1960) y Doctora en Historia (1967) de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral; con posgrado en Francia en la *Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales* y La Sorbona. Actualmente es Investigadora Superior Emérita del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y profesora Titular Consulta de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la Universidad de Buenos Aires (UBA). También ha sido directora del Instituto de Ciencias Antropológicas (1984-1990) y de la Sección Etnohistoria del mencionado Instituto (1984-2014) de la FFyL, UBA. Autora de diez libros, editados en Argentina,

Perú, España y EE.UU, acredita más de cien títulos en artículos y capítulos de libros publicados en el país y el exterior. Recientemente ha sido honrada con el doctorado Honoris Causa de la Universidad Nacional de Salta y la Universidad Nacional de Santiago del Estero.

Pablo Ortemberg

Doctor en Historia por la École des Hautes Études en Sciences Sociales, París y Licenciado en Antropología Social por la FFyL-UBA. Investigador de CONICET. Autor de *Rituels du pouvoir à Lima. De la monarchie à la république (1735-1828)* (éd. EHESS, París, 2012), publicado en castellano por el Fondo Editorial de la PUCP, Lima, 2014. Coordinador de *El origen de las fiestas patrias. Hispanoamérica en la era de las independencias* (Prohistoria, Rosario, 2013), y editor, junto con Natalia Sobrevilla, de Joaquín de la Pezuela, *Compendio de los sucesos ocurridos en el Ejército del Perú...* (CEB, Santiago de Chile, 2011). Publicó numerosos artículos en revistas nacionales y extranjeras sobre rituales del poder y fiestas cívicas en Perú y América Latina. Actualmente investiga los Centenarios patrios iberoamericanos. Ha ejercido la docencia universitaria en el país y en el extranjero, y es profesor a cargo de la materia Historia Latinoamericana de la Escuela de Política y Gobierno de la UNSAM

Ana María Presta

Historiadora con título de grado de la Universidad de Buenos Aires y de Maestría y Doctorado en The Ohio State University. Se desempeña como Investigadora Principal del CONICET y Profesora Titular en la carrera de Historia de la FFyL, UBA, institución en la que dirige el Programa de Historia de América Latina (PROHAL) y a un nutrido equipo de jóvenes especialistas en problemáticas del Sur andino. Es autora de *Encomienda, Familia y Negocios en Charcas Colonial. Los Encomenderos de La Plata, 1550-1600* y editora de *Espacio, Etnias, Frontera. Atenuaciones Políticas en el Sur del Tawantinsuyu* y de *Apuntes multidisciplinarios al estudio de los colectivos étnicos Surandinos*. Sus artículos aparecieron en *Runa, Andes, Memoria Americana, Anuario del IEHS, Población y Sociedad, Revista Andina, Histórica, Historia y Cultura,*

Anuario del ABNB, Revista de Indias, Revista de Estudios Extremeños, Colonial Latin American Review e Hispanic American Historical Review, entre otras revistas especializadas.

Alejandra Ramos

Licenciada y Profesora en Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL), Universidad de Buenos Aires (UBA). Actualmente está finalizando el doctorado en Antropología en dicha universidad. Su tema gira en torno a la producción y circulación de conocimiento en el ámbito académico. Cuenta con publicaciones en revistas científicas y participaciones en congresos nacionales e internacionales. Ha obtenido becas de UBA y CONICET y participa en proyectos de investigación UBACyT y PICT, radicados en la Sección Etnohistoria del Instituto de Ciencias Antropológicas (ICA), FFyL, UBA. Se desempeña como docente en las materias Metodología y técnicas de la Investigación de campo y Abordajes antropológicos en perspectiva histórica en torno a la "cuestión indígena" (FFyL, UBA). Fue Editora Asociada de *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria* (Sección Etnohistoria, ICA) y actualmente realiza tareas editoriales en la revista *Relaciones* (Sociedad Argentina de Antropología).

Lorena B. Rodríguez

Doctora en Antropología de la Universidad de Buenos Aires (UBA), Docente en dicha casa de estudios e Investigadora Adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). En los últimos años se ha centrado en el abordaje de temáticas de historia colonial del Noroeste argentino, desde la perspectiva de la Antropología Histórica con especial énfasis en las poblaciones indígenas. Más recientemente se ha dedicado al estudio de dichas poblaciones en el período de transición de la colonia a la república, principalmente en el ámbito de la provincia de Tucumán. Ha participado en numerosos congresos nacionales e internacionales y ha publicado avances de sus investigaciones en revistas científicas y libros académicos. Además se desempeña como Editora Asociada de la revista *Memoria Americana*,

Cuadernos de Etnohistoria publicada por la Sección Etnohistoria del Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Verónica Williams

Doctora y Licenciada en Antropología de la Universidad Nacional de La Plata. Es profesora Adjunta en la asignatura Arqueología Argentina de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y directora de la Unidad Ejecutora de doble dependencia, Instituto de las Culturas (IDECU), UBA-CONICET. Es Investigadora Principal del CONICET y dirige proyectos sobre la arqueología del noroeste argentino, principalmente sobre temas de interacción social, sociedades estatales, tecnología cerámica y agricultura prehispanica, financiados por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica y el CONICET. Ha publicado más de cuarenta artículos en revistas nacionales e internacionales, veinticuatro capítulos de libros y ha compilado un libro (2013) y editado dos (2000 y 2007).

Carlos E. Zanolli

Doctor en Antropología de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Desde su época de estudiante ha estado inserto en la Sección Etnohistoria del Instituto de Ciencias Antropológicas (ICA), Facultad de Filosofía y Letras (FFyL), UBA. Ha publicado libros y numerosos artículos en revistas y compilaciones especializadas. Se desempeña como Profesor adjunto regular en la materia Sistemas Socioculturales de América II y como Profesor adjunto a cargo en el Seminario Anual de Investigación en Antropología Histórica, pertenecientes a la Licenciatura en Ciencias Antropológicas de la FFyL, UBA; además es docente en Maestrías de la misma Universidad. Ha dirigido y dirige becarios y tesis de grado y posgrado como también diversos proyectos de investigación. Actualmente se desempeña como Director de la Sección Etnohistoria del ICA, FFyL, UBA.